



LA TIERRA ERRANTE


NOVA

LA TIERRA ERRANTE

CIXIN LIU

Traducción de Javier Altayó
Galeradas revisadas por Antonio Torrubia y Gisela Baños

**NOVA**

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@NovaCiFi



@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

La Tierra errante

1

ERA DE LA FRENADA

Nunca he visto la noche. Nunca he visto las estrellas. Tampoco he visto la primavera ni el otoño ni el invierno. Nací a finales de la Era de la Frenada, justo cuando la Tierra dejó de girar.

Detener su rotación había costado cuarenta y dos años, tres más de lo previsto por la Coalición. Mi madre me contó el último atardecer que vio a nuestra familia: el Sol descendió muy despacio, como si se hubiese quedado clavado en el horizonte. Tardó tres días y tres noches en desaparecer (a partir de entonces, claro está, dejaron de existir los días y las noches propiamente dichos). El hemisferio este quedó así sumido en un perpetuo atardecer que duraría mucho tiempo, algo más de una década, con el Sol detrás mismo del horizonte iluminando la mitad del cielo. Justo entonces, durante aquel interminable crepúsculo, nací yo.

No se trataba de un atardecer sombrío: los motores de la Tierra llenaban de luz todo el hemisferio norte. Estaban instalados por toda Asia y el norte de América, los únicos dos continentes con una estructura tectónica lo suficientemente sólida como para soportar su empuje. Eran doce mil en total, distribuidos a lo largo y ancho de las Grandes Llanuras del continente americano y de la estepa euroasiática.

Desde donde yo vivía podían verse los haces de plasma que emitían.

Imagina un palacio enorme, tan grande como el Partenón de la Acrópolis de Atenas, apuntalado por un sinfín de gigantescos pilares de resplandeciente luz blanca azulada; enormes tubos fluorescentes bajo los cuales tú no fueras más que un microbio en el suelo. Así me sentía yo en el mundo. A decir verdad, esa metáfora no es del todo acertada, pues si la rotación de la Tierra consiguió detenerse fue gracias a la componente tangencial del empuje generado por sus motores, lo cual obligaba a que el chorro de plasma adoptase un ángulo preciso: los haces de luz gigantes estaban torcidos. Aquel gran palacio luminoso nuestro se inclinaba como si estuviese al borde del colapso. Enfrentados a tan impactante imagen, no pocos visitantes procedentes del hemisferio sur habían sufrido arrebatos de pánico.

Aún más terrible resultaba el calor de los motores: la temperatura exterior llegaba a alcanzar los setenta u ochenta grados centígrados, lo cual nos obligaba a ponernos trajes refrigerantes antes de salir. El calor causaba, además, tormentas frecuentes. La escena que se desencadenaba cuando los haces de luz de los motores topaban con nubarrones era de pesadilla: las nubes dispersaban la luz blanquiazul en una infinidad de halos iridiscentes que se multiplicaban de forma frenética hasta que el cielo entero refulgía como si estuviera cubierto de candente lava blanca. En una de esas ocasiones, mi abuelo, ya senil, harto del calor y viendo que afuera comenzaba a llover, se quitó la camisa y salió corriendo por la puerta sin que nos diera tiempo a detenerlo. Las gotas de lluvia, supercalentadas por los haces de luz de los motores de la Tierra, le causaron tales quemaduras que la piel se le caía a tiras.

Para nuestra generación, nacida en el hemisferio norte, todo aquello era tan natural como las estrellas, el Sol y la Luna lo fueron para quienes vivieron antes de la Era de la Frenada. A ese período de la historia de la humanidad lo

llamábamos Era Antesolar. ¡Qué fascinante y gloriosa debía de haber sido aquella era dorada!

Cuando empecé primaria, como parte del programa académico, nuestros profesores nos llevaron a los treinta niños de mi clase a dar la vuelta al mundo. Para entonces, la Tierra ya se había detenido del todo y, aparte de para mantenerla en estado estacionario, sus motores apenas se usaban más que para hacer pequeños reajustes en su orientación. Por este motivo, durante la época que va desde que yo tenía tres años hasta los seis, la intensidad de las columnas de luz fue considerablemente menor que cuando se operaba a plena capacidad. Gracias a aquel período de inactividad relativa pudimos emprender aquel viaje y así conocer mejor el mundo.

Lo primero que hicimos fue ir a ver de cerca uno de los motores. Se hallaba a poca distancia de Shijiazhuang, a la entrada del túnel ferroviario que atravesaba las montañas Taihang. Aquella imponente mole metálica se erigía ante nosotros hasta tapar la mitad del cielo y, en comparación, las Taihang parecían meros montículos. Varios niños dijeron admirados que aquel motor debía de ser tan alto como el mismísimo Everest, a lo cual nuestra tutora, una joven maestra llamada Lin Xing, explicó con sonrisa afable que su altura era de once mil kilómetros, más de mil metros mayor que la del Everest.

—Lo llaman «el soplete de Dios» —añadió.

Permanecimos de pie bajo su enorme sombra, sintiendo las vibraciones que llegaban desde las profundidades de la Tierra.

Los motores terrestres se dividían en dos grupos: los grandes, a los que llamábamos «montañas», y los pequeños, conocidos como «picos». El motor al que subimos se llamaba Montaña 794 de la China Norte. El ascenso de los picos se efectuaba con mucha mayor celeridad que el de las montañas, pues mientras que la cima de los primeros se alcanzaba por medio de un ascensor gigante, a la de estas últimas solo era posible llegar siguiendo una larga y

sinuosa carretera. Nuestro autobús se unió a la interminable caravana de vehículos que levitaban sobre la lisa superficie de acero. A nuestra izquierda, una inmensa pared de color azul metálico; a nuestra derecha, un precipicio sin fondo.

La inmensa mayoría de vehículos eran camiones volquete de cincuenta toneladas que transportaban escombros procedentes de las montañas Taihang. Enseguida sobrepasamos los cinco mil metros, altura desde la que el brillo azulado del motor conseguía difuminar por completo la orografía del terreno a nuestros pies. La señorita Lin nos hizo ponernos las mascarillas de oxígeno. A medida que nos acercábamos a la boquilla de aquel soplete, la luz y la temperatura aumentaban con rapidez. El color de nuestras mascarillas se oscureció y los microcompresores de nuestros trajes refrigerantes comenzaron a funcionar a toda potencia. Al alcanzar los seis mil metros de altura, vimos una boca de alimentación. Todos y cada uno de los camiones descargaban en las fauces de aquel enorme foso de apagado brillo rojo las rocas que habían transportado, sin el menor ruido. Le pregunté a mi maestra cómo los motores de la Tierra convertían la roca en combustible.

—La fusión de elementos pesados es un tema demasiado complejo para alguien de vuestra edad —dijo—. De momento, conformaos con saber que los motores terrestres como este en el que nos encontramos ahora, el Montaña 794 de la China Norte, son las máquinas más poderosas de cuantas ha construido la humanidad. Operando a plena potencia son capaces de ejercer un empuje de quince mil millones de toneladas.

Nuestro autobús llegó por fin a la cima. La salida del chorro de plasma quedaba justo sobre nuestra cabeza. El diámetro de aquella inmensa columna de luz era tan enorme que lo único que vimos al mirar hacia arriba fue una brillante pared de plasma azul que se alargaba en dirección a las alturas hasta el infinito. En aquel momento me vino a la memoria el acertijo que nuestro

ojeroso profesor de filosofía nos había planteado en clase no hacía mucho: «Imaginad que vais caminando tranquilamente por una llanura cuando, de pronto, topáis con un muro. El muro se extiende en todas direcciones: hacia arriba, hacia los dos lados y también hacia abajo. ¿Qué representa?».

Me sobrevino un escalofrío. Entonces, viendo que tenía a la señorita Lin al lado, le planteé el enigma. Estuvo reflexionando un rato, hasta que, encogiéndose de hombros, se dio por vencida. Me acerqué a su oído y le revelé la terrible respuesta:

—La muerte.

Ella se me quedó mirando sin decir nada durante varios segundos. Luego me abrazó con fuerza contra su pecho. Con la cabeza apoyada sobre su hombro, miré a la distancia: multitud de colosales «picos» de metal se erigían por encima de la bruma para escupir sus luminosos chorros de plasma, los árboles de una suerte de bosque cósmico inclinado que agujereaba el techo tambaleante de nuestro cielo.

Poco después fuimos a la orilla del mar, donde vimos sobresalir las agujas de varios rascacielos sumergidos. Se fueron revelando conforme la marea bajó, con el agua espumosa del mar brotándoles de las ventanas en múltiples cascadas. Aunque apenas acababa de completarse, los devastadores efectos de la Era de la Frenada ya eran del todo apreciables: las mareas causadas por la aceleración de los motores terrestres habían sumergido dos tercios de las principales ciudades del hemisferio norte. Después, cuando la subida de las temperaturas a nivel global derritió los casquetes polares, la catástrofe se extendió al hemisferio sur. Treinta años atrás, mi abuelo había presenciado cómo olas de más de cien metros de altura engullían la ciudad de Shanghái. Hasta la fecha, aún se le perdía la mirada al tratar de describirnos aquella imagen dantesca. Nuestro planeta se había vuelto irreconocible incluso antes

de emprender su viaje. ¿Quién podía imaginar los peligros que íbamos a tener que afrontar durante nuestra larga y errática travesía por el espacio exterior?

Subimos a un buque transoceánico, un antiguo medio de transporte con el que nos desplazaríamos por la superficie del mar. Los haces de luz de los motores terrestres fueron alejándose cada vez más hasta que, pasado un día, desaparecieron por completo.

La luz que iluminaba el mar entonces procedía de direcciones opuestas: al oeste, el resplandor azul que aún llegaba de los haces de luz de los motores terrestres, y al este, la luz rosada que el Sol irradiaba desde más allá del horizonte. La imagen al navegar justo por la resplandeciente senda que unía las dos tonalidades no podía ser más maravillosa. Sin embargo, a medida que el resplandor azul se fue desvaneciendo y la luz rosada creció en intensidad, una incómoda sensación se adueñó del ambiente a bordo. Dejaron de verse niños en cubierta. Todos permanecimos en el interior de nuestros respectivos camarotes con las cortinas echadas hasta que, un día después, llegó el momento que tanto temíamos. Tras reunirnos en la gran cabina que usábamos como aula, la señorita Lin anunció solemne:

—Niños, hoy vamos a ver el amanecer.

Ninguno de nosotros movió un músculo. Mantuvimos la mirada perdida y estábamos tan rígidos que parecía como si de repente nos hubiéramos quedado congelados. A pesar de los intentos de nuestra profesora por acuciarnos, nadie se movió. Uno de sus colegas le comentó:

—Ya lo he dicho en más de una ocasión: no deberíamos empezar a enseñarles historia moderna hasta después de estos viajes. Se adaptarían con mucha mayor facilidad.

—La cosa no es tan fácil —replicó la señorita Lin—: antes de empezar a impartir la asignatura ya lo saben todo; no viven en una burbuja... Vosotros primero, niños —añadió entonces, dirigiéndose a los delegados de la clase—.

No debéis tener ningún miedo. Yo misma, de pequeña, a la hora de ver mi primer amanecer, también me puse muy nerviosa, pero luego no fue nada.

Uno a uno, cautelosos, los demás niños se fueron levantando y comenzaron a dirigirse a la puerta. En ese momento sentí que una mano sudorosa se agarraba a la mía y me volví. Era Ling'er.

—Tengo miedo... —me dijo temblando.

—Pero si estamos hartos de ver el Sol por la tele; seguro que es igual —repuse para consolarla.

—¿Cómo va a ser igual? ¿Es lo mismo ver una serpiente por la tele que encontrársela de frente?

—Mira, tenemos que salir sí o sí. Como no vayamos, ¡nos bajan la nota!

Cogidos con fuerza de las manos, Ling'er y yo nos unimos al resto de nuestros compañeros en cubierta, dispuestos a encarar con arrojo el primer amanecer de nuestra vida.

—A decir verdad, el miedo que asociamos al Sol los seres humanos se remonta a apenas hace tres o cuatro siglos. Antes no lo temíamos, sino todo lo contrario. El Sol era considerado un astro magnífico y benevolente. Por entonces la Tierra todavía giraba y la gente veía amanecer y atardecer todos los días. Aplaudía con regocijo su salida y se deshacía en elogios ante la belleza de su ocaso —nos explicó la señorita Lin, con el viento de proa alborotándole la melena. Detrás de ella, los primeros rayos de luz comenzaban a asomar por el horizonte como lo hubiera hecho el aliento de fuego de un enorme monstruo marino inimaginable.

Estábamos a punto de ver por fin aquella llama tan temible. Comenzó siendo un mero punto brillante en la línea del horizonte para luego, muy rápidamente, crecer hasta adoptar forma de semicírculo. En ese momento sentí que el miedo se me atragantaba y me impedía respirar, que el suelo a mis pies desaparecía de repente y yo me hundía en el oscuro abismo del océano... Ling'er, apretando

su cuerpecillo tembloroso contra el mío, caía conmigo; también nuestros compañeros y todos los demás, ¡el mundo entero! Entonces volví a recordar el acertijo de mi profesor de filosofía: en su día yo le había preguntado por el color del muro, y su respuesta fue que debía de ser negro. Yo no estuve de acuerdo. En mi imaginación, el muro de la muerte tenía que ser tan fulgurante como el blanco de la nieve. De ahí que aquella pared de plasma me hubiese recordado el acertijo. En aquella era, el negro había dejado de simbolizar la muerte. Ahora la muerte era del color del fogonazo de un relámpago, un último relámpago que, en cuanto cayera, vaporizaría el mundo al instante.

Más de tres siglos atrás, los astrofísicos descubrieron que la velocidad de conversión del hidrógeno en helio que tenía lugar en el interior del Sol estaba acelerándose. Después de lanzar miles de sondas para investigar el astro, consiguieron establecer un modelo matemático que lo describía de una forma completa y precisa.

Usando dicho modelo, una supercomputadora calculó que el Sol se había apartado de la secuencia principal del diagrama de Hertzsprung-Russell. Muy pronto el helio acabaría por permear su núcleo y desencadenaría una violenta explosión que llamaron «fogonazo de helio», tras la cual el Sol se convertiría en una gran gigante roja que se expandiría hasta que su diámetro abarcara la órbita de la Tierra.

Pero para entonces nuestro planeta habría sido vaporizado por el helio.

La predicción aseguraba que el desastre tendría lugar en los cuatrocientos años siguientes. De eso hacía ya trescientos ochenta años.

La catástrofe no solo iba a arrasar y destruir los planetas telúricos de nuestro sistema solar, sino que también alteraría la composición y la órbita de los planetas jovianos. La subsiguiente acumulación de elementos pesados en el núcleo del Sol tras el primer fogonazo de helio sería además la causa de que, durante algún tiempo, se sucedieran varios más. Si bien no supondrían más que

un breve suspiro dentro del proceso completo de evolución del astro, se calculaba que el período a lo largo del que iban a sucederse los fogonazos podía llegar a durar miles de veces lo que la historia de la humanidad. Era imposible que sobreviviéramos en el sistema solar. Nuestra única salida era emigrar a otra estrella del espacio exterior.

De acuerdo con la tecnología de la que la humanidad disponía en aquel momento, nuestro único destino posible era el sistema estelar más cercano a nosotros: Alfa Centauri, a 4,3 años luz de distancia. Una vez adquirido el consenso general en lo referente a nuestro objetivo, el debate se centró en la manera de lograrlo.

Con el fin de garantizar la consecución de su objetivo pedagógico, nuestro buque dio varias vueltas en el Pacífico para brindarnos la oportunidad de ver un segundo amanecer. Para entonces ya habíamos perdido el miedo y no hacía falta convencernos de que los niños nacidos en el hemisferio sur eran capaces de sobrevivir a la exposición diaria al Sol.

Seguimos navegando hacia el atardecer. A medida que el Sol se elevaba en el aire, la frescura del ambiente de días anteriores dejaba paso al calor. Yo estaba medio adormecido en mi camarote cuando me llegó el rumor de una gran conmoción. Entonces se abrió la puerta. Era Ling'er.

—¡Los protierra y los pronaves se están peleando otra vez!

A pesar de lo poco que me interesaban sus trifulcas (llevaban así desde hacía cuatro siglos), salí a echar un vistazo.

Un grupo de niños se estaban pegando. Me bastó echar un vistazo rápido para localizar a Dong en el meollo. Había vuelto a armar una de las suyas. Su padre era un obcecado militante de los postulados pronaves que estaba cumpliendo condena en la cárcel por haber participado en un alzamiento en contra de la Coalición. De tal padre, tal hijo.

Con ayuda de varios fornidos miembros de la tripulación, la señorita Lin

consiguió separarlos. Dong, puño en alto y con la nariz sangrando, insistía a gritos:

—¡Echad a todos los protierra por la borda!

—Yo soy protierra —protestó la maestra—. ¿A mí también me quieres echar por la borda?

—¡A todos! —respondió Dong sin amedrentarse. El movimiento pronaves estaba comenzando a extenderse a nivel global, lo cual los envalentonaba.

—¿De dónde os viene ese odio hacia nosotros? —preguntó la señorita Lin, a lo que los otros niños pronaves gritaron:

—¡No queremos quedarnos de brazos cruzados para palmarla con los tontainas de los protierra!

—¡Nos iremos en naves espaciales! ¡Vivan las naves espaciales!

Pulsando el proyector holográfico de su brazalete, nuestra profesora hizo aparecer ante nosotros una imagen que captó la atención de todos y el griterío cesó.

Era la imagen de una esfera de cristal. Debía de medir unos diez centímetros de diámetro y dos tercios de su interior estaban llenos de agua. Contenía una pequeña gamba, una rama de coral y unas cuantas algas verdes. La gamba se dedicaba a nadar ociosa alrededor del coral.

—Este es el proyecto que Dong presentó en su clase de ciencias naturales —dijo la señorita Lin—. Además de todo lo que veis, la esfera contiene también bacterias microscópicas. Todo en su interior es interdependiente del resto de los organismos: la gamba se sustenta a base de algas y respira el oxígeno contenido en el agua, luego defeca materia orgánica y expulsa dióxido de carbono. Las bacterias se encargan de convertir los excrementos de la gamba en materia inorgánica, que las algas usan junto al dióxido de carbono para, con ayuda de una fuente de luz natural, realizar la fotosíntesis. Eso les permite crear nutrientes, crecer, reproducirse y liberar el oxígeno que

respirará la gamba. A menos que se interrumpa el suministro de luz, este ciclo ecológico debería poder mantenerse a perpetuidad. Es, con diferencia, el mejor proyecto que me ha presentado un alumno. No se me escapa el hecho de que esta esfera simboliza las aspiraciones de Dong y de todos los niños pronaves. ¡He aquí vuestra nave soñada, en miniatura!

»Dong me dijo que había basado su diseño en rigurosos modelos matemáticos. Modificó los genes de cada uno de los organismos para asegurar que sus respectivos metabolismos estuvieran en perfecta armonía con los del resto. Estaba convencido de que el mundo contenido en esta esfera perduraría hasta después de que la gamba, una vez alcanzada su esperanza de vida, muriera por causas naturales. A todos los profesores nos encantó el diseño. Colocamos la esfera bajo una fuente de luz artificial de la intensidad adecuada y, contagiados del entusiasmo de Dong, deseamos con todas nuestras fuerzas que aquel pequeño mundo que había creado sobreviviera de verdad. Pero ahora, poco más de diez días después...

La maestra abrió una pequeña caja de la que extrajo con cuidado la esfera real. La gamba flotaba sin vida en la superficie del agua turbia. Las algas, en proceso de descomposición, habían mutado en una inerte película peluda que cubría el coral.

—Ya no hay vida en este mundo en miniatura —sentenció la profesora—. ¿Quién de vosotros puede decirme por qué? —preguntó levantando la esfera para que todos pudiéramos verla bien.

—¡Era demasiado pequeño!

—Exacto. Era demasiado pequeño. Tarde o temprano, los ecosistemas pequeños, sin importar la precisión de su diseño, resultan incapaces de resistir el paso del tiempo; esas naves que imagináis no son una excepción.

—Podemos hacerlas tan grandes como Shanghái o Nueva York —protestó Dong. Su tono de voz era mucho más bajo que antes.

—De acuerdo. Pero, con la tecnología de la que disponemos ahora mismo, ese será el tamaño máximo que podrán alcanzar, y aún serán mucho más pequeñas que la Tierra.

—¡Encontraremos nuevos planetas! —apuntó una voz.

—Eso no os lo creéis ni vosotros. Ninguno de los planetas que orbitan alrededor de Próxima Centauri es viable. La estrella con planetas habitables más cercana se halla a ochocientos cincuenta años luz. Teniendo en cuenta que las naves más rápidas que somos capaces de construir apenas alcanzan el 0,5 por ciento de la velocidad de la luz, tardaríais ciento setenta mil años en llegar allí; ningún ecosistema a escala de una nave espacial duraría siquiera una décima parte de ese tiempo. ¡Niños, solo un ecosistema del tamaño de la Tierra, con su imparable ciclo ecológico, es capaz de garantizar la perdurabilidad de la vida! ¡La idea de que la humanidad abandone la Tierra para explorar el universo resulta tan ridícula como si un bebé pretendiera desprenderse de su madre para cruzar el desierto!

—Pero... —interrumpió Dong, tragando saliva antes de añadir—: Profesora, ya es demasiado tarde para nosotros. Ya es demasiado tarde para la Tierra. ¡El Sol explotará antes de que logremos acelerar lo suficiente como para escapar!

—Aún estamos a tiempo. ¡Creed en la Coalición! ¡Cuántas veces tengo que repetíroslo? ¡Incluso en el caso de que nos equivoquemos, como mínimo siempre podremos decir que la humanidad perece con el orgullo de haber hecho todo cuanto estaba en su mano por evitarlo!

El plan de escape de la humanidad constaba de cinco fases: en la primera, los motores de la Tierra la impulsarían en sentido contrario al de su giro a fin de detener su rotación. En la segunda, con los motores a plena potencia, la Tierra aceleraría hasta alcanzar la velocidad de escape que iba a permitirle salir del sistema solar. En la tercera, continuaría acelerando por el espacio

exterior en dirección a Próxima Centauri, la estrella más cercana. En la cuarta, los motores revertirían la marcha para volver a hacer rotar la Tierra y desacelerarla. En la quinta, se acoplaría a la órbita de nuestra estrella vecina para así convertirse en uno de sus satélites. La gente había puesto nombre a estas cinco fases; las llamaban la Era de la Frenada, la Era de la Huida, la Primera Era Errante (correspondiente a la aceleración), la Segunda Era Errante (correspondiente a la desaceleración) y la Nueva Era Solar.

El proceso de migración entero se prolongaría durante unos dos mil quinientos años. Algo más de cien generaciones.

Nuestro buque continuó navegando y llegamos a la parte de la Tierra en la que era de noche. Allí ya no se podían ver ni el Sol ni la luz de los motores terrestres.

Envueltos por el frío viento del Atlántico, por primera vez en nuestra joven vida pudimos admirar el cielo estrellado. ¡Qué estampa tan maravillosa fue aquella! Te rompía el corazón.

—Mirad, niños —nos dijo la señorita Lin pasándonos el brazo por el hombro a Ling'er y a mí—, esa es la constelación de Centauro. Y ahí está Próxima Centauri, nuestra estrella más cercana, que será nuestro nuevo hogar.

Después se puso a llorar, y nosotros con ella. Incluso el capitán y el resto de la tripulación, aguerridos marineros, rompieron en sollozos. Mirando en la dirección que señalaba la maestra con los ojos empañados por las lágrimas, las estrellas parecían agitarse de aquí para allá en una danza frenética, a excepción de una, que se mantenía inmóvil en el centro. Era la luz del faro de una tierra lejana en mitad de un tormentoso mar oscuro. Era el fuego distante que alentaba al aterido expedicionario perdido en la tundra a seguir avanzando. Era la estrella de nuestro corazón, la única fuente de consuelo y esperanza que tendrían las próximas cien generaciones de humanos en su futura travesía.

Durante el viaje de regreso a casa, fuimos testigos del primer indicio de que la Tierra iba a ponerse en marcha: un cometa gigante cruzó el cielo nocturno. Se trataba de la luna. No pudiendo llevársela consigo, la humanidad optó por instalarle también motores y apartarla de la órbita de la Tierra para que esta no colisionara con ella al acelerar. La enorme estela que dejaron en el cielo los motores de la luna inundó el mar de luz azulada y oscureció las estrellas. A su paso, las mareas gravitacionales generadas por el movimiento de nuestro satélite hicieron que el mar se elevara. Tuvimos que cambiar a un avión para poder regresar al hemisferio sur.

¡Por fin había llegado el día de nuestra partida!

Tan pronto como bajamos del avión, nos cegó la luz de los motores terrestres. Era mucho más potente que antes. Los chorros de plasma ya no estaban inclinados, sino que apuntaban al cielo de forma perpendicular. Estaban funcionando a máxima potencia. La aceleración del planeta originó estruendosas olas de cientos de metros de altura que azotaron las costas de todos los continentes. Violentos huracanes de espuma hirviente iban y venían por entre las columnas de plasma levantando de cuajo cuantos bosques se interponían en su camino... Nuestro planeta se había convertido en un enorme cometa de cola azul que surcaba la oscuridad del espacio.

La Tierra se había puesto en marcha y con ella la humanidad.

Mi abuelo murió justo en el momento de la partida a causa de las múltiples quemaduras infectadas que tenía por todo el cuerpo. Mientras agonizaba, no dejó de repetir:

—¡Ay, Tierra! ¡Mi Tierra errante...!

Trasladaron nuestra escuela a una ciudad subterránea de la que íbamos a ser sus primeros residentes. El autobús se adentró en un gran túnel con una pequeña pendiente que se internaba en el subsuelo. Al cabo de media hora dijeron que acabábamos de entrar en la ciudad, pero nada de lo que veíamos a través de las ventanas parecía ni remotamente relacionado con ninguna de las ciudades que habíamos visto hasta la fecha: altos e impenetrables muros con puertas selladas, complejos entramados de túneles... A la luz de los reflectores, todo se teñía de un monótono azul metálico. Pensar que aquel iba a ser nuestro mundo para casi el resto de nuestra vida era descorazonador.

—Vamos a vivir en cuevas, como en la prehistoria... —refunfuñó Ling'er.

A pesar de haber hablado en voz baja, la señorita Lin la oyó.

—No nos queda otro remedio, niños —intervino—. La superficie está a punto de convertirse en un lugar terrible, terrible... Muy pronto, cuando haga frío, ¿no se podrá echar un escupitajo sin que se congele antes de tocar el suelo! Y cuando haga calor, ¿sin que se evapore!

—Lo del frío ya me lo imaginaba, porque la Tierra se está alejando del Sol, pero ¿por qué va a hacer calor? —preguntó una niña de los cursos inferiores.

—¿Aún no sabes lo que es una órbita de transferencia, tontorrón? —repliqué de malas maneras.

—Pues no —se enfurruñó ella.

Queriendo quizá ocupar la mente en cosas más productivas, Ling'er se puso a explicarle a la niña aquello a lo que yo me había referido.

—Mira, es muy fácil: los motores de la Tierra son menos potentes de lo que te imaginas; solo son capaces de propinarle un pequeño empuje, no de hacerla salir de su órbita de golpe. Por eso, para poder escapar del Sol, antes tendremos que dar quince vueltas a su alrededor. Durante ese tiempo, la Tierra acelerará de forma lenta y gradual, y ese círculo aproximado que traza ahora al girar alrededor del Sol se irá convirtiendo en una órbita elíptica. Cuanto

más rápido nos movamos, más plana será la elipse que trace y más se irá desplazando el Sol hacia uno de sus extremos. Así, cuando nos encontremos en el punto más alejado, hará mucho más frío y...

—¡Espera! Yo sigo sin entenderlo... Que la Tierra se volverá mucho más fría que ahora al transitar el extremo más alejado del Sol de su nueva órbita sí lo veo, pero el otro extremo... A ver, que piense... De acuerdo con lo que establece la dinámica orbital, nunca estaremos más cerca del Sol de lo que estamos ahora, ¿no? ¿Por qué iban a subir las temperaturas?

Aquella niña era un genio en miniatura. Gracias a la ingeniería genética, disponer de una memoria así de prodigiosa se había convertido en la norma. En ese aspecto, la humanidad podía considerarse afortunada. De lo contrario, un milagro de la ingeniería tan inimaginable como eran los motores de la Tierra hubiera tardado mucho más de cuatro siglos en realizarse.

—Y el calor que añaden los motores terrestres ¿qué? Mira que eres boba — salté—. ¡Más de diez mil sopletes echando fuego a todo gas! Cómo no van a calentar la Tierra, si ya no es más que el anillo de sujeción de sus boquillas... ¡Callaos ya de una vez, anda, que me estáis incordiando!

Comenzamos a vivir en el subsuelo. Era una entre tantas otras iguales que ella; mi nueva ciudad, soterrada a quinientos metros de profundidad, contaba con algo más de un millón de habitantes. Allí fue donde terminé primaria y comencé el instituto. Mi instrucción se centraba en contenidos técnicos y científicos, asignaturas como el arte y la filosofía habían ido quedando arrinconadas porque la humanidad no disponía de tiempo para distraerse con esas cosas: jamás en la historia había existido época alguna en la que hubiésemos estado más ocupados que entonces. Todo el mundo tenía trabajo y su trabajo no acababa nunca. Curiosamente, todas las religiones del planeta

desaparecieron de la noche a la mañana sin dejar rastro alguno. La gente se había dado cuenta por fin de que, aun en caso de que existiera algún dios, tenía que ser un hijo de puta. Siguieron existiendo los libros de historia, pero para nosotros la Era Antesolar de la humanidad resultaba tan mítica y lejana como el jardín del Edén.

Mi padre era astronauta en las Fuerzas Aéreas. Solían destinarlo a misiones en la órbita baja terrestre y paraba muy poco por casa. Recuerdo que una vez, durante el quinto año de aceleración orbital, cuando la Tierra se hallaba en el punto más alejado del Sol, fuimos todos a la playa. Cada una de las ocasiones en las que el planeta alcanzaba un afelio, se celebraba como si fuese Navidad o el Año Nuevo Lunar. Hallarnos alejados del Sol nos daba una falsa sensación de seguridad.

Tal y como ya ocurría antes de mudarnos al subsuelo, para salir al exterior tuvimos que ponernos trajes especiales: en esta ocasión, en lugar de trajes refrigerantes, llevamos trajes calefactores bien sellados y provistos de una batería nuclear. Nada más salir, como de costumbre, vimos las brillantes columnas del plasma de los motores terrestres de siempre. Todo lo demás quedaba eclipsado por ellas.

Tuvimos que volar un buen rato en el aerocoche para poder escapar de su resplandor y alcanzar a ver la orilla. El Sol, inerte y reducido al tamaño de una pelota de béisbol, colgaba en el horizonte rodeado de un halo de luz tan débil como el de las primeras horas del alba. El azul del cielo era el más oscuro que yo había visto y las estrellas aún no eran claramente visibles. Mirando alrededor, me pregunté extrañado dónde se había metido el océano. Frente a mí solo había una vasta extensión de hielo. Sobre aquel mar congelado, entre silbidos de fuegos artificiales, se congregaba una multitud en actitud festiva. El desenfreno al que parecía haberse entregado resultaba algo fuera de lo normal: había borrachos por todas partes, unos cuantos se

dedicaban a rodar por el hielo, otros entonaban canciones distintas y se desgañitaban tratando de tapar las voces de los demás...

—Todo el mundo anda desesperado por hacer lo que siempre había querido hacer. No tiene nada de malo —dijo mi padre. Entonces, acordándose de algo, añadió—: Ah, por cierto. Se me olvidaba deciros una cosa: me he enamorado de Li Xing; voy a irme a vivir con ella.

—¿La conozco? —preguntó mi madre, tan tranquila.

—Fue mi tutora en primaria —respondí por mi padre. Yo entonces hacía segundo en el instituto; no tenía ni idea de dónde ni cómo debía de haber conocido a mi antigua profesora. Igual había sido en mi ceremonia de graduación de primaria.

—Bueno, pues vete —dijo mi madre.

—No creo que tarde mucho en aburrirme de ella. ¿Podré volver?

—Como tú quieras —repuso mi madre tan serena como la superficie de un mar congelado. Sin embargo, acto seguido, estalló con emoción.

—¡Oooh, qué bonito este! —exclamó con sincero agrado señalando la flor de luz que se abría en el cielo—. Seguro que le han puesto un difusor holográfico.

Para la gente de aquella época, las historias narradas por el cine y la literatura de cuatro siglos atrás resultaban desconcertantes. Nadie conseguía entender por qué las personas de la Era Antesolar se implicaban tanto en asuntos que nada tenían que ver con su supervivencia. Ver a aquellos protagonistas sufriendo lo indecible por cuestiones de amor resultaba de lo más raro. Y es que, en aquel tiempo, el deseo de escapar a la amenaza mortal que se cernía sobre todos nosotros estaba por encima de cualquier otra cosa. Nuestra atención estaba centrada por completo en cosas como el estado del Sol, la posición de la Tierra... Eso era lo único que lograba despertar interés o emoción alguna. Vivir tan pendientes de todo aquello llegó a alterar nuestra

disposición mental, también nuestra espiritualidad. Fue tanta la importancia que llegó a perder el amor que, igual que el típico ludópata que dedica un segundo a echar un trago sin quitar los ojos de la ruleta, apenas dedicábamos tiempo a pensar en el tema.

Al cabo de dos meses, mi padre estaba de vuelta. Mi madre ni se alegró ni dejó de alegrarse.

—Xing tiene muy buena opinión de ti —me dijo mi padre—. Dice que tenías mucho ingenio.

—¿Quién? —preguntó mi madre, extrañada.

—¡Li Xing, mi tutora en primaria! —solté exasperado—. Papá ha estado viviendo con ella durante los últimos dos meses.

—¡Ay, sí, ya me acuerdo! —respondió mi madre meneando la cabeza con una sonrisa—. No llego ni a los cuarenta y mira qué memoria tengo ya...

Alzó la vista hacia el holograma del firmamento que había en el techo. Después se fijó en la selva proyectada sobre las paredes.

—Qué bien que hayas vuelto —le dijo entonces a mi padre—. Cámbianos estas imágenes, anda; tu hijo y yo estamos cansados de ver siempre lo mismo, pero no tenemos ni idea de cómo se usa el chisme ese.

Para cuando la Tierra comenzó a caer en dirección al Sol, ninguno de nosotros recordaba ya aquel episodio.

Un día dijeron en las noticias que el mar había empezado a descongelarse y decidimos hacer otra excursión familiar. Por entonces, la Tierra atravesaba la órbita de Marte. La luz solar que alcanzaba a nuestro planeta en aquella posición no causaba un aumento de las temperaturas demasiado notable, pero gracias al calor de los motores terrestres, la superficie se calentó lo suficiente como para derretir el hielo. Poder pisar la superficie sin el engorro de ponerse

trajes térmicos de ninguna clase era fantástico. Los motores terrestres iluminaban el cielo de nuestro hemisferio de manera permanente, pero al otro lado del planeta la llegada del Sol se experimentó de forma muy tangible: el cielo era de un azul claro y diáfano, el astro brillaba en el aire como antes de la huida de la Tierra. Nosotros, en cambio, ya desde antes de aterrizar, vimos que el mar no se había derretido: seguía siendo una vasta extensión de hielo. Decepcionados, salimos del coche. Justo cuando cerrábamos las puertas se oyó un ruido estremecedor que parecía provenir de las entrañas de la Tierra. Fue como si el planeta fuese a explotar.

—¡Es el océano! —nos aclaró mi padre, gritando para hacerse oír por encima de aquel ruido—. Debido al súbito aumento de las temperaturas, el hielo se está calentando de forma desigual y ¡se comporta como cuando hay un terremoto en tierra!

Justo entonces, un gran crujido sonó por encima del fragor. La gente a nuestra espalda prorrumpió en vítores. Vi que se abría una gran grieta en el hielo. La velocidad a la que se resquebrajó fue tal que pareció como si un relámpago negro apareciese al instante dibujado sobre la vasta superficie congelada. En medio del fragor, que no cesaba, surgieron muchas más fisuras de las que empezó a salir el agua, y se formaron torrentes que recorrían la superficie de aquella llanura helada.

En el camino de vuelta a casa, vimos cómo, en varias partes del terreno que durante tan largo tiempo había permanecido desnudo, comenzaba a brotar la vegetación. Había flores de todo tipo, brotes jóvenes y hojas volvían a aparecer en los bosques arrasados... La vida tenía prisa por afirmarse.

Sin embargo, a medida que se acortaba la distancia entre la Tierra y el Sol, el corazón de la gente se iba encogiendo. Cada vez eran menos las personas que subían a la superficie a disfrutar de la primavera; preferíamos quedarnos al resguardo de las ciudades subterráneas. No para evitar el calor que se

avecina ni las lluvias ni los vientos huracanados, sino por el pánico que nos causaba el Sol. Una noche, después de acostarme, oí que mi madre le susurraba a mi padre:

—Igual es verdad que ya es demasiado tarde.

—En los últimos cuatro perihelios ya corría el mismo rumor —contestó mi padre.

—Esta vez parece que va en serio. Me lo ha dicho la doctora Chandler. Su marido es astrónomo del Comité de Navegación, lo conocisteis una vez. Le dijo a su mujer que han observado un aumento de la concentración de helio.

—Cariño, tenemos que conservar la esperanza. No porque sea real, sino por una cuestión de nobleza. Si en la Era Antesolar la nobleza se medía por el dinero, el poder o el talento, ahora lo único que tiene valor es la esperanza. Es el oro y la riqueza de nuestro tiempo. Mientras vivamos, debemos mantenerla. Mañana tenemos que decirle lo mismo a nuestro hijo.

Al igual que todos los demás, a medida que se aproximaba el perihelio, comencé a sentirme intranquilo. Un día, después de clase, casi sin pensar, fui caminando hasta la plaza del centro. De pie frente al estanque circular de su fuente, alternando la mirada entre la fluorescencia azul del agua y las formas esotéricas que su reflejo dibujaba en su cúpula cuadrada, de pronto vi a Ling'er. Llevaba en la mano un botellín del que extraía un tubo con el que hacía pompas de jabón. Después de cada soplo, se quedaba embobada mirando cómo flotaban las burbujas. Cuando desaparecía la última, volvía a empezar.

—¿No eres un poco mayor para divertirte con eso? —le pregunté acercándome.

Ling'er, encantada de verme, exclamó:

—¡Vámonos de excursión!

—¿De excursión? ¿Adónde?

—Pues adónde va a ser, ¡a la superficie! —me dijo pasando la mano por el aire para proyectar con su pulsera la imagen holográfica de una playa al atardecer. Varias parejas paseaban por la arena con la brisa meciendo las palmeras y las olas acariciando la orilla. Sus negras siluetas se recortaban contra la luz dorada del Sol.

—Mona y Dagang me han enviado esta postal. Están viajando por todo el mundo; dicen que no hace tanto calor en la superficie, que se está bien. ¡Anímate, venga!

—Acaban de expulsarlos por faltar a clase —objeté.

—¡Bah! A ti eso te da igual. ¡Lo que pasa es que te da miedo el Sol!

—Ah, ¿y a ti no? ¿Acaso no fuiste tú quien tuvo que ir al psiquiatra a curarse la heliofobia?

—He cambiado mucho desde entonces. Ahora me siento... ¡inspirada! Mira —me dijo, al tiempo que volvía a soplar unas cuantas burbujas—. Fíjate bien —añadió señalándomelas.

Examiné una. Ondas de luz y color recorrían su superficie a toda velocidad adoptando formas intrincadamente complejas. Era como si la burbuja, consciente de lo breve que iba a ser su vida, quisiera mostrar al mundo la multitud de sueños y leyendas que aún albergaba su prodigiosa memoria. Un instante después, las pompas desaparecieron con una explosión sorda y, al cabo del medio segundo durante el que me pareció ver algún rastro, terminaron desvaneciéndose del todo. Era como si no hubieran existido jamás.

—¿Has visto? La Tierra es una pequeña pompa de jabón que flota por el universo hasta que un día de pronto... ¡Plop! Desaparezca. ¿Qué tiene de terrible?

—No sucederá así de rápido —alegué—. Se ha calculado que el helio tardará al menos cien horas en evaporarse de la Tierra.

—¡Eso es lo peor de todo! —me gritó ella con desesperación—. A

quinientos metros bajo tierra, ¡seremos como el relleno de un pastel de carne!
¡Primero nos coceremos y luego nos evaporaremos!

Un escalofrío me recorrió el cuerpo.

—En la superficie no será así —prosiguió Ling'er—. Todo se evaporará en cuestión de segundos, a cualquiera que le pille allí el fogonazo le pasará como a las burbujas, ¡plop! y... Por eso pienso que es mejor estar arriba cuando llegue el momento.

No sabría decir por qué, pero no quise acompañarla. Al final se fue con Dong. Nunca volví a ver a ninguno de los dos.

El fogonazo de helio nunca se produjo. La Tierra rebasó el perihelio a toda velocidad y emprendió la subida al afelio por sexta vez, apaciguando el nerviosismo de la humanidad entera. Dado que la Tierra ya no rotaba, en aquel punto de su órbita alrededor del Sol los motores instalados en el continente asiático quedaban orientados hacia el sentido en que avanzaba. Por eso, aparte de los momentos puntuales en los que había que hacer algún pequeño ajuste de posición, permanecían apagados. Navegábamos a través de una larga noche silenciosa. Al otro lado del mundo, en cambio, los motores del norte de América funcionaban a plena potencia: era el turno de aquel continente de hacer de anillo de sujeción de aquellos sopletes gigantes. Sumándole el hecho de que el hemisferio occidental quedaba de cara al Sol, el calor en aquella parte del planeta era devastador. Árboles y plantas fueron pasto de numerosos incendios.

La aceleración de la Tierra aumentaba año tras año. Cada vez que el planeta iniciaba el ascenso al afelio, a medida que nos alejábamos del Sol, nuestra ansiedad se calmaba; luego, por Año Nuevo, conforme volvíamos a caer hacia nuestra antigua estrella, la ansiedad crecía de nuevo y vivíamos con el corazón en un puño. Siempre que nos acercábamos al perihelio comenzaban a correr mil rumores anunciando la inminencia del fogonazo de helio, rumores que

persistían hasta que la Tierra volvía a subir hacia el afelio. Aunque, ciertamente, el miedo se redujera a medida que el Sol empequeñecía, en el fondo nunca nos abandonaba cierto desasosiego. En cualquier caso, el ánimo de la humanidad oscilaba sin parar de un extremo a otro como si viajara en un trapecio cósmico. O tal vez habría sido más apropiado decir que jugaba a la ruleta rusa cósmica: cada viaje entre perihelio y afelio equivalía a hacer girar el tambor del arma y cada paso del perihelio era apretar el gatillo. La tensión aumentaba con cada nuevo intento. Pasé mi adolescencia en aquel entorno que iba constantemente del miedo al alivio. A decir verdad, incluso en el punto más alejado del Sol, la Tierra seguía estando al alcance del fogonazo de helio. Si el Sol hubiese explotado en aquel momento, la Tierra no se habría vaporizado, sino que se habría licuado con lentitud, un destino mucho peor.

Durante la Era de la Huida, las catástrofes se sucedieron una tras otra.

Los cambios de trayectoria y de velocidad causados por los motores de la Tierra alteraron el equilibrio del núcleo de hierro y níquel del planeta. La turbulencia atravesó la discontinuidad de Gutenberg y alcanzó el manto. Conforme la energía geotérmica escapaba a la superficie comenzaron a sucederse las erupciones volcánicas en todos los continentes, una amenaza mortal para las ciudades subterráneas en las que vivíamos los humanos. A partir del sexto período orbital, los desastres causados por las infiltraciones de magma en ciudades de todo el mundo se volvieron habituales hasta extremos preocupantes.

El día que le tocó a nuestra ciudad, cuando empezaron a sonar las sirenas, yo volvía a casa después de clase. El ayuntamiento difundió un mensaje por megafonía:

—¡Habitantes de Ciudad F112! ¡El estrés de la corteza terrestre ha dañado nuestra barrera norte y se está produciendo una filtración de magma! Repito: ¡se está produciendo una filtración de magma! El flujo alcanza ya la cuarta

manzana. Todas las salidas de las autopistas han sido selladas. Concéntrense en la plaza central para ser evacuados en ascensor. ¡Tengan en cuenta que la evacuación se llevará a cabo de acuerdo con lo estipulado en el artículo cinco de la ley de emergencias! Repito: ¡la evacuación se llevará a cabo de acuerdo con lo estipulado en el artículo cinco de la ley de emergencias!

Observando el laberíntico entramado de túneles alrededor, no vi signos de que ocurriera nada inusual en la ciudad. Sin embargo, era consciente del inminente peligro: de las dos únicas autopistas subterráneas que conducían al exterior, una estaba bloqueada desde el año anterior debido a las necesarias labores de fortificación de las barreras de la ciudad, y ahora que la segunda había quedado también bloqueada, la única vía de escape eran los ascensores del pozo vertical que llevaban al exterior. La capacidad de carga máxima de los ascensores era muy pequeña, por lo que se iba a necesitar mucho tiempo para evacuar a trescientas sesenta mil personas. Lo que no habría serían disputas por quién subiría primero: la Coalición se había encargado de planificarlo todo.

Los antiguos solían debatir en torno al siguiente dilema ético: se está produciendo una gran inundación y solo puedes salvar a una persona, ¿a quién eliges, a tu padre o a tu hijo? A ojos de la gente de nuestra era, el mero hecho de plantearse lo resultaba inconcebible.

Cuando llegué a la plaza central, vi que la muchedumbre había empezado a formar una larga cola por orden de edad. El tramo que estaba más cerca del ascensor era el de los robots enfermeros, cada uno con un bebé. Luego venían los niños más pequeños, seguidos de los estudiantes de primaria... Mi lugar estaba hacia el tramo central, aunque algo más pegado al ascensor. Como mi padre estaba de servicio, los únicos miembros de la familia que estábamos en la ciudad éramos mi madre y yo. Tratando de localizarla, comencé a seguir la cola hacia tramos de edades mayores, pero no llegué muy lejos porque los

soldados me impidieron continuar. Sabía que mi madre estaba en el tramo final, pues la nuestra era una ciudad eminentemente universitaria y había muy pocas familias, de modo que debía de estar agrupada con los habitantes de mayor edad.

La cola avanzaba a una velocidad agónica. Después de tres largas horas, por fin me llegó el turno. No sentí alivio alguno al subir. Los veinte mil estudiantes universitarios que quedaban por evacuar se interponían entre mi madre y la supervivencia, y ya se empezaba a oler el azufre...

Dos horas y media después de que yo alcanzara la superficie, el magma inundaba por completo la ciudad subterránea a quinientos metros de profundidad bajo mis pies. El corazón se me encogía imaginando cómo debían de haber sido los últimos momentos de mi madre, horrorizada junto a las otras dieciocho mil personas que no pudieron ser evacuadas: debía de haber visto cómo el magma llenaba la plaza central. Para entonces, el suministro eléctrico ya habría fallado y la única luz en toda la ciudad debía de haber sido el terrible resplandor granate del magma. El intenso calor habría hecho ennegrecer la cúpula blanca de la plaza. Era posible que las víctimas hubieran perecido a causa de los miles de grados de temperatura, antes de entrar siquiera en contacto con el magma.

Pero la vida continuó. Aun en mitad de las terribles circunstancias que nos había tocado vivir, de vez en cuando el amor conseguía florecer.

Durante el decimosegundo ascenso al afelio, tratando de darle a la gente algo con lo que distraerse, la Coalición decidió reinstaurar los Juegos Olímpicos. Llevaban dos siglos sin celebrarse. Yo participé en la carrera de motos de nieve. Salía de Shanghái, cruzaba la superficie congelada del Pacífico y terminaba en Nueva York.

Más de cien motos de nieve salieron disparadas tras el pistoletazo de salida. Corríamos a doscientos kilómetros por hora. A los dos días, ya fuera

porque hubieran sufrido accidentes o porque me hubieran adelantado, las había perdido de vista a todas.

Con el brillo de los motores terrestres, comencé a internarme en la parte más oscura del planeta. En el mundo ahora solo existían el vasto cielo estrellado y la capa de hielo sobre la que corría, que se extendía hasta el infinito en todas direcciones. Parecía que el hielo llegara hasta los confines del universo, o que él mismo lo fuese. En mitad de todo aquello, yo. La sensación de soledad que me asaltó fue tan abrumadora que me entraron ganas de llorar. Aceleré desesperado, no porque me importase el puesto en el que me clasificara, sino por deshacerme tan pronto como fuera posible de aquella terrible sensación que me mataba por dentro y me susurraba que la meta solo existía en mi imaginación.

En ese momento vi que aparecía una figura en el horizonte. Cuando estuve algo más cerca advertí que era una mujer. Estaba de pie junto a su moto de nieve y su larga cabellera ondeaba al viento. Encontrármela justo en aquel momento marcó para siempre mi destino y el suyo. Era japonesa, se llamaba Yamasaki Kayoko. El equipo femenino había salido diez horas antes, pero a la moto de nieve de Kayoko se le había roto un esquí al quedársele encallado en el hielo. Mientras la ayudaba a reparar su vehículo, compartí con ella la sensación que me había asaltado antes.

—¡A mí me ha pasado lo mismo! —exclamó—. Como si fuese la única persona de todo el universo, ¡sí! ¿Sabes qué? Cuando te he visto aparecer en la distancia, ¡ha sido como si viera salir el Sol!

—¿Por qué no has pedido un avión de rescate?

—¡Esta carrera pone a prueba el espíritu de superación humano! —replicó Kayoko, puño en alto, mostrando la determinación tan característica de los japoneses—. ¡La Tierra no tiene a nadie a quien llamar para que la rescate en su travesía por el universo!

—Bueno, pero ahora sí tenemos que llamar —dije yo—; sin esquíes de repuesto no podemos reparar tu moto de nieve.

—¿Por qué no la llevas a remolque de la tuya? Siempre y cuando no te importe clasificarte en un puesto peor, claro...

No me importaba en absoluto, de modo que terminamos nuestra larga travesía del Pacífico congelados pero juntos.

A la altura de Hawái vimos aparecer una tímida luz en el horizonte. Allí, sobre aquella vasta extensión de hielo iluminada por un Sol minúsculo, enviamos una solicitud de matrimonio al Ministerio de Asuntos Civiles del gobierno de la Coalición.

Cuando llegamos a Nueva York, los jueces de la carrera, hartos de esperarnos, ya se habían marchado. A quien sí encontramos aguardando para recibirnos fue a un funcionario de la Oficina Municipal de Asuntos Civiles. Después de felicitarnos por nuestro reciente enlace, se dispuso a cumplir con su cometido: proyectó una imagen holográfica en el aire compuesta por decenas de miles de puntos. Había uno por cada uno de los matrimonios recientemente registrados por la Coalición a nivel mundial. Debido a la dura situación a la que nos enfrentábamos, solo una de cada tres parejas tenía derecho a procrear, lo cual se decidía al azar.

Kayoko estuvo dudando un buen rato ante la multitud de puntos hasta escoger uno del centro. Cuando vio que el punto se volvía verde, se puso a saltar de alegría. Yo, en cambio, no estaba seguro de si alegrarme o no. ¿Traer un niño al mundo en los tiempos que corrían podía considerarse algo positivo o negativo? El funcionario, en cambio, no cabía en sí de gozo. Según nos dijo, le encantaba ver que una pareja conseguía luz verde para tener descendencia. Entonces nos mostró una botella de vodka y los tres nos turnamos para beber y brindar por la perpetuación de la especie. A nuestra espalda, la débil luz del Sol silueteaba la estatua de la Libertad. Frente a nosotros, los rascacielos

abandonados de Manhattan proyectaban alargadas sombras sobre el hielo del puerto. Empecé a sentir los efectos del alcohol, y me di cuenta de que las lágrimas me resbalaban por las mejillas.

¡Ay, Tierra! ¡Mi Tierra errante...!

Antes de despedirse de nosotros, entre hipos, el funcionario nos entregó un juego de llaves.

—Son de la casa que se os ha adjudicado. ¡Vamos, ya podéis regresar a Asia, a ver vuestro magnífico nuevo hogar!

—No sé yo si será muy magnífico... —repliqué, escéptico—. Las ciudades subterráneas de Asia son muy peligrosas. Los del hemisferio occidental no tenéis ni idea del calvario que supone vivir allí.

—Muy pronto nos tocará sufrir nuestro propio calvario. La Tierra va a volver a atravesar el cinturón de asteroides. Esta vez, con el hemisferio occidental de cara.

—Llevamos atravesándolo sin mayor problema desde hace varios ciclos orbitales, ¿no?

—¡Pasábamos rozando el borde! La flota espacial podía controlar la situación eliminando los pocos asteroides que salían a nuestro paso con láseres y bombas nucleares, pero esta vez... ¿No lo han visto por las noticias? ¡Esta vez la Tierra atravesará el cinturón justo por el medio! La flota solo es capaz de lidiar con los asteroides pequeños, los más grandes... ¡Ay!

Cuando embarcábamos en el avión de regreso a Asia, Kayoko me preguntó:

—¿Cómo de grandes serán esos asteroides?

Mi padre trabajaba en la flota espacial dividiendo y destruyendo asteroides. Por eso yo, a pesar del bloqueo informativo impuesto por el Gobierno para evitar que cundiera el pánico, sabía más cosas acerca de lo que iba a ocurrir

que el público general. Le dije a Kayoko que algunos de los asteroides eran tan grandes como una montaña y que ni las bombas termonucleares de cincuenta megatonnes iban a conseguir más que abrir un boquete en su superficie.

—Van a tener que echar mano del arma más poderosa de cuantas dispone la humanidad —añadí sin especificar.

—¿Te refieres a una bomba de antimateria?

—¿Qué si no?

—¿Cuál es el rango de crucero de la flota espacial?

—Aún es muy limitado. Según mi padre, apenas millón y medio de kilómetros.

—¡Ah, pues entonces podremos verla!

—Mejor no miremos.

Pero Kayoko se empeñó en mirar. Sin gafas protectoras, además. El primer destello de la bomba de antimateria llegó desde el espacio poco después de que despegáramos. En aquel momento, Kayoko estaba admirando las estrellas a través de la ventanilla. La llamarada la dejó ciega durante más de una hora, y pasó un mes con los ojos llorosos y enrojecidos. En los electrizantes instantes posteriores al fogonazo, los misiles antimateria impactaron uno tras otro contra los asteroides, causando múltiples y potentísimos destellos en la oscuridad del espacio. Parecía como si una horda de *paparazzi* gigantes asaltase el planeta.

Media hora más tarde, vimos caer una lluvia de meteoritos con estelas de fuego. El espectáculo era horripilantemente hermoso. No dejaban de aparecer más y más bolas de fuego dibujando arcos cada vez más extensos. De repente, el fuselaje del avión sufrió una violenta sacudida a la que siguieron temblores y un fuerte rumor continuo. Kayoko dio un alarido y se echó a mis brazos.

Pensaba que nos había alcanzado un meteorito. Entonces oímos la voz del capitán por megafonía:

—Señores pasajeros, les rogamos que mantengan la calma. Lo que oyen es el estampido sónico provocado por los meteoritos al penetrar la atmósfera a gran velocidad. Colóquense los auriculares a fin de proteger sus oídos. Al no poder garantizar la seguridad del vuelo, llevaremos a cabo un aterrizaje de emergencia.

Justo entonces llamó mi atención un meteorito mucho mayor que el resto. Me pareció imposible que se pulverizara al entrar en contacto con la atmósfera y, efectivamente, aun perdiendo tamaño, fue a parar al hielo. Incluso desde los diez mil metros de altura a los que viajábamos, fui capaz de ver aparecer un pequeño punto blanco en la posición donde había impactado. El punto creció de inmediato hasta convertirse en un círculo que siguió expandiéndose sobre la superficie del mar.

—¿Eso es una ola? —me preguntó Kayoko, aterrada.

—Sí. Una ola de cientos de metros. Pero no te preocupes, el océano está congelado, no llegará muy lejos —dije tratando de tranquilizarla tanto a ella como a mí mismo. Dejé de mirar abajo.

Al rato aterrizábamos en Honolulu. El gobierno local nos había encontrado alojamiento en una ciudad subterránea. Mientras conducíamos a lo largo de la carretera de la costa, vimos que el cielo estaba atestado de bolas de fuego, demonios de pelo rojo que parecían haber saltado simultáneamente desde un mismo punto en el espacio.

Un meteorito cayó en el mar no muy lejos de la costa. En lugar de levantarse una columna de agua, vimos que se elevaba un hongo blanco de vapor y que el agua surgía del boquete en el hielo y corría en dirección a la orilla. La gruesa capa de hielo que cubría el mar se quebraba con gran estruendo; parecían los bramidos de monstruos gigantes que buceasen en las profundidades.

—¿Cómo de grande debe de haber sido el meteorito? —pregunté al funcionario que nos acompañaba.

—Más pequeño que su cabeza; no llegaría a los cinco kilogramos —respondió—. Pero acaban de avisarme de que a ochocientos kilómetros al norte de aquí ha caído uno de veinte toneladas.

En ese momento, comenzó a pitarle el comunicador de la muñeca.

—No nos da tiempo a llegar a la doscientos cuatro —le dijo de inmediato al conductor—, ¡para en la primera que encuentres!

El coche dobló una esquina y se detuvo frente a una de las entradas de la ciudad subterránea. Al bajar del vehículo vimos que estaba custodiada por varios soldados. Petrificados, todos ellos miraban al frente con los mismos ojos de pánico.

Al volvernos para mirar en la misma dirección, vimos una gran barrera negra. La primera impresión que me dio fue que era un banco de nubarrones volando bajo, pero resultaba demasiado uniforme; más bien tenía el aspecto de una muralla que cubriera el horizonte. Al fijarme, vi que tenía un fino borde blanco en la parte superior.

—¿Qué es eso? —preguntó Kayoko a un soldado.

Su respuesta hizo que se nos erizara el vello de la nuca:

—Una ola.

Las compuertas de metal de la ciudad se cerraron con gran estruendo. Al cabo de unos diez minutos comenzamos a notar unos fuertes temblores en el techo; parecía que hubiera un coloso rodando en la superficie. Angustiados, nos mirábamos unos a otros sin saber qué hacer; sabíamos que olas de cien metros de altura estaban arrasando Hawái de camino al continente. Pero aún más aterradores fueron los estruendos que vinieron luego, como si un puño gigantesco caído del espacio estuviera golpeando la superficie una y otra vez. A pesar de que la intensidad de las sacudidas llegaba al subsuelo amortiguada,

sentíamos retumbar cada uno de los golpes en lo más profundo de nuestra alma.

Los meteoritos estaban cayendo en tropel.

Aquel brutal bombardeo planetario continuó de forma intermitente durante una semana. Cuando por fin pudimos salir al exterior, Kayoko exclamó asombrada:

—¡Dios! ¿Qué le ha pasado al cielo?

Era de un gris plomizo y turbio. Las capas superiores de la atmósfera estaban saturadas con el polvo causado por las colisiones de los asteroides. El Sol y las estrellas se ocultaban tras la espesa niebla de aquel gris infinito que parecía cubrir el universo. El agua de las olas gigantes se había congelado sobre el terreno. Los pocos edificios de la ciudad que aún se tenían en pie se erigían solitarios en mitad del hielo con grandes cascadas heladas rebosando por todas partes. Una gran capa de polvo cubría la superficie del hielo y parecía haber robado los colores al mundo excepto aquel gris.

Kayoko y yo reemprendimos nuestro viaje de regreso a Asia. Sobrevolando la línea internacional de cambio de fecha, por entonces largamente olvidada, presenciamos la noche más oscura que hubiera visto la humanidad. Parecía que nuestro avión se abriera paso por las profundidades de un mar de tinta negra. Escrutamos el mundo exterior desde la ventanilla tratando de atisbar algún rastro de luz, pero lo único que conseguimos fue que la oscuridad enturbiara también nuestro ánimo.

—¿Cuándo va a terminar todo esto? —murmuró Kayoko.

No me quedó claro si se refería solo al viaje o a aquella vida llena de desastres y penalidades. A mí ambos se me antojaban igual de eternos. Y es que, aun suponiendo que la Tierra llegase a sobrepasar el radio de acción del fogonazo de helio, ¿qué diferencia habría? Seguíamos estando en el peldaño inferior de una larguísima escalera. Para cuando nuestros descendientes, cien

generaciones después, llegaran arriba del todo y atisbaran por fin la luz de una nueva vida, ya nos habríamos convertido en polvo. Me daba miedo imaginar el arduo camino que nos aguardaba, y aún me daba más miedo pensar que también mi mujer y mis hijos deberían recorrerlo. Estaba exhausto, no quería seguir.

Justo cuando la desesperación estaba a punto de apoderarse de mí, el grito de una mujer resonó en la cabina del avión:

—¡No, amor mío, no!

Me volví en la dirección de la que provenía el grito y vi a una mujer forcejeando con un hombre para quitarle una pistola de las manos. Él trataba de apuntarse en la sien. Estaba demacrado y tenía la mirada perdida. La mujer hundió la cabeza en su regazo y comenzó a sollozar.

—Ya vale —la conminó el hombre con dureza.

El sollozo cesó. Solo se oía el leve zumbido del motor del avión, constante como una marcha fúnebre. Por un instante, la aeronave se convirtió en lo único que existía en mitad de la inmensa oscuridad del universo. Kayoko me abrazó. Estaba muy fría.

De pronto, hubo una conmoción en la parte anterior de la cabina. La gente comenzó a susurrar agitadamente. Miré por la ventana y vi que frente al avión había una luz brillante que cubría de un azul uniforme el polvoriento cielo nocturno.

Era la luz de los motores de la Tierra.

Aunque la lluvia de meteoritos había destruido un tercio de los motores del hemisferio occidental, la Tierra había sufrido menos daños de los previstos por los cálculos realizados antes de la huida. Los motores del hemisferio oriental permanecían intactos. En términos de potencia, aún teníamos capacidad suficiente para seguir escapando de nuestra órbita.

Viéndome de nuevo frente a aquella luz azul me sentí como un buceador que

vuelve a ver la superficie luminosa al ascender desde las profundidades. Respiré aliviado.

Entonces se volvió a oír la voz de aquella mujer.

—Cariño, sentir dolor, sentir miedo... significa que continuamos con vida. En cuanto morimos, ya no sentimos nada. Solo hay oscuridad. ¿No te parece mucho mejor vivir?

El hombre no contestó. Se limitaba a mirar la luz azul con lágrimas en los ojos. Supe que saldría de esta. Siempre y cuando aquella llama azul de la esperanza se mantuviera encendida, todos sobreviviríamos. Recordé las palabras de aliento de mi padre.

Después de aterrizar, en lugar de ir directamente a nuestra nueva casa en el subsuelo, pasamos por la base de la flota espacial para hacerle una visita a mi padre. Sin embargo, cuando llegamos, lo único que encontramos fue una fría medalla al honor concedida a título póstumo. Me la entregó un comandante general de las Fuerzas Aéreas. Me explicó que mi padre había perdido la vida tratando de neutralizar la lluvia de meteoritos. La explosión de una bomba de antimateria había lanzado un fragmento de asteroide directo a su nave unipersonal.

—Cuando ocurrió, la roca viajaba a cien kilómetros por segundo en relación a su nave. La cabina se vaporizó al instante —me dijo el comandante general—. Le aseguro que no sufrió.

Cuando la Tierra volvió a descender, en su órbita de nuevo, Kayoko y yo subimos a la superficie con la esperanza de disfrutar del paisaje primaveral. Fue imposible: el mundo seguía siendo igual de gris.

Lo único que había bajo el plomizo cielo eran los lagos congelados que se habían formado con el agua de mar residual. No había ni rastro de verde por ninguna parte. El polvo de la atmósfera bloqueaba la luz solar dificultando el aumento de las temperaturas, por lo que el océano y los continentes

permanecieron congelados incluso en el perihelio. El brillo del Sol siguió siendo tenue como si un fantasma se escondiera detrás del polvo.

El polvo no desapareció hasta tres años después, cuando la humanidad pasaba por su último perihelio. Conforme lo alcanzábamos, quienes vivíamos en el hemisferio oriental tuvimos el privilegio de presenciar el amanecer y el atardecer más rápidos de toda la historia de la Tierra. El Sol surgió de un salto de detrás del mar y cruzó con celeridad el cielo. Las sombras cambiaban su ángulo en sincronía como si fueran los segunderos de innumerables relojes. Aquel fue también el día más corto del planeta: duró menos de una hora.

Cuando el Sol se hundió en el horizonte y la oscuridad se apoderó del planeta, sentí una gran tristeza. Aquel día fugaz había sido como un breve resumen de los cuatro mil quinientos millones de años de historia de la Tierra en el sistema solar. Ni llegado el fin del universo volvería.

—Ha oscurecido —anunció Kayoko con pesar.

—Va a ser una larga noche —dije.

Una noche que en el hemisferio oriental duraría dos mil quinientos años. La luz no volvería a iluminarlo hasta cien generaciones más tarde, al llegar a Próxima Centauri. El hemisferio occidental estaba viviendo el día más largo de su historia, pero en comparación con nuestra noche eterna, resultaba mucho más corto. En aquella parte del mundo, el Sol se elevaría hasta su cenit, posición en la que permanecería fijo al tiempo que empequeñecería. En cuestión de medio siglo ya no se distinguiría de las demás estrellas.

Según la ruta programada, estaba previsto que la Tierra tuviera un encuentro con Júpiter. El plan de la Comisión de Navegación Aérea era el siguiente: la decimoquinta órbita alrededor del Sol sería tan elíptica que su afelio tocaría la órbita de Júpiter; pasaría casi rozándolo para, aprovechando su tirón gravitacional, adquirir el impulso necesario para alcanzar por fin la velocidad de escape.

Dos meses después de nuestro paso por el perihelio, Júpiter se hizo visible a simple vista. Comenzó siendo un puntito nebuloso que rápidamente adoptó forma de disco. Al cabo de un mes era del tamaño que había tenido la luna llena. Era de color rojo oscuro y se le intuían las bandas oscuras. En aquel momento, algunas de las columnas de luz de los motores terrestres, que permanecían en posición vertical desde hacía quince años, comenzaron a virar: eran los ajustes finales de la posición de la Tierra antes de su cita con el gigante gaseoso. Este se hundió gradualmente en el horizonte, donde permaneció los siguientes tres meses. No podíamos verlo, pero sabíamos que los dos planetas estaban encontrándose.

Un día, de repente, nos enteramos de que Júpiter volvía a ser visible en nuestro hemisferio. La población acudió en masa a la superficie. Al cruzar la compuerta sellada de la ciudad, reparé en que, tras quince años de funcionamiento ininterrumpido, los motores de la Tierra estaban apagados. Las estrellas volvían a verse. Nuestro encuentro final con Júpiter seguía gestándose.

Todo el mundo miraba con nerviosismo en dirección al oeste, en cuyo horizonte comenzaba a aparecer una débil luz roja. La luz se expandió poco a poco hasta ocupar toda su extensión. Enseguida me di cuenta de que la inmensa expansión rojiza había adquirido forma: su borde dibujaba un arco contra las estrellas, arco que iba de extremo a extremo del horizonte y subía con lentitud. Todo se tiñó de rojo oscuro. Fue como si un velo granate del tamaño del firmamento separase la Tierra del resto del universo. Entonces, me quedé sin aliento. ¡Aquel velo era Júpiter! Sabía que era mil trescientas veces mayor que la Tierra, pero solo ahora me daba cuenta de su enormidad.

Es difícil describir el miedo claustrofóbico que nos produjo la aparición de aquel monstruo titánico. Más tarde, un periodista lo expresaría en estos términos:

Era incapaz de discernir si estaba dentro de mi propia pesadilla o si el universo entero era una pesadilla nacida de la mente de un perverso y omnipotente creador.

Prosiguiendo su terrible ascenso, Júpiter ocupaba ya la mitad del cielo. Fue entonces cuando pudimos ver con claridad las tormentas que ocurrían en sus nubes, gases trazando enrevesadas y caóticas trayectorias. Sabía que debajo de todo aquello había océanos de hidrógeno y helio líquido. De pronto, apareció la famosa Gran Mancha Roja, el vórtice anticiclónico que llevaba cientos de miles de años en su superficie. Era tan grande que habría podido tragarse la Tierra entera. Para entonces, Júpiter cubría el firmamento, y la Tierra parecía un globito flotando sobre su hirviente mar rojizo. En el centro, la Gran Mancha Roja semejaba el ojo amenazante de un cíclope que observara nuestro mundo, cubierto por su luz tenebrosa. Fue un instante en el que nadie creyó que la Tierra pudiera escapar de la atracción gravitatoria de aquel enorme monstruo. No porque pensáramos que fuésemos a convertirnos en un satélite de Júpiter, sino porque nos veíamos cayendo en aquel infierno que se ocultaba tras las nubes.

Pero los cálculos de los ingenieros eran correctos. El velo granate del cielo comenzó a descorrerse lentamente y, al poco tiempo, apareció una esquina de cielo negro por el oeste que se expandió con rapidez y reveló las estrellas, que volvían a titilar. La Tierra comenzaba a volar más allá de la mano gravitacional extendida por Júpiter. Entonces empezaron a oírse sirenas. Anunciaban que la marea gravitacional generada por el planeta se dirigía al interior del continente. Como supimos más tarde, el continente iba a volver a ser arrasado por olas gigantes de más de cien metros. Apresurándome en dirección a la entrada de la ciudad subterránea, eché un último vistazo a Júpiter, que todavía ocupaba la mitad del cielo, y descubrí una especie de rasguños en su superficie. Más tarde supe que era el rastro de la fuerza

gravitacional de la Tierra. También nuestro planeta había levantado líquidas montañas de hidrógeno a su paso.

Por fin, la Tierra, impulsada por la poderosa fuerza gravitatoria de Júpiter, aceleraba rumbo al espacio exterior. Al separarse por completo, alcanzó la velocidad de escape que precisaba para no necesitar volver jamás al Sol, donde la muerte aguardaba. Abriéndose camino en la inmensidad del espacio exterior, el planeta comenzaba su larga Era Errante.

Mientras tanto, aún bajo la oscura sombra roja de Júpiter, en las profundidades de la ciudad, nacía mi hijo.

3

REBELIÓN

Después de abandonar Júpiter, los más de diez mil motores terrestres de Asia volvieron a la vida. Seguirían funcionando a toda máquina durante los quinientos años siguientes, tiempo durante el que iban a consumir la mitad de las montañas del continente para obtener combustible.

Liberada de la mortal amenaza que había pesado sobre ella durante más de cuatro siglos, la humanidad exhaló un suspiro de alivio colectivo. Sin embargo, apenas hubo tiempo para el jolgorio, pues enseguida ocurriría algo inesperado.

En cuanto terminaron las celebraciones en la ciudad subterránea, me puse el traje térmico y fui a la superficie por mi cuenta. Las excavadoras habían arrasado las montañas de mi infancia y las habían convertido en un montón de cascotes sobre la tierra yerma y congelada. Había manchurroneos blancos por todas partes: era la sal que habían dejado las mareas tras de sí. Aquella gran ciudad de diez millones de habitantes donde mi abuelo y mi padre habían

pasado la vida estaba ahora en ruinas. La sombra de los almacenes metálicos expuestos de los rascacielos dibujaba formas que se asemejaban a los esqueletos de algún tipo de bestia prehistórica. Las perpetuas inundaciones y constantes lluvias de meteoritos habían arrasado prácticamente todo cuanto había habido en la superficie. Todo cuanto la naturaleza y el hombre habían construido durante milenios se hallaba ahora en ruinas. La superficie del planeta se había convertido en un desierto tan desolado como Marte.

Kayoko comenzó a sentirse cada vez más agitada. Solía dejar solo a nuestro hijo para irse a volar por ahí con el coche. Cuando regresaba, al cabo de varias horas, lo único que decía era que había estado en el hemisferio occidental. Un día, finalmente, me llevó con ella.

Después de cuatro horas volando a velocidad Mach 4, alcanzamos a ver el Sol apareciendo sobre el Pacífico. Del tamaño de una pelota de béisbol, emitía un brillo débil. Kayoko paró el coche en el aire y cogió un objeto alargado del asiento de atrás. Cuando lo desenfundó vi que se trataba de un telescopio simple, del tipo usado por los aficionados a la astronomía. Kayoko abrió la ventana, apuntó el telescopio hacia el Sol y me dijo que mirara.

A través de la lente tintada vi la imagen del astro magnificada cientos de veces. Se veían con claridad las manchas oscuras que recorrían su superficie y hasta las más mínimas protuberancias de los bordes de su disco.

Kayoko conectó el telescopio al ordenador del coche para capturar una instantánea de la estrella. Luego, colocándola al lado de otra imagen también del Sol, me dijo:

—Esta es la imagen que acabo de tomar y esta es la imagen del Sol hace cuatro siglos.

A continuación hizo que el ordenador comparara las dos imágenes.

—¿Lo ves? —me dijo, señalándome la pantalla—. ¡Son exactos en

luminosidad, en la disposición y probabilidad de píxeles, en jerarquía estadística y en un montón de parámetros más!

—¿Adónde quieres ir a parar? —dije desafiante—. ¿Pretendes demostrar algo con ese telescopio de juguete, un programucho de procesamiento de imágenes barato y tus conocimientos de aficionada? Ya son ganas de complicarse la vida, ¡no des pábulo a esos rumores!

—Eres un imbécil —me espetó ella. Luego recogió el telescopio y dio media vuelta con el coche.

Mientras nos alejábamos observé varios coches parados a distintas alturas. Todos tenían un telescopio que asomaba por la ventanilla apuntando en dirección al Sol.

Durante los meses que siguieron, una terrible sospecha comenzó a extenderse como la pólvora por todo el mundo. Cada vez más personas se ponían a observar el Sol y cada vez empleaban instrumentos más grandes y más sofisticados. Una asociación de carácter civil llegó a lanzar una serie de sondas. A los tres meses, cuando por fin pasaron cerca del astro, los datos que enviaron confirmaron definitivamente el hecho.

Desde hacía cuatro siglos el Sol no había cambiado un ápice.

Las ciudades subterráneas eran un hervidero de actividad, verdaderos volcanes a punto de estallar.

Un día, obedeciendo un decreto de la Coalición, Kayoko y yo tuvimos que entregar a nuestro hijo a un centro de acogida. En el camino de vuelta casa, los dos sentimos que acabábamos de perder el último vínculo que nos mantenía unidos. Al llegar a la plaza central, vimos a un hombre dirigiéndose a una pequeña multitud entre la que se estaban distribuyendo armas.

—¡Conciudadanos! —gritaba el orador—. ¡La Tierra ha sido traicionada! ¡La humanidad ha sido traicionada! ¡La civilización ha sido traicionada! ¡Somos víctimas de un tremendo fraude de escala tan descomunal que

conmocionaría al mismísimo Dios! ¡El Sol no ha cambiado lo más mínimo!
¡No va a explotar! ¡No lo hizo en el pasado ni lo hará en el futuro, no hay
mayor símbolo de la eternidad! ¡Lo que sí ha saltado por los aires es nuestra fe
en la Coalición! ¡Ha quedado al descubierto su ambición desmedida, su
codicia! ¡Se lo inventaron todo para cimentar su dictadura! ¡Han destruido el
planeta! ¡Han arruinado la civilización humana! ¡Ciudadanos, ciudadanos con
conciencia! ¡Tomad las armas y salvad el planeta! ¡Rescatemos a la
civilización humana! ¡Derroquemos al gobierno de la Coalición! ¡Tomemos el
control de los motores terrestres y saquemos nuestro planeta del frío espacio
exterior! ¡Regresemos a nuestra órbita original! ¡Volvamos al cálido abrazo
del astro rey!

Sin mediar palabra, Kayoko fue a tomar un rifle de quienes los repartían.
Luego se incorporó a la cola que hacían los ciudadanos armados. Así, sin
mirar atrás, desapareció en mitad de la niebla de la ciudad subterránea junto al
resto de sus vecinos. Yo me quedé allí de pie, anonadado y con la mano en el
bolsillo, asiendo con fuerza la condecoración que le había costado la vida a
mi padre. Sus bordes se me clavaron hasta hacerme sangre.

Tres días más tarde, la rebelión estallaba en todos los continentes.

Allá donde iba el ejército rebelde, la gente se unía a su causa. Ya casi nadie
dudaba de que nos habían engañado. De todas formas, yo terminé uniéndome
al ejército de la Coalición. No porque tuviera especial fe en ellos, sino por mi
familia, que servía en él desde hacía tres generaciones. Este hecho inspiraba
en mí una lealtad que, sin importar cuáles fueran las circunstancias, me
impedía traicionarles. La mera idea me resultaba inconcebible.

América, África, Oceanía y la Antártida cayeron en manos de los rebeldes,
una detrás de otra. La Coalición redujo el perímetro de las líneas defensivas
para tratar de mantener el control de Asia Oriental y Asia Central, donde se
hallaban los motores terrestres. Los rebeldes sitiaron casi de inmediato ambas

zonas. A pesar de la abrumadora ventaja de sus fuerzas respecto de las de la Coalición, su ofensiva se hizo esperar. La causa de la demora eran los motores: los rebeldes no querían dañarlos, de modo que evitaban el uso de armas pesadas, y esto proporcionó cierto respiro a la Coalición. Aquel *impasse* duró tres meses. Durante este tiempo las fuerzas de la Coalición perdieron terreno en doce batallas consecutivas. Las líneas defensivas de Asia Central y Asia Oriental se derrumbaron al fin.

Dos meses después, los últimos cientos de miles de soldados del debilitado Gobierno se vieron sitiados en el centro de control de los motores terrestres, cerca de la costa.

Yo era comandante en lo que aún quedaba de aquel ejército. El centro de control era un complejo del tamaño de una ciudad mediana construido alrededor del puente de mando de la Tierra. En aquel momento me hallaba en la enfermería, tumbado en una camilla por culpa de un rayo láser que me había herido el brazo. Fue allí donde supe que Kayoko había muerto en combate durante la batalla de Australia. Como el resto de los convalecientes, me pasaba el día borracho, ajeno a la evolución de la guerra que se libraba en el exterior y sin ganas de conocerla. Al cabo de no sé cuánto tiempo así, un día oí a alguien gritar:

—¿Sabéis por qué habéis terminado así? ¡Os sentís culpables por haberos puesto del lado de la humanidad! A mí me pasa igual.

Al darme la vuelta para mirar quién era, vi que llevaba una estrella de general prendida en el hombro.

—¡Ahora todo eso no importa! —prosiguió—. Tenemos una última oportunidad de salvar nuestra alma. El puente de mando de la Tierra está a apenas tres manzanas de distancia de aquí. ¡Asaltémoslo, hagámonos con su control y entreguémoselo a los seres humanos racionales de ahí fuera! ¡Ya

cumplimos con nuestra responsabilidad hacia la Coalición; cumplamos ahora con nuestro deber ante la humanidad!

Empuñando mi pistola con la mano que me quedaba ilesa, seguí por los pasillos de acero al enfervorecido tropel de soldados de toda índole que se había formado, tanto sanos como heridos, en dirección al puente de mando. Para mi sorpresa, apenas encontramos resistencia en el camino. De hecho, ocurrió lo contrario: a medida que avanzamos por aquel laberíntico entramado de pasillos, cada vez se nos unieron más personas. Al final, llegamos a la gran puerta de acero del puente de mando. Era tan alta que no alcanzábamos a ver la parte superior. Vibrando ruidosamente, se abrió de par en par, momento en el que entramos en tromba.

A pesar de haber visto el puente de mando por televisión en repetidas ocasiones, su magnificencia nos impresionó. Resultaba difícil juzgar las dimensiones exactas del recinto, pues se hallaba dominado por una enorme simulación holográfica del sistema solar. La mayor parte de aquella imagen era un vasto espacio negro que se extendía en todas direcciones, por lo que nada más entrar nos vimos inmersos en la más completa oscuridad. Como la simulación estaba diseñada para reflejar la escala real del sistema solar, el Sol y los planetas eran de proporciones minúsculas; tan pequeños que, si bien se distinguían, parecían luciérnagas distantes. Del punto central que representaba al Sol partía una espiral roja que se extendía como si dibujara ondas en la vasta superficie de un océano oscuro. Era la ruta de la Tierra. En su extremo externo, la espiral se volvía verde brillante: era el tramo de la ruta que la Tierra aún no había completado. Seguimos con la mirada aquella línea verde, que pasaba sobre nuestra cabeza, hasta que se perdía en las profundidades de un espléndido mar de estrellas. Había una gran cantidad de polvo brillante flotando en el ambiente. Hasta que no tuve cerca aquellas

partículas no me di cuenta de que se trataba de pantallas virtuales con complicados cálculos y gráficas de curvas.

Entonces descubrí la consola de navegación de la Tierra, reconocible para cualquier habitante del planeta. Tenerla delante volvió a confundir mi percepción de la escala real de aquel lugar, pues era una plaza en sí misma. Estaba ocupada hasta rebosar por varios miles de personas entre las que se incluían los líderes de la Coalición, el grueso de los integrantes de la Comisión de Emigración Interestelar, encargada de implementar el plan de navegación de la Tierra, y los pocos seguidores fieles que le quedaban al Gobierno.

En ese momento oí la voz del cónsul mayor retumbando en la oscuridad:

—Aun estando en condiciones de luchar hasta el final, correríamos el riesgo de alterar el funcionamiento de los motores terrestres. De suceder tal cosa, el material fisionable podría causar un agujero en el planeta o evaporar los océanos, de modo que hemos decidido entregarnos sin oponer resistencia. Entendemos vuestro punto de vista. La humanidad libra una dura batalla desde hace cuarenta generaciones y aún deberá seguir librándola durante cien generaciones más; no era razonable esperar que mantuviera la racionalidad a lo largo de todo este tiempo. Aun así, recordad bien: las más de cinco mil personas que estamos aquí, desde quien os habla hasta el último soldado raso, nos mantenemos firmes en nuestras convicciones. Somos conscientes de que no llegaremos a ver el día en que se confirmen, pero si la humanidad sobrevive, las futuras generaciones se postrarán con arrepentimiento ante nuestra tumba. ¡Este planeta que llamamos Tierra constituirá un eterno monumento a nuestra memoria!

La enorme puerta del puente de mando, que había permanecido sellada, volvió a abrirse reverberando. De ella salieron los últimos miles de miembros del bando protierra del planeta, escoltados por los rebeldes en dirección a la

orilla del mar. A su paso, desde todas direcciones, la gente les escupía y les lanzaba piedras o trozos de hielo. A algunos les llegaron a romper la mascarilla de oxígeno del traje, dejándoles el rostro al descubierto y exponiéndolos a la gélida temperatura de más de cien grados bajo cero. Aun así, impertérritos, prosiguieron su marcha con la cabeza alta. Entonces vi que una niña pequeña levantaba un gran trozo de hielo del suelo y se lo tiraba a un anciano protierra con todas sus fuerzas. La rabia de su mirada enfurecida conseguía traspasar el cristal de su casco.

Al enterarme de que los habían sentenciado a muerte, pensé que era una condena demasiado leve. ¿Morir y ya está? ¿Acaso con eso ya iban a expiar sus delitos? ¿A reparar el daño causado por aquella desquiciada y elaborada estafa suya que había acabado destruyendo la Tierra y la civilización humana? ¡Diez mil veces habrían tenido que morir! Pensé en los astrofísicos que habían predicho la explosión del Sol, en los ingenieros que habían diseñado los motores terrestres. Aunque llevaban muertos desde hacía ya un siglo, me venían ganas de ir a sacarlos de su tumba y darles el castigo que se merecían.

Al conocer la manera en que iban a llevar a cabo las ejecuciones, me sentí más satisfecho: primero les confiscarían las baterías nucleares que alimentaban sus trajes y luego los arrojarían al océano helado, donde las bajas temperaturas se ocuparían de arrebatárles la vida.

Los criminales más siniestros y vergonzosos de toda la historia de la civilización humana se hallaban de pie sobre el hielo en mitad del océano, temblando ateridos y pegados unos a otros. Desde la costa, más de cien mil personas los observaban. Cien mil mandíbulas apretadas con rabia, cien mil pares de ojos ardiendo con la misma furia que había visto en la mirada de aquella niña.

Para entonces, los motores terrestres se habían apagado. Un resplandeciente manto de estrellas brillaba sobre la inmensidad del hielo. Imaginé el frío

cortándoles la carne como un montón de dagas que se les clavarán en la piel, la sangre congelándose en las venas, la vida escapándose lentamente del cuerpo. Una cálida satisfacción se extendió por todo mi cuerpo. Viéndolos sufrir aquella tortura agónica, el público se sentía eufórico. Entre vítores y hurras, comenzaron a cantar *Mi Sol*.

Me sumé a su canto y elevé la vista en dirección a una estrella algo mayor que el resto. Tenía forma de disco y emitía una luz amarilla. Era el Sol.

*¡Oh, Sol, mi Sol,
madre de la vida,
padre de todo ser,
gran espíritu, mi Dios!*

*Nada más estable que Tú,
nada más eterno;
insignificantes en comparación,
moléculas basadas en el carbono, más ínfimas que una mota de polvo,
hacinadas en esa roca que orbita a tu alrededor,
¿cómo osamos predecir tu final?*

Una hora después, los enemigos de la humanidad seguían de pie sobre el hielo. Ni uno solo conservaba la vida. Se les había congelado la sangre en las venas.

De pronto, dejé de ver. Pasaron varios segundos antes de que mis ojos volvieran a distinguir el cielo, la orilla y el gentío. Cuando me recuperé, todo se manifestaba con muchísima más claridad que antes: un intenso resplandor iluminaba el mundo. Era su abrupta llegada la que me había cegado momentáneamente.

Las estrellas no habían vuelto. Su brillo quedaba oculto bajo aquel resplandor que parecía haber fundido el universo entero. Provenía de un único

punto en el espacio, ese mismo punto que, justo en el instante en que se convertía en el centro del universo, yo había estado mirando.

El helio había devuelto el brillo al Sol.

Los cánticos cesaron de golpe. Las más de cien mil personas reunidas en la costa se habían quedado aturcidas; parecían tan petrificadas como los cadáveres congelados sobre la superficie del mar.

El Sol extendió su luz y su calor sobre la Tierra por última vez. La capa de hielo seco de la superficie se derritió, causando que emanaran nubes de vapor blanco. Después empezó a descongelarse el agua y las capas de hielo comenzaron a crujir debido al calentamiento desigual. Conforme la luz se atenuaba, el cielo fue adquiriendo una tonalidad azul y luego surgieron enormes cortinas de luz iridiscente que se agitaban a causa de los fuertes vientos solares.

Los últimos cinco mil miembros de la facción protierra del planeta permanecían firmes como estatuas bajo aquel repentino baño de Sol.

La explosión solar no duró. Al cabo de dos horas, la luz disminuyó con rapidez hasta extinguirse por completo.

Una oscura esfera roja ocupaba ahora la posición del Sol. Desde donde estábamos, vimos que comenzaba a crecer lentamente hasta alcanzar el tamaño que había tenido en tiempos de la órbita original de la Tierra. Llegó a ser tan voluminosa que su diámetro superaba la órbita de Marte.

Mercurio, Venus y Marte, compañeros de la Tierra durante tanto tiempo, terminaron reducidos a cenizas debido a la intensa radiación térmica.

Aquel ya no era nuestro Sol. Ya no emitía luz ni calor: parecía un frío pedazo de papel rojo que alguien hubiera pegado en el firmamento. Su oscura luz roja no era más que el reflejo de la luz de las estrellas que lo rodeaban. Toda estrella de tamaño medio sufría aquel mismo destino: terminar convertida en una gigante roja.

Cinco mil millones de gloriosos años de vida acababan de reducirse a un fútil sueño: el Sol había muerto.

Por suerte, la humanidad seguía viva.

4

LA ERA ERRANTE

Desde que pasó todo eso ha transcurrido ya medio siglo. Hace veinte años la Tierra abandonó la órbita de Plutón y salió del sistema solar para continuar su viaje solitario en el frío y vasto espacio exterior.

Mi última visita a la superficie fue hace ya más de una década. Fui con mi hijo y mi nuera, una muchacha rubia y con los ojos azules. Estaba embarazada.

Lo primero que advertí al llegar fue que, a pesar de que funcionaban a pleno rendimiento, ya no se veían los haces de luz de los motores terrestres. Eso era porque, con la desaparición de la atmósfera, no quedaba nada que dispersara la luz del plasma. El suelo estaba cubierto de extraños cristales translúcidos verdiamarillos. Estaban compuestos de oxígeno sólido y de nitrógeno, vestigios de la congelación de nuestra atmósfera. Curiosamente, dicha congelación no había sido uniforme, lo cual había propiciado la formación aquí y allá de varios montículos irregulares, una suerte de colinas translúcidas que, junto con el paisaje cristalino de la superficie marina, conformaban una imagen de lo más insólita. Por encima se extendía la Vía Láctea, fija en el cielo como si también ella estuviera congelada. La luz de sus estrellas era muy brillante y uno no podía quedarse mirándolas durante mucho tiempo.

Los motores de la Tierra seguirán funcionando de forma ininterrumpida durante los próximos quinientos años, acelerando el planeta paulatinamente hasta que alcance una velocidad equivalente a cinco milésimas de la de la luz.

La Tierra continuará entonces desplazándose hasta completar dos tercios de su viaje, momento en el que cambiaremos la dirección de los motores para que entre en un proceso de desaceleración que durará quinientos años. Después, tras dos mil cuatrocientos años de travesía, la Tierra alcanzará al fin su destino: Próxima Centauri. Al cabo de otros cien años, conseguirá estabilizar su órbita alrededor, convirtiéndose así en uno de sus satélites.

*Sé que me habéis olvidado,
este viaje errático dura ya demasiado;
pero llamadme, os lo ruego,
cuando la luz del alba asome por el este de nuevo.*

*Sé que me habéis olvidado,
nuestra marcha forma ya parte del pasado;
pero llamadme, os lo ruego,
cuando la especie humana vuelva a ver el azul del cielo.*

*Sé que me habéis olvidado,
el sistema solar queda ya muy lejano;
pero llamadme, os lo ruego,
cuando las flores coronen las ramas de nuevo.*

Cada vez que oigo estos versos, una plácida sensación de calidez embarga mi anciano cuerpo anquilosado; se me empañan los ojos y me parece ver los tres soles dorados de Alfa Centauri elevándose uno por uno por encima del horizonte, bañándolo todo con el calor de su luz. La sólida atmósfera del planeta se ha desvanecido para volver a dar paso a un cielo despejado y añil. Las semillas que plantamos hace más de dos mil años han germinado al fin y se abren paso a través de la tierra en deshielo. Un manto verde cubre la superficie. Veo a los tataranietos y tataranietas de mis descendientes de dentro de un centenar de generaciones jugando y riendo en la hierba de las praderas, veo riachuelos de agua cristalina por donde nadan miríadas de peces

plateados... Y veo a Kayoko corriendo hacia mí, tan joven y bella como un ángel...

¡Ay, Tierra! ¡Mi Tierra errante...!

Montañas

1

ALLÁ DONDE SE ERIJA UNA MONTAÑA

—De hoy no pasa: quiero saber a qué se debe esa excentricidad tuya de rehuir pisar tierra firme —le dijo un día a Feng Fan el capitán del barco—. En cinco años, con la cantidad de puertos de no sé ya cuántos países en los que hemos atracado, no te has bajado del *Bluewater* ni una sola vez. Ni siquiera desembarcas cuando volvemos a China; el año pasado, mientras nos reparaban el barco en Qingdao, te pasaste los dos meses encerrado en cabina.

—¿Le recuerdo al protagonista de *La leyenda del pianista en el océano*? —replicó Fan.

—No me digas que cuando le llegue la hora a este armatoste piensas hundirte con él igual que en aquella película.

—Cambiaré de barco y listos. Un ingeniero geólogo como yo, constantemente al pie del cañón, siempre es recibido con las manos abiertas.

—Esa respuesta me induce a pensar que hay algo en tierra que te asusta.

—Al revés. Hay algo en tierra que añoro muchísimo.

—¿Qué?

—Las montañas.

Se hallaban sobre la banda de babor de la cubierta del buque de investigación oceanográfica *Bluewater*, observando las aguas ecuatoriales del Pacífico. El barco había cruzado la línea del ecuador por primera vez hacía un año, un hito jubilosamente conmemorado con la ceremonia tradicional propia

de tales ocasiones. Después, el descubrimiento de un depósito de nódulos de manganeso en el lecho marino había obligado al *Bluewater* a volver a cruzar aquella línea imaginaria en uno y otro sentido en tan repetidas ocasiones que ya nadie pensaba en ella.

Con el sol hundiéndose con lentitud tras el horizonte, el Pacífico resultaba inusualmente tranquilo. A Fan, que nunca lo había visto tan en calma, le recordó a los lagos del Himalaya: con su quietud serena y su límpida oscuridad, como si fueran los ojos de la Tierra. Una vez él y otros dos compañeros de expedición estuvieron espiando a una joven tibetana que se bañaba en las aguas de uno de aquellos lagos. Un grupo de pastores los descubrieron y comenzaron a perseguirles machete en alto. Al ver que no les daban alcance, pasaron a lanzarles piedras con sus hondas. Su puntería era tal que a Fan y a sus compañeros no les quedó otro remedio que rendirse a la tremenda lluvia de cascotes que les cayó. Por suerte, al acercárseles, después de mirarlos de arriba abajo, los pastores los dejaron marchar. Fan recordaba aún lo que uno de ellos había dicho en tibetano: «¡Los primeros forasteros que veo correr así!».

—Conque te gustan las montañas... —prosiguió el capitán—. ¿Creciste rodeado de ellas?

—Qué va, no —respondió Fan—. Los que se crían entre montañas suelen detestarlas. Tienden a pensar que los aíslan del mundo. En Nepal conocí a un sherpa que había escalado el Everest en más de cuarenta ocasiones pero que, cada una de las veces en las que su expedición estaba a punto de alcanzar la cima, se detenía y se dedicaba a observar a los demás... A pesar de que, según decía, para él, subir tanto por la pendiente norte como por la pendiente sur era un paseo y podía haberlo conseguido en menos de diez horas, simplemente no le interesaba.

»Los únicos dos sitios desde los que uno puede apreciar de verdad la magia

de una montaña son, primero, desde una llanura alejada de su pie y, segundo, justo en lo alto de su cima —prosiguió Fan—. Yo nací en las grandes llanuras de Hebei, con las montañas Taihang al oeste. Entre ellas y mi casa no había nada que se interpusiera, tan solo una vasta extensión de tierra tan inmensa como este océano. A los pocos días de nacer, mi madre me llevó afuera por primera vez. Aunque por entonces el cuello apenas conseguía sostenerme la cabeza, enseguida lo giré vigorosamente en dirección al oeste y me puse a balbucear a las montañas. Más tarde, al aprender a caminar, siempre iba hacia ellas tambaleándome, y un poco más mayor, un día de buena mañana no se me ocurrió otra cosa que irme a recorrer la ruta del ferrocarril que iba de Shijiazhuang a Taiyuan. No paré hasta el mediodía, que fue cuando empezaron a sonarme las tripas y decidí volver, pero todo el rato veía las montañas igual de lejanas. Después, cuando ya iba a la escuela, una tarde cogí la bici y me dispuse a llegar hasta ellas, pero por más que pedaleaba, ellas, siempre inalcanzables, parecían alejarse de mí a la misma velocidad. Con el tiempo, aquellas montañas distantes se convirtieron para mí en símbolo de todas esas cosas en la vida que, aun pudiendo verlas con total claridad, nos siguen resultando inalcanzables; esos sueños eternamente congelados en la lejanía.

—Yo he estado en esas montañas y están yermas —dijo entonces el capitán negando con la cabeza con desdén—: son todo peñascos salvo por algún matorral que otro. Seguro que al final te llevaste una decepción.

—Pues no. Para mí fue diferente. Lo que quería era llegar hasta ellas, escalarlas; no esperaba encontrar nada específico una vez allí. Cuando alcancé la cima por vez primera, oteando la llanura en la que me crié en toda su extensión, sentí que volvía a nacer.

Fan reparó en que el capitán había dejado de estar pendiente de su conversación para dirigir su mirada hacia el cielo, donde había escasas estrellas.

—Mira —dijo entonces el capitán, apuntando hacia arriba con la pipa—. Ahí no debería haber ninguna estrella.

Pero la había. Una estrella de brillo tan débil que casi resultaba invisible.

—¿Está seguro? —preguntó Fan volviendo a observar al capitán—. Ya hace tiempo que los GPS sustituyeron a los sextantes, ¿tan al dedillo se conoce el cielo nocturno?

—Naturalmente que sí, es una habilidad básica en el oficio de navegar —replicó el capitán. Luego, dirigiendo la vista hacia Fan, añadió—: En fin, continúa.

Fan asintió.

—Más tarde, en la universidad, formé un grupo de alpinismo. Subimos varios ochomiles. El último fue el Everest.

El capitán comenzó a escudriñarlo con la mirada.

—¡Acabáramos! —exclamó al poco—. Tú eres... Con razón me sonaba tu cara. ¿Te cambiaste de nombre?

—Sí. Antes no me llamaba Feng Fan, sino Feng Huabei.

—Hace ya años de... ¡Menudo revuelo se formó! ¿Es verdad lo que se dijo en los medios que ocurrió?

—Pues... no del todo, pero... en fin, lo fundamental sí: cuatro alpinistas universitarios murieron por mi culpa.

Echando mano de otra cerilla para volver a prender su pipa, el capitán observó:

—Capitanear un grupo de escaladores se me antoja bastante similar a estar al mando de un barco: en ambos casos lo más difícil de aprender no es a perseverar, sino a saber cuándo rendirse.

—Éramos muy conscientes de que, a partir del momento en el que abandonáramos un ascenso, iba a ser muy complicado que tuviésemos más oportunidades de subir más montañas. El alpinismo no es un deporte barato

precisamente y, siendo universitarios no profesionales, nos iba a costar mucho encontrar otro patrocinador... Lo que pasó aquella vez fue que los guías que habíamos contratado se declararon en huelga y se negaron a ayudarnos, y tardamos mucho más tiempo de lo previsto en construir el campamento base. Luego, aunque el pronóstico era claramente de tormenta, estudiando la posición de las nubes llegamos a la conclusión de que no iba a alcanzarnos durante al menos veinte horas. Como para entonces ya habíamos construido el segundo campamento a siete mil novecientos metros, pensamos que dispondríamos de tiempo más que suficiente para llegar a la cima. Ante esas circunstancias, ¿cómo íbamos a pensar en abandonar? Ni se nos pasó por la cabeza. Por eso proseguimos con el ascenso.

—La estrella se está iluminando —interrumpió el capitán, de nuevo con la vista en el cielo.

—Claro, porque está oscureciendo.

—No parece que sea por eso... Bueno, sigue.

—Ya debe de estar al tanto de lo que ocurrió luego: la tormenta nos alcanzó justo en el tramo que va de los ocho mil seiscientos ochenta a los ocho mil setecientos diez metros, el más peligroso, porque tiene una inclinación de casi noventa grados. Se halla cerca del segundo escalón de la llamada «escalera china», por tanto estábamos a punto de alcanzar la cima. Además el cielo estaba despejado salvo por la blanca nube brumosa que ascendía por el lado opuesto de la montaña. Recuerdo con claridad que en ese momento me pareció como si el Everest fuera un afilado cuchillo clavándose en el cielo del cual brotase sangre blanca... Muy pronto perdí de vista todo eso, pues me envolvió un temporal de nieve tan densamente tupido que oscureció todo cuanto había a mi alrededor. En el acto sentí que mis cuatro compañeros se despeñaban acantilado abajo y quedaban colgando de mi cuerda. Lo único con lo que me aferraba a la pared de hielo era un crampón con la punta clavada en una grieta;

era imposible que aguantara el peso de cinco personas. Así que, dejándome llevar por el instinto, aflojé el mosquetón de acero de la cuerda y los dejé caer. A fecha de hoy aún no han sido hallados dos de los cuerpos.

—Era cuestión de elegir si iban a morir cinco o si iban a morir cuatro.

—Ya, claro, tomé una decisión de acuerdo con los criterios internacionales de actuación en situaciones de emergencia, pero la culpabilidad que siento desde entonces es una cruz que nunca dejaré de cargar... Oiga, tiene usted razón: esa estrella es algo raro, sigue brillando...

—Bah, da igual, dime: esa... esa negativa tuya a pisar tierra firme ¿tiene que ver con lo que ocurrió entonces?

—¿A usted qué le parece? Ya sabe el desprecio y la repulsa con que me condenaron los medios: me tacharon de irresponsable, dijeron que había obrado de forma egoísta y cobarde, que me daba igual haber sacrificado la vida de mis cuatro compañeros con tal de haber salvado la mía... Decidido a demostrar que se equivocaban como mínimo en ese último punto, me puse el anorak y las gafas de sol, cogí los bártulos y fui a encaramarme por el tubo de desagüe del edificio de la biblioteca de mi universidad hasta que alcancé la azotea. Justo en el momento en el que iba a saltar, apareció mi tutor. Me dijo a mis espaldas: «¿No te parece que suicidarte es tomar el camino más fácil? ¿Que, en el fondo, lo haces para librarte de un castigo aun más severo?». Cuando le contesté que dudaba mucho de que existiera mayor penitencia que renunciar a la vida, él me contestó que sí la había: pasar el resto de la vida en el lugar más alejado de las montañas que encontrara y no volver a verlas jamás. Tenía razón. Por eso no salté. Como es natural, aquel episodio me convirtió en objeto de escarnio y burla aún más generalizados, pero yo, en mi fuero interno, sabía que mi tutor estaba en lo cierto: si en su día yo había decidido estudiar geología era porque para mí las montañas lo eran todo. Sin lugar a dudas, vivir para siempre alejado de ellas, añorándolas, atormentado

por mi conciencia, realmente iba a suponer un castigo peor que la muerte, lo cual me pareció justo. Así fue como, después de graduarme, terminé como ingeniero a bordo de este buque que surca el océano, el lugar más alejado de las montañas que existe.

El capitán se lo quedó mirando sin saber qué decir. Luego, pensando que era mejor dejar las cosas como estaban, levantó la mirada en dirección al cielo buscando algo con lo que cambiar de tema y, efectivamente, lo halló:

—Échale otro vistazo a la estrella —le conminó.

—¡Cielos, parece estar cambiando de forma! —soltó Fan al verla. Ya no era un punto, sino un pequeño disco en rápida expansión que, en un abrir y cerrar de ojos, pasó a ser un fabuloso orbe de luz azul en mitad del firmamento.

Un apresurado trepidar de pasos le hizo apartar la mirada del cielo en dirección a cubierta. El primer oficial del barco corría hacia ellos con los auriculares puestos.

—Acabamos de recibir un mensaje anunciando que una nave extraterrestre se está aproximando a la Tierra —comunicó al capitán—. Al parecer, nuestra posición en el ecuador es justo desde la que puede apreciarse mejor... Bueno, mire si no... ¡Es aquello!

Mirando hacia arriba, los tres presenciaron cómo el orbe seguía expandiéndose en el cielo cual globo que se hinchara. Muy pronto alcanzó el tamaño de la luna llena.

—¡Todas las emisoras están hablando de lo mismo! —exclamó el primer oficial—. Aunque ya había sido detectado antes, hasta ahora no se había podido confirmar la auténtica naturaleza del objeto. No responde a ninguno de nuestros mensajes, pero su trayectoria deja claro que está propulsado por una fuerza enorme que lo dirige hacia la Tierra a toda velocidad! ¡Ahora dicen que es tan grande como la luna!

Para entonces aquella esfera extraterrestre resultaba ya visiblemente mayor que la luna, con facilidad, unas diez veces más grande, y ocupaba una parte considerable del cielo. Eso quería decir que estaba mucho más cerca de la Tierra que la luna. Aún con la oreja pegada al auricular, el primer oficial añadió:

—Dicen que se ha detenido y se halla en órbita geosincrónica a treinta y seis mil kilómetros de la Tierra. Se ha convertido en un satélite geoestacionario.

—¿Un satélite geoestacionario? —exclamó el capitán—. ¿¿Quiere decir que va a seguir ahí colgado sobre nosotros todo el tiempo?!

—Sí, señor, en el ecuador, ¡justo encima de nosotros!

Fan observaba con detenimiento aquella gigantesca esfera. Envuelta en un fantasmagórico halo de luz azul, parecía casi translúcida. Fan tuvo la extraña sensación de hallarse frente a una gran masa de agua y sintió la misma expectación fascinante que lo embargaba cada vez que el muestreador de sedimentos emergía a la superficie. Era como si aquel orbe insondable hubiera formado parte de los océanos desde tiempos inmemoriales y al fin estuviera regresando a la Tierra.

—¡Mirad el mar! ¡¿Qué está pasando?! —gritó el capitán, el primero en conseguir apartar la mirada del hipnótico embrujo del orbe, mientras agitaba la pipa con vehemencia en dirección al mar.

La parte del horizonte hacia la que apuntaba había comenzado a curvarse hacia arriba en forma de pico de onda senoidal; una bolsa de agua de colosales proporciones se estaba elevando cada vez más en dirección al espacio como si tirara de ella una gigantesca mano invisible.

—¡La gravedad que ejerce la masa de la nave espacial está atrayendo el agua del océano! —exclamó Fan, sorprendiéndose al ver que conservaba la capacidad de raciocinio aun en aquellas circunstancias.

A pesar de que la masa de la nave no debía de sobrepasar la de la luna, su distancia hasta la Tierra era diez veces menor. Era una suerte que hubiera entrado en órbita geosincrónica, así, el agua que levantaba se mantendría en el mismo sitio; de lo contrario hubiera causado olas tan monstruosamente enormes que habrían arrasado pueblos y ciudades de todos los continentes.

La bolsa de agua tocaba ya el cielo, erigida en forma de un cono de punta plana. Su superficie destellaba con el mismo brillo de la nave que la sobrevolaba, al tiempo que la sangrienta luz del sol poniente, oculto tras ella, delineaba su silueta. En la parte superior del cono, el aire frío congelaba la espuma marina originando capas de niebla que flotaban y se expandían para, al poco de comenzar a flotar en el cielo nocturno, desaparecer. A Fan le dio un vuelco el corazón: la escena le recordó a la de aquel aciago día...

—¡Medid la altura! —ordenó el capitán.

Al cabo de un minuto alguien gritó:

—¡Nueve mil cien metros aproximadamente!

Se hallaban frente al espectáculo más temible, más imponente y más maravilloso del mundo. Cautivados por su hechizo, eran incapaces de dejar de mirarlo.

—Esto es el destino... —dijo Fan, fascinado como ante un sueño que se hubiera hecho realidad.

—Pero ¿¿qué dices?! —exclamó el capitán, con la mirada aún fija en el agua.

—Que es el destino.

Eso parecía, en efecto: justo en aquel remoto rincón del Pacífico al que Fan había ido a parar precisamente por huir de las montañas, había surgido ahora una, de agua, que sobrepasaba al mismísimo Everest por un par de cientos de metros. La montaña más alta de todo el planeta.

—¡Timón de babor número cinco, a toda máquina! ¡Tenemos que salir de

aquí lo antes posible! —ordenó el capitán al primer oficial.

—¿Salir de aquí? —preguntó Fan con extrañeza—. ¿Qué peligro corremos?

—La nave extraterrestre ha creado una enorme zona de baja presión que ya debe de estar formando una gigantesca borrasca. Hacedme caso, esta podría ser la tormenta más grande de toda la historia. Si atrapa al *Bluewater* lo arrancará del agua y se lo llevará volando como si fuera una hojita de árbol al viento. Solo espero que estemos a tiempo de escapar.

Justo entonces, el primer oficial levantó la mano para indicar que le dejaran escuchar. Tras unos instantes agarrado al auricular, anunció:

—Capitán, la cosa es mucho peor de lo que usted pensaba. Acaban de decir por radio que los alienígenas han venido a destruir la Tierra. Solo con su enorme masa, su nave está haciendo algo mucho peor que causar una tormenta: ¡está a punto de causar un agujero en la atmósfera!

—¿Un agujero?

—¡Dicen que la gravedad de la nave espacial agujereará las capas superiores de la atmósfera terrestre y esta, al igual que un globo al que se le escapa el aire, se filtrará hacia el espacio hasta desaparecer!

—¿Cuánto tiempo nos queda? —preguntó el capitán.

—Los expertos dicen... que la presión atmosférica alcanzará niveles letales a nivel global en cosa de una semana —respondió el primer oficial. Luego, tras una nueva pausa durante la que se dedicó a escuchar atentamente, añadió —: También dicen que, una vez por debajo de determinado valor, el agua de los océanos comenzará a hervir. ¡Qué espanto! —exclamó, tras lo cual añadió —: Todas las grandes ciudades del mundo están sumidas en el caos... El pánico generalizado ha llevado a la gente a asaltar hospitales y fábricas para hacerse con las reservas de oxígeno... Ahora están diciendo que el complejo de lanzamiento espacial de Cabo Cañaveral está siendo asediado por una

multitud enajenada que quiere hacerse con el oxígeno líquido que se usa para propulsar los cohetes... ¡Esto es el fin del mundo!

—Una semana... No tendremos tiempo ni de regresar a puerto —reflexionó con serenidad el capitán. A pesar de la situación, era la viva imagen de la compostura. Volvió a encenderse la pipa.

—Eso mismo... No nos da tiempo a volver a casa... —repitió el primer oficial.

—Bueno, pues ante tal panorama, yo creo que cada cual debería dedicarse a pasar el tiempo que nos queda haciendo lo que más le plazca —sugirió Fan, visiblemente entusiasmado.

—¿Qué quieres hacer? —preguntó intrigado el capitán.

—Escarlar.

—¿Escarlar? ¡¿Subir... eso?! —exclamó pasmado el primer oficial.

—Claro. Ahora mismo es la cima más alta del mundo. Allá donde se erija una montaña, siempre habrá quien quiera subirla.

—¿Y cómo pretendes hacerlo?

—Poquito a poco, como en cualquier escalada... pero nadando.

—¿Te has vuelto loco?! —gritó el primer oficial—. ¿Cómo vas a ser capaz de subir a nado por una pared de agua de nueve kilómetros? ¡Esa pendiente tiene que ser de al menos cuarenta y cinco grados! No es lo mismo que escalar: tendrás que nadar constantemente, o de lo contrario, a la mínima que pares, ¡te escurrirás hacia abajo!

—Aun así quiero intentarlo.

—Déjale —intervino el capitán—. ¿Qué otra ocasión vamos a tener para perseguir nuestros sueños más que ahora...? ¡Bueno! —le dijo entonces a Fan—. Tú dirás cuándo quieres partir... ¿A qué distancia estamos del pie de la montaña de agua?

—A unos veinte kilómetros.

—Coge uno de los botes salvavidas. Y no te olvides de llevar agua y víveres.

—¡Gracias!

—En cierto modo, la fortuna te sonríe —señaló el capitán, dándole una palmada en el hombro.

—Eso mismo creo yo también —respondió Fan—. Capitán, hay algo que antes no le dije: de los cuatro escaladores que murieron en el Everest, uno era mi novia. El único pensamiento que pasó por mi mente en el instante en que decidí soltar la cuerda fue: no puedo morir, aún me quedan montañas que escalar.

El capitán asintió.

—Ve.

—¿Y nosotros? —le preguntó el primer oficial—. ¿Qué vamos a hacer?

—Escapar a toda velocidad de la tormenta que se está formando. Cada día que sobrevivamos será un día ganado.

De pie sobre el bote salvavidas, Fan observaba cómo el *Bluewater*, aquel barco en el que había querido pasar el resto de su vida, se alejaba cada vez más.

A sus espaldas, justo debajo de la gigantesca esfera que flotaba en el espacio, la montaña de agua se erigía majestuosa y silente como si llevara allí cientos de millones de años.

El océano permanecía en calma y sin rastro de olas, pero Fan notó que comenzaba a levantarse un ligero viento. A pesar de ser muy débil, como soplaba en dirección a la elevación de agua, Fan decidió izar la pequeña vela del bote. Este comenzó a dirigirse hacia el pie de la montaña. El viento no tardó en arreciar e hinchar la vela, por lo que la velocidad del barco aumentó rápidamente. La proa del bote era como una cuchilla afilada que cortaba el mar; en cosa de cuarenta minutos ya había recorrido los veinte kilómetros que

lo separaban de la montaña. Cuando Fan sintió que la pendiente del agua inclinaba el bote, saltó a aquel mar teñido de azul por la luz de la nave espacial alienígena y se convirtió en la primera persona del mundo en escalar una montaña a nado.

Al principio, desde su posición, no alcanzaba a divisar la cima de aquel monte marino. Lo único que veía cada vez que sacaba la cabeza por encima de la superficie era una extensión de agua inclinada vasta, infinita, como un manto líquido del que estuviera tirando algún coloso al otro lado del horizonte.

Recordando la advertencia del primer oficial, comenzó a nadar al estilo braza para tratar de gastar la menor cantidad de energía posible. De acuerdo con el rápido cálculo que hizo, debían de quedarle unos trece kilómetros para alcanzar la cima. De haber sido un trayecto en sentido horizontal, dada su fortaleza física, no habría supuesto un problema en absoluto. Sin embargo, al estar subiendo por una pendiente, teniendo en cuenta que en el momento en el que dejase de avanzar comenzaría a caer y sería casi imposible remontar, la empresa resultaba mucho más difícil. Pese a todo, aun en el caso de que no fuera capaz de alcanzar su cima, para Fan, el mero hecho de estar intentando subir aquel Everest acuático suponía ya un logro mayor de lo que jamás hubiera imaginado.

Entonces reparó en algo extraño. A pesar del claro aumento de la inclinación de la pendiente, notó que su cuerpo se mantenía paralelo a la superficie del agua sin necesidad de realizar esfuerzos adicionales. Miró hacia atrás y vio el bote salvavidas que había abandonado al pie de la montaña. Aunque le había arriado la vela antes de saltar, por algún motivo inexplicable seguía flotando en el punto exacto en el que lo había dejado.

Fan decidió comprobar algo.

Dejó de nadar y miró alrededor. No descendía. Al contrario: se mantenía flotando. Dándose un manotazo en la frente, maldijo su estupidez y la del

primer oficial del *Bluewater*: ¿por qué demonios iba a caer él, o un barco incluso, si toda aquella agua del océano no lo hacía?

La fuerza gravitacional de la Tierra quedaba contrarrestada por la que ejercía la masa de la esfera que flotaba en el cielo. Cuanto más subiera, menos le afectaría la gravedad terrestre. El ángulo que presentara la pendiente de la montaña no importaba en absoluto, pues en lo que a la gravedad se refería no existía pendiente ni montaña alguna. Las fuerzas que actuaban sobre él eran las mismas que cuando había estado en la superficie del océano.

Fue entonces cuando supo que aquella montaña acuática iba a ser suya.

Prosiguió su ascenso a nado. Dar cada nueva brazada le costaba un poco menos. En parte se debía a que su cuerpo iba volviéndose más y más ligero, lo cual hacía que sacar la cabeza del agua para respirar se volviera gradualmente más fácil. La disminución de la gravedad comenzó a hacerse patente alrededor: cuanto más subía, más lentas eran las salpicaduras de agua. Las ondulaciones y los movimientos de las olas aminoraron del mismo modo. La ruda fiereza propia de las embestidas del mar había desaparecido para dejar paso a un oleaje mucho más suave de lo habitual.

Con todo, estaba lejos de ser una situación de calma absoluta. El viento comenzaba a cobrar fuerza, lo cual levantó olas sobre la pendiente del agua. Liberadas de la gravedad, alcanzaban alturas considerables, pero después, en lugar de romperse, se volvían finas como la aleta de un tiburón que luego se doblaba sobre sí misma y se derrumbaba. A Fan le parecieron exquisitas virutas de madera azul que un invisible ebanista gigante estuviera puliendo del mar. Lejos de entorpecer su camino, como se levantaban en dirección a la cima, lo que hicieron fue empujarlo.

Conforme la gravedad se reducía, ocurrió algo aún más increíble: las olas pasaron de empujarlo a transportarlo con suavidad. Enseguida sintió que salía y era conducido en volandas sobre la superficie por las firmes pero

cuidadosas manos del océano; olas sucesivas que lo hacían subir y bajar a gran velocidad. Entonces decidió cambiar al estilo mariposa, mucho más eficiente en aquella situación.

Al tiempo que se libraba de la gravedad, el viento aumentaba. Las olas que lo transportaban llegaban a alcanzar los diez metros, aunque su ondulación era más lenta. Mucho más plácidas de lo que era de esperar, comenzaron a solaparse unas con otras sin hacer ruido. Solamente se oía de fondo el ciclón.

Fan, cuyo cuerpo estaba volviéndose más liviano por momentos, siguió saltando de cresta en cresta. Muy pronto notó que pasaba cada vez más tiempo en el aire que en el agua y llegó un punto en el que ya no sabía si estaba nadando o volando. En más de una ocasión, las olas le pasaban por encima envolviéndolo en una suerte de túnel azul brillante formado por una fina película de agua, a través de la cual podía divisar el origen de aquel brillo: la esfera gigante del cielo, aquella nave extraterrestre venida del espacio que el túnel de agua distorsionaba de tal forma que parecía vista a través de lágrimas.

Fan consultó el reloj resistente al agua de su muñeca izquierda. Llevaba una hora «escalando». A aquella velocidad inaudita, debía de faltarle poco para alcanzar la cima.

De repente, pensó en el *Bluewater*. Teniendo en cuenta la velocidad que estaba adquiriendo el viento, la tormenta debía de estar a punto de desatar toda su furia. Era imposible que el buque escapara al ciclón que se estaba formando. De pronto cayó en que el capitán había cometido un error mortal: tendría que haberlo dirigido en dirección a la montaña de agua. Dado que la gravedad no afectaba en su pendiente, el barco podría haber navegado hasta la cima con la misma facilidad con que habitualmente surcaba el océano. El pico, justo en el ojo de la tormenta, era el único lugar seguro. Se apresuró a usar el walkie-talkie del bolsillo del salvavidas, pero nadie respondió.

Para entonces Fan ya saltaba de ola en ola con gran pericia. Pasó veinte minutos «escalando» de aquel modo hasta superar dos tercios del camino. A partir de ese punto, la cima le pareció alcanzable. Brillando bajo la luz de la nave alienígena, tenía el aspecto de un mundo extraño que aguardara su llegada. En aquel momento, el silbido del viento pasó a ser más bien un tétrico aullido. Proveniente de todas direcciones, creció paralelo a la intensidad de la fuerza del viento.

Olas delgadas como sábanas alcanzaban veinte o treinta metros de altura para que el viento huracanado las acabara pulverizando y les hurtara la ocasión de caer. Levantando la vista al frente, Fan vio que la pendiente que le quedaba por subir estaba cubierta de crestas de olas que bailaban una danza frenética al son de los azotes del viento y estallaban con la fulgurante luz blanca que reflejaba el brillo de la nave alienígena.

Cuando Feng Fan dio su último salto, una delgada ola de casi treinta metros lo transportó por el aire hasta que, justo en el momento en el que él abandonaba su cresta, se rompió maravillosamente. Fan fue a parar a una suerte de almohada mullida de aguas ondulantes que, como si estuviera hecha de plumas, parecía dispuesta a amortiguar su caída. Sin embargo, justo cuando sus manos estaban a punto de tocar aquellas olas, el viento las destruyó y estallaron en millones de gotas cristalinas cuyo tintineo sonaba como si unas risas grotescas jalearan aquel espectáculo.

Fue en ese momento cuando Fan dejó de caer. Su cuerpo era ya lo suficientemente ligero para flotar. La locura del océano fue haciéndose más y más distante y él salió disparado como una hoja en un huracán. El viento lo zarandó con violencia. Mareado, tuvo la impresión de que la brillante esfera alienígena giraba en espiral a su alrededor. Cuando al fin fue capaz de recuperar la perspectiva, se dio cuenta de que estaba dando vueltas por encima del mar que había en la cima de la montaña acuática.

Desde aquella altura las hileras de olas gigantes que ascendían por las laderas de agua quedaban reducidas a simples líneas. Dibujaban una espiral que confería a la montaña el aspecto de un torbellino enorme. Fan notó que las vueltas que estaba dando eran cada vez más pequeñas, al mismo tiempo que aumentaba la velocidad. Estaba siendo transportado hacia el centro del ciclón.

Al alcanzarlo, el viento cesó en el acto. Aquella mano invisible que lo había transportado lo liberó, dejándolo caer en mitad de las azules aguas de la cima.

Se hundió en el agua. Hasta pasado un buen rato no sintió que volvía a emerger. Mientras lo hacía, alrededor todo permanecía a oscuras y comenzó a tener miedo de ahogarse. Crecientemente angustiado, consideró el peligro al que se enfrentaba: debía de haber tomado aquella última bocanada de aire antes de sumergirse a casi diez mil metros sobre el nivel del mar, altura a la que habría inhalado muy poco oxígeno. Además, dada la mínima gravedad allí reinante, estaba subiendo a muy poca velocidad. Incluso esforzándose en nadar hasta la superficie con todo su ímpetu, temía que el aire de sus pulmones no fuese suficiente. Tuvo un *déjà vu*. Sintió como si otra vez estuviese en la oscuridad de la tormenta de nieve del Everest, sobrecogido por el miedo a la muerte. Entonces descubrió varias esferas plateadas alrededor, que flotaban hacia arriba a su lado. La mayor tendría un diámetro de aproximadamente un metro. De pronto se dio cuenta de que eran burbujas de aire.

La débil gravedad había hecho que se formaran burbujas de oxígeno en el océano. Luchó con todas sus fuerzas para nadar hacia la mayor. En cuanto introdujo la cabeza, pudo volver a respirar. Mientras se recuperaba de la hipoxia fue metiendo el resto del cuerpo en la burbuja. Transportado dentro de aquel espacio esférico rodeado de agua, levantó la mirada y creyó atisbar la superficie. La presión del agua comenzó a disminuir, lo cual causó la

expansión de la burbuja. Conforme esta crecía, Fan tuvo la sensación de estar subiendo al cielo dentro de un globo de cristal.

El resplandor azul de las olas se volvió cada vez más brillante hasta resultar cegador. Justo entonces, con un chasquido, la burbuja reventó. Había alcanzado la superficie. La débil gravedad lo siguió elevando hasta cerca de un metro de altura. Luego, lentamente, descendió otra vez.

Fan reparó entonces por primera vez en el sinnúmero de hermosas esferas de agua de todos los tamaños que descendían con él. La mayor debía de tener las dimensiones de un balón de fútbol. Todas brillaban reflejando la luz del orbe extraterrestre que había en el cielo. Inspeccionándolas de cerca, vio que estaban formadas por múltiples capas cristalinas. Aquellas esferas no eran otra cosa que las salpicaduras que había causado al hundirse en el agua; con la escasa gravedad, la tensión superficial había hecho que adoptaran aquella forma. Cuando extendió la mano y tocó una, esta explotó con un extraño sonido metálico que jamás hubiera imaginado que el agua fuese capaz de emitir.

A excepción de las esferas, la cima de la montaña de agua estaba desierta. Las olas que subían desde todas las direcciones confluían y se anulaban entre sí. No había duda alguna de que se hallaba en el centro de la tormenta, el único lugar apacible de aquel mundo caótico. La tranquilidad allí reinante contrastaba con el fragor que se oía de fondo: el rugido del ciclón. Mirando alrededor, Fan descubrió que tanto él como la montaña entera se encontraban en el interior de un gigantesco pozo. Las paredes del pozo eran la neblina de agua del ciclón, una niebla gruesa que se arremolinaba lentamente alrededor de la montaña que se extendía hasta el cielo en dirección a la nave extraterrestre. Por su parte, esta, cual gigantesca lámpara espacial, iluminaba el interior del pozo con su luz azul.

Fan advirtió entonces que alrededor del orbe gigante comenzaban a formarse nubes finas. Parecían hebras de seda que estuvieran tejiendo poco a

poco una malla suelta alrededor de la nave. Brillaban mucho, como si la luz proviniera de su interior. Fan supuso que serían nubes de cristal de hielo generadas por la atmósfera que se estaba filtrando hacia el espacio. Aunque parecía que rodeasen a la nave extraterrestre, se hallaban a más de treinta mil kilómetros de distancia.

Si estaba en lo cierto y la atmósfera había comenzado a filtrarse, era a través de aquel enorme pozo formado por el gran torbellino por donde salía.

A pesar de los pesares, Fan no podía evitar sentirse orgulloso de haber alcanzado la cima.

2

CONVERSACIÓN EN LA CIMA

De pronto, la luz que lo rodeaba cambió y se volvió tenue, parpadeante. Al levantar la vista, Fan se encontró con que la luminosidad azul del orbe extraterrestre había desaparecido por completo e inmediatamente cayó en la cuenta de lo que había sido: el resplandor de una gigantesca pantalla en *stand by*. La gigantesca pantalla que era la esfera mostraba ahora la imagen de una fotografía tomada a vista de pájaro de un hombre flotando en el océano y mirando hacia arriba. El hombre era él. A los treinta segundos, la imagen desapareció. Fan interpretó que los extraterrestres querían darle a entender que habían advertido su presencia. Eso le hizo sentir que, en efecto, se hallaba en la cima del mundo.

Entonces aparecieron dos líneas de texto. Contenían palabras en todos los alfabetos de la Tierra. Fan reconoció ENGLISH, 中文 y 日本語 («inglés», «chino» y «japonés», respectivamente) por lo que supuso que el resto debía de corresponder a las demás lenguas del planeta. También vio una especie de

marco oscuro moviéndose con celeridad entre las palabras. Intuyendo lo que era, enseguida comprobó que su posición coincidía con su propia mirada: se trataba de un cursor. Fijó la vista en la opción «chino» y parpadeó, pero no ocurrió nada. Pensando que quizá había que hacer doble clic, parpadeó dos veces y el marco tembló. Acto seguido, el menú se cerró y apareció un gigantesco saludo en chino:

Hola.

—¡Hoooola! —gritó él en dirección al cielo—. ¡¿Me oyes?!

Te oímos sin problema, no hay necesidad de forzar la voz. Somos capaces de percibir hasta el zumbido de un único mosquito. Aprendimos vuestros idiomas gracias a las ondas electromagnéticas provenientes de vuestro planeta. Queremos charlar un rato contigo.

—¿De dónde venís?

Apareció una imagen estática sobre la superficie de la colosal esfera. Mostraba una intrincada nube de puntos negros interconectados por una multitud de líneas finas: un mapa estelar. Uno de los puntos comenzó a brillar con luz plateada de forma cada vez más intensa. Fan no fue capaz de entender nada, pero se dijo que alguien debía de haber capturado la instantánea para que los astrónomos de la Tierra se encargaran de interpretarla. Entonces aparecieron más líneas de texto sobre el mapa de estrellas, que permaneció allí como si se tratara de un fondo de pantalla.

Construimos esta montaña y tú la has subido.

—Me encanta escalar —dijo Fan.

No es cuestión de si nos gusta o no. Las montañas están para conquistarlas.

—¿Ah, sí? Entonces ¿en vuestro mundo hay muchas también? —preguntó. Era consciente de que el tema no debía de ser prioritario para la humanidad, pero a pesar de que muy probablemente iban a decir que los alpinistas eran

tontos por su culpa, pensó que haber logrado subir hasta allí le había granjeado el privilegio de hablar con los extraterrestres de lo que le apeteciera.

Una montaña que está por todas partes. Y que se vence de manera distinta a las vuestras.

Incapaz de discernir si aquella frase era una sentencia empírica literal o algún tipo de metáfora, Fan replicó con un estúpido:

—Eso es que sí, ¿no?

En nuestro caso, vivíamos confinados por una montaña. Una que nos aprisionaba y que tuvimos que excavar para poder escapar de ella.

Aquello terminó de confundirlo. Por más que le dio vueltas, no lograba imaginar qué querían decir con aquello los alienígenas.

Entonces estos prosiguieron.

3

EL MUNDO BURBUJA

Nuestro mundo es tremendamente simple: consiste en un espacio esférico con un radio de, expresado en una de vuestras unidades de longitud, unos tres mil kilómetros. Dicho espacio está rodeado por roca. Sin importar en qué dirección avance uno, tarde o temprano terminará topando con una pared sólida.

Como no podía ser de otra manera, este hecho condicionó nuestro primer modelo cosmológico, un universo compuesto por dos partes: la primera, el espacio esférico de tres mil kilómetros de radio en el que vivíamos; la segunda, las capas de roca que lo rodeaban y que, según creíamos al principio, se extendían en todas las direcciones de forma infinita. Al

tratarse de un espacio hueco en el interior de un universo sólido, le dimos el nombre de «mundo burbuja». A esta primera cosmología la llamamos «teoría del universo sólido». Evidentemente, esta teoría no descartaba que en el interior de aquellas capas de roca infinitas existieran otras burbujas, ya fuera cerca o lejos de la nuestra, si bien aquella posibilidad no se exploraría hasta mucho más tarde.

—Pero es imposible que existan capas infinitas de roca. Se derrumbarían debido a su propia gravedad.

Al principio desconocíamos la ley de la gravitación universal. Existíamos dentro de nuestro mundo burbuja en estado de ingravidez. Tardamos decenas de miles de años en descubrir la gravedad.

—Entonces, para vosotros, ¿las burbujas serían el equivalente a los planetas de un universo sólido? Qué interesante. Debe de ser el negativo exacto del universo real.

¿«Universo real»? Ese concepto resulta muy poco exacto. Solo puede hablarse de «universo conocido hasta el momento». No tenéis ni idea de cómo va a terminar siendo ese universo real. Igual que nosotros.

—¿Y en vuestro mundo no teníais sol, aire ni agua?

No. Pero tampoco los necesitábamos. Solo existían los sólidos. No había gases ni líquidos.

—¿Cómo puede haber vida sin gases ni líquidos?

Somos una forma de vida mecánica. Nuestros músculos y nuestro esqueleto están hechos de metal y nuestro cerebro lo conforman chips altamente integrados. El magnetismo y la electricidad son nuestra sangre. Nos alimentamos de rocas radiactivas; ellas nos proporcionan la energía que necesitamos para sobrevivir. Nadie nos creó: evolucionamos de forma espontánea a partir de formas de vida mecánica unicelulares cuando, de forma accidental, las energías radiactivas formaron uniones PN en la roca.

El descubrimiento del electromagnetismo fue para nuestros antepasados lo que el del fuego para los vuestros. De hecho, el fuego, tal y como lo conocéis vosotros, nunca se ha dado en nuestro mundo.

—Pues debía de ser un mundo muy oscuro...

Había algunas luces, las generadas por la actividad radiactiva en las paredes que lo delimitaban. Esas paredes eran nuestro cielo. Las luces eran débiles y nunca paraban quietas debido a la fluctuación de la radiactividad. Esa fue la razón por la que terminamos desarrollando ojos.

Dado que en el interior de nuestro mundo no existía la gravedad, nuestras ciudades flotaban en mitad de la oscuridad. Su tamaño era aproximadamente el de las vuestras. Vistas de lejos, os habrían parecido nubes brillantes.

Aunque el proceso evolutivo de las formas de vida mecánica es mucho más lento que del de las que se basan en el carbono, al final terminamos alcanzando lo mismo por distintos medios. Y un buen día llegó el momento de reflexionar acerca del universo.

—Un universo un poco oprimente...

«Oprimente...» Para nosotros esa palabra es un neologismo muy tardío. La cuestión es que comenzamos a sentir deseos de ampliar nuestro espacio vital, un anhelo muchísimo más intenso que cualquier afán similar que haya podido sentir vuestra especie. Nuestras primeras expediciones en la roca se remontan a las épocas más remotas del mundo burbuja. Consistían en excavar túneles en las paredes con el fin de hallar otras burbujas dentro del universo sólido. Existen infinidad de mitos y leyendas fascinantes creados en torno a esas lejanas burbujas imaginadas; de hecho, conforman el grueso del canon de nuestra literatura.

Sin embargo, muy pronto se prohibió continuar explorando, bajo pena de muerte por cortocircuito.

—¿Lo prohibió la Iglesia?

No. No existe tal Iglesia. Es imposible que surja religión alguna en el seno de una civilización que nunca ha visto el sol y las estrellas. Fue nuestro Senado el que prohibió la exploración, y lo hizo por una cuestión pragmática: al contrario de vuestro caso, que disponéis de un espacio prácticamente ilimitado, nuestro mundo tenía un radio de escasos tres mil kilómetros y los cascotes de las excavaciones solo podían acumularse en su interior. Dada la posibilidad de que las capas de roca que había que excavar fueran gruesas hasta el infinito, corríamos el riesgo de llenarlo por completo o, lo que es lo mismo, transformar nuestro hábitat esférico en un largo túnel.

—Pero eso tiene fácil solución: ir depositando la roca excavada en la parte posterior del túnel a medida que se avanza y así utilizar justo solo el espacio libre que necesiten los exploradores.

Precisamente eso es lo que hicieron las expediciones posteriores. Redujeron el espacio requerido por cada misión al que ocupaban los exploradores y sus equipos, espacios en constante movimiento que llamábamos «naves burbuja». Sin embargo, a pesar de eso, cada una de las naves que partía comportaba un pequeño montón de grava más dentro de nuestro mundo, con la consecuente pérdida de espacio, que no podía recuperarse hasta el regreso de la nave en cuestión. En el caso de que no regresara, la pérdida era permanente, lo cual nos hacía sentir que nos habían robado ese espacio. Por eso empezaron a llamar a los exploradores «ladrones de espacio».

Para un mundo tan pequeño, el más mínimo rincón seguía siendo un bien preciado. Acumulado, el espacio perdido a causa de las naves que nunca volvían terminó siendo enorme con el tiempo. Fue entonces cuando la exploración se prohibió por primera vez. En sus primeros tiempos se

trataba, además, de una actividad sin duda penosa: la tripulación de una nave burbuja solía estar integrada por, además del piloto, varios excavadores. Como por aquella época aún no existía la maquinaria minera, un poco al modo en que vuestras antiguas galerías requerían de la fuerza humana, se excavaba de forma manual con ayuda de herramientas rudimentarias. El ritmo al que avanzaban las naves burbuja era insoportablemente lento. La fortaleza de espíritu requerida para trabajar de manera mecánica y sin descanso, confinados en aquellos espacios diminutos rodeados de sólida roca por todas partes, era más que considerable.

Dado que las naves burbuja solían regresar por la misma ruta que habían excavado con anterioridad, por lo general el viaje de retorno resultaba relativamente más fácil, pues solo debían abrirse paso a través de roca que ya habían pulverizado. Sin embargo, el afán de descubrimiento de los exploradores, no muy distinto al de las ansias del ludópata empedernido, a menudo los llevaba a seguir avanzando mucho más allá del punto de retorno seguro. En tales ocasiones, lo normal era que acabaran sin fuerzas ni víveres con los que subsistir y las naves burbuja se convirtieran en sus tumbas.

A pesar de todo eso, incluso con las grandes restricciones impuestas a las exploraciones, el mundo burbuja jamás cejó en su empeño de abrirse camino hacia el exterior.

4

CORRIMIENTO AL ROJO

Un día del año 33281 de la Era de la Burbuja (expresado de acuerdo con como calculáis el tiempo en la Tierra, pues nuestro modo de hacerlo te

resultaría tan extraño y enrevesado que no entenderías nada), de repente apareció un pequeño agujero en el cielo de roca del que comenzó a salir una especie de polvo fino que enseguida, gracias al brillo de la radiactividad, adquirió el aspecto de un grupo de estrellas titilantes que flotaban. Un destacamento de soldados de nuestra capital voló (recuerda que no había gravedad) de inmediato al lugar donde había surgido el agujero. Allí descubrieron que lo había causado una antigua nave exploradora que estaba de regreso. Hacía ya ocho años de su marcha, por lo que todo el mundo se había olvidado de ella. Su nombre era Punta de Aguja y había excavado en la roca una longitud de doscientos kilómetros. Ninguna de las otras naves que habían conseguido regresar había llegado tan lejos.

La Punta de Aguja había partido con una tripulación de veinte miembros, pero a su vuelta solo quedaba un único científico al que llamaremos Copérnico. Al resto, capitán incluido, Copérnico se los había tenido que comer para subsistir. En la antigüedad, este método de subsistencia no era infrecuente entre aquellos que se internaban en las capas de roca más lejanas.

En aquel momento, la ley prohibía terminantemente tanto la exploración como el canibalismo, de modo que Copérnico fue condenado a muerte. El día en que iba a llevarse a cabo la sentencia, fueron cientos de miles los que se reunieron en la plaza central para ser testigos de la ejecución. Mientras aguardaban ansiosos el momento de ver el maravilloso espectáculo de las chispas de Copérnico al ser cortocircuitado, un grupo de científicos de la Academia Mundial de las Ciencias se dirigió al centro de la plaza para anunciar un importante descubrimiento: las muestras de roca que la Punta de Aguja había traído de vuelta consigo tenían una particularidad: cuanto más lejos se hallaban, menor era su densidad.

—¿Cómo medían la densidad si en vuestro mundo no había gravedad?

A partir de la inercia. Es un método algo más complicado que el vuestro. El caso es que, en un primer momento, los científicos achacaron la menor densidad de las muestras a que la Punta de Aguja había topado por casualidad con un estrato de roca irregular. Sin embargo, durante el siglo que siguió, legiones de naves burbuja viajaron en todas direcciones y llegaron más lejos de lo que había llegado la Punta de Aguja, y trajeron más muestras de roca que confirmaron que la reducción paulatina de densidad era consistente.

Aquel descubrimiento sacudió los cimientos de la teoría del universo sólido que había imperado desde hacía más de veinte milenios: si la densidad de la roca disminuía de forma progresiva conforme uno excavaba, era lógico concluir que, tarde o temprano, al final esta llegaría a ser cero. Utilizando los datos de los que disponían, nuestros científicos calcularon que eso ocurría a una distancia de unos treinta mil kilómetros.

—¡Oh! ¡Hicieron un cálculo similar al de Hubble partiendo del corrimiento al rojo!

Efectivamente, algo muy parecido. Como no concebíais que la velocidad del corrimiento al rojo fuese mayor que la de la luz, concluisteis que aquella distancia definía el límite del universo. De forma similar, nuestros ancestros infirieron muy pronto que un área con densidad cero equivalía a un espacio abierto, lo cual dio origen a un nuevo modelo del universo. Ese modelo suponía que la densidad del universo disminuía gradualmente conforme uno se alejaba del mundo burbuja hasta que, superado cierto punto, desaparecía y daba paso a un espacio que se extendía de forma infinita. Esta cosmología recibió el nombre de «teoría del universo vacío».

Sin embargo, la teoría del universo sólido estaba arraigada con mucha fuerza en nuestra sociedad y sus defensores, que conformaban la corriente dominante, hallaron enseguida el modo de remendarla: concluyeron que la

disminución de la densidad debía de responder a la existencia de un estrato de roca más suelta que rodeaba por completo al mundo burbuja. Así las cosas, una vez traspasada esa capa esférica, la densidad dejaría de disminuir. Llegaron incluso a calcular el grosor que debía de tener dicha capa: trescientos kilómetros. Naturalmente, poner a prueba su proposición era de lo más simple: bastaba con excavar aquella hipotética capa de menor densidad hasta más allá de los trescientos kilómetros, y eso fue lo que se hizo. Sin embargo, una vez alcanzada aquella distancia, algo que tuvo lugar muy rápido, la densidad de la roca continuó disminuyendo. Los defensores de la teoría del universo sólido alegaron un error de cálculo y dijeron que el auténtico grosor de la capa de roca suelta debía de ser de quinientos kilómetros. Diez años más tarde, cuando una nave superó al fin aquella distancia y comprobó que la densidad de la roca no solamente seguía disminuyendo sino que lo hacía a una velocidad cada vez mayor, los defensores de la solidez del universo volvieron a aumentar la estimación del grosor de la capa de roca suelta, esta vez hasta los diez mil quinientos kilómetros...

Un revolucionario descubrimiento de aquellos que marcan un antes y un después estaba a punto de dar al traste con la teoría del universo sólido de una vez por todas.

5

GRAVEDAD

La primera nave burbuja que cruzó la barrera de los trescientos kilómetros se llamaba Sierra Circular. Era la más grande de cuantas habíamos construido hasta la fecha, contaba con una potente excavadora y

un sofisticado sistema de soporte vital. Eso le permitió llegar más lejos de lo que habían llegado sus antecesoras, gracias a lo cual cambió para siempre el curso de nuestra historia.

Tras superar los trescientos kilómetros de profundidad (o, si se quiere, de altura), el primer científico de a bordo, llamémosle Newton, informó al capitán de un hecho que había estado observando para el que aún no tenía explicación: cada vez que un miembro de la tripulación se iba a dormir suspendido en el centro de la nave, despertaba pegado a la pared más próxima al mundo burbuja.

Desdeñoso, el capitán le quitó importancia al asunto y lo atribuyó a una mezcla de sonambulismo y morriña: todos tenían tantas ganas de volver a casa que incluso dormidos tendían a ir en esa dirección.

Sin embargo, a diferencia de las burbujas de verdad, en la nave burbuja no había aire y uno solo podía desplazarse de dos maneras: o dándose impulso con el pie contra alguna pared (algo imposible si estabas flotando en el centro de la nave) o propulsándose a base de expulsar excrementos (de lo que Newton no había hallado signo alguno).

Aun así, el capitán siguió restándole importancia a sus palabras, una actitud que muy pronto iba a lamentar. Un día, con la tripulación exhausta al término de una nueva fase de excavación, se fueron a dormir todos al centro de la nave, capitán incluido, dejándose los cascos del día sin recoger en el fondo de esta. La sorpresa que se llevaron al despertar fue mayúscula: habían sido sepultados por los cascos. Mientras dormían, tanto ellos como las rocas se habían ido desplazando en dirección al mundo burbuja. Enseguida, Newton se dio cuenta de que todos los objetos del interior de la nave tendían a moverse hacia allí. Era un movimiento sutil y gradual que, por lo general, resultaba imperceptible.

—¡A vuestro Newton no le hicieron falta manzanas para descubrir la

gravedad! —apuntó Fan.

Le costó mucho más. En nuestro caso, el descubrimiento de la gravitación universal fue, por necesidad, un largo proceso. Estuvo determinado por el entorno en el que vivíamos. Cuando Newton descubrió la direccionalidad de la atracción en la nave, dio por sentado que provenía del espacio vacío que era el mundo burbuja, a tres mil kilómetros. Así, nuestra primera teoría gravitacional partió de una falacia ridícula: creíamos que lo que producía la gravedad era el vacío y no la materia.

—Es comprensible. En un entorno físico tan complejo como el vuestro, la cantidad de razonamientos que tenía que encadenar vuestro Newton no debieron de ser pocos.

Efectivamente. Hasta pasado medio siglo, ninguno de nuestros científicos fue capaz de desvelar el misterio. Solo entonces, cuando comenzamos a comprender la verdadera naturaleza de la gravedad, fuimos capaces de, ayudados de instrumentos bastante similares a los que empleasteis vosotros, medir la constante gravitacional. Incluso después, antes de que la teoría gravitacional fuese aceptada de forma generalizada en nuestro mundo, tuvo que pasar mucho tiempo. Pero su eventual consolidación acabó con la teoría del universo sólido.

La existencia de la gravedad negaba la idea de un universo sólido infinito alrededor de nuestra burbuja, lo cual comportó el triunfo de la teoría del universo vacío. El cosmos descrito por esta resultaba fascinantemente atractivo para los habitantes de nuestro mundo.

Además de por la conservación de la energía y la masa, la física en el mundo burbuja estaba también condicionada por la conservación del espacio. Cabe recordar que se trataba de un mundo con apenas tres mil kilómetros de radio. Excavar en la roca no equivalía a crear espacio; lo único que se conseguía con eso era cambiar la forma y la ubicación del

espacio preexistente. Encima, al vivir en un entorno sin gravedad, nuestra civilización flotaba en mitad del mundo. No construíamos sobre las paredes como vosotros lo hacéis sobre el suelo, de manera que para nosotros el espacio era lo máspreciado que había. Hasta el momento, la historia entera de nuestra civilización había sido la de una empedernida lucha por ganar espacio. Imagina cuál sería nuestro entusiasmo ante la mera posibilidad de que el universo fuese infinito. Enviamos la mayor cantidad de exploradores hasta la fecha, oleada tras oleada de naves burbuja que cavaron en todas direcciones tratando de dar con aquel paraíso de densidad cero que la teoría del universo vacío predecía que se hallaba detrás de treinta y dos mil kilómetros de roca.

6

NÚCLEO

Llegados a este punto, si has ido siguiendo el hilo de todo lo que te hemos contado, ya debes de suponer cuál es la verdadera naturaleza de nuestro mundo.

—¿Se halla en el núcleo de un planeta?

En efecto. Un planeta de aproximadamente el mismo tamaño que la Tierra. Su radio mide unos ocho mil kilómetros. Sin embargo, a diferencia de esta, su interior está hueco. El radio de ese núcleo vacío es de unos tres mil kilómetros. Nosotros somos las criaturas que habitábamos su interior.

No obstante, aun habiendo descubierto la gravedad, no llegamos a esclarecer la verdad sobre nuestro mundo hasta muchos siglos después.

LA GUERRA DE LOS ESTRATOS

Una vez formulada la teoría del universo vacío, la búsqueda de ese espacio infinito externo se convirtió en nuestra única prioridad real. La ocupación del espacio disponible dentro del mundo burbuja dejó de estar mal vista y cantidades ingentes de roca pulverizada remanente de múltiples expediciones flotaban por nuestras ciudades en forma de densas nubes, tan grandes y tan espesas que circular se convirtió en una auténtica carrera de obstáculos. Sumándole el hecho de que las ciudades también flotaban, el ir y venir de las piedras era constante. Como mínimo, la mitad del espacio robado por esos cascotes nunca pudo recuperarse.

Para entonces, un Gobierno Mundial sustituía al antiguo Senado. Sus políticos asumieron la responsabilidad de supervisar y salvaguardar el espacio en el interior del mundo burbuja. Lo primero que hicieron fue tratar de frenar la frenética actividad de las exploraciones con medidas extremadamente severas, lo cual tuvo un efecto casi nulo: la mayoría de las naves burbuja se hallaban excavando en los estratos más profundos de la roca.

Así las cosas, el Gobierno llegó a la conclusión de que la mejor herramienta para detener las naves burbuja eran más naves burbuja, lo cual tuvo como resultado la creación de una enorme flota diseñada para adentrarse en las profundidades de la roca e interceptar, atacar y destruir las naves burbuja de los exploradores. Así esperaban recuperar el espacio que aquellas habían robado. Como es natural, este plan se topó con la resistencia de los exploradores, que hicieron estallar una larga guerra llamada «de los estratos» que se lidió en las más profundas capas de la roca.

—¡Qué guerra tan curiosa!

Y despiadada. Comenzó siendo moderadamente violenta, pues la tecnología de la época aún no permitía excavar a velocidades que excedieran los tres kilómetros por hora.

Las naves grandes fueron características de aquel conflicto. Ambos bandos las emplearon. La lógica era que cuanto más grande fuese la nave burbuja, más podía resistir sin repostar y más capacidad ofensiva tenía. Eso sí: con independencia del tamaño, la parte delantera de una nave burbuja de la guerra de los estratos tenía que ser lo menos ancha posible. El requisito obedecía a una razón muy simple: cuánto más estrecha fuese, más pequeña se volvía el área de roca que necesitaba pulverizar para avanzar. Por este motivo, casi todas las naves de guerra se parecían de frente. Su cuerpo y longitud, en cambio, variaba en gran medida.

Los campos de batalla de la guerra de los estratos eran, naturalmente, tridimensionales. El combate se desarrollaba (salvando las distancias, porque en nuestro caso las cosas eran más complicadas) de forma muy parecida a vuestros combates aéreos. Cuando una nave topaba con el enemigo y se disponía a atacar, lo primero que hacía era expandir la parte delantera. Con el objetivo de aumentar la superficie ofensiva. En esta configuración, las naves adoptaban una forma parecida a la de un clavo.

En caso necesario, la parte delantera podía también dividirse en varias secciones como si fuese una garra, configuración que permitía atacar un mismo objetivo desde distintos frentes. La complejidad táctica de aquella guerra se manifestaba, asimismo, en la capacidad que tenían las naves para dividirse en varias naves más pequeñas a voluntad. Del mismo modo, pero a la inversa, también podían combinarse unas con otras para así, conformando una nave gigante, enfrentarse a otra de un tamaño similar. Cuando dos flotas enemigas se encontraban, la conveniencia de dividirse o

combinarse era siempre objeto de sesudos debates y profundos análisis tácticos.

Curiosamente, la guerra de los estratos no solo no consiguió acabar con la exploración sino que, de hecho, sirvió de impulso para una revolución tecnológica en el seno del mundo burbuja que desempeñaría un papel decisivo en futuras expediciones. Además de fomentar el desarrollo de tuneladoras cada vez más eficientes, también propició la invención de los sismoscopios, una tecnología que empleaba ondas sísmicas para comunicarse a través de las capas de roca o cumplir las funciones de un radar. Las ondas sísmicas también se podían usar como arma. Los dispositivos de comunicación sísmica más sofisticados eran capaces incluso de transmitir imágenes.

La nave de guerra acorazada más grande de cuantas participaron en la guerra de los estratos se llamaba Mundo Línea. La mandó construir el Gobierno Mundial. En su configuración estándar medía ciento cincuenta kilómetros de largo. Tal y como el nombre sugería, se trataba de una nave estrecha y alargada que constituía un pequeño mundo autosuficiente. La sensación que uno tenía en su interior era la de estar metido en el túnel del canal de la Mancha: cada pocos minutos pasaba un tren de alta velocidad transportando grava hasta la parte trasera de la nave. La Mundo Línea era, por supuesto, capaz de dividirse en varias naves y conformar una flota, aunque la mayor parte del tiempo operaba como una sola nave, si bien no siempre en forma de túnel recto: en movimiento, era capaz de formar un círculo completo, cerrarse sobre sí misma o adoptar muchas otras formas complejas y amenazadoras. Estaba equipada con las excavadoras más punteras, gracias a las cuales alcanzaba velocidades que sobrepasaban los seis kilómetros por hora, diez en situación de combate. También contaba con un sismoscopio extremadamente potente que le permitía localizar con

precisión naves burbuja a quinientos kilómetros de distancia. Su arma sísmica era, además, capaz de destruir cualquier objetivo dentro de un rango efectivo de mil metros.

Periódicamente, la Mundo Línea regresaba triunfal al mundo burbuja tras eliminar un gran número de naves exploradoras y restituía el espacio que habían recuperado.

Fueron sus formidables ataques los que pusieron contra las cuerdas al movimiento explorador. Parecía que la era de la exploración estaba a punto de llegar a un abrupto final.

Los exploradores se hallaron en constante situación de desventaja a lo largo de toda la guerra: no podían construir o combinar naves de más de diez kilómetros por miedo a ser localizados por los sismoscopios instalados a bordo de la Mundo Línea o en las paredes interiores del mundo burbuja. Una vez los detectaban, su destrucción era casi inmediata. Muy pronto se hizo evidente que, para que la empresa de la exploración prosperara, era preciso destruir la Mundo Línea. Tras un largo período de planificación y entrenamiento, la Alianza de Exploradores consiguió tenderle una emboscada y rodearla con más de un centenar de naves, ninguna de las cuales superaba los cinco kilómetros de longitud. Hoy en día la batalla se conoce como «la batalla de los mil quinientos kilómetros» debido a que se libró justo a esa distancia del mundo burbuja.

La Alianza de Exploradores empezó movilizando veinte naves y las combinó en una nave gigantesca de treinta kilómetros de longitud que colocó a una distancia de mil quinientos kilómetros del mundo burbuja, seguros de que eso llamaría la atención de la Mundo Línea. Cuando esta, mordiendo el anzuelo, se aproximó a su objetivo en línea recta a toda velocidad en su configuración de túnel, dio comienzo la emboscada. Más de cien naves apostadas en las proximidades se lanzaron a atacar los dos

flancos de la Mundo Línea desde todas direcciones. La gigantesca nave de ciento cincuenta kilómetros de longitud reaccionó dividiéndose en cincuenta secciones sobradamente equipadas para plantar cara a cada una de las naves enemigas de forma individual. Pronto, más de doscientas naves de uno y otro bando estuvieron taladrando túneles en la roca de forma frenética, enfrascadas en una contienda tan feroz como caótica. Hacia el final, el campo de batalla, con un radio de doscientos kilómetros, acabó con más agujeros que un panal de miel. En las profundidades de ese intrincado laberinto tridimensional a tres mil quinientos kilómetros de profundidad, la lucha encarnizada prosiguió durante lo que pareció una eternidad.

En aquella posición, tan alejada del centro del planeta, la fuerza de la gravedad tenía un efecto más que notable en las acciones de unos y otros. Sin embargo, el bando de los exploradores estaba mucho más familiarizado con él que el del Gobierno del mundo burbuja, una diferencia que se fue haciendo cada vez más evidente en aquella refriega, hasta conseguir decantar la balanza en favor de la Alianza de Exploradores, que logró así la victoria final.

8

MAR

Concluida la guerra, la Alianza de Exploradores se dedicó a unir todos los escenarios de batalla en un único espacio esférico de cincuenta kilómetros de radio desde el que proclamó su independencia del mundo burbuja. A pesar de tal proclamación, la alianza continuó coordinándose con el movimiento explorador del mundo burbuja desde la distancia. Un flujo constante de naves exploradoras procedentes de allí fue aportándoles

cantidades ingentes de espacio cuya suma hizo posible la construcción de una gran base de operaciones. El Gobierno Mundial, debilitado tras años de conflicto, no tuvo más remedio que reconocer la legitimidad del movimiento explorador y legalizarlo.

Conforme los exploradores alcanzaban cotas más altas, la densidad de la roca disminuía, lo cual facilitaba en gran medida la construcción de túneles. Paralelamente, el aumento de la gravedad hacía que la roca excavada se volviera más manejable. Todo en aquellas nuevas latitudes resultaba beneficioso, y los éxitos se fueron encadenando. Ocho años después de la guerra, una nave burbuja expedicionaria llamada Hélice completó los tres mil quinientos kilómetros de viaje restantes y sobrepasó la cota de los ocho mil kilómetros de distancia del centro del planeta (cinco mil a partir de los límites del mundo burbuja).

—¡Vaya! —celebró Fan—. ¡Llegó a la superficie del planeta! Debió de ser emocionante ver las grandes llanuras, las montañas de verdad...

No ocurrió nada de eso. Lo que alcanzó fue el fondo del océano.

Fan enmudeció al instante.

Cuando lo hizo, las imágenes emitidas por su sismoscopio comenzaron a sufrir interferencias, hasta que la comunicación se interrumpió por completo. Solamente una nave burbuja que estaba tunelando cerca pero a menor altitud fue capaz de captar un extraño sonido, un sonido que, en el aire del exterior, hubiese sido similar a algo friéndose; el efecto de tonelada tras tonelada de agua irrumpiendo en tromba en el vacío de la Hélice. Ni las formas de vida mecánicas del mundo burbuja ni su tecnología estaban preparadas para entrar en contacto con el líquido elemento, y cortocircuitaron. La potente corriente eléctrica producida vaporizó al instante todo lo que tocó el agua. Tripulación e instrumental explotaron como bombas.

Después de aquel desastre, la alianza envió más de una docena de naves burbuja en distintas direcciones a investigar. Todas y cada una sufrieron el mismo aciago destino al alcanzar aquella altura aparentemente insalvable. Ni uno solo de los tripulantes de aquellas misiones consiguió hacer que su sacrificio valiera la pena: ninguno envió información que contribuyera a esclarecer el origen de aquel sonido desconcertante. Hubo dos ocasiones en las que los monitores captaron una extraña fluctuación de aspecto cristalino, pero fuimos incapaces de explicar lo que era. Misiones posteriores trataron de escanear lo que había allí arriba con sus sismoscopios, pero los datos recibidos resultaban incomprensibles. Las ondas sísmicas indicaban que no se trataba de espacio ni de roca.

Estos descubrimientos hicieron temblar los cimientos de la teoría del universo vacío y los círculos académicos comenzaron a discutir la posibilidad de dar con un nuevo modelo del universo. Según este, el universo tenía una extensión máxima de ocho mil kilómetros, y a partir de ese punto las naves burbuja expedicionarias perdían el contacto por hallarse en los confines del cosmos, más allá de los cuales no existía nada.

El movimiento explorador se enfrentaba a la prueba más dura de cuantas había tenido que superar. Antes del accidente de la nave Hélice, el espacio ocupado por las naves burbuja extraviadas se había considerado, al menos en teoría, recuperable. Sin embargo, ahora habíamos topado con el límite del universo. Todo el espacio que vorazmente devoraran parecía perderse para siempre. Incluso los exploradores más aguerridos temblaban al considerar ese punto. Recuerda que, en nuestro mundo, una vez perdido el espacio no podía crearse más. La alianza decidió fletar las cinco últimas naves expedicionarias con instrucciones de proceder con extrema precaución a partir del momento en el que alcanzaran los cinco mil metros

de altura. En caso de que corrieran la misma suerte que sus antecesoras, significaría el fin del movimiento explorador.

Las dos primeras naves se perdieron. La tercera, sin embargo, llamada Cerebro de Piedra, consiguió un avance revolucionario. Alcanzados los cinco mil metros de altura, se dispuso a excavar hacia arriba con extrema cautela y lentitud. Cuando tocó el fondo marino, para evitar que las aguas irrumpieran en tromba en su interior y la destruyeran en el acto como en ocasiones anteriores, se coló a través de una grieta en forma de un potente pero pequeño chorro. La Cerebro de Piedra tenía una anchura de doscientos cincuenta metros, grande en comparación con la de las naves que la precedieron, lo cual resultó clave: debido a su tamaño, el agua tardó una hora en llenar por completo su interior, dando así tiempo al sismoscopio de recopilar y enviar a la alianza gran cantidad de información e imágenes sobre la morfología del océano antes de destruirse.

Fue la primera vez que los habitantes del mundo burbuja vieron un líquido.

A pesar de que no resulta descabellado pensar que en la antigüedad del mundo burbuja pudiera haber existido algún líquido, este no habría sido más que magma candente que más tarde, una vez asentada la geología del planeta, debió de solidificarse por completo, pues en el centro de nuestro mundo solamente existía la materia sólida y el espacio vacío.

No obstante, hacía tiempo que algunos científicos habían predicho la posibilidad teórica de la existencia de líquidos, pero nadie creyó de hecho que hubiera en el universo una sustancia tan fabulosa. Ahora, sin embargo, las imágenes que recibían se la ponían delante de sus propios ojos. Todo lo que vieron les horrorizó: el chorro blanco que penetraba con violencia las paredes. El modo en el que aquella sustancia diabólica parecía contravenir todas las leyes físicas y se adaptaba a cualquier forma que deseara, cómo se

colaba en el interior de la más mínima grieta... También parecía alterar las propiedades de la superficie de la roca: apenas entraba en contacto con ella, su color se oscurecía y adquiría la reflectancia de un metal. Lo que más les fascinaba era que, si bien la mayoría de los objetos se hundían en él, ciertas partes del cuerpo de la tripulación y algunos componentes de las máquinas flotaban en la superficie, aunque su naturaleza no era distinta de los fragmentos que se hundían. Bautizaron a esta sustancia líquida con el nombre de «roca amorfa».

A partir de entonces, los exploradores volvieron a encadenar éxitos. Primero los ingenieros de la alianza diseñaron un rudimentario tubo de desagüe, una simple vara hueca de doscientos metros de longitud la cual, una vez atravesadas las últimas capas de roca, podía destaparse para reconducir el agua del océano a través de su interior. Tenía una válvula en el otro extremo.

Equiparon con aquel tubo una nueva nave burbuja. Cuando alcanzó los cinco mil metros de altura comenzó a taladrar las últimas capas de roca con él. Todo fue sobre ruedas. Al fin y al cabo, si había algo en el mundo con lo que tuviéramos experiencia, era excavar. Sin embargo, había aún otro campo del que no sabíamos nada y en el que íbamos a tener que aplicarnos a fondo: la tecnología del sellado.

Dado que en el mundo burbuja no existían los gases ni los líquidos, hasta el momento nunca habíamos tenido la necesidad de desarrollar una tecnología de sellado. La válvula del extremo inferior del tubo de desagüe no cerraba del todo bien y, antes de abrirla siquiera, el agua comenzó a colarse en la nave. En realidad, este accidente resultó ser afortunado, pues de haber abierto la válvula del todo, la potencia del agua entrante hubiese superado con creces la de aquel chorro que malogró la Cerebro de Piedra y,

cual rayo láser, hubiera cortado todo cuanto hubiera encontrado a su paso. Así, en cambio, el agua era mucho más manejable.

Ya te puedes imaginar lo impactante que fue para la tripulación de la nave burbuja ver el agua chisporrotear por primera vez en vivo. Aquel líquido resultaba tan desconocido para ellos como lo fue en su día la electricidad para la humanidad.

Una vez llenaron una barrica metálica con aquel líquido extraño, la nave comenzó a retroceder hacia estratos más bajos, manteniendo la vara clavada en la roca. Conforme descendían, tenían que mantener la barrica inmóvil al máximo. Observando el agua en su interior, efectuaron un primer descubrimiento: ¡la roca amorfa era transparente!

El agua de mar que habían visto filtrarse por entre la roca la primera vez estaba mezclada con barro y otros sedimentos, de modo que supusieron que debía de ser así en su estado natural.

A medida que la nave descendía fue aumentando la temperatura. Horrorizados, los exploradores efectuaron un nuevo descubrimiento: ¡la roca amorfa tenía vida! Agitándose con una rabia violenta, emergían a la superficie multitud de burbujas. Pero la fuerza vital de aquel monstruo parecía estar consumiéndose a sí misma, pues su cuerpo terminó disuelto en una fantasmagórica sombra blanca que luego se esfumó.

Cuando toda la roca amorfa contenida en la barrica hubo mutado a aquel nuevo estado espectral, los exploradores que se encontraban a bordo de la nave se sintieron indispuestos. En cuestión de segundos comenzaron a saltar chispas de sus cuerpos y terminaron muriendo en mitad de un agónico espectáculo de fuegos artificiales.

Las ondas sísmicas transmitieron a la base de la alianza aquel macabro espectáculo en tiempo real hasta que los monitores se fundieron en negro. El equipo de rescate que enviaron terminó sufriendo el mismo destino: tan

pronto como tomaron contacto con la nave empezaron a cortocircuitar y sufrieron una dolorosa muerte entre terribles chispas. Parecía como si la roca amorfa se hubiera convertido en un espectro mortal que permeara el ambiente. Sin embargo, los científicos repararon en que aquella segunda tanda de cortocircuitos había sido visiblemente menos violenta que la primera, lo cual los llevó a concluir: a medida que aumentaba el área del espacio, la densidad de aquella amorfa sombra de muerte decrecía.

Aún hizo falta sacrificar muchas más vidas, pero al final descubrimos que se trataba de otro estado de la materia con el que nunca antes habíamos interactuado: el gas.

9

FIRMAMENTO

Este cúmulo de descubrimientos tan cruciales impulsó al Gobierno del mundo burbuja a reconciliarse por fin con sus viejos enemigos de la Alianza de Exploradores. A partir de entonces, el mundo burbuja puso todos sus esfuerzos y recursos al servicio de la causa de la exploración. Tras un dramático incremento de las inversiones, el espaldarazo definitivo estaba a la vuelta de la esquina.

A pesar de que consiguieron comprender mejor la naturaleza del vapor de agua, por el momento los científicos no disponían de la tecnología selladora que garantizara la seguridad de la gente y de la maquinaria. Por otro lado, averiguaron que, a una altitud superior a los cuatro mil quinientos metros, la roca amorfa permanecía inerte y no era capaz de hervir. El Gobierno Mundial y la Alianza de Exploradores construyeron un laboratorio a una

altitud de cuatro mil ochocientos metros, dotado de una tubería más larga y robusta con la que poder investigar la roca amorfa.

—Apenas os poníais con el trabajo de Arquímedes.

Tienes razón, pero no olvides que el trabajo de Faraday lo llevábamos hecho desde la era primitiva.

El trabajo de los científicos del laboratorio de investigación de la roca amorfa tuvo como frutos secundarios el descubrimiento de la presión del agua y de la flotabilidad. También lograron desarrollar y perfeccionar la tecnología de sellado necesaria para trabajar con líquidos. Por fin se descubrió que navegar la roca amorfa iba a resultar mucho más fácil que taladrar la roca. Todo lo que hacía falta era una nave bien sellada que fuera resistente a la presión. Sin necesidad de llevar excavadoras a bordo, la nave sería capaz de elevarse a una velocidad inimaginablemente alta para quienes vivían en el mundo burbuja.

—Construisteis el primer cohete del mundo burbuja —concluyó Fan, sonriente.

Más bien un torpedo. Era un recipiente metálico con forma de huevo, resistente a las altas presiones y desprovisto de cualquier tipo de propulsor. Solo tenía espacio para un único tripulante, un explorador al que llamaremos Gagarin. La plataforma de lanzamiento era una espaciosa sala excavada en el suelo a una altitud de cinco mil metros. Una hora antes del lanzamiento, Gagarin se introdujo en el torpedo y sellaron la puerta. Después de confirmar que todos los instrumentos y sistemas de soporte vital funcionaban con normalidad, una excavadora automática comenzó a taladrar la capa de roca de apenas diez metros de grosor que separaba la sala del fondo marino. Con gran estrépito, el techo terminó cediendo ante la presión de la roca amorfa y el torpedo quedó sumergido de forma inmediata. Cuando el caos que lo envolvía disminuyó y Gagarin pudo al fin mirar a

través de la claraboya de roca transparente, se llevó una gran sorpresa al ver que las dos bombillas de la consola de lanzamiento despedían sendos haces de luz a través de la roca amorfa. En el mundo burbuja, donde no había aire, la luz no era capaz de dispersarse ni emitir haces. Era la primera vez que uno de nosotros veía a la luz actuar de aquel modo. Entonces el detector de ondas de choque le transmitió la orden de despegar y Gagarin tiró de la palanca de accionamiento para liberar el torpedo del anclaje que lo mantenía fijo. El aparato comenzó a elevarse con lentitud. Envuelto por la roca amorfa, muy pronto empezó a acelerar, flotando siempre hacia arriba.

Basándose en la presión a nivel del fondo marino, los científicos calcularon rápidamente que el fondo del océano estaba cubierto por unos diez mil metros de roca amorfa. A menos que ocurriera algún imprevisto, el torpedo alcanzaría la superficie en cuestión de quince minutos. Lo que allí pudiera hallar, nadie lo sabía.

El torpedo proseguía su ascenso en silencio. Lo único que Gagarin veía a través de la claraboya era una insondable oscuridad. La arenilla de roca que de vez en cuando pasaba a toda velocidad era la única indicación de lo rápido que subía.

De pronto, sintió pánico. Después de toda una vida viviendo en un mundo sólido, ahora, inmerso por primera vez en aquel espacio lleno de roca amorfa, una sensación de impotencia e indefensión comenzaba a apoderarse de él. Aquellos quince minutos se le estaban haciendo casi tan largos como los cientos de miles de años de exploración que habían conducido hasta aquel día. Entonces, justo cuando estaba a punto de perder los estribos, el torpedo traspasó la superficie del océano de nuestro planeta.

La inercia causó que se precipitara en el aire a más de diez metros de la superficie del mar para luego volver a caer. Durante el descenso, Gagarin

pudo ver a través de la claraboya la vasta extensión de roca amorfa que acababa de atravesar. Parecía no acabarse nunca y brillaba con unos extraños destellos que no tuvo tiempo de preguntarse de dónde provenían, pues acto seguido el torpedo impactó contra la superficie del mar causando una explosión de salpicaduras de roca amorfa que se dispersó en todas direcciones.

Al final, el torpedo se quedó flotando en la superficie marina como hacen los barcos, dejándose mecer con suavidad por las olas.

Gagarin abrió la compuerta con sumo cuidado y salió despacio al exterior. Lo primero que sintió fue la brisa marina. Tras unos instantes de perplejidad, cayó en la cuenta de que se trataba de un gas y se estremeció de miedo: aún recordaba el temible flujo de vapor de agua que había visto pasar a través de una tubería metálica en el laboratorio. ¿Quién habría podido imaginar entonces que el universo contenía tal cantidad de gas? Aunque, tal y como reparó a continuación, a diferencia del que producía la roca amorfa al hervir, ese gas no le causó ningún cortocircuito. Así fue como lo describiría en sus memorias:

Sentí el suave tacto de una mano invisible. Una mano extendida por una presencia desconocida infinitamente grande, ante la que me convertí en alguien nuevo.

Gagarin miró hacia arriba y, por fin, obtuvo la ansiada recompensa a cien mil años de civilización dedicados a explorar: la esplendorosa imagen del firmamento.

—Pues no lo tuvisteis nada fácil. Necesitasteis años de exploraciones tan solo para alcanzar lo que es nuestro punto de partida —se admiró Fan.

Deberíais apreciar más la suerte que habéis tenido como civilización.

Justo entonces, las nubes de cristales de hielo originadas por la atmósfera que se escapaba al espacio comenzaron a multiplicarse y a dispersar la luz irradiada por la nave espacial extraterrestre de tal modo que el brillo del cielo reflejaba los colores del arcoíris. Abajo, el gigantesco torbellino continuaba girando como una máquina frenética que se dedicara a pulverizar el planeta poco a poco. En contraste, la cima de la montaña permanecía en perfecta calma. No se apreciaba en ella ni la más mínima ondulación: semejaba un espejo de agua. Feng Fan volvió a pensar en los lagos del norte del Tíbet, pero hizo el esfuerzo de no perder de vista la realidad.

—¿Qué habéis venido a hacer? —preguntó en dirección al gran orbe.

Solo estamos de paso. Al notar que aquí había una civilización inteligente, hemos querido charlar un rato con quien fuera que subiese a esta montaña.

—Allá donde se erija una montaña, siempre habrá quien quiera subirla.

Así es. Ese impulso forma parte de la naturaleza de los seres inteligentes. Todos quieren llegar más alto, ver qué hay más allá. Y no por una cuestión de supervivencia. Tú, sin ir más lejos, de haber tenido esa prioridad, habrías optado por alejarte tanto como hubieras podido de esta montaña. Y, sin embargo, preferiste subirla. Los motivos por los cuales la evolución despierta en toda vida inteligente el deseo de superarse son mucho más profundos; aunque, por desgracia, a día de hoy seguimos sin conocerlos. Hay montañas por todas partes, y nosotros todavía estamos muy abajo.

—Yo estoy en una cima —replicó Fan, dispuesto a no dejar que nadie, ni siquiera un extraterrestre, le quitara importancia a su logro.

Sigues al pie de la montaña, todos lo estamos. La velocidad de la luz es

un pie de montaña, las tres dimensiones del espacio son un pie de montaña. Te están constriñendo continuamente en un profundo abismo, ¿no te sientes... confinado?

—No. Así es la realidad a la que estoy acostumbrado desde que nací.

Entonces lo que vamos a decirte te resultará chocante. Cuando miras el universo, ¿qué sientes?

—Que es inmenso. Ilimitado. Eso.

¿No te sientes confinado?

—¿Por qué? Se extiende ante mis ojos hasta el infinito. Los científicos alcanzan a ver lo que hay hasta a doscientos mil millones de años luz de distancia.

Pues déjanos decirte una cosa: no es más que un mundo burbuja con un radio de doscientos mil millones de años luz.

Fan se quedó sin palabras.

Nuestro universo es un espacio hueco. Una burbuja dentro de un sólido más grande.

—¿Cómo es posible? Ese gran sólido debería colapsar bajo la fuerza de su propia gravedad, ¿no?

No. Al menos no de momento. Nuestra burbuja sigue expandiéndose dentro de este supersólido universal. El colapso gravitacional solo afecta a los sólidos definidos. Si de verdad ese gran sólido que nos envuelve es infinito, entonces el colapso deja de ser un problema. Por supuesto, todo esto no son más que especulaciones. Nadie está en condiciones de saber si ese supersólido universal es infinito o limitado. Hay mucho sobre lo que especular. Por ejemplo, a esa gran escala, la gravedad podría ser contrarrestada por alguna otra fuerza del mismo modo que las fuerzas nucleares contrarrestan el electromagnetismo a escala microscópica. Aunque ahora desconozcamos tal fuerza, quizá ocurre lo mismo que cuando

vivíamos en nuestro mundo burbuja sin ser conscientes de la existencia de la gravedad. Nada de lo que sabemos acerca de la burbuja que es el universo contradice las especulaciones de vuestros científicos. Lo que pasa es que aún os queda mucho por conocer.

—¿Qué aspecto tiene ese supersólido? ¿Es... una formación rocosa?

De momento lo ignoramos. Dentro de cincuenta mil años, cuando lleguemos a nuestro destino, lo averiguaremos.

—¿Adónde vais?

A los confines del universo. Nuestra nave se llama Punta de Aguja. ¿Te suena el nombre?

—Sí. Es como se llamaba la nave que descubrió la ley de disminución paulatina de la densidad.

Eso es. Como aquella, ignoramos qué nos vamos a encontrar.

—¿Habrá otras burbujas vacías en el universo supersólido?

Planteándote eso estás adelantando acontecimientos.

—¿Cómo no me lo voy a plantear?

Piensa en las minúsculas burbujas del interior de una gran roca. Existen, claro, pero son muy difíciles de encontrar. Aun así, iremos en su busca.

—Sois realmente geniales...

Ha sido un verdadero placer conversar contigo, pero todavía nos queda un largo camino que recorrer: cincuenta mil años es mucho tiempo y apenas acabamos de salir por la puerta, como quien dice. Recuerda: hay montañas por todas partes.

La creciente densidad de cristales de hielo de las nubes tapó casi por completo aquella última línea de texto y a continuación la esfera gigante comenzó a desvanecerse, a encoger hasta volver a ser un pequeño punto primero, una estrella más del firmamento después. Se fue mucho más rápido de

lo que había venido. En cuestión de segundos había desaparecido del cielo occidental.

La oscuridad se cernió de nuevo sobre mar y cielo, volviendo invisibles las nubes de cristales de hielo y el torbellino. Tan solo quedó un mínimo rastro de negro caos en el firmamento, apenas perceptible. Fan oyó cómo el rugido de la tormenta que lo rodeaba amainaba rápidamente y pasaba a ser un gemido grave, y luego un silencio sobre el que se abrió paso el sonido de las olas.

Sintió que caía. Notó que la superficie de agua alrededor se estaba transformando: la cima se ensanchaba como la tela de un paraguas gigante al abrirse. Comprendió que la montaña de agua se estaba derrumbando y él estaba cayendo desde nueve mil metros de altura sobre el nivel del mar. En apenas un par de minutos, el agua en la que flotaba dejó de descender; lo supo porque debido a la inercia de su cuerpo se sumergió en ella.

Por suerte, no se hundió demasiado. Enseguida fue capaz de emerger.

Al hacerlo, comprobó que la superficie del océano había recuperado su aspecto habitual. La montaña de agua había desaparecido sin dejar rastro, como si nunca hubiera existido. La tormenta, a su vez, había amainado del todo también. A pesar de su intensidad, había durado muy poco: el viento apenas levantaba olas. Las aguas recuperaron la calma.

A medida que las nubes de cristales de hielo se fueron dispersando, volvió a hacer aparición el cielo estrellado.

Observándolo, Fan trató de imaginar aquel mundo remoto al que incluso a la luz le costaba llegar; aquel mundo donde, mucho tiempo atrás, el Gagarin del mundo burbuja había emergido de las profundidades, tal y como él mismo acababa de hacer. A pesar del vasto desierto espacial y temporal que los separaba, sintió que sus almas estaban conectadas.

Luego sintió náuseas y escupió algo. Por el regusto que le dejó en la boca supo que era sangre. Aquella montaña de agua a nueve mil metros de altura

sobre el nivel del mar le había causado mal de altura. Sufría un edema pulmonar, algo muy peligroso. El súbito incremento de gravedad lo había debilitado y era incapaz de moverse. Se mantenía a flote gracias a su chaleco salvavidas. Ignoraba el paradero del *Bluewater*, pero estaba seguro de que no habría ningún barco a menos de mil kilómetros.

Al llegar a la cima de la montaña, Fan se había sentido realizado, pensó que ya podía morir tranquilo. Sin embargo, ahora, de repente, nadie en la faz de la Tierra tenía más miedo a la muerte que él. Había subido al Himalaya, el techo del mundo. Había escalado una gigantesca montaña de agua. ¿Qué otras montañas debían de quedar por explorar? Para averiguarlo, tenía que seguir viviendo. Volvió a notar el mismo impulso que sintió en el Everest aquella vez en mitad de la tormenta de nieve el mismo impulso que le hizo soltar la cuerda que sostenía a sus compañeros y a su novia. Por fin tuvo el convencimiento de haber hecho lo correcto. De haber habido ahora algo o alguien a los que traicionar con tal de salvar la vida, no lo habría dudado.

Tenía que seguir viviendo. Había montañas por todas partes.

El sol de China

PRÓLOGO

Shui aceptó el paquete que le ofrecían las temblorosas manos de su madre. Contenía un par de zapatos de lona con suela gruesa cosidos por ella misma, tres tortas de harina, dos mudas de ropa remendada por todas partes y veinte yuanes. El padre, acuclillado a la puerta de la casa con gesto de mal humor, se dedicaba a fumar con su pipa alargada.

—Nuestro hijo se marcha, ¿vas a despedirte de él con esa cara? —le recriminó la mujer. Viendo que seguía fumando con la misma expresión de fastidio, exclamó—: ¿No quieres que se vaya? ¡Muy bien! ¿Tienes posibles para construirle una casa? ¿Le vas a encontrar tú una mujer?

—¡Pues que se largue! —bramó el padre, sin mover la cabeza—. Todos terminan yéndose tarde o temprano... ¡Más me habría valido criar perros!

Shui paseó la mirada por la aldea que lo había visto nacer y crecer. Condenada a la sequía perpetua, sus habitantes acumulaban en pozos la poca agua de lluvia que caía de tanto en tanto para poder subsistir. La familia de Shui no tenía dinero para construirse un pozo de cemento, de modo que tenían que conformarse con uno de barro. Cuando hacía calor, el agua apestaba. En años anteriores aún se la habían podido beber después de hervida; el único problema era que les quedaba un regusto áspero, sabía amarga. Sin embargo, aquel verano incluso después de hervida les provocaba diarrea. Según el médico de la base militar cercana, el agua debía de haber entrado en contacto con algún tipo de mineral tóxico del suelo del pozo.

Shui bajó la vista y miró a su padre una vez más. Luego, sin mediar palabra, echó a andar. No se volvió: sabía que su padre no estaría mirándolo. Cada vez que se enfurruñaba de aquella manera podía llegar a pasarse horas fumando en cuclillas, inmóvil como una pila de gasones de tierra apelmazada. Aun sin girarse, Shui siguió viendo claramente la cara de su progenitor. O, mejor dicho, la recorrió. ¿Acaso la vasta expansión baldía del noroeste de China, ocre, abrasada y reseca, agrietada, distaba en algo del rostro de sus campesinos? Allí a todo le ocurría lo mismo: árboles, tierras, casas y gentes ennegrecían por igual, se ajaban.

No podía ver los ojos de aquella inmensa cara que se extendía hasta el horizonte, pero sí sentía su presencia. Hubo un tiempo en el que miraban al cielo implorantes, aguardando la lluvia con expectación; luego, con los años, se habían vuelto vidriosos, inmutables. A decir verdad, para él aquella cara siempre había permanecido igual de impasible. Dudaba que aquella tierra hubiera sido joven algún día.

Una súbita ráfaga de viento seco cubrió de arena amarilla el camino que salía de la aldea. Siguiéndolo, Shui se encaminó rumbo a su nueva vida; llegaría más lejos de lo que jamás había soñado.

*Primer propósito en la vida:
Conseguir beber agua algo menos amarga
y ganar un poco de dinero.*

—¡Qué derroche de luces!

Shui había llegado a la zona minera después del anochecer. Estaba formada por un puñado de minas y carboneras ilegales.

—¿Esto? Tampoco hay para tanto —replicó Guoqiang, el hombre que había

ido a recibirlo—. Las luces de la ciudad sí que son para verlas...

Era de la misma aldea que Shui. Hacía años que se había marchado.

Guoqiang condujo a Shui hasta los barracones para que se instalara. Más tarde, a la hora de la cena, el muchacho no podía creer lo dulce que sabía el agua. Guoqiang le dijo que venía de un pozo muy profundo y por eso no amargaba.

—Pero el agua de la ciudad... —agregó—. ¡Ja! Esa sí que está buena...

Al acostarse, Guoqiang le entregó a Shui una especie de hatillo para que lo usara de almohada. Dentro descubrió varios cilindros unidos con cinta aislante negra. Al retirarles la cobertura de plástico eran como palos de jabón amarillo.

—Es dinamita —murmuró Guoqiang. Luego se dio la vuelta y empezó a roncar.

Shui reparó en que apoyaba la cabeza en aquel mismo tipo de almohada tan peculiar. Halló muchos más montones debajo de la cama. Un ramillete de detonadores pendía sobre su cabeza. Más tarde Shui sabría que aquel arsenal habría sido capaz de hacer saltar por los aires su aldea entera. Guoqiang era el artillero de la mina.

El trabajo en la mina era agotador. Shui hacía de todo: extraer carbón, cargar los carros, apuntalar maderos y un sinfín de tareas más; al final del día terminaba muerto, pero en lugar de rendirse ante la adversidad lo que hizo fue crecerse, volverse más fuerte. Si bien no temía al trabajo duro, en cambio sí le daba miedo el ambiente subterráneo de la mina: cada vez que bajaba sentía como si se internara en un hormiguero oscuro y profundo. Al principio supuso una auténtica pesadilla para él, pero se fue acostumbrando. Le pagaban por tajo y ganaba alrededor de ciento cincuenta yuanes, doscientos los mejores meses. Era feliz.

Lo que más feliz le hacía era el agua. Al final de su primera jornada, tiznado

de arriba abajo, fue junto al resto de sus compañeros a ducharse. Verlos cogiendo agua de la cisterna a palanganas, echándosela por encima tan alegremente y dejándola correr hasta el desagüe, lo dejó de piedra.

«Ay, mi madre, ¿cómo pueden desperdiciarla de esa manera? ¡Con lo buena que está!»

Para él, aquella agua convertía ese mundo oscuro en un paraíso sin igual.

Sin embargo, Guoqiang insistió en que fuera a probar suerte en la ciudad. Según decía, de no ser porque lo habían descubierto robando material de la obra en la que trabajaba, él mismo seguiría allí. Estaba convencido de que Shui podría ganar mucho más dinero y de forma mucho menos penosa.

Shui no terminaba de decidirse, hasta que un día Guoqiang tuvo un accidente en el pozo: un cartucho de dinamita defectuoso explotó mientras lo colocaba. Cuando lo sacaron, moribundo y cubierto de escombros, le murmuró:

—Vete a la ciudad... Allí hay muchas más luces...

Segundo propósito en la vida:

*Ir a una ciudad con más luces y agua más dulce
para ganar más dinero.*

—¡Aquí la noche es tan clara como el día! —exclamó Shui con asombro. Guoqiang no lo había engañado: en la ciudad había muchísimas más luces.

Decía todo esto cargando con una banqueta de limpiabotas al hombro, mientras seguía a un hombre llamado Erbao por la calle principal de la capital provincial en dirección a la estación de tren.

Erbao, de una aldea vecina a la de Shui, era un excompañero de trabajo de Guoqiang. A pesar de las indicaciones que este último le había dado, a Shui le había costado mucho dar con él, pues Erbao ya no trabajaba en la

construcción: ahora se dedicaba a lustrar zapatos. Sin embargo, Shui tuvo la gran suerte no solo de encontrarlo al fin, sino también de hacerlo justo en el momento en que uno de sus compañeros de piso, que se dedicaba a lo mismo, había tenido que volver al pueblo para arreglar un asunto personal y había dejado su puesto vacante. Tras darle apenas un par de explicaciones someras, Erbao le había entregado la banqueta del compañero que se había marchado y le había dicho que lo siguiera.

Por el camino, Shui comenzó a dudar de que pudiera ganarse la vida con aquello. Remendar zapatos aún habría tenido sentido, pero ¿limpiarlos? Nadie en su sano juicio iba a estar dispuesto a pagarle un yuan por eso (tres si los quería encerados). Sin embargo, en cuanto llegaron frente a la estación, antes de tener tiempo a colocar los bártulos siquiera, ya hacía cola su primer cliente. Llegadas las once de la noche, para su sorpresa, había conseguido catorce yuanes. Erbao se mostró mucho menos complacido: durante todo el camino de regreso no paró de quejarse, insinuando que Shui le había robado negocio.

—¿Qué son aquellas cajas de hierro de debajo de las ventanas? —preguntó Shui, señalando un edificio.

—Son aires acondicionados. Dentro de esos pisos es como si fuese primavera.

—¿Qué bien se vive en la ciudad! — se admiró Shui mientras se secaba el sudor de la cara.

—¿Pero qué dices! Se pasa muy mal. Ganar para un cuenco de arroz al día no es difícil, pero de ahí a poder casarse y formar una familia... Cualquiera de esos —prosiguió, señalando al edificio con el mentón— no baja de dos o tres mil yuanes por metro cuadrado.

—¿Qué es un metro cuadrado? —preguntó Shui, perdido.

Moviendo la cabeza con exasperación, Erbao dejó de hacerle caso.

Shui vivía hacinado en un minúsculo apartamento que compartía con otros doce hombres. La mayoría eran trabajadores migrantes o campesinos que acudían a la ciudad a vender sus productos. En cambio, el que dormía al lado de Shui sí era un auténtico hombre de ciudad, solo que no de aquella. Aunque se comportaba como uno más (comía lo mismo que el resto, de noche también se desnudaba de cintura para arriba para estar fresco...), cada mañana se aseaba, se ponía el traje y salía por la puerta hecho un pincel, convertido en otra persona. Era como ver un fénix dorado emergiendo de un nido de pollos.

Su nombre completo era Lu Hai. Todos procuraban llevarse bien con él a causa de una de sus pertenencias: un objeto que a Shui la primera vez le pareció un gran paraguas, solo que hecho de espejos y brillante por dentro. Lu lo ponía al sol en el suelo, abierto del revés, y luego colocaba un cazo de agua en el lugar donde debería haber tenido el mango. El brillo del interior reflectante del paraguas calentaba el agua del cazo tan rápidamente que al momento rompía a hervir. Según supo Shui más tarde, aquel artilugio era una cocina solar. La usaban para hervir agua y cocinar, lo cual les ahorraba bastante dinero; la única pega era que no funcionaba en días nublados.

Aquella especie de paraguas que llamaban cocina solar carecía de varillas que se plegaran: no era más que una fina lámina curvada. Lo más curioso de todo para Shui era cuando Lu lo recogía: desenchufando del techo el cable que le salía del cazo, se desplomaba sobre el suelo convertido en un trapo de tela plateada. Shui lo había cogido para inspeccionarlo en más de una ocasión: era liso y muy suave al tacto, apenas pesaba y su superficie le devolvía su imagen extrañamente deformada y con la misma iridiscencia de las pompas de jabón. Tan pronto como lo soltaba, se le resbalaba de los dedos y caía al suelo sin hacer ruido como si fuera mercurio. En cuanto Lu volvía a enchufarlo, la tela plateada se abombaba como una flor de loto y una vez más recuperaba su aspecto de paraguas puesto del revés. En ese estado resultaba mucho más

firme y devolvía un sonido metálico al golpetearla con los nudillos; adquiriría tal rigidez que aguantaba sin problemas el peso de teteras y cazos de todos los tamaños.

—Está hecho de un nanomaterial de acabado altamente refractivo y ultrarresistente —le había explicado Lu—. Su característica más notable es que, aun siendo suave y flexible en condiciones normales, con solo aplicarle una mínima corriente eléctrica se enrigidece.

Como Shui sabría después, aquel material recibía el nombre de «película de nanoespejos». Era un invento del propio Lu, quien, después de patentarlo, había invertido todo su dinero en tratar de introducirlo en el mercado. Sin embargo, ninguno de los múltiples productos a los que lo aplicó, cocina solar incluida, había despertado interés alguno, y acabó perdiendo todo su dinero. Ahora era tan pobre que solía tener que pedirle dinero prestado a Shui para pagar el alquiler. A pesar de lo estrepitoso de su fracaso, Lu no se daba por vencido. Inmune al desaliento, día tras día recorría la ciudad de punta a punta en busca de nuevas oportunidades para vender su idea. Según le había dicho a Shui, aquella era la decimotercera ciudad a la que había acudido.

Además de la cocina solar, Lu poseía otro fragmento de película de nanoespejos. Su aspecto habitual era el de un pequeño pañuelo plateado que dejaba extendido sobre la mesa de al lado de su cama, pero cada mañana, antes de salir, Lu pulsaba un pequeño interruptor e inmediatamente el pañuelo se convertía en una placa dura que usaba a modo de espejo.

Un día, mientras se acicalaba, reparó en Shui, que justo se levantaba.

—Deberías prestar más atención a tu aspecto —le dijo—. Aféitate más a menudo, péinate mejor. Y no vayas siempre con la misma ropa; cómprate otra muda, aunque sea barata.

Shui le tomó el espejito de las manos para mirarse. Luego, esbozando una

sonrisa de resignación, se lo devolvió. Para un pobre limpiabotas, así ya estaba bien.

—Hoy en día el mundo rebosa de oportunidades —insistió Lu, acercándosele—. ¡El cielo entero está lleno de pájaros de oro y, cuando menos te lo esperes, vendrá uno y se te pondrá al alcance de la mano, pero debes estar preparado!

Shui, que no veía pájaro de oro alguno por ningún lado por más que mirara, se encogió de hombros y le dijo:

—Yo es que... no tengo muchos estudios.

—Pues es una pena, no te lo voy a negar. Pero quién sabe, eso a veces puede hasta llegar a jugar a tu favor. Lo bueno de estos tiempos que corren es que son impredecibles: a cualquiera le puede pasar un milagro...

—Ya, bueno, pero tú... sí fuiste a la universidad, ¿no?

—Tengo un doctorado en Física del Estado Sólido. Durante un tiempo, fui profesor universitario.

Cuando Lu se fue, Shui pasó un buen rato sin saber qué pensar de todo aquello. Al final, negando con la cabeza, se dijo: «Si alguien como él ha sido incapaz de atrapar ningún pájaro que valga en trece ciudades diferentes, ¿qué espera que consiga yo?». Lu debía de haber querido burlarse de él. Lo cual no tenía sentido, pues él mismo era lo suficientemente patético como para creerse superior a nadie.

Aquella noche, mientras algunos de los hombres del piso dormían y otros jugaban al póquer, Shui y Lu bajaron al restaurante a ver la tele. Era algo más de las doce y emitían el noticiero de madrugada. La pantalla mostraba únicamente al presentador sin intercalar ninguna otra imagen.

—Esta tarde, durante una rueda de prensa convocada por el Consejo de Estado, su portavoz anunció el inicio oficial de la construcción del que ya es mundialmente conocido como «sol de China». Esta nueva y ambiciosa

iniciativa de ingeniería ecológica sigue la estela de otros proyectos nacionales de gran escala como la Gran Muralla Verde [1] que buscan reforestar vastas extensiones de terreno...

Shui había oído hablar de aquel proyecto. Iban a construir otro sol y subirlo al cielo para que, de algún modo, trajera más lluvia al árido noroeste. Puesto que aquel asunto le resultaba enigmático, como solía hacer en ocasiones similares, sintió el impulso de preguntarle a Lu. Sin embargo, al volverse hacia él lo vio mirando boquiabierto el televisor, tan ausente como si se le hubiera escapado el alma. Le pasó la mano por delante de los ojos, pero Lu no volvió en sí hasta que cambiaron de noticia.

—Ahí va... El sol de China...

Shui lo miró extrañado. Era imposible que Lu no estuviera al corriente de aquel proyecto. ¡Si hasta él mismo, Shui, lo conocía! En todo el país no quedaba un alma que no hubiera oído hablar del tema; entonces ¿por qué reaccionaba así? ¿Qué tendría que ver aquello con él, un pobre desgraciado que malvivía en un maltrecho y asfixiante apartamento?

—¿Te acuerdas de lo que te dije esta mañana? —le preguntó entonces Lu—. Se me acaba de plantar delante un pájaro dorado, ¡y de los gordos! El muy pillo llevaba ya tiempo dando vueltas sobre mi cabeza pero yo no me daba cuenta!

Shui seguía mirándolo perplejo.

Lu se puso de pie de un brinco.

—¡Me voy a Pekín en el tren de las dos y media! —anunció—. ¿Te vienes conmigo, chaval?

—¿A Pekín? ¿Y qué iba a hacer yo allí?

—¿Qué no vas a poder hacer, con lo enorme que es? Aunque sigas lustrando zapatos, ¡ganarás muchísimo más que aquí!

Y así, aquella misma madrugada, Shui y Lu subían a un tren cargado de gente hasta los topes que, abriéndose paso a través de una inmensa penumbra, los condujo hacia donde nacía el sol.

*Tercer propósito en la vida:
Mudarse a una ciudad más grande para
ver más mundo y ganar más dinero.*

La primera vez que Shui vio la capital, una cosa le quedó clara: algunas cosas tenían que verse en persona para poder apreciarlas de verdad. Y es que nada de lo que había imaginado podía compararse con la fastuosa realidad que desfilaba ante sus ojos. En más de una ocasión, por ejemplo, se había preguntado por el aspecto que Pekín tendría de noche. Al principio su mente se había limitado a multiplicar primero el número de luces de su aldea, del distrito minero después; más tarde, cuando se mudó a la capital provincial, volvió a hacer lo mismo y multiplicó las de allí por varios enteros. Pero cuando el bus al que Lu y él habían subido al llegar a la estación de Pekín Oeste enfiló por la avenida Chang'an, presencié un espectáculo que superaba con creces a todas las luces anteriores juntas multiplicadas por mil. Aunque evidentemente no era posible que las luces del centro de Pekín tuvieran una potencia mil veces mayor que las otras, era innegable que algo las hacía especiales: ninguna ciudad del oeste reflejaba un ambiente similar.

Shui y Lu pasaron la noche en un motel subterráneo barato. A la mañana siguiente, se separaron. En el momento de despedirse, Lu le deseó la mejor de las suertes y le dijo que no dudara en contactar con él para cualquier cosa. Cuando Shui le preguntó si tenía algún teléfono o alguna dirección, Lu le contestó que de momento carecía de ambas cosas.

—Entonces ¿cómo voy a dar contigo? —le preguntó Shui.

—Muy pronto me verás por la tele o en el periódico.

Viéndolo marchar, Shui sacudió la cabeza con desconcierto: ¿qué debía de haber querido decir con eso? El hombre no tenía ni un céntimo para seguir pagando la habitación del motel y aquella misma mañana Shui había tenido que invitarlo a desayunar. No conservaba ni la cocina solar, pues se la había tenido que dejar al casero de Pekín como pago por el alquiler que debía. No era más que un indigente con un sueño.

Shui se dispuso a buscar trabajo. Sin embargo, la ciudad era tan impresionante que pronto se olvidó de su propósito y pasó el día vagando sin rumbo entre el bullicio de sus calles. Se sentía como si estuviera en un mundo de fábula y por más que caminó no se notó cansado.

Ya hacia el atardecer se halló al pie de uno de los nuevos símbolos de la capital: la torre Unity, un rascacielos de quinientos metros de altura inaugurado apenas hacía un año. Estiró el cuello para admirar aquel muro de cristal que se erigía por encima de las nubes. Sobre su superficie, la luz menguante del atardecer y el piélagos de luces que se iban despertando alrededor en la gran urbe ofrecían un cautivador espectáculo de luces y sombras que Shui observó hasta que le empezó a doler el cuello. Justo cuando estaba a punto de irse, las luces del edificio se encendieron. La imponente imagen del rascacielos iluminado lo subyugó, y Shui permaneció allí quieto, contemplando embelesado las alturas.

—Llevas observando un buen rato. ¿Te interesaría hacer ese trabajo?

Shui se volvió para ver quién le hablaba. Era un hombre joven. Iba vestido con el mismo traje que usaban tantos otros en aquella ciudad, pero además llevaba puesto un casco amarillo.

—¿Qué trabajo? —preguntó Shui confundido.

—Es eso lo que estabas mirando, ¿no? —le preguntó el hombre del traje,

apuntando hacia arriba con la mano que sujetaba el casco.

Shui miró hacia arriba en la misma dirección. Para su sorpresa, descubrió a varias personas en la parte alta del muro de cristal. Se hallaban a tal distancia que apenas eran unas manchas negras.

—¿Qué están haciendo tan arriba? —preguntó, tratando de escudriñar con la mirada—. ¿Limpiando los cristales?

El joven asintió.

—Soy el director de recursos humanos de la compañía de servicios de limpieza Blue Sky. Estamos especializados en la limpieza de cristales en altura. ¿Te interesa?

Shui levantó la vista de nuevo para mirar aquellas pequeñas manchas negras que parecían hormigas y casi se mareó.

—Me da... bastante miedo, la verdad.

—Contamos con toda clase de medidas de seguridad, si es eso lo que te preocupa. No es tan peligroso como parece, pero la verdad es que a veces cuesta encontrar gente. Justo en este momento andamos necesitados de personal. Te garantizo que cumplimos al pie de la letra todas las normas y regulaciones existentes; el peligro es nulo. Y ofrecemos el sueldo más competitivo de la industria. Ganarías mil quinientos yuanes al mes más dietas. Además la empresa te pagaría un seguro personal.

Impresionado por la cifra que acababa de oír, Shui se quedó mirando al hombre sin saber qué decir.

—¡De acuerdo, de acuerdo! —exclamó el joven, malinterpretando su silencio—. Olvídate del período de prueba y súmale trescientos yuanes más al mes: eso son mil ochocientos yuanes mensuales, de ahí ya no puedo subir. Antes ofrecíamos un sueldo base de apenas cuatrocientos o quinientos yuanes que luego se complementaba en función del número de servicios que se

hicieran. En cambio, ahora pagamos un tanto fijo mensual, lo cual es mucho mejor.

Así fue como Shui se convirtió en hombre araña, esto es, uno de aquellos limpiacristales que se dedicaban a limpiar edificios de gran altura.

Cuarto propósito en la vida:

Llegar a ser residente oficial de Pekín.

Shui y cuatro de sus compañeros descendían cautelosos por el exterior de un edificio llamado Torre Astronáutica colgados de sendos cables fijados en la azotea. Al cabo de cuarenta minutos alcanzaron el piso ochenta y tres, punto en el que habían dejado de limpiar la jornada anterior. Una de las tareas más complejas de los hombres araña era limpiar fachadas con inclinaciones: toda superficie en un ángulo respecto al suelo menor de noventa grados suponía un gran quebradero de cabeza. En un alarde de perversa creatividad, el arquitecto de la Torre Astronáutica había querido que el rascacielos entero fuera inclinado: su parte superior descansaba sobre una esbelta columna que lo unía al suelo. En palabras del prestigioso artífice del diseño, aquello imprimía a la estructura un dinamismo evocador de la sensación de despegue. Al final la metáfora resultó ser apropiada, pues el rascacielos había alcanzado tal fama a nivel mundial que para la gente ya era uno más de los edificios emblemáticos de Pekín. Los hombres araña solían acordarse con mucho menos aprecio (pero sí gran inventiva) del arquitecto y de varias generaciones de sus antepasados cada vez que les tocaba limpiar el edificio. Era una labor de auténtica pesadilla: el costado del edificio más cercano al suelo medía cuatrocientos metros de longitud y estaba cubierto de cristaleras en un ángulo de inclinación de nada menos que sesenta y cinco grados.

Una vez en posición, Shui echó un vistazo hacia arriba. El enorme muro de

cristal parecía querer echársele encima. Empleando una sola mano, desenroscó el tapón del bidón del líquido limpiacristales. La otra la tenía ocupada en asir con fuerza la gran ventosa que lo unía al edificio, un artilugio que, a pesar de estar diseñado para superficies inclinadas como aquella, fallaba en más de una ocasión. Cuando sucedía tal cosa, los hombres araña se separaban de la pared y quedaban colgando del arnés de seguridad. Las labores de limpieza de la Torre Astronáutica solían verse interrumpidas por aquel tipo de percance, pero cada una de las veces provocaba el pasmo del pobre limpiacristales en cuestión. Justo el día anterior, un compañero de Shui se había soltado con tan mala suerte que salió disparado y, al regresar, una fuerte ráfaga de viento lo había empotrado contra el cristal, que se hizo añicos. Tuvieron que ponerle puntos en la frente y en los brazos, y el coste de la reparación del vidrio lo iba a tener trabajando un año entero sin cobrar.

Aunque Shui llevaba haciendo de hombre araña algo más de dos años, seguía pareciéndole tan difícil como el primer día. Si un viento de fuerza 2 en la escala de Beaufort a nivel del suelo era capaz de convertirse en uno de fuerza 5 a una altura de solo cien metros, en el caso de los edificios de cuatrocientos o quinientos metros de altura su furia se exacerbaba hasta niveles exagerados. No era una ocupación lo que se dice segura precisamente; más de uno y de dos habían acabado empotrados contra el asfalto. En invierno, los fuertes vientos se le clavaban a uno en la carne como si fueran auténticos cuchillos. La solución de ácido fluorhídrico que usaban como detergente era tan corrosiva que las uñas se les volvían negras si entraban en contacto con ella e incluso podían llegarles a caer, de modo que en pleno verano, para evitarlo, seguían vistiendo con traje, botas y guantes. A la hora de limpiar cristales revestidos, el reflejo de la luz del sol era tan potente que no podían mantener los ojos abiertos. A Shui le hacía sentirse como si lo hubieran colocado dentro de aquella cocina solar de Lu Hai.

Pero lo cierto era que amaba aquel trabajo. Los últimos dos años habían sido los más felices de lo que llevaba de vida. Sin duda, el hecho de ganar un sueldo comparativamente alto como hombre araña en relación con el que recibían otros trabajadores migrantes sin estudios contribuía en gran medida a su satisfacción, pero el factor determinante eran las maravillosas sensaciones que le deparaba el trabajo en sí. Disfrutaba con especial fruición haciendo algo que sus compañeros detestaban: limpiar megarrascacielos de construcción reciente como aquel. Las vistas de las que uno podía gozar colgado de la pared de aquellas grandes moles de doscientos, trescientos o hasta quinientos metros de altura eran espectaculares. A su lado, los rascacielos de la capital erigidos en el siglo anterior, considerados altos en su día, encogían irremediablemente. Los más alejados llegaban a parecer meras briznas de hierba brotando del suelo. Incluso el complejo imperial de la Ciudad Prohibida, que presidía el centro de la gran urbe, daba la impresión de ser una miniatura hecha con bloques de construcción dorados. Desde una altura como aquella, Pekín podía abarcarse entera de un solo vistazo. Aplacando su clamor, respiraba silenciosa a sus pies convertida en una especie de ser vivo atrapado en mitad de la tela de araña que era su red de carreteras radiales. Algunos de los edificios en los que Shui trabajaba llegaban a sobrepasar las nubes, y había veces en las que el mundo bajo sus pies podía estar envuelto en una negra tormenta al tiempo que sobre su cabeza brillaba un refulgente sol. Mirando a la tempestad que barruntaba bajo sus pies en tales ocasiones, Shui solía tener la sensación de que los vientos ululantes lo atravesaban.

Dedicarse a aquel oficio le había hecho comprender que algunas cosas solo podían entenderse vistas desde arriba. Inmerso en la vorágine urbana, todo parecía tremendamente complicado; a nivel del suelo, la ciudad era un

laberinto interminable. Sin embargo, ahora, desde las alturas, no era más que un nido de diez millones de hormigas dentro de un mundo vasto e inmenso.

El día que Shui recibió su primer salario de hombre araña fue a dar una vuelta por un gran centro comercial. Cuando el ascensor pasaba por la tercera planta, quedó maravillado. A diferencia de los dos niveles inferiores, atestados de productos, aquel piso estaba bastante vacío; lo único que se veía eran unas pocas mesas, más grandes de lo habitual, sobre las que había montones de edificios minúsculos rodeados de felpa verde y pabellones tan blancos que parecían de marfil, o quizá queso, y separados por anchas avenidas. A Shui le pareció estar ante una réplica del paraíso. Supuso que se trataría de juguetes, pero luego se fijó en que por allí no había ningún niño y que la gente hablaba en un tono muy serio. Ensimismado, se acercó a uno de aquellos paraísos miniaturizados y se dedicó a admirarlo. No fue consciente de que estaba en una agencia inmobiliaria hasta que una atractiva joven le preguntó en qué podía ayudarlo.

Señalando un edificio al azar, Shui le preguntó cuánto costaba un ático. La mujer le explicó que el metro cuadrado de los apartamentos de tres habitaciones como aquel era de tres mil quinientos yuanes, por lo que el precio final ascendía a la módica cantidad de trescientos ochenta mil yuanes. Aquella cifra tan astronómica lo había dejado sin palabras, pero lo que oyó a continuación logró que la considerara muchísimo más llevadera:

—En función del número de plazos, le saldría a pagar entre mil quinientos y dos mil yuanes al mes.

—Yo es que.... no soy residente oficial de Pekín —confesó Shui, cauteloso—, ¿aun así podría comprarlo?

—Pues claro que sí, qué ocurrencia tan graciosa —replicó la mujer con una sonrisa cautivadora—. El sistema de empadronamiento fijo se canceló hace

dos años; todo eso de residente rural y residente urbano se acabó. ¿No está usted en Pekín? Pues ya es de Pekín.

Después de salir del centro comercial, Shui estuvo un buen rato deambulando sin rumbo por la ciudad, envuelto en el brillante mosaico de luces nocturnas de la capital.

Llevaba en las manos el folleto a todo color que le había dado la agente inmobiliaria y, de vez en cuando, lo miraba. Hacía menos de dos meses, en aquel piso de la capital de provincia en el que había vivido, la mera idea de llegar a ser dueño de un piso en la capital le habría parecido un sueño inimaginable. Ahora, en cambio, a pesar de que aún distaba mucho de estar en condiciones de hacerlo realidad, el sueño dejaba de ser un simple sueño y se perfilaba como un objetivo. Un objetivo realizable, palpable.

Justo en ese momento, desde el interior del edificio, alguien golpeó el cristal que Shui estaba limpiando, haciéndolo volver al presente. No era la primera vez. Por alguna razón inexplicable, la mera presencia de los limpiaventanas irritaba sobremanera a los oficinistas que poblaban el interior de los rascacielos. Parecía que para ellos, más que hombres araña, realmente fuesen abyectos arácnidos; que lo que les separaba fuese mucho más que una fina pared de cristal. A diario, los hombres araña tenían que soportar quejas por hacer demasiado ruido, por bloquear la luz del sol y por muchísimas otras ofensas.

El cristal de la Torre Astronáutica era de tipo semirreflectante y Shui tuvo que forzar la vista para distinguir al hombre que gesticulaba desde el interior. Cuando por fin lo reconoció, se llevó una enorme sorpresa.

Era Lu Hai.

Desde que se separaron, Shui había pensado en él en más de una ocasión. En su recuerdo, Lu había seguido siendo el mismo pobretón que cada mañana se ponía el traje y salía a la calle a intentar cambiar su suerte, hasta que cierta

fría noche de otoño, justo cuando se preguntaba cómo debía de estar pasándolo su amigo, lo vio por televisión.

El proyecto Sol de China se encontraba en la fase de selección de su tecnología clave: el material con que iba a construirse su reflector. Al final, de entre una docena de propuestas, escogieron la película de nanoespejos de Lu. De la noche a la mañana, Lu pasó de ser un pobre diablo aficionado a la tecnología a ser uno de los principales científicos a cargo del proyecto Sol de China, con la fama mundial que aquello comportaba. Aunque a partir de entonces lo siguió viendo con relativa frecuencia en los medios, Shui terminó olvidándose de él; sentía que ya no tenían nada en común.

En el momento de entrar en la espaciosa oficina de Lu, Shui pudo comprobar que su excompañero de piso no había cambiado un ápice en los dos años que hacía que no se veían. Incluso seguía llevando el mismo tipo de traje. A Shui en su día aquel atuendo le había parecido el colmo de la distinción, pero ahora sabía ver que en realidad su estilo no llegaba ni a mediocre.

—¡Parece que a ti tampoco te ha ido mal en la capital! —apuntó Shui, después de contarle todo sobre su nueva vida.

—Pues no, no... ¡Nada mal! —asintió Lu, entusiasmado—. Te confieso una cosa: aquella mañana en la que te solté mi discursito sobre las oportunidades que abundan en estos tiempos, estaba al borde de tirar la toalla. Hablaba más para convencerme a mí mismo que para animarte a ti. Pero luego, mira: la vida hoy en día realmente está llena de oportunidades.

—Hay pájaros de oro por todas partes... —rememoró Shui, asintiendo.

Contemplando la espaciosa y moderna oficina en la que se encontraban, Shui se fijó en varios elementos decorativos peculiares: el techo entero estaba

cubierto por la imagen holográfica de un resplandeciente cielo estrellado. En la parte central, una especie de espejo circular de color plateado parecía flotar suspendido en el aire. Aunque su aspecto y sus dimensiones eran los de la cocina solar de Lu, Shui sabía que representaba un objeto veinte o treinta veces mayor que todo Pekín.

En una de las esquinas del techo había una bombilla. Al igual que el espejo, también parecía flotar sin ningún tipo de cable y proyectaba un intenso halo amarillo en el techo. El espejo reflejaba sus rayos sobre un gran globo terráqueo de encima del escritorio de Lu, dibujando un círculo de luz en la superficie. Conforme la bombilla viajaba por el techo, el espejo rotaba de forma que seguía proyectando el mismo círculo de luz de manera ininterrumpida.

La suma del holograma del cielo, el espejo, la bombilla, el globo y su círculo iluminado conformaban una imagen peculiar no exenta de misterio.

—Eso es el famoso sol de China, ¿no? —preguntó Shui a Lu, señalando el espejo circular.

—Sí señor —respondió Lu—, un reflector de treinta mil kilómetros cuadrados de superficie que viaja en órbita geosincrónica a una altura de treinta y seis mil kilómetros y refleja la luz solar sobre la tierra. A nosotros, desde la superficie terrestre, nos parecerá un segundo sol.

—No me explico cómo la presencia de un segundo sol hará que llueva.

—Un sol artificial tiene la capacidad de influir en el tiempo atmosférico de diversas maneras. Por ejemplo, alterando el equilibrio termodinámico de la atmósfera, puede influir en la circulación del aire, aumentar la evaporación del océano, mover frentes estacionarios... Pero bueno, con esto no estoy respondiendo a tu pregunta: en realidad el reflector orbital es solo la mitad del proyecto que conocemos como Sol de China. La otra mitad es un complejo modelo de movimientos atmosféricos que será ejecutado por varias

supercomputadoras a la vez, y que conseguirá simular con total precisión los movimientos de la atmósfera en un área determinada de cara a identificar los momentos críticos en los que la influencia del calor del sol artificial sea capaz de causar efectos suficientemente importantes como para que, a la larga, el clima objetivo de la zona cambie por completo... Es un proceso complicadísimo que escapa a mis conocimientos; ni yo mismo lo entiendo muy bien.

Shui decidió entonces hacerle una pregunta que sí sabría contestar. Aun siendo consciente de que corría el riesgo de parecer estúpido, le dijo:

—¿Cómo puede algo tan grande flotar en el cielo sin caerse?

Lu se lo quedó mirando. Luego tras echar un vistazo al reloj, lo cogió del hombro y contestó:

—Vámonos, te invito a cenar. Así, mientras comemos te explico por qué el sol de China no se cae.

La explicación resultó ser mucho menos simple de lo que Lu había anticipado: tuvo que recular y comenzar con nociones muy básicas. Aunque Shui sabía que vivía en un planeta esférico, la concepción cosmológica tradicional china según la cual la bóveda celeste se apoyaba sobre una Tierra de forma cuadrangular seguía muy enraizada en su mente; Lu tuvo que hacer grandes esfuerzos para convencerlo de que el mundo en que vivía era una pequeña roca flotante en la inmensidad del vacío. Al final, Shui siguió sin entender por qué el sol de China no iba a caerse, pero al menos la charla sirvió para alterar su percepción del universo. Podía decirse que había entrado en su era ptolemaica particular. A la noche siguiente, mientras cenaban en un puesto callejero, Lu logró hacerlo pasar a la era copernicana. Dos noches más tarde, Shui andaba ya, aunque no sin dificultad, por la era newtoniana y se había forjado una mínima idea del concepto de gravitación universal. A la noche siguiente, gracias al gran globo terráqueo de la oficina

de Lu, Shui entendió lo que era una órbita sincrónica y, por fin, supo por qué el sol de China no iba a caerse.

Un día, Lu lo llevó a visitar el Centro de Operaciones del proyecto Sol de China, presidido en su centro por una enorme pantalla que ofrecía una vista panorámica de las obras de construcción del sol de China, ya en órbita geosincrónica. Varias sábanas gigantes de color metálico flotaban en medio de la oscuridad del espacio. Eran tan grandes que los transbordadores espaciales de alrededor parecían mosquitos.

Pero lo más impactante para Shui fue la imagen de la Tierra que vio en otro monitor. Estaba tomada desde una altura de treinta y seis mil kilómetros. Las montañas de los continentes parecían gurruchos de papel de embalar marrón y las nubes que las sobrevolaban, azúcar. Lu le enseñó dónde estaban su aldea y Pekín.

—Desde ahí arriba, la gente debe de verlo todo tan diferente... —observó Shui, absorto.

Tres meses después finalizaban las obras de construcción principal del sol de China.

Al coincidir con la fiesta nacional, el reflector se enfocó de manera que iluminase por primera vez el área comprendida entre Pekín y Tianjin. Esa noche, junto a los cientos de miles de personas que se habían reunido en la plaza de Tian'anmen, Shui fue testigo de un amanecer espectacular: lo que parecía ser una estrella más del cielo occidental aumentó su brillo a un ritmo exponencial, al tiempo que se formaba un halo azul alrededor. A medida que el sol de China se aproximaba a su máxima luminosidad, el halo se expandió hasta abarcar la mitad del cielo y sus bordes se difuminaron: del azul puro al

amarillo, luego al naranja oscuro, luego al morado, originando un arcoíris circular que más tarde sería bautizado como «corona del amanecer».

Shui no estuvo de vuelta en los dormitorios hasta las cuatro de la mañana. Tumbado en su litera, vio que los rayos del sol de China se colaban por la ventana e iluminaban el folleto inmobiliario que había colgado en la pared. Lo arrancó de un manotazo.

Comparado con la esplendorosa luz del sol de China, aquel ideal que tanto había añorado le parecía ridículo y superficial.

Dos meses después, el supervisor de Shui fue a su encuentro para decirle que un tal Lu, director general del Centro de Operaciones del proyecto Sol de China había llamado para requerir su presencia. Shui no había visto a Lu desde que terminaron las labores de limpieza de la Torre Astronáutica.

—¡Vuestro sol es realmente admirable! —le dijo a Lu en cuanto entró en su oficina.

—No es solo nuestro, es de todos —replicó Lu—; en estos momentos tuyo sobre todo. No puedes verlo porque justo está sobrevolando tu aldea, haciendo que nieve.

—Mis padres me han escrito diciendo que este año está nevando más que nunca.

—Pero el sol de China ha topado con un problema —lamentó Lu, señalando en dirección a un monitor que mostraba las imágenes de dos círculos de luz, uno al lado del otro—. Estas dos instantáneas fueron tomadas desde la misma posición con sesenta días de diferencia. ¿Notas algún cambio?

—El de la izquierda brilla más.

—Bingo. En solo dos meses, la reducción de la reflectividad es notable a simple vista.

—¿Y eso por qué? ¿Le ha caído polvo?

—En el espacio no hay polvo. Pero sí viento solar, que es como se conoce al flujo de partículas expulsadas por el sol. Poco a poco se han ido acumulando en la superficie espejada del sol de China hasta formar una capa fina que ya ha empezado a afectar a su reflectividad. ¡De seguir así, en menos de un año el reflector quedará cubierto por el vapor de agua y más que el todopoderoso sol de China parecerá la inútil luna de China!

—¿Y cómo es que no lo anticipasteis?

—Pues claro que lo anticipamos... Bueno, al grano: ¿te gustaría cambiar de trabajo?

—¿Cambiar de trabajo? No sé a qué más podría dedicarme...

—Seguirías limpiando cristales a gran altura. Solo que para mí.

Shui, con gesto de extrañeza, señaló alrededor.

—¿No os acabamos de limpiar el edificio hace poco? ¿Para qué quieres un limpiacristales en plantilla?

—No, no, lo que quiero que limpies no es este rascacielos. Quiero que limpies el sol de China.

Quinto propósito en la vida:

Viajar al espacio para limpiar el sol de China.

Lu Hai había reunido a los militares y altos funcionarios responsables del Departamento de Ingeniería y Operaciones del Sol de China para discutir el establecimiento de una unidad de limpieza del reflector. Cuando les presentó a Shui y les dijo a lo que se dedicaba, uno de los asistentes se interesó por su experiencia académica. Shui fue sincero y dijo que no había terminado la primaria.

—Pero conozco caracteres suficientes como para leer sin problemas — aseguró, despertando la risa generalizada.

—¿Nos está tomando el pelo, director? —preguntó indignado uno de los funcionarios.

—En absoluto —le respondió Lu, imperturbable—. Supongamos que formamos una unidad de limpieza al uso con solo treinta operarios. Tardarían medio año en limpiar el sol de China, y eso trabajando sin descanso. Deberíamos calcular más bien entre sesenta y noventa personas trabajando por turnos, posiblemente muchas más cuando entre en vigor la nueva Ley de Protección del Trabajo Espacial que se está redactando, en cuyo caso ya estaríamos hablando de entre ciento veinte y ciento cincuenta personas. ¿De verdad vamos a enviar a ciento cincuenta astronautas doctorados y con tres mil horas de vuelo de experiencia a limpiar cristales?

—Quizá no, pero ¿por qué no alguien un poco más cualificado? Hoy en día, la práctica totalidad de la población urbana ha cursado estudios superiores, ¿qué necesidad hay de enviar al espacio a un analfabeto?

—¡Que no soy analfabeto! —protestó Shui.

Ignorándolo, el hombre añadió hacia Lu:

—¡Sería un insulto a la noble grandeza del proyecto!

El resto de los presentes asintieron.

—Me imaginaba que reaccionarían así —dijo Lu, asintiendo a su vez—. Caballeros, a diferencia de Shui, todos ustedes cursaron y terminaron sus doctorados. A continuación comprobaremos cuán útiles les resultan. Acompañenme.

Desconcertados, los directivos siguieron a Lu hasta los ascensores. El rascacielos disponía de tres tipos: rápidos, normales y lentos. Se montaron en uno rápido, que al momento subió disparado hasta el último piso del edificio.

—Es la primera vez que cojo este ascensor —dijo uno de los hombres—.

¡Parece que vayamos dentro de un cohete!

—Pronto entraremos en órbita sincrónica y podrán experimentar lo que se siente limpiando el sol de China —dijo Lu, despertando múltiples miradas de escepticismo.

Al salir del ascensor, Lu condujo al grupo por una estrecha escalerilla que llevaba a una puerta metálica. Al cruzarla se vieron en mitad de la azotea del edificio, donde de inmediato quedaron expuestos a la intensa luz del sol y a fuertes vientos. El azul del cielo parecía brillar mucho más de lo habitual y las vistas de la ciudad que los rodeaban eran sensacionales. Enseguida repararon en un pequeño grupo de personas que les estaban esperando. Shui reconoció con sorpresa que se trataba del director de su compañía y varios de sus colegas.

—¡Veamos qué tal se les da el trabajo de Shui! —exclamó Lu.

Los hombres araña procedieron a ponerles un arnés a cada uno. Luego los llevaron hasta el borde del edificio y los ayudaron a subirse a las plataformas rectangulares adyacentes. Cuando estuvieron colocados cada uno en una, las plataformas comenzaron a descender y no se detuvieron hasta unos cinco o seis metros por debajo del borde del edificio.

Los gritos fueron de puro terror.

—Muy bien, señores, ¡prosiganos con nuestra reunión! —les gritó Lu desde arriba.

—¡Súbanos ya, desalmado!

—¡No hasta que cada uno de ustedes haya limpiado al menos un panel!

No prometía ser tarea fácil. Entregados con los cinco sentidos a agarrarse del arnés que los sujetaba y tratando de permanecer lo más inmóviles posible, serían incapaces de empuñar el mojador de microfibra sin que se les cayera o de atinar a abrir el bidón del líquido limpiacristales. Aquellos burócratas de la industria aeroespacial trataban a diario con alturas de decenas de miles de

kilómetros, pero una cosa era verlas en gráficos y documentos y otra experimentarlas en persona: había bastado enfrentarlos a unos pocos cientos de metros para que a ninguno le llegara la camisa al cuerpo.

Lu se dirigió a la parte de la cornisa de la que pendía un coronel de la fuerza aérea, el único que conservaba la calma. Este comenzó a limpiar el cristal con movimientos firmes y pausados. A Shui le sorprendió que empleara ambas manos en lugar de solo una, para seguir agarrándose con la otra. A pesar del fuerte viento, su plataforma se mantenía además pegada al edificio, algo que solo conseguían los más veteranos del oficio. Cuando Shui lo reconoció al fin, dejó de sorprenderle lo que veía: era un astronauta famoso, que en la década anterior había tripulado una de las naves del programa Shenzhou.

—Coronel Zhang, dígame —intervino Lu entonces—, ¿tiene la sensación de que esto sea más fácil que caminar en una nave espacial en órbita?

—En términos de exigencia física y coordinación, no me parece que haya demasiada diferencia —respondió el astronauta.

—Así es, ciertamente. Según los estudios llevados a cabo por el Centro de Entrenamiento Aeroespacial, desde un punto de vista ergonómico, la limpieza de edificios de gran altura guarda enormes similitudes con la limpieza de un reflector espacial: en ambos casos, uno debe mantener el equilibrio al tiempo que lleva a cabo movimientos repetitivos que comportan un gran desgaste físico. También en ambos casos hay que mantener la guardia de forma constante o, de lo contrario, el más ligero descuido podría originar un accidente. Para un astronauta eso significa perder herramientas, despegarse de la nave y salir flotando a la deriva o incluso dañar el sistema de soporte vital al que está conectado; para un hombre araña significa romper el cristal, derramar detergente o descolgarse del arnés de seguridad. En términos de

capacidad física y también psicológica, los hombres araña están de sobra capacitados para limpiar el reflector espacial.

El militar alzó la vista para mirar a Lu y asintió.

—Me ha recordado aquella vieja fábula del vendedor de aceite y el general —dijo—: tanta pericia demostraba el primero al colar el chorro de aceite por el agujero de la moneda como el segundo al dar en la diana con las flechas. Solo los diferenciaba el estatus social.

—América la descubrió Colón y Australia, Cook —añadió Lu—, pero no fueron ellos los que cargaron con el peso de desarrollar esos nuevos mundos, sino la gente corriente, pioneros que muchas veces provenían de las clases más bajas de la sociedad europea. El desarrollo espacial no será diferente. El próximo plan quinquenal del Gobierno designará el espacio cercano a la Tierra como un nuevo territorio a explotar. La era de las grandes expediciones ha llegado a su fin y la industria aeroespacial ya no volverá a ser dominio exclusivo de una élite. ¡Poner en órbita a personas comunes y corrientes será el primer paso hacia la industrialización del espacio!

—¡De acuerdo, de acuerdo, nos ha convencido! ¡Ya puede volver a subirnos! —se desgañitaba alguien desde abajo.

De vuelta en el ascensor, el director de la empresa de limpieza se acercó discretamente al oído de Lu y le susurró:

—Felicidades por el discurso. Eso sí, su alegato en favor de la plebe le ha salido un poco exagerado, ¿no? Casi se le ve el plumero delante de mis chicos.

—¿Qué quiere decir? —replicó Lu, mirándolo con curiosidad.

—Todo el mundo sabe que Sol de China es una iniciativa de carácter semicomercial y que estuvieron a punto de cancelar el proyecto a la mitad por problemas de presupuesto. A estas alturas apenas debe de quedarles dinero, ¿me equivoco? En el sector aeroespacial comercial, el salario anual de un

astronauta sobrepasa el millón de yuanes. Mis chicos pueden ahorrarle decenas de millones al año...

Lu esbozó una sonrisa enigmática.

—¿Cree que voy a conformarme con eso? Rebajar la cualificación de los limpiadores del reflector al mínimo ha sido solo el primer paso. Sentado el precedente, podré contratar a simples graduados universitarios para cubrir los puestos necesarios con el fin de supervisar el funcionamiento del sol de China una vez en órbita. Nos ahorraremos muchísimo más que unas cuantas decenas de millones. Pero no tenemos otro remedio: como bien ha dicho usted, apenas nos queda dinero.

—Durante toda mi infancia y juventud, la idea de ir al espacio estuvo rodeada de un aura romántica —explicó el director de la empresa de limpieza—. Aún recuerdo aquella vez que Deng Xiaoping, de visita en el Centro Espacial Kennedy, comparó a un astronauta estadounidense con un dios. Ahora —añadió, esbozando una sonrisa amarga al tiempo que palmeaba la espalda de Lu—, un astronauta no es ni más ni menos que usted o que yo.

Lu miró de soslayo en dirección a los jóvenes hombres araña. Entonces, alzando la voz para asegurarse de que lo oyeran, exclamó:

—¡Oiga, que estamos hablando de un salario de ocho a diez veces superior al que usted les paga!

Al día siguiente, sesenta hombres araña, Shui incluido, ingresaban en el Centro de Entrenamiento Aeroespacial de China, ubicado en el distrito de Shijingshan. Procedentes de infinidad de pueblos y aldeas de las vastas áreas rurales del país, todos y cada uno de ellos se habían trasladado a Pekín en busca de una vida mejor.

En la base de lanzamiento de Xichang, la punta cónica del transbordador *Horizon* surgía de entre la blanca humareda expulsada por sus motores. En medio de un estruendoso rugido, la nave salió disparada y se perdió en las alturas del cielo azul. Shui y otros catorce limpiacristales viajaban sentados en el interior de la cabina. Habían sido seleccionados para tripular aquella primera operación en el espacio entre los sesenta candidatos que superaron tres meses de arduo entrenamiento en tierra.

Las fuerzas g del despegue le parecieron mucho menos terribles de lo que contaban las leyendas que corrían. Llegó incluso a sentirse confortado por ellas, pues le transmitieron aquella firme calidez que había sentido de niño en el regazo de su madre. Al otro lado del ojo de buey que le quedaba por encima a la derecha, el azul del cielo se volvía cada vez más profundo. Se oyeron varios chasquidos sordos procedentes del exterior; eran los pernos, que saltaban conforme la nave se desacoplaba de los cohetes de refuerzo. Entonces el rugir de los motores pasó a ser un zumbido similar al de un mosquito. El cielo se volvió morado; luego negro, y aparecieron las estrellas. Eran extremadamente luminosas y no parpadeaban.

De pronto, cesó el zumbido y el silencio se adueñó de la cabina. Shui notó que su asiento había dejado de vibrar y que la fuerza que lo había estado presionando contra él lo abandonaba para dejar paso a la ingravidez. Shui y sus compañeros habían estado entrenándose para aquel momento en una gran piscina. La sensación era realmente parecida a la de flotar en el agua.

Pero aún no era seguro quitarse el cinturón de seguridad. Los motores comenzaron a resonar de nuevo y la aceleración de la nave volvió a empujarlos a todos contra sus asientos: se había iniciado la lenta maniobra de entrada en órbita. A medida que los minúsculos ojos de buey iban mostrando por turnos la imagen de las estrellas y del océano, la cabina se iluminaba, ahora con el resplandor azul de la Tierra, ahora con la luz blanquecina del sol.

A cada nueva aparición del horizonte su curvatura se volvía más evidente y mayor era el campo de visión que ocupaba. De principio a fin, tardaron seis horas en entrar en órbita geosincrónica. La alternancia continua de cielo y tierra terminó ejerciendo un inesperado efecto hipnótico sobre Shui, que se durmió. Se despertó soliviantado por la voz del comandante de la nave, que a través de la megafonía comunicaba que la maniobra había finalizado.

Uno detrás de otro, sus compañeros de cabina empezaron a abandonar sus asientos para flotar hasta los ojos de buey y, apretando la cara contra el cristal, contemplar el exterior. Shui también se desabrochó el cinturón. Con un par de torpes gestos natatorios, llegó hasta el ojo de buey más cercano. Fue la primera vez que vio la Tierra entera con sus propios ojos.

La mayor parte de sus compañeros comenzaron a apiñarse alrededor de los ojos de buey del lado opuesto de la cabina. Shui quiso unirse a ellos y trató de darse impulso con el pie, pero calculó tan mal que salió disparado y terminó estrellándose contra la pared.

Luego, mirando desde el ojo de buey, descubrió que el *Horizon* estaba ya justo debajo del sol de China. El reflector ocupaba la mayor parte del cielo estrellado, reduciendo al transbordador al tamaño de un mosquito que volara al pie de una enorme cúpula plateada. Conforme el *Horizon* se acercaba, Shui fue dándose cuenta de la inmensidad del espejo. Su superficie espejada ocupaba todo el espacio al otro lado de las ventanillas y su curvatura resultaba imperceptible. Daba la sensación de que sobrevolaran una interminable llanura plateada. El *Horizon* siguió acortando las distancias hasta que pudieron ver su reflejo. Shui reparó en las costuras que unían los pedazos cuadrados que formaban la superficie; le recordaron las líneas de latitud y longitud de los mapas. La velocidad a la que se sucedían fue el único punto de referencia que le ayudó a hacerse una idea de lo rápido que aún viajaban.

Poco a poco las líneas longitudinales dejaron de ser paralelas para

converger cada vez más rápido en una misma dirección, como si el *Horizon* se dirigiera a uno de los polos de aquel mapa gigantesco. Al poco, en efecto, ese polo apareció: todas las costuras longitudinales convergieron en un pequeño punto negro. Cuando el transbordador inició el descenso hacia él, Shui se sorprendió al descubrir que se trataba de un edificio; fue entonces cuando dedujo que aquel complejo cilíndrico sellado herméticamente debía de ser la estación de control del sol de China, su único hogar en mitad de la desolación del espacio durante los siguientes tres meses.

Los hombres araña comenzaron su andadura en el espacio. Cada día (el sol de China completaba una vuelta alrededor de la Tierra cada veinticuatro horas), se dedicaban a conducir vehículos del tamaño de un tractor sobre la superficie espejada para darle brillo. Viéndolos ir de aquí para allá a bordo de aquellos vehículos como si fueran campesinos labrando la tierra, los medios de comunicación occidentales acuñaron un sobrenombre para ellos: «labraespejos».

El suyo era un mundo peculiar: la llanura plateada que se extendía bajo sus pies conformaba en realidad un espejo curvo que se levantaba en todas direcciones, pero al ser tan enorme parecía tan plano como la superficie en calma del agua. Por encima de su cabeza veían tanto la Tierra como el sol, este último mucho más pequeño que la primera, como si de su satélite luminoso se tratase. Sobre la superficie de la Tierra, que ocupaba gran parte del cielo, no dejaba de verse un círculo de luz en constante movimiento, que resultaba particularmente llamativo cuando caía la noche sobre el planeta. Aquella era el área iluminada por el sol de China; el reflector era capaz de ajustar su tamaño mediante la modificación de su propia forma: cuando veían que la llanura comenzaba a hacer pendiente en la lejanía, el punto encogía y

aumentaba su luminosidad, y cuando la pendiente se volvía menos pronunciada, el punto se hacía más grande y oscuro.

Limpiar el reflector era una tarea extenuante. No tardaron en descubrir que pulirlo era mucho más monótono y tedioso que lavar los cristales de un rascacielos en la Tierra. Al final de cada jornada, de regreso a la estación de control, estaban tan cansados que a veces no tenían fuerzas ni para quitarse el traje espacial. Además, conforme fue llegando más personal de la Tierra, el ambiente de la estación de control se volvió tan claustrofóbico como el de un submarino. Con todo, poder regresar a la estación ya era una suerte. El punto más remoto del reflector estaba a casi cien kilómetros de distancia, por lo que aquellos a los que les tocara limpiar por allí no tendrían tiempo de volver al final de su jornada y deberían pasar la «noche» (por así llamarla) a la intemperie. Después de ingerir algo de comida líquida, se echaban a dormir suspendidos en aire.

Era, además, un trabajo muy peligroso. En la historia aeroespacial humana, nadie había pasado tanto tiempo caminando por el espacio como ellos. Allí, la más mínima falla del traje espacial podía bastar para matarlos. Por no mencionar los micrometeoritos, desechos espaciales y tormentas solares. A diferencia de los ingenieros de la estación de control, que se quejaban constantemente de sus condiciones de vida y de trabajo, los labraespejos se adaptaron sin rechistar.

En su quinto día en el espacio, Shui recibió una llamada de su familia. En aquel momento estaba trabajando a más de cincuenta kilómetros de la estación de control y el sol de China iluminaba su aldea natal.

—¡Hijo! —exclamó la voz de su padre—. ¿De verdad estás en ese sol que brilla sobre nuestra cabeza? ¡Es de noche y parece que sea de día!

—Sí, padre, justo encima.

Luego habló la madre:

—¡Hijo! ¿No hace mucho calor?

—Hace mucho calor y hace mucho frío también. Ahora mismo, alrededor de la sombra donde estoy, hace un calor que ni el de diez veranos en nuestra aldea; pero aquí, dentro de la sombra, hace un frío que ni el de diez inviernos.

—¡Ay, me parece que ya lo veo! —le dijo la mujer al padre—. ¡Es esa manchita negra de ahí!

Shui sabía que era imposible. Aun así, con lágrimas en los ojos, les dijo:

—Padre, madre; yo también los veo. Son dos puntitos negros sobre el continente asiático. Mañana, abríguense, ¿eh? ¡Estoy viendo que se les acerca un frente frío por el norte!

A los tres meses de su llegada, el segundo turno de limpieza viajó al espacio para relevar a Shui y sus compañeros, quienes disponían de otros tres meses de asueto para volver a la Tierra. Lo primero que hicieron todos nada más aterrizar fue comprarse un telescopio monocular de alta potencia. Al cabo de tres meses, de vuelta al sol de China, los usaron para observar la Tierra mientras trabajaban. El lugar al que más solían apuntar, aunque a una distancia de cuarenta mil kilómetros no pudieran distinguirlas, era a sus respectivas aldeas natales. Uno de los labraespejos llegó a escribir con rotulador un torpe poema improvisado sobre la superficie del reflector:

*Desde este suelo de plata oteo el terruño que me vio nacer
y veo a mi madre contemplando el sol de China.
Su disco es para ella el ojo de su hijo añorado
que con su mirada reverdece la tierra amarilla.*

Los labraespejos hicieron un trabajo tan ejemplar que poco a poco se les fueron asignando responsabilidades adicionales que iban más allá de las

labores de limpieza: empezaron asumiendo la tarea de reparar los daños causados por los meteoritos en la superficie del reflector; luego, paulatinamente, se encargaron de cosas más complejas como la monitorización y el reforzamiento de aquellas áreas con riesgo de dañarse.

A medida que recorría su órbita, el sol de China debía corregir su orientación de forma constante. De ello se encargaban tres mil motores distribuidos por toda la parte posterior del reflector. La superficie espejada en sí, de muy poco grosor, estaba unida a la estructura con un gran número de vigas delgadas que tendían a sobrecargarse con cada cambio de orientación. Si no se compensaban las fuerzas a tiempo, se corría el riesgo de que la capa espejada se rasgara. Detectar y reforzar los puntos con sobrecarga requería no solo de gran habilidad técnica sino también de amplia experiencia.

Además de durante los ajustes de orientación y de forma, el otro momento con riesgo de sobrecarga de las vigas era cuando se hacían los llamados «cortes de pelo orbitales», es decir, cuando se corregían las desviaciones orbitales causadas por la presión de la radiación y por los vientos solares. Estos dos elementos ejercían conjuntamente una presión considerable sobre la superficie del reflector, dos kilos por kilómetro cuadrado, lo cual se traducía en constantes desviaciones de la órbita del sol de China, que el centro de control debía monitorizar. En pantalla, esas desviaciones trazaban largas líneas onduladas que parecían cabellos; de ahí el curioso nombre de aquellas operaciones de corrección.

La aceleración del reflector durante un corte de pelo orbital era mucho mayor que cuando se realizaban tareas de reorientación o de ajuste de su forma, lo cual hacía que la labor de los labraespejos cobrase entonces una importancia vital: sobrevolando la vasta extensión plateada, se dedicaban a examinarla minuciosamente en busca de la más mínima alteración de su superficie y, en caso de hallarla, procedían a realizar un reforzamiento de

emergencia. Llevaron a cabo un trabajo excelente, lo cual repercutió en un aumento de sus honorarios, pero el mayor beneficiado fue sin duda Lu Hai: fue nombrado máximo responsable del sol de China... y sin haber tenido que contratar a un solo graduado universitario.

Pese a todo, los labraespejos eran conscientes de que iban a ser la primera y última remesa de operarios espaciales que carecía estudios secundarios. En adelante, sus sucesores tendrían, como mínimo, un título universitario. La excepcionalidad de su caso había servido para el propósito de Lu: demostrar que, más que conocimientos o creatividad, las labores de desarrollo del espacio requerían tesón, habilidad y capacidad de resistencia ante la adversidad, cualidades que la gente sencilla poseía sobradamente.

Lo que ni él ni nadie previó fue que el espacio iba a cambiar la mentalidad de los labraespejos. Observando la Tierra a diario desde su privilegiada posición a treinta y seis mil kilómetros de altura, su concepción del mundo cobró perspectiva: para ellos, la aldea global dejó de ser una mera metáfora y se reveló ante sus ojos como una sólida realidad manifiesta.

El hecho de ser el primer grupo de operarios espaciales los catapultó a la fama mundial. Sin embargo, con el vertiginoso avance del desarrollo industrial de la órbita cercana a la Tierra, los megaproyectos de ingeniería espacial comenzaron a multiplicarse: enormes plantas fotovoltaicas que transmitían energía eléctrica a la Tierra en forma de microondas, centrales de procesamiento de materiales en microgravedad, ciudades espaciales con capacidad para cientos de miles de personas... El espacio recibía constantemente ingentes cantidades de trabajadores industriales. También ellos eran gente corriente, por lo que el mundo no tardó en olvidarse de los labraespejos.

Los años pasaron. Shui se compró una casa en Pekín, se casó y tuvo un hijo. Alternaba períodos de seis meses en la Tierra con períodos de seis meses en el espacio. Amaba su trabajo. Sus largas patrullas a lo largo y ancho de aquella vasta extensión de plata a más de treinta mil kilómetros por encima de la Tierra infundían a su alma una poderosa calma quieta y desprendida. Sentía que había dado con la vida perfecta, que el resto de su existencia iba a transcurrir con la misma placidez que respiraban aquellas llanuras argentadas, pero estaba a punto de producirse un hecho que perturbó el sosiego de su mente: Shui conoció a Stephen Hawking.

Nadie esperaba que Hawking llegase a centenario. Fue tanto un milagro médico como una muestra de su fuerza de carácter. Con la construcción de la primera residencia de ancianos en órbita baja terrestre, decidió mudarse al espacio y ser su residente inaugural. Los rigores del viaje estuvieron a punto de acabar con su vida, de modo que no podría regresar a la Tierra hasta que inventaran un ascensor espacial o alguna especie de cabina antigravitatoria. De hecho, los médicos le aconsejaron que se quedara a vivir en el espacio de forma permanente, pues un entorno carente de gravedad era lo más adecuado para su estado.

En un primer momento, Hawking no mostró excesivo interés por el sol de China. El único motivo por el que estuvo dispuesto a soportar las fuerzas gravitacionales del viaje que lo llevó desde la órbita baja terrestre hasta la órbita geosincrónica donde el sol se hallaba (fuerzas evidentemente menores de las que había sufrido al viajar de la Tierra al espacio, todo sea dicho) fue su deseo de estudiar la anisotropía de la radiación cósmica de fondo de microondas. Había pedido que le construyeran un observatorio en la parte posterior del sol de China para así evitar las interferencias del sol y de la Tierra. Sin embargo, al término de su investigación, después de que desmantelaran el observatorio, en lugar de regresar junto al resto de los

científicos, Hawking decidió quedarse alegando que se sentía muy a gusto allí. La prensa barajó todo tipo de especulaciones acerca del motivo, pero aparte de él solo Shui sabía la verdad.

La actividad favorita de Hawking eran sus excursiones diarias por la superficie del reflector. Para el desconcierto de muchos, dedicaba horas a recorrer la parte posterior de la estructura. Shui, que para entonces era el más experimentado de la estación en lo que a caminatas espaciales se refería, fue designado como su acompañante. Para entonces la fama de Hawking ya estaba a la altura de la de Einstein y a Shui le sonaba su nombre, pero eso no evitó que, al verlo en persona por primera vez en la estación de control, se llevara una gran sorpresa. No se explicaba cómo alguien con un grado de discapacidad tan alto había podido llegar a alcanzar cualesquiera que fuesen los logros de aquel gran científico, los cuales ignoraba. Sin embargo, durante sus excursiones, Hawking no dio muestras de padecer parálisis alguna. Quizá debido a la destreza adquirida tras años de manejar su silla de ruedas eléctrica, manipulaba los micromotores de su traje con la misma soltura que cualquier otra persona.

Comunicarse con Shui le resultaba mucho menos fácil: a pesar del sintetizador de voz controlado por ondas cerebrales que llevaba implantado, que le permitía hablar de forma mucho más fluida que en el siglo anterior, sus palabras todavía tenían que pasar por un dispositivo que las tradujese al chino. Aunque Shui tenía prohibido entablar conversación con él por propia iniciativa, a fin de no interrumpir sus razonamientos, el profesor era muy proclive a dársela.

Empezó preguntándole por su niñez, lo cual le hizo pensar en su propia infancia. Hawking le habló del enorme y frío caserón familiar de St. Albans donde cada invierno la música de Wagner resonaba en las amplias paredes del salón y hacía vibrar los carámbanos que colgaban del techo de la vieja

caravana gitana aparcada en Osmington Mills en la que solían montarlos a él y a su hermana Mary para ir a la playa y de las veces que su padre lo llevaba de excursión a los Chiltern. Maravillado como estaba de lo bien que Hawking conservaba la memoria para ser centenario, a Shui le sorprendió aún más comprobar lo bien que congeniaba con él: Shui era feliz contándole historias de su aldea natal y el profesor era feliz escuchándolas. Incluso llegó a pedirle que le señalara dónde estaba.

Con el tiempo, inevitablemente sus conversaciones comenzaron a versar sobre temas científicos. Shui temió que aquello supusiera el fin de su relación, pero no fue así ni mucho menos: explicar los más abstrusos conceptos de física y cosmología en términos sencillos suponía para el profesor un pasatiempo de lo más agradable. Le habló del Big Bang, de los agujeros negros y de la gravedad cuántica. Cada vez que Shui regresaba a la estación, se dedicaba a tratar de descifrar aquel libro tan delgado escrito por el profesor en el siglo anterior. Si no entendía algo, cosía a preguntas a cuantos ingenieros y científicos encontraba. Al final acabó entendiendo bastante más de lo que nadie había imaginado.

—¿Sabe por qué me gusta este lugar? —le preguntó Hawking a Shui un día, mientras paseaban en dirección al borde del reflector—. Sobre este gran espejo, alejado de la Tierra que está ahí abajo, consigo olvidarme de todo lo que es mundano y puedo entregarme en cuerpo y alma al estudio del universo.

—El mundo de ahí abajo es tan complicado... Se nota incluso desde esta distancia. En cambio, el universo no puede ser más simple: tan solo hay espacio y unas cuantas estrellas.

—Así es, amigo mío. Así es —sentenció el profesor, complacido.

Al igual que su cara frontal, la parte posterior del reflector también estaba espejada. La única diferencia eran los motores de ajuste de posición repartidos por toda su superficie, una especie de torretas negras. Durante sus

paseos diarios, Hawking y Shui se dejaban llevar y flotaban con despreocupación (eso sí, manteniéndose cerca del suelo). A menudo recorrían así el camino desde el centro hasta el borde. Cuando la luna no era visible, la parte posterior del reflector quedaba a oscuras y su superficie reflejaba el cielo estrellado. En comparación con la parte frontal, allí la línea del horizonte estaba más cerca y su arco era más pronunciado. Iluminados por la luz de las estrellas y con las negras líneas de latitud y longitud que eran las columnas de soporte moviéndose bajo sus pies, parecía que flotaran en la superficie de un apacible y minúsculo planeta. Cada vez que era necesario modificar la orientación o la forma del reflector, los motores de la parte posterior se ponían en marcha y la superficie de aquel pequeño planeta quedaba iluminada por innumerables columnas de fuego que lo hacían aún más bello, aún más misterioso. Y por encima de él, brillando intensamente, la esplendorosa Vía Láctea.

Fue allí donde Shui se planteó por primera vez el enigma que entrañaban las insondables profundidades del universo, donde tomó conciencia de que todo cuanto ocupaba su campo de visión apenas alcanzaba a ser una mota de polvo dentro de la inimaginable inmensidad del universo, el cual, a su vez, no era más que las cenizas de una explosión que había tenido lugar hacía miles de millones de años.

Hacía ya muchos años, al iniciar su andadura como hombre araña, pendido de su primer rascacielos, Shui había podido contemplar Pekín en todo su esplendor. Más tarde, cuando puso el pie sobre el sol de China, fue capaz de divisar la inmensidad de la Tierra al completo. Y ahora, por tercera vez en la vida, volvía a tener la suerte de presenciar una nueva maravilla: allí de pie, sobre el techo del universo, se halló ante un espectáculo como nunca jamás había soñado. A pesar de lo poco que sabía de aquellos mundos distantes que tenía enfrente, la atracción que ejercían sobre él era irresistible.

Un día Shui se decidió a compartir sus inquietudes con el ingeniero de la estación:

—Si logramos pisar la luna en la década de los sesenta del siglo pasado, ¿cómo es que dejamos de avanzar? Ya no hablo de que todavía no hayamos llegado a Marte, sino de que hayamos dejado incluso de ir a la luna.

—Acabó imponiéndose nuestro pragmatismo innato —le respondió el ingeniero—. El idealismo y la fe que nos movían a mediados del siglo pasado no podían durar.

—¿Qué tenían de malo el idealismo y la fe?

—No es que tuvieran nada de malo, solo que han quedado por debajo de los intereses económicos. Si la humanidad hubiera seguido avanzando sin reparar en gastos, hoy la Tierra estaría sumida en la pobreza más extrema y dos personas normales y corrientes como tú y como yo no habríamos llegado hasta aquí; que ya sé que no es más que el espacio cercano a la Tierra, pero ya es mucho. Mira, tú pasa de lo que te diga Hawking, que esos rollos no son para nosotros.

Aquella conversación produjo un cambio en Shui. Siguió trabajando tan duro como antes y su actitud calmada no lo aparentaba, pero por dentro maquinaba algo.

El tiempo voló y pasaron veinte años, dos décadas de intensos cambios en todo el mundo de los que Shui y los demás labraespejos, a treinta y seis mil kilómetros de distancia, fueron testigos privilegiados. La Gran Muralla Verde creció y se extendió ante sus ojos hasta cubrir de punta a punta el norte de China reverdeciendo lo que había sido desierto amarillo. Pueblos y aldeas dejaron de echar en falta la lluvia y la nieve. Agua limpia y cristalina volvía a fluir abundantemente por los lechos otrora secos de los ríos... Todo gracias al

sol de China, que había desempeñado un papel crucial en la titánica empresa de cambiar el clima del noroeste del país. Pero el sol de China había sido útil para muchas otras cosas: una vez derritió la nieve del Kilimanjaro para aliviar una gran sequía en África; en otra ocasión, durante unos Juegos Olímpicos, alumbró la ciudad anfitriona para hacer de ella una auténtica «ciudad que nunca duerme».

Sin embargo, con el advenimiento de nuevas tecnologías, los métodos de manipulación del tiempo que empleaba el sol de China comenzaron a parecer rudimentarios en comparación. Los nuevos métodos carecían además de efectos secundarios nocivos, así que el sol de China quedó obsoleto.

El Ministerio de Industria Espacial organizó una gran ceremonia para condecorar al primer grupo de operarios espaciales. La ceremonia pretendía rendir homenaje no solo al arduo trabajo desempeñado de un modo tan sobresaliente a lo largo de veinte años por aquellos sesenta hombres, sino también, de manera aún más importante, al hecho de que habían llegado al espacio sin apenas tener estudios. Aquel logro singular había abierto las puertas del desarrollo espacial a todo el mundo. Los economistas coincidían en considerarlo el verdadero inicio de la industrialización del espacio.

La ceremonia despertó un enorme interés en los medios de comunicación. No solo por los motivos ya mencionados, sino también porque, a ojos del gran público, la historia de los labraespejos había adquirido un cariz épico, de leyenda. Encima, en aquellos tiempos en los que todo se olvidaba tan pronto como ocurría, cualquier cosa que consiguiera inspirar nostalgia cobraba valor.

Aquellos muchachos humildes eran ahora hombres de mediana edad, aunque no parecía que hubiesen cambiado demasiado: la gente normal se identificaba con la imagen holográfica que veía en su televisor. Aunque para entonces la mayoría de ellos habían llegado a cursar estudios superiores por diversas vías y algunos ostentaban incluso el título de ingenieros espaciales, tanto para ellos

mismos como para la opinión pública seguían siendo trabajadores migrantes venidos del mundo rural.

Hablando en representación de todos, Shui dijo:

—Con la inauguración del sistema de transporte electromagnético, viajar al espacio cercano a la Tierra cuesta ahora la mitad de lo que cuesta cruzar el Pacífico en avión. Los viajes espaciales se han convertido en un asunto tan corriente que las nuevas generaciones son incapaces de imaginar lo que representaban para una persona normal hace veinte años, la gran emoción que sentimos la primera vez, el chispazo de excitación que nos recorría el cuerpo. Fuimos muy afortunados.

»Somos personas normales y corrientes; no hay mucho que decir sobre nosotros. Lo extraordinario de nuestra experiencia se debe al sol de China, que durante los últimos veinte años ha sido nuestro segundo hogar. En nuestro corazón es como una Tierra en miniatura. Al principio usábamos las juntas entre los espejos para representar las líneas de latitud y longitud del hemisferio norte. Cuando teníamos que marcar nuestra posición, especificábamos nuestras coordenadas diciendo a cuántos grados en latitud norte o a cuántos grados en longitud este u oeste nos encontrábamos. Más tarde, a medida que nos familiarizamos con el reflector, fuimos ubicando la posición de los continentes y el océano; solíamos decir «¡Estoy en Pekín!» o «¡Estoy en Moscú!» y la zona correspondiente a nuestra localidad de nacimiento era la que limpiábamos con más ahínco si cabe...

»Lo hemos dado todo por cumplir con nuestro deber en esa pequeña Tierra de plata. Cinco de nuestros compañeros llegaron a sacrificar su vida: algunos no tuvieron tiempo de esconderse de las tormentas magnéticas solares; otros fueron alcanzados por meteoritos o escombros espaciales. Ahora que ese mundo plateado en el que hemos vivido y trabajado durante veinte años está a punto de desaparecer, es difícil expresar con palabras lo que sentimos.

Shui guardó silencio. Lu Hai, que para entonces había llegado a ministro de Industria Espacial, aprovechó para tomar la palabra.

—Comprendo lo que deben de sentir, pero tengo el placer de anunciarles a todos lo siguiente: ¡El sol de China no va a desaparecer! Como estoy seguro de que ya sabrán, resulta impracticable desechar un objeto tan grande por el método acostumbrado en siglos anteriores, esto es, dejar que se desintegre al acceder a la atmósfera. No, el sol de China alcanzará el fin de sus días de otra manera mucho más digna: solo con dejar de hacerle cortes de pelo orbitales y reorientarlo adecuadamente, el viento solar y la presión de radiación se encargarán de acelerarlo hasta que supere la segunda velocidad cósmica, abandone la órbita terrestre y pase a ser satélite del sol. Y, quién sabe, quizá en un futuro alguna de nuestras naves interplanetarias vuelva a dar con él en algún punto remoto y aprovechen para reconvertirlo en museo, para hacer de sus llanuras plateadas un monumento con el que conmemorar la inolvidable época que estamos viviendo hoy.

Visiblemente ilusionado, Shui le preguntó:

—Señor ministro, ¿de verdad piensa que llegará ese día? ¿Que en el futuro habrá naves espaciales interplanetarias?

Lu se lo quedó mirando sin saber qué decir.

—A mediados del siglo pasado —prosiguió Shui—, cuando Armstrong imprimió su primera huella en la luna, la gran mayoría de la gente estaba convencida de que la humanidad aterrizaría en Marte al cabo de entre diez y veinte años. Ahora, muchas más décadas después, no es que sigamos sin haber pisado Marte, ¡es que ya ni siquiera vamos a la luna! Y es por una razón muy simple: no es un negocio rentable.

»La economía ha gobernado el mundo desde el final de la Guerra Fría, y es cierto que en gran medida ha resultado en un gran beneficio para la humanidad: conseguimos acabar con las guerras, erradicamos la pobreza,

recuperamos el medio ambiente... la Tierra se está convirtiendo en un auténtico paraíso. Todo esto no ha hecho más que afianzar nuestra fe en los criterios de eficiencia económica, convertirlos en una verdad suprema que ha llegado a impregnar nuestro ADN.

»La sociedad humana se ha convertido en una sociedad exclusivamente económica donde no se emprende nada que no vaya a reportar un beneficio mayor de la inversión que requiere. El desarrollo de la luna carece de valor, la exploración espacial a gran escala en busca de planetas con naves tripuladas supondría un despilfarro de proporciones criminales y la navegación interestelar... ¿quién va a atreverse a plantear siquiera semejante majadería? Hoy en día los seres humanos solo saben hacer tres cosas: invertir, producir y consumir.

—En el presente siglo, la humanidad se ha limitado a desarrollar la parte del espacio más cercana a la Tierra. Sí esto es un hecho —dijo Lu—. Las razones subyacentes son diversas pero, en fin, eso trasciende el tema que hoy nos ocupa.

—¡Al contrario! Nos hallamos ante una gran oportunidad. Con una mínima inversión, estaríamos en condiciones de dejar atrás el espacio cercano a la Tierra y embarcarnos en un gran viaje por el cosmos. Del mismo modo que la presión de radiación solar puede impulsar al sol de China fuera de la órbita terrestre, también puede impulsarlo aún más lejos.

—¡Je! ¿Quiere usar el sol chino como un velero solar? —replicó Lu, sonriendo con displicencia—. Eso solo funciona en teoría. El reflector es delgado, ligero y con un área lo suficientemente grande como para que, después de un largo período de aceleración causado por la presión de radiación, pueda convertirse en la nave espacial más rápida que la humanidad haya lanzado jamás... pero solo en teoría. Un velero por sí mismo no puede navegar muy lejos: necesita de su tripulación. Un barco sin gobierno se dedica

a dar tumbos, ni siquiera es capaz de salir del puerto; recuerde el ejemplo que tan magníficamente relató Stevenson en *La isla del tesoro*. Realizar un viaje que haga uso de la presión de radiación requiere un control constante y preciso de la orientación del reflector. El sol de China fue diseñado para mantenerse en órbita alrededor de la Tierra; sin nadie a bordo que lo controle y altere su curso, se limitaría a flotar a ciegas y no llegaría demasiado lejos.

—Oh, pero sí habrá alguien a bordo que lo controle. Yo lo pilotaré —dijo Shui con convicción.

Los audímetros de los televisores de todo el mundo comenzaron a registrar una subida espectacular. La conversación estaba congregando la atención del planeta entero.

—No bastaría con usted solo; controlar su orientación requeriría de al menos ...

—Al menos doce personas —interrumpió Shui—. Teniendo en cuenta las funciones adicionales necesarias para la navegación interplanetaria, entre quince y veinte. Pero no creo que falten voluntarios.

—No esperaba que el curso de nuestra conversación nos llevara por estos derroteros... —confesó Lu con una sonrisa de desconcierto.

—No se sorprenda tanto, ministro: ¿cuántas veces ha cambiado usted el rumbo de mi vida en poco más de veinte años?

—Cierto, pero ninguna de esas veces imaginé lo lejos que llegaría su ambición, mucho más lejos que la mía... —Lu suspiró—. ¡En fin! Todo esto resulta fascinante, pero me temo que su idea no es factible: el destino más lógico para el sol de China sería Marte, pero olvida que no es capaz de aterrizar; añadirle esa capacidad comportaría un gasto enorme que daría al traste con la viabilidad del plan. Una nave incapaz de aterrizar resulta igual de inútil que una sonda no tripulada, ¿qué sentido tendría?

—Pero es que el sol de China no se dirigirá a Marte.

Lu lo miró extrañado.

—¿Adónde se dirigirá entonces? ¿A Júpiter?

—No. Aún más lejos que a Júpiter.

—¿Aún más lejos? ¿Adónde, a Neptuno? ¿A Plutón?

De pronto, Lu calló. Después de mirar estupefacto a Shui durante varios segundos, dijo:

—No puede ser... Pretende...

Shui asintió con vehemencia.

—¡Sí, el sol chino abandonará el sistema solar para convertirse en la primera nave espacial interestelar!

Espectadores a lo largo y ancho del mundo compartieron la misma estupefacción que Lu.

Este, asintiendo de forma mecánica sin apartar la mirada con que estudiaba a Shui, añadió:

—Bien, suponiendo que hable en serio... Permítame hacer una primera estimación... —Entrecerró los ojos y comenzó a calcular mentalmente—. Ya lo tengo: sirviéndose de la presión de radiación solar, el sol de China sería capaz de acelerar hasta una décima parte de la velocidad de la luz. Teniendo en cuenta el tiempo necesario para alcanzar dicha velocidad, llegaría a Próxima Centauri en unos cuarenta y cinco años. Entonces, tras usar la presión de radiación de nuestra estrella vecina para decelerar, efectuaría una exploración exhaustiva de aquel sistema estelar y a continuación volvería a acelerar en dirección opuesta para regresar al sistema solar al cabo de varias décadas. Suena maravilloso, no lo niego, pero me temo que no es más que un sueño irrealizable.

—Se equivoca de nuevo. El sol de China no aminorará la marcha después de llegar a Próxima Centauri. La rebasaremos a más de treinta mil kilómetros por segundo y, usando su presión de radiación para acelerar aún más,

continuaremos rumbo a Sirio y, si es posible, seguiremos cobrando impulso con la siguiente estrella y la siguiente y...

—¿Qué demonios pretende conseguir con eso? —exclamó Lu perdiendo las formas.

—Lo único que le pedimos a la Tierra es un sistema de soporte vital y control del ambiente a pequeña escala pero fiable y...

—¿Un sistema capaz de mantener la vida de veinte personas durante cientos de años?

—Déjeme terminar —replicó Shui—. Y un sistema de hibernación criogénica. Pasaremos la mayor parte del viaje hibernando; los sistemas de soporte vital solo se activarán cuando estemos cerca de las estrellas. El nivel tecnológico actual es suficiente para permitirnos viajar así durante más de mil años. Aunque evidentemente la inversión que requieren los dos sistemas no vaya a ser baja, no supondrá ni una milésima parte de lo que habría costado construir una sonda interestelar tripulada desde cero.

—Ni aun costando un céntimo el mundo va a querer financiar el suicidio de veinte personas...

—No es un suicidio, es una expedición. Quién sabe, es posible que ni podamos atravesar el cinturón de asteroides. Pero también es posible que lleguemos hasta Sirio o incluso más allá aún. ¡Si no lo intentamos, nunca lo sabremos!

—Entre una expedición al uso y lo que usted propone existe una diferencia: no hay posibilidad de regreso.

Shui asintió.

—Así es, no podremos volver. Pero en esta vida, del mismo modo que hay personas que se conforman con casarse, tener hijos y llevar una existencia apacible, ajenos al mundo más allá de lo que los rodea, también hay personas que lo darían todo por el más mínimo atisbo de algo que ningún otro ser

humano haya visto jamás. Yo, que he tenido ambas actitudes en distintas etapas de mi vida, llegado a este punto, creo que me he ganado el derecho a escoger lo que quiero hacer a partir de ahora; incluso si es pasarme el resto de mis días recorriendo una decena de años luz de distancia por el espacio a bordo de un espejo.

—Permítame hacerle una última pregunta —dijo Lu—: durante esos mil años que pretende pasar yendo de estrella en estrella a velocidades de decenas o cientos de miles de kilómetros por segundo, las señales de radio que envíe a la Tierra tardarán décadas o incluso siglos en llegar. ¿Cree que el sacrificio vale la pena?

Sonriente, Shui declaró ante el mundo:

—¡Alejándose del sistema solar, el sol de China conseguirá que el ser humano despierte de su letargo y vuelva a fijarse en el firmamento; le inspirará de nuevo esos sueños de viajes espaciales que nunca debió abandonar, reavivará su deseo de explorar hasta el último rincón del universo!

*Sexto propósito en la vida:
Volar hacia las estrellas para conseguir
que la humanidad vuelva a mirar
en dirección a los confines del universo.*

Lu se encontraba en la azotea de la Torre Astronáutica observando el sol de China, que se desplazaba por el cielo a gran velocidad. A su paso, los rascacielos de la capital proyectaban bajo el influjo de su luz múltiples y alargadas sombras en constante movimiento. Era como si Pekín fuese una cara que siguiese con la mirada la trayectoria del sol de China.

El sol de China estaba dando su última revolución alrededor de la Tierra.

Había alcanzado ya la velocidad de escape y estaba a punto de alejarse del campo gravitatorio del planeta para entrar en órbita alrededor del sol. Veinte personas viajaban a bordo de aquella primera nave espacial interestelar tripulada de la historia de la humanidad. Los compañeros de viaje de Shui, entre los cuales había otros tres labraespejos que habían trabajado con él muchos años, habían sido seleccionados entre millones de candidatos voluntarios. El sol de China había cumplido su objetivo antes aún de dar comienzo a su viaje: la humanidad había recuperado el entusiasmo por la exploración del espacio exterior más allá del sistema solar.

A Lu le vino a la memoria aquella sofocante noche de verano de hacía ya veintitrés años en la que él y aquel muchacho de una aldea perdida en las áridas tierras del noroeste se habían subido al tren que los había conducido hasta la capital.

A modo de despedida, el sol de China fue alumbrando todas y cada una de las grandes capitales para que sus gentes pudieran disfrutar de su resplandeciente brillo por última vez. Después dirigió el foco de su luz hacia las tierras del noroeste, en cuyo centro se hallaba la aldea donde Shui había nacido.

En el margen del camino de entrada a la aldea, los padres de Shui contemplaban junto al resto de sus vecinos el paso del sol de China en su viaje hacia el este.

—¡Hijo! —gritó el padre, al teléfono—. Dicen que te vas a ir muy lejos, ¿no?

—Sí, padre —respondió Shui desde el espacio—. Me temo que ya no volveré.

—¿Y cómo de lejos está ese sitio? —preguntó la madre.

Shui respondió:

—Mucho, madre, muy lejos.

—¿Más que la luna? —preguntó el padre.

Durante varios segundos, Shui fue incapaz de hablar. Luego, con voz emocionada y apenas audible, respondió:

—Sí. Bastante más lejos que la luna.

Los padres de Shui aceptaban la situación con naturalidad: ¡su hijo se iba a hacer grandes cosas en un lugar lejano más allá de la luna! Además, en aquellos tiempos extraordinarios que corrían, uno podía hablar con quien quisiera en cualquier momento incluso estando en el rincón más remoto del universo. Hasta podrían verlo a través de un pequeño monitor, como si estuviesen cara a cara. Lo que no sabían era que, a medida que pasara el tiempo, el retardo en la comunicación sería mayor y tendrían que esperar más tiempo para escuchar sus respuestas. Lo que al principio serían apenas unos segundos luego se iba a convertir en pausas cada vez más prolongadas. Al cabo de un año, por cada pregunta que le hicieran tendrían que esperar horas.

Después, su hijo desaparecería. Les dirían que se había ido a dormir y que no despertaría hasta al cabo de cuarenta años.

A partir de entonces ya solo les quedaría terminar de pasar lo que les quedara de vida, plácida al fin tras tantos años de sacrificio al cuidado de sus tierras, fértiles e irreconocibles como el desierto baldío que una vez fueron. Todo con el deseo último de que, cuando en un futuro lejano su hijo regresara, encontrara un hogar aún más hermoso que aquel del cual partió.

En la parte oriental del cielo, conforme el sol de China se alejaba de la órbita terrestre, la luz se iba apagando. El halo azul que lo rodeaba se fue atenuando también hasta convertirse en un punto que luego se disolvió en la noche. Luego llegó el amanecer y la luz del astro rey acabó de borrarlo.

La luz de la mañana iluminó el camino de tierra a la entrada de la aldea. Ahora lo flanqueaban sendas hileras de álamos y no muy lejos, en paralelo, corría una acequia. Veinticuatro años atrás, también de buena mañana,

iluminado por un amanecer similar, el hijo de una familia de campesinos partió por esa senda albergando la incierta esperanza de medrar.

En Pekín ya era pleno día, pero Lu continuaba plantado en la azotea de la Torre Astronáutica y con la vista fija en la posición donde había desaparecido el sol de China. Se había embarcado en un largo viaje sin retorno. El sol de China ingresaría primero en la órbita de Venus y entonces, en el punto más cercano al sol de su ruta, aprovechando el aumento de la presión de radiación y maximizando la distancia de aceleración, iniciaría una serie de complicadas maniobras orbitales de transferencia que en el fondo no dejaban de ser una réplica de la forma en que los grandes navíos de la edad dorada de la navegación marítima hacían uso del viento. Setenta días más tarde pasaría a la órbita de Marte; ciento sesenta días después, a la de Júpiter, y luego, al cabo de dos años, rebasaría la de Plutón para convertirse en una nave espacial estelar, momento en el que todos sus tripulantes entrarían en hibernación. Al cabo de cuarenta y cinco años, cuando pasaran por Alfa Centauri, los astronautas despertarían por un tiempo breve. La Tierra no recibiría los primeros datos de las exploraciones llevadas a cabo por el sol de China hasta pasado un siglo desde el inicio de su periplo por el universo. Para entonces andaría ya camino de Sirio a una velocidad equivalente al quince por ciento de la de la luz gracias al impulso adicional que le habrían proporcionado los tres soles de Alfa Centauri. Al cabo de otros sesenta años (es decir, ciento sesenta años después de abandonar la órbita terrestre) el sol de China llegaría a Sirio. Después de rebasar el sistema estelar binario conformado por Sirio A y Sirio B, a una velocidad ya equivalente al veinte por ciento de la de la luz, se internaría aún más en las profundidades del cosmos. Aun teniendo en cuenta las restricciones impuestas por la limitada vida útil de los sistemas de hibernación criogénica de a bordo, cabía la posibilidad de que el sol de China lograra alcanzar Épsilon Eridani o (si bien se trataba de una posibilidad

mucho menor) incluso 79 Ceti, dos estrellas que probablemente tenían planetas.

Nadie sabía con certeza cuánto más lejos iba a poder llegar el sol de China ni qué tipo de mundos fantásticos aguardaban a su encuentro. Quizá algún día lejano la Tierra recibiera un nuevo mensaje suyo, aunque tendrían que transcurrir miles de años antes de que llegara nuestra respuesta.

Pasara lo que pasase, Shui llevaría siempre en su corazón aquel planeta azul donde, en su madre patria, de una pequeña aldea en el inhóspito noroeste nacía aquel camino de tierra que un día fue su punto de partida.

En beneficio de la humanidad

Los encargos eran sagrados y cumplirlos primaba sobre cualquier otra consideración: ese era el férreo principio por el que se regía Sinestrías. Sin embargo, esta vez se veía obligado a ponerlo en duda.

Para empezar, el modo de formalizar el trato resultaba inapropiado. El cliente había querido verlo en persona, una práctica inusitada en su sector. Tal y como se había encargado de recalcarle su mentor hacía años, la relación con los clientes debía ser igual que la que guardaban la frente y la coronilla: no debían encontrarse jamás; lo cual, claro está, redundaba en el interés de ambas partes.

El lugar escogido para la cita le resultó aún más desconcertante: la gran sala presidencial del hotel de cinco estrellas más lujoso de la ciudad era sin duda el sitio menos adecuado del mundo para tratar aquel tipo de asuntos. Según la otra parte, el trabajo comportaba el procesamiento de tres unidades. Eso a él no le suponía problema alguno: no le importaba tener que trabajar un poco más.

Dos botones le abrieron con deferencia sendas puertas chapadas en oro. Antes de entrar, mediante un gesto discreto, Sinestrías metió la mano por dentro de la chaqueta y liberó sutilmente el cierre de la funda del arma que llevaba bajo el brazo izquierdo. En realidad se trataba de una precaución innecesaria, pues nadie se atrevería a hacerle nada que causase revuelo en un sitio como aquel.

La sala era espléndidamente fastuosa, un mundo alejado de la realidad exterior. El sol de aquel mundo, la gigante araña de cristal que colgaba del

techo; sus prados, la moqueta escarlata que cubría el suelo. Aunque a primera vista parecía no haber nadie, Sinestrías no tardó en advertir la presencia de un grupo de personas reunidas en un rincón frente a los ventanales. Habían descorrido los pesados cortinajes para mirar al cielo.

De un rápido vistazo, calculó que eran trece. Él había supuesto que se trataba de un solo cliente, no de varios. Otra de las máximas de su mentor era que los clientes eran como las amantes: podían tenerse varias, pero nunca de forma simultánea.

Sabía lo que estaban mirando: la nave de los hermanos mayores volvía a asomar por el hemisferio sur, claramente visible. Hacía tres años de la marcha de los creadores. Desde el grandioso advenimiento de aquella civilización procedente del espacio, la humanidad estaba mejor preparada para sobrellevar el impacto psicológico de nuevas visitas alienígenas. También estaba el hecho de que, si bien los creadores se habían presentado con una flota de más de veinte mil naves espaciales que cubrieron el cielo, en este caso los hermanos mayores viajaban a bordo de una sola; además con una forma mucho menos estrafalaria que la de aquellos: cilíndrica y de puntas redondeadas, parecía una cápsula gigante para el resfriado.

Advirtiendo la presencia de Sinestrías, los trece clientes se apartaron de los ventanales y volvieron a ocupar la gran mesa circular que presidía el centro de la sala. Sinestrías, que reconocía a la mayoría, sintió al momento que el ambiente de aquella esplendorosa habitación se ensombrecía. La personalidad más prominente era Zhu Hanyang, del grupo Sinosoft. Su sistema operativo Orient 3000 había reemplazado al antiguo Windows a escala planetaria. Todos los demás ocupaban puestos destacados en el top 50 de la lista Fortune 500 y tenían ingresos anuales equivalentes al PIB de un país de tamaño mediano. Era como estar ante una versión reducida del Foro Económico Mundial. Sinestrías pensó para sí en lo distintos que eran todos del Dientes. El Dientes se había

hecho rico de la noche a la mañana, mientras que ellos eran herederos de fortunas acumuladas por generaciones. Independientemente de que se hubieran hecho cargo de ellas más o menos pronto, la suya era una distinción asumida con naturalidad y sin afectación. Era justo como el anillo de diamantes que llevaba Zhu: refinado y exquisito pero llevado sin ostentación, destellando entre sus finos dedos solo de vez en cuando, a pesar de tener un valor fácilmente diez veces mayor que el de cualquier quincallería chillona que hubiese adornado las manos del Dientes.

No obstante, al margen de eso, ahora aquellos trece acaudalados miembros de la élite más selecta se hallaban reunidos para contratar los servicios de un asesino a sueldo. Según había dicho su contacto, querían que matara a tres personas. Y solo se trataba de la primera tanda.

Los ojos de Sinestrías ignoraron el anillo y se clavaron en las tres fotografías que sostenía la mano de Zhu, obviamente correspondientes a las unidades que debía procesar. Zhu se incorporó, puso las fotos encima de la mesa y se las acercó. En cuanto pudo verlas, Sinestrías se sintió contrariado.

Su mentor le había inculcado la conveniencia de mantenerse familiarizado con todos aquellos sujetos, dentro de la región en que pretendiese actuar, que le parecieran susceptibles de llegar a ser procesados algún día. Como mínimo, dentro del ámbito de aquella ciudad, Sinestrías así lo había procurado. Sin embargo, ni una sola de las tres personas de las fotos le resultó remotamente conocida. Las instantáneas habían sido tomadas con teleobjetivo. Los rostros sucios y desaliñados que mostraban le parecieron tan distintos de los de quienes tenía enfrente que incluso llegó a dudar que pertenecieran a la misma especie. Al fijarse reparó en que uno de ellos correspondía a una mujer. Era muy joven. En comparación con los otros dos, tenía un aspecto relativamente pulcro y, aunque sucio, llevaba el pelo bien peinado. Sus ojos tenían algo especial. Sinestrías se fijaba mucho en la mirada de la gente, una costumbre

compartida por sus colegas de oficio. Solía ser de dos tipos: miradas de ansioso deseo y miradas de abulia. En cambio, la de ella rebosaba una rara serenidad. Sinestrías sintió un palpito en el pecho, pero fue breve, al acto se desvaneció como una leve neblina.

—Esta es la misión que le encomienda el Consejo por la Liquidación de la Riqueza Social —dijo Zhu—. Está usted ante el comité permanente. Yo soy su presidente.

«Consejo por la Liquidación de la Riqueza Social.» A pesar de lo peculiar del nombre, Sinestrías no se paró a reflexionar en su significado. Le bastaba con saber que era una organización integrada por los mayores magnates del mundo.

—El paradero de cada uno está en el reverso —prosiguió Zhu—. Carecen de domicilio fijo, de modo que no se trata más que de una aproximación. Tendrá que buscarlos, pero no debería de costarle mucho dar con ellos. Acabamos de ingresarle el dinero en su cuenta, compruébelo.

Sinestrías miró hacia arriba y topó con la expresión de Zhu. Lejos de transmitir solemnidad alguna, su mirada era plúmbea, vacía; también, para su leve sorpresa, carente del más mínimo atisbo de pasión.

Echó mano del teléfono móvil y consultó su cuenta bancaria. Una vez hubo contado los ceros, dijo fríamente:

—Primero: la cifra convenida era menor. Segundo: por adelantado solo la mitad; el resto, al completar el encargo.

—Como usted prefiera —replicó con fastidio Zhu.

Sinestrías estuvo tecleando varios segundos.

—Acabo de devolverles lo que sobraba —dijo a continuación—; verifíquelo, por favor. Incluso para lo mío existe la ética profesional.

—Entre tantos como ejercen su profesión hoy en día, cuesta encontrar a

alguien de su honradez; es de agradecer —intervino una mujer de deslumbrante sonrisa.

Se trataba de Xu Xueping, directora general de Far Source Group. Su empresa, nacida tras la completa liberalización del sector eléctrico, era la mayor compañía energética de Asia.

—Esta es solo la primera tanda; haga un trabajo limpio y vendrán más —apuntó Yue Tong, un magnate de la industria petrolífera marina.

—¿Enfriamiento rápido o lento? —preguntó Sinestrías de inmediato—. Puedo explicarles la diferencia entre uno y otro si es necesario.

—Sabemos lo que significa —respondió Zhu—. A nosotros nos es indiferente; proceda del modo que estime oportuno.

—¿Qué tipo de justificante prefieren? ¿Vídeo? ¿Prueba física?

—No hará falta. Nos basta con que cumpla su cometido. Tenemos nuestros propios métodos de verificación.

—¿Es todo?

—Sí. Puede retirarse.

Al salir del hotel, Sinestrías vio la nave de los hermanos mayores cruzando con lentitud el estrecho pedazo de cielo que dejaban entrever los rascacielos. Resultaba notablemente más grande y parecía desplazarse a una velocidad ligeramente mayor que antes, signos de que había reducido la altitud de su órbita. Su superficie estaba ahora cubierta de hermosas formas y contornos en constante evolución que producían un efecto hipnótico sobre todo aquel que las admirara durante demasiado tiempo. En realidad, el exterior de la nave era un espejo y aquellas cenefas sinuosas que tanto encandilaban a la gente no eran más que el reflejo distorsionado y cambiante de la superficie de la Tierra. A Sinestrías le sugirió la imagen de una suerte de lingote de plata pura, la viva

imagen de la belleza a sus ojos, pues prefería aquel metal al oro. La plata era sobria. La plata era fría.

Tres años antes, en el momento de su marcha, la civilización de los creadores había revelado a los humanos que en su día habían dado origen a seis planetas Tierra de los cuales seguían existiendo cuatro, todos a doscientos años luz de distancia de los demás. Los creadores exhortaron a los habitantes de la Tierra a dedicar todos sus esfuerzos al desarrollo tecnológico: era preciso que eliminasen los tres planetas de sus hermanos antes de que estos los vinieran a eliminar a ellos.

Pero el aviso llegó demasiado tarde.

Al poco de que se marcharan los creadores, emisarios de una de las otras tres tierras, Tierra Uno, alcanzaron el sistema solar y entraron en la órbita terrestre. Como su civilización era el doble de antigua que la de los humanos, estos les asignaron el apelativo de hermanos mayores.

Sinestrías sacó el móvil para volver a mirar la cantidad que le habían ingresado en cuenta. «Dientes, ahora tengo tanta pasta como tú», pensó. «Aun así, siento que todavía me falta algo... Y tú, que pensabas que con tener dinero ya lo tenías todo, siempre pendiente de que no te lo fueran a quitar...» Sacudió la cabeza tratando de deshacerse de aquellos pensamientos. Que el Dientes le viniera a la mente justo entonces era de muy mal fario.

El Dientes debía su apodo al serrucho que llevaba siempre encima y del que jamás se separaba. Su hoja era larga, fina y flexible, con dientes afiladísimos y una empuñadura hecha de coral que tenía grabada una intrincada cenefa de motivos japoneses. Lo llevaba alrededor del talle, cual cinturón, y en los momentos de ocio solía sacárselo y pasarle por encima el arco de un violín. Doblándolo en múltiples curvaturas de diversa longitud, era capaz de producir

una melodía vibrante de tono melancólico y sombrío que parecía el fúnebre lamento de un fantasma.

Sinestrías conocía todas las historias que corrían acerca del segundo uso de aquel serrucho, pero lo cierto era que solo lo había presenciado en una ocasión. Fue en un viejo almacén, durante un reñido juego de dados. Ladrillo, el segundo del Dientes, acababa de perderlo todo, incluyendo la casa de sus padres, pero seguía engrescado. Con los ojos inyectados de sangre, quiso apostarse los brazos. El Dientes, jugueteando con los dados en la mano, le sonrió y le dijo que no podía aceptarlos de ninguna manera. Al fin y al cabo, iban a seguir juntos mucho tiempo y, después de perderlos, ya no podrían seguir jugando.

—Apúestate las piernas —le había dicho.

Y eso fue lo que hizo Ladrillo. Cuando volvió a perder, el Dientes se desabrochó el serrucho y le segó ambas piernas a la altura de la rodilla.

Sinestrías recordaba con toda claridad el sonido de la hoja metálica serrando la carne y los huesos de Ladrillo. Cuando el Dientes le puso el pie en el cuello para acallar sus atroces gritos, lo único que se oyó en la enorme y fría nave fue el eco de los chirridos del metal serrándole las rodillas, canción siniestramente alegre de ricas variaciones rítmicas que correspondían al avance del corte por las diversas texturas. La imagen del serrín de huesos blancos como la nieve sobre un charco de intenso color rojo constituía una composición cautivadoramente seductora. La extraña belleza de aquella visión hizo que Sinestrías se estremeciera. Cada célula de su cuerpo se sentía además atraída por aquella sinfonía de carne y metal. ¡Eso sí era vivir, joder! Era el día de su dieciocho cumpleaños, y no podía haber imaginado mejor rito de iniciación que aquel.

Cuando hubo terminado, el Dientes limpió a conciencia su estimada sierra y

se la volvió a ceñir alrededor de la cintura. Para entonces ya se habían llevado a Ladrillo y sus piernas.

—Decidle que no se preocupe, lo mantendré durante el resto de su vida — anunció, señalando la sangre del suelo.

A pesar de su juventud, Sinestrías llevaba formando parte del círculo de confianza del Dientes desde muy corta edad. Los encargos que comportaban mancharse las manos de sangre eran un hecho habitual.

En cuanto el Dientes hubo amasado una cantidad de dinero considerable, quiso alejarse de los estratos turbios de la sociedad. Conforme reorientó las actividades de su imperio hacia ámbitos más respetables, sus acólitos fueron recibiendo diferentes títulos: vicepresidente, asesor del Consejo... Sinestrías, en cambio, fue el único que permaneció a su lado, en calidad de guardaespaldas.

Quienes lo conocían sabían el gran gesto de confianza que hacía el Dientes al conferirle aquel cargo. El Dientes era una persona extremadamente cauta y desconfiada, sin duda debido al aciago destino que había corrido su predecesor. También él se había conducido con la mayor de las cautelas (según contaba el Dientes, el hombre se habría hecho un gabán de hierro de haber podido). Un día, después de muchos años sin sufrir ni un solo contratiempo, tuvo que tomar un avión. Embarcó junto a dos de sus más competentes guardaespaldas y ocupó su asiento flanqueado por ambos. Al aterrizar en Zhuhai y advertir que ninguno se movía, la auxiliar de vuelo acudió extrañada a su fila a ver qué ocurría y se los encontró inmóviles, en actitud casi meditativa, y con un reguero de sangre a los pies que llegaba hasta una docena de filas más allá.

Les habían clavado finísimas agujas de acero a través del respaldo del asiento. Cada guardaespaldas tenía tres atravesándole el corazón; en el caso del gran capo, catorce. Murió como un espécimen de mariposa

cuidadosamente clavado al cartón. El número de agujas debía de implicar algún tipo de mensaje: tal vez una alusión a catorce millones que debiera, o quizá los catorce años que alguien hubiera tenido que esperar antes de culminar su venganza.

Al igual que su predecesor, el Dientes enfrentaba infinidad de riesgos debido a su posición. Mantenerla implicaba navegar con tiento las oscuras aguas del mundillo; abrirse paso por sus selvas, llenas de dagas amenazantes. Lo que confiaba en manos de Sinestrías era, literalmente, su vida.

Sin embargo, muy pronto, el estatus de Sinestrías iba a verse amenazado por la llegada de K. Era ruso. En la época se había puesto de moda contratar antiguos agentes del KGB como guardaespaldas; constituía un acto de ostentación similar a llevar una estrella de cine del brazo. Como nadie conseguía pronunciar su enrevesado nombre real, comenzaron a llamarlo KGB, mote que luego devino en un simple K. En realidad, K no había tenido relación alguna con la agencia de inteligencia rusa. La inmensa mayoría de exagentes de aquella organización habían sido simples burócratas y jamás habían trabajado fuera de una oficina, ni siquiera aquellos que habían ostentado posiciones relevantes en el servicio secreto estaban capacitados para dedicarse a la seguridad personal. K, en cambio, provenía de la Oficina Central de Seguridad del Partido Comunista Soviético y había sido el guardaespaldas de Andrei Gromyko, el por entonces ministro de Asuntos Exteriores. K era, con diferencia, el mejor en su campo. El Dientes lo había contratado por un sueldo equivalente al que ganaban los miembros del consejo de administración de una empresa, no por hacer ostentación, sino movido por una sincera preocupación respecto a su propia seguridad.

Desde el mismo momento de su llegada, quedó claro que K no era un guardaespaldas al uso. Los demás guardaespaldas no tenían reparos a la hora de sentarse a la mesa de sus empleadores, comer y beber el doble que ellos e

incluso interrumpirles cuando hablaban. Luego, si las cosas se ponían feas y se presentaba una situación de peligro real, o atacaban con la burda marrullería propia de un pandillero o echaban a correr más rápido que el cliente al que se suponía que debían proteger. En cambio, K, ya fuese en cenas o en negociaciones, permanecía de pie a la espalda del Dientes. Su corpulencia era como una gruesa pared lista para bloquear cualquier amenaza. K no había tenido oportunidad de enfrentar ninguna ocasión de peligro, pero su dedicación y profesionalidad dejaban claro que, de presentarse alguna, actuaría con absoluta eficacia. A pesar de que Sinestrías era mucho más profesional que la mayoría y carecía de sus vicios, era consciente de que K estaba a otro nivel. Por ejemplo, pasó mucho tiempo antes de que se diera cuenta de que K solía llevar gafas de sol a todas horas y en cualquier lugar no por una cuestión de estética, sino para ocultar la dirección de su mirada.

A pesar de que K aprendió a hablar chino muy rápido, no se mezclaba con el resto de los miembros del círculo íntimo de su empleador. Guardó las distancias hasta un día en el que invitó a Sinestrías a su espartana habitación. Después de llenar dos vasos de vodka, le dijo en un chino rudimentario:

—Quiero enseñarte hablar.

—¿A hablar?

—Sí, hablar lengua extranjera.

Así fue como K comenzó a darle clase a Sinestrías. El muchacho no supo que se trataba de inglés y no ruso hasta pasados varios días. Al igual que K con el chino, Sinestrías también aprendió muy rápido el inglés. El día en que fueron capaces de comunicarse sin problemas en ambas lenguas, K le dijo:

—Eres diferente del resto.

—Sí, ya me había dado cuenta —replicó Sinestrías.

—Después de treinta años de dedicarme a esto, he aprendido a distinguir a los pocos que tienen potencial de los que no. Tú eres de esos pocos. La

primera vez que te vi llegué a sentir escalofríos. Actuar con sangre fría en un momento dado es fácil. Lo difícil es mantenerla en todo momento sin alterarse un solo segundo, como tú haces. Estás destinado a ser el mejor, pero debes cultivar tu talento.

—¿Qué puedo hacer?

—Primero, vete a entrenarte fuera una temporada.

El Dientes no solo estuvo de acuerdo con la sugerencia, sino que accedió a correr con todos los gastos. Quería librarse de Sinestrías desde la llegada de K, pero no había encontrado un puesto adecuado en su organización al que destinarlo.

Y así, cierta noche de invierno, aquel niño criado en ambientes marginales desde que quedara huérfano a muy corta edad, embarcó en un avión de pasajeros rumbo a un país lejano y desconocido.

Sinestrías estaba vigilando las ubicaciones escritas en las fotos desde un destartado Volkswagen Santana. Su primera parada: la plaza Chunnhua. Tardó muy poco en localizar al hombre de la imagen. Estaba hurgando en una papelería cuando Sinestrías llegó, pero al poco se trasladó a un banco cercano con el botín dentro de una abultada bolsa de basura. Había encontrado bastantes cosas: una fiambreira de cartón casi llena, una salchicha de cerdo con apenas un par de mordiscos, varios bollos en estado razonablemente bueno y media lata de refresco de cola. Sinestrías pensó que iba a comerse el contenido de la fiambreira con las manos, pero para su sorpresa vio que metía la mano en el bolsillo del mugriento abrigo que llevaba puesto a pesar de que era verano y sacaba una pequeña cuchara de aluminio. El indigente dio cuenta de su cena con parsimonia, luego fue a tirar de nuevo los restos a la papelería. Sinestrías observó los alrededores de la plaza. Las luces de la ciudad

comenzaban a encenderse por todas partes. Conocía muy bien la zona y algo no encajaba. De pronto, comprendió la razón por la que el vagabundo había podido llenarse el estómago con tanta tranquilidad: aquella plaza era uno de los lugares más frecuentados por mendigos e indigentes y, sin embargo, no se veía ninguno a excepción de su objetivo. ¿Dónde demonios se habrían metido? ¿Acaso los habían procesado a todos?

A continuación, Sinestrías condujo el Volkswagen hasta la ubicación indicada en la segunda foto: una improvisada chabola hecha de cartones y plástico corrugado bajo un paso elevado de la periferia. Los resquicios dejaban entrever una débil luz amarilla. Sinestrías empujó cauteloso el panel que hacía las veces de puerta. Cuando metió la cabeza, se vio ante un fantástico mundo de color. Las paredes del interior de la choza estaban cubiertas de pinturas al óleo de todos los tamaños que creaban un segundo revestimiento. Su mirada siguió un rastro de humo para localizar al artista itinerante.

Canturreaba en el suelo a los pies de un desvencijado caballete en una postura que lo hacía parecer un oso hibernando. Tenía el pelo muy largo y llevaba una camiseta llena de manchurriones tan ancha que bien podría haber sido una túnica. Se estaba fumando una cajetilla de la marca Yudie. Paseaba la vista por sus obras con el mismo asombro y embelesamiento de alguien que las estuviera admirando por primera vez. Sinestrías pensó que probablemente debía de pasar la mayor parte del tiempo fascinado por su propia obra. Encarnaba el arquetipo de artista pobre y atormentado que tanto éxito había tenido en los noventa pero que ya no abundaba.

—Adelante, puede usted pasar —dijo el artista sin apartar los ojos de su obra y con tal obsequiosidad en la voz que quien solo lo hubiera oído habría pensado que daba la bienvenida a los aposentos de un emperador y no a

aquella barraca cochambrosa—. ¿Le gustan mis cuadros? —añadió en cuanto Sinestrías estuvo dentro.

Mirando alrededor, Sinestrías descubrió que la mayoría de las pinturas eran solo manchas de color y se preguntó si no habría sido más racional por parte del artista dedicarse a echar botes de pintura directamente a los lienzos. Sin embargo, luego encontró algunos de corte más realista entre los cuales uno atrajo poderosamente su atención: presentaba la imagen de un terreno árido de tonos amarillos con algunas plantas secas que sobresalían por las grietas del suelo y tenían aspecto de llevar siglos marchitas en aquel mundo donde no parecía haber existido el agua. Sobre esa tierra árida había un cráneo. A pesar de tener el mismo aspecto polvoriento que lo demás, de su boca y de una de las cuencas de los ojos brotaban dos plantas recias y verdes que contrastaban con la sequía y la muerte dominantes. Una de las plantas tenía también una delicada flor abierta. La segunda cavidad ocular contenía un ojo humano. Su límpida pupila miraba con el mismo asombro y embelesamiento que los del artista que lo había pintado.

—Me gusta este —dijo Sinestrías señalando la pintura.

—Es el segundo de una serie. Se titula *Estéril número dos*. ¿Lo quiere comprar?

—¿Cuánto pide?

—¿Cuánto ofrece?

Sinestrías sacó la cartera y extrajo todos los billetes de cien que contenía. Se los ofreció al artista, pero este solo cogió dos.

—Esto es lo que vale —dijo—. Es suyo.

Más tarde, mientras ponía en marcha el coche, Sinestrías cogió la tercera fotografía para consultar la última de las direcciones, pero al segundo volvió a apagar el motor. La ubicación estaba justo al otro lado del paso elevado: el vertedero más grande de la ciudad. Sacó los binoculares y los usó para mirar a

través del parabrisas en aquella dirección, tratando de dar con su objetivo entre los montones de chatarreros que andaban removiendo basura.

Las más de treinta mil personas que vivían de la basura en aquella metrópolis conformaban su propia clase social, dividida a su vez en distintas castas. Los chatarreros de mayor rango tenían reservadas las zonas de los chalets, donde no era difícil hallar montones y montones de camisetas, calcetines y sábanas en perfecto estado porque en aquellos ambientes se consideraban artículos de un solo uso. También zapatos o cinturones de piel con algún rasguño menor, puros habanos a medio consumir, tabletas del mejor chocolate con apenas un mordisco en una esquina... Sin embargo, acceder a aquellos cubos de basura requería sobornar a los guardas de seguridad, lo cual solo estaba al alcance de unos pocos, considerados como aristócratas por el resto.

La clase media de los chatarreros solía operar en los puntos de recolección repartidos por la ciudad, que era donde primero se concentraba la basura municipal. Allí se disputaban la parte más valiosa de la basura de la gente común: aparatos electrónicos, descartes de metal de todo tipo, libretas de papel sin usar, dispositivos médicos desechados, medicamentos caducados... pero el acceso no era gratuito. Cada punto de recolección estaba controlado por algún basurero que se aseguraba de que si alguien entraba sin permiso pagase las consecuencias: más de uno había sido apaleado o, en casos extremos, alguno había perdido la vida.

Lo poco de valor que quedaba se transfería desde los puntos de recolección a distintos vertederos de la periferia y las afueras, donde rondaban los chatarreros de menor estatus. Esos eran los que estaba observando Sinestrías. Todo lo que quedaba para ellos eran objetos de plástico no reciclable o papel triturado, nada que tuviera ningún valor, pero también restos de comida echada

a perder, que vendían como forraje en las granjas de cerdos a diez yuanes el kilo.

En la distancia, la gran urbe brillaba como una enorme joya y extendía su luz sobre la fétida montaña de basura. Para los chatarreros, la única manera de experimentar el lujo de aquella ciudad era escarbando entre sus restos. De vez en cuando tenían la suerte de dar con un lechón asado al que solo le faltaban las patas, una cola de mero o incluso pollos enteros... Últimamente abundaba la variedad sedosa del Japón, todo gracias a la reciente popularidad de un plato nuevo que llamaban «pollo de jade blanco», que consistía en abrir el estómago del ave, llenarlo de tofu, volver a cerrarlo y cocerlo. La exquisitez eran las piezas de tofu; el resto, igual de bueno, se descartaba como se hacía con las hojas de bambú que envolvían los tamales chinos, y todo aquel incauto comensal que osara comerlo se aseguraba la burla y el escarnio de los más gourmets de sus compañeros de mesa...

En ese momento, llegó el último camión del día. Cuando elevó el volquete para descargar, un grupo de hombres harapientos se abalanzó en dirección a la avalancha de desperdicios y desapareció en la polvareda que levantó. Era como si hubiesen completado una nueva evolución y el hedor, los gérmenes y la cochambre no les afectaran en absoluto. Por supuesto, no era cierto; solo se trataba de la impresión que tenían las personas comunes y corrientes al observar desde fuera cómo vivían y no cómo morían: sus cadáveres andaban repartidos por todas partes junto a los de las ratas y las cucarachas. Morían sin hacer ruido y eran sepultados enseguida por la siguiente tanda de basura.

Iluminados por la débil luz de las farolas de los extremos del vertedero, los carroñeros semejaban sombras borrosas y polvorientas. Sin embargo, Sinestrías no tardó en hallar entre ellos a su objetivo. Además de por su agudeza visual, lo localizó tan rápido por otra razón: tal y como había observado en la plaza Chunhua aquella misma noche, también allí la cantidad

de indigentes era significativamente menor. Ignoraba a qué podía deberse algo así.

Examinó a su objetivo a través de los binoculares. Al principio la mujer no le pareció muy diferente del resto de los chatarreros. Llevaba una cuerda atada alrededor de la cintura, un saco en una mano y un rastrillo en la otra. Puestos a encontrarle alguna particularidad, quizá fuese algo más delgada que los demás, que le impedían el paso y la relegaban a buscar en la periferia.

Sinestrías bajó los binoculares y se puso a pensar. ¿Qué demonios estaba ocurriendo? ¿Qué tenían de especial un sintecho, un pintor indigente y una pordiosera que vivía recogiendo basura, las tres personas más pobres y vulnerables del mundo, que pudiera amenazar a los más grandes millonarios del mundo hasta el punto de verse obligados a contratar a un asesino para acabar con ellos?

Estéril número dos estaba apoyado en el asiento trasero del vehículo. Tal y como estaba colocado, Sinestrías alcanzaba a ver el ojo de la calavera clavándole la mirada.

Llegaron gritos de pánico procedentes del vertedero. Sinestrías vio que el mundo exterior se sumergía en un mar de luz cerúlea y que un resplandeciente sol azul emergía desde el este: la nave de los hermanos mayores estaba llegando al hemisferio sur. Por lo general, la nave no solía emitir luz más que de noche, cuando el reflejo del sol la convertía en una suerte de luna minúscula. Sin embargo, muy de vez en cuando, emitía aquel resplandor azul que iluminaba el mundo entero y hacía cundir el pánico entre la población. Esta vez la luz de la nave espacial resultaba más brillante de lo habitual, probablemente debido a que su órbita era más baja. El astro azul emergió por encima de los edificios proyectando sombras alargadas, como si una horda de gigantes extendiera sus brazos. Sin embargo, a medida que la nave espacial se elevaba, las sombras recularon.

La luz de la nave de los hermanos mayores iluminó claramente a la chica. Sinestrías volvió a colocarse los binoculares y confirmó que se trataba de su objetivo. Arrodillada como estaba, con el saco en las rodillas y mirando hacia arriba con una ligera expresión de pánico, conseguía de todos modos mantener la serenidad que Sinestrías había percibido en su foto. Sinestrías volvió a sentir un pellizco en el corazón, pero de nuevo fue fugaz. Estaba seguro de que aquella sensación provenía de algún rincón remoto de su alma y le pesó no haber sido capaz de identificarlo por segunda vez.

La nave cruzó el cielo a gran velocidad y se hundió por el oeste dejando tras de sí una extraña puesta de color azul. Al rato, se impuso la noche oscura y se restauró el brillo de la ciudad en la lejanía.

Sinestrías volvió a preguntarse por qué trece de las personas más ricas del mundo desearían matar a aquellos tres pobres diablos. Era absurdo, y por más que le daba vueltas, era incapaz de encontrar una respuesta.

Al rato se detuvo. Golpeando el volante con las palmas de las manos, se maldijo por haber violado uno de los principios básicos de su oficio. Las palabras del director de su escuela le vinieron a la mente: «Las armas no se paran a preguntar a quién disparan».

Hasta la fecha, Sinestrías seguía sin saber tan siquiera el nombre del país al que había ido a entrenarse, y mucho menos la localidad concreta donde se hallaba su escuela.

Solo sabía que la primera parada de su periplo había sido el aeropuerto de Moscú. Allí lo había recogido un hombre que, empleando un perfecto inglés desprovisto de acento ruso, le indicó que se pusiera unas gafas de sol opacas para hacerse pasar por ciego. Sinestrías pasó el resto del viaje en la más

completa oscuridad. Después de otras tres horas de avión y un día entero a bordo de algún vehículo rodado, llegó por fin a la escuela.

No estaba seguro de seguir en territorio ruso. El recinto se hallaba en mitad de una zona montañosa y estaba rodeado de muros muy altos. Los estudiantes no estaban autorizados a abandonar sus dependencias hasta después de graduarse. Cuando le permitieron quitarse las gafas, vio que el complejo estaba integrado por dos grandes tipos de edificios: los del primer grupo eran grises y anodinos; los otros eran muy peculiares y llamativos tanto por el color como por su estructura diversa. Luego supo que el segundo grupo estaba compuesto por una especie de bloques gigantes apilables de las más variadas formas, usados para simular distintos contextos de batalla. La escuela entera era básicamente un enorme y sofisticado campo de tiro. La primera y única vez en que vio el cuerpo de estudiantes reunido en su integridad fue con motivo de la apertura del curso. Eran poco más de cuatrocientos. Durante la ceremonia, el director del centro, un hombre de pelo cano y estricta rectitud, pronunció las siguientes palabras:

—¡Estudiantes! A lo largo de los próximos cuatro años serán instruidos en la ciencia y el arte de una profesión cuyo nombre no pronunciaremos; una de las profesiones más longevas en la historia de la humanidad, también una de las que tienen asegurado un futuro más prometedor. A nivel individual, aprenderán a librar a sus clientes de los problemas que solo nuestro oficio, en calidad de último recurso, es capaz de solventar; desde una perspectiva más amplia, aprenderán a cambiar el curso de la historia.

»A lo largo de nuestra existencia, gobiernos de toda índole han pretendido que formemos a sus guerrilleros a cambio de ingentes cantidades de dinero. Todos y cada uno fueron rechazados: solo adiestramos a profesionales independientes. Independientes, sí; fieles a ninguna otra cosa que no sea el dinero. A partir de hoy, pasarán a verse a sí mismos como un arma. Su única

obligación será cumplir con sus funciones como tal de la forma más sublime y ajenos a cualquier otra consideración: las armas no se paran a preguntar a quién disparan. Pongamos que una persona X dispara a una persona Z, luego esta le arrebató el arma y dispara contra ella. En ambos casos el arma opera sin hacer distinciones, funciona con idéntica eficacia. Ese es el principio básico en que se fundamenta nuestro oficio.

Aquel mismo día, Sinestrías aprendió varios de los términos más utilizados en la profesión: nunca hablaban de ejecutar a nadie, sino de procesarlo; los sujetos tampoco eran tales, sino unidades, y a su muerte la llamaban «enfriamiento».

El centro impartía tres grandes disciplinas: el ciclo S, el ciclo M y el ciclo L. Cada una de estas denominaciones se correspondía con las iniciales en inglés del radio de acción de las técnicas de asalto que se enseñaban: respectivamente, *short* (por «corto»), *medium* («medio») y *long* («largo»). Los estudios de ciclo L eran los más prestigiosos; también los más caros. Los pocos estudiantes que cursaban esta especialidad solo se relacionaban entre ellos y apenas interactuaban con el resto. Los propios instructores aconsejaban a Sinestrías que mantuviera las distancias con este grupo: conformaban la élite de la profesión y poseían el mayor potencial para cambiar la historia.

La carga lectiva del ciclo L era muy superior a la de los otros dos. Sus estudiantes usaban rifles de francotirador valorados en cientos de miles de dólares, que una vez montados medían casi dos metros de largo. Su alcance medio rondaba los mil metros, aunque se rumoreaba que algunos llegaban a los tres mil. Procesar unidades desde distancias superiores a los mil quinientos metros era una labor compleja que implicaba plantar a intervalos concretos dentro del campo de acción una serie de falsos carrillones de viento que en realidad eran anemómetros miniaturizados. A través de una conexión inalámbrica, estos transmitían sus mediciones de la dirección y la velocidad

del viento directamente a las gafas del francotirador, para que este calibrase cada una de las fases del tiro con muchísima más precisión.

Los estudiantes del ciclo M aprendían a procesar unidades a distancias que iban de los diez a los trescientos metros. Era la disciplina más tradicional de las tres y aquella que contaba con mayor número de inscritos. Solían emplear rifles ordinarios. A pesar de contar con mayor demanda profesional, estaba considerada la disciplina más rudimentaria y con menos glamour.

Sinestrías estaba inscrito en el ciclo S, donde aprendió a procesar unidades a distancias menores de diez metros. Su disciplina no requería de armas sofisticadas: solían usar simples revólveres, a veces incluso cuchillos. Era la disciplina más arriesgada de las tres, pero también la más romántica.

El director de la escuela, gran maestro en esta disciplina, se encargaba de impartirla en persona. Sin embargo, para sorpresa de todos, su primera clase fue de literatura inglesa.

—Comenzaremos reflexionando acerca del valor de nuestro cometido particular —anunció solemne ante la atónita mirada de todos sus estudiantes—. En otras disciplinas, unidad y procesador no llegan a verse y aquella se procesa y se enfría sin tener la oportunidad de tomar conciencia de la situación. Un hecho tal vez afortunado para ella, aunque no necesariamente para el cliente. En nuestro caso, los clientes suelen requerir que la unidad tenga conocimiento de los motivos de su designación como tal y de la identidad de quien así lo ordena. La responsabilidad de informarla recae en nosotros. En ese momento no hablamos en nuestro nombre, sino que somos una encarnación del cliente; debemos articular ese mensaje final que quiere transmitir de la forma más solemne y perfecta, asegurarnos de que causa el mayor impacto y sufrimiento en la unidad antes de que se enfríe. El arte y la belleza de nuestra disciplina alcanzan su culmen en la mirada de pánico y desesperación de cada unidad en ese último instante; lograr inducir la

constituirá nuestra mayor fuente de satisfacción. Por este motivo debemos potenciar nuestras dotes literarias; solo así alcanzaremos la máxima capacidad expresiva.

Así pues, Sinestrías pasó el primer año estudiando literatura. Aprendió a recitar a Homero, memorizó la obra completa de Shakespeare y leyó muchas otras obras maestras, tanto clásicas como modernas. Para él fue el año más gratificante de cuantos estuvo internado pues, poco o mucho, nada de lo que le enseñaron después le resultó nuevo. En cambio, aquel primer curso fue la única oportunidad que tuvo en su vida de zambullirse en el mundo de la literatura. Gracias a ella vio a la humanidad con otros ojos y se maravilló ante su delicada complejidad. Si, anteriormente, lo que sentía al matar a una persona era más o menos lo mismo que si hubiera reventado una tinaja de vino tinto; ahora, para su grata sorpresa, se daba cuenta de que hacerlo equivalía más bien a destrozar un raro objeto del jade máspreciado, lo cual no hacía más que contribuir a su disfrute.

Su asignatura siguiente fue de anatomía humana. La segunda ventaja con que contaba la disciplina S en comparación con las otras dos era la posibilidad de controlar el tiempo de enfriamiento de las unidades. «Enfriamiento rápido» y «enfriamiento lento» eran los dos términos especializados que correspondían a sendas técnicas. Muchos clientes solicitaban un enfriamiento lento que pudiera registrarse en vídeo; así tenían unpreciado recuerdo para conservar y visitar. Evidentemente, la técnica requería de gran pericia y amplia experiencia; por eso tener conocimientos de anatomía era indispensable.

Solo después comenzó su verdadero adiestramiento.

Los chatarreros del vertedero fueron desapareciendo hasta que apenas quedó un puñado, incluyendo al objetivo de Sinestrías. Este decidió que

procesaría la unidad aquella misma noche. A pesar del hecho de que actuar durante el período de observación iba en contra de sus prácticas habituales, una ocasión tan propicia como aquella justificaba la excepción.

Maniobró el automóvil para sacarlo de debajo del paso elevado y, con un golpe de volante, lo detuvo en una pequeña carretera al lado del vertedero. Había advertido que aquella era la única vía por la que se podía salir del vertedero. Estaba muy oscuro y solo se distinguía la hierba moviéndose con el viento; era un sitio excelente para el procesamiento. Decidió esperar a su presa allí.

Sacó el arma y la colocó con cuidado encima del salpicadero. Era un burdo revólver de 7,6 milímetros que usaba balas Black Star. Lo llamaba Narigudo por la forma de su cañón, se lo habían hecho a medida y sin marcas en el mercado negro de Xishuangbanna a cambio de tres mil yuanes. A pesar de su aspecto tosco, su factura era impecable: cada uno de sus componentes había sido ensamblado con la mayor precisión. El único defecto atribuible era que no tenía el interior del cañón estriado: era liso.

Sinestrías tenía acceso a las armas teóricamente mejores de las primeras marcas: por ejemplo, al hacerse guardaespaldas del Dientes, este le había proporcionado un subfusil Uzi con cargador de treinta y dos balas. Más tarde, como regalo de cumpleaños, había recibido una formidable pistola semiautomática Type 77, pero seguía guardada en el fondo de un cajón. Sinestrías estaba acostumbrado a Narigudo. En ese momento, ante el resplandor de la ciudad, rememoró sus años de formación.

Durante su primera clase de adiestramiento, el director de la escuela les hizo colocar las armas en fila. Sinestrías había sentido vergüenza al poner a Narigudo entre tantas armas de exquisita factura. Sin embargo, luego, cuando

el director lo cogió y lo sopesó, le vio esbozar una sonrisa de sincera apreciación.

—No está mal —dijo.

—Pero si tiene el ánima del cañón sin estriar —criticó con desprecio un estudiante—, tampoco puede ponerle silenciador....

—Suficiente para la precisión y el rango requerido por un profesional de nuestra disciplina. Tener el ánima rayada es aún menos importante, y en cuanto al silenciador... siempre habrá alguna almohada o similar de lo que echar mano. ¡Por favor, no se dejen condicionar por las convenciones! En manos de la persona adecuada, este revólver es capaz de alcanzar cotas artísticas mucho más sublimes de lo que ninguno de estos juguetes caros y perfectos podrá lograr jamás.

El director tenía razón. Al tener un cañón liso y sin estriar, las balas que disparaba Narigudo giraban sobre sí mismas y emitían un terrorífico silbido que los proyectiles de otras armas eran incapaces de producir. No solo eso, sino que aun después de penetrar en la carne de la unidad procesada seguían girando y clavándosele como la broca de un taladro.

—¡Ya sé! ¡A partir de ahora lo llamaremos Sinestrías! —exclamó el director devolviéndole el arma—. Conserve bien esta arma, muchacho. Parece que le hará falta cuando se haga lanzacuchillos.

Sinestrías comprendió inmediatamente a lo que se refería el director: los lanzadores de cuchillos profesionales solían cogerlos por el filo a fin de hacerlos girar sobre sí mismos y lograr así una máxima penetración en las carnes de sus objetivos. ¡El director esperaba que aprendiera a blandir a Narigudo con esa misma pericia! Si lo conseguía, tendría un control absoluto sobre el tipo de herida que infligiría con sus disparos.

Después de dos largos años de arduo entrenamiento durante el que empleó casi treinta mil proyectiles, Sinestrías hizo realidad aquel sueño y llegó a

dominar el tiro con una habilidad que ni siquiera los mejores instructores de la escuela poseían.

Durante toda su estancia en el extranjero, jamás se separó de Narigudo. El cuarto año, conoció a una chica de su misma especialidad a la que llamaban Fuego, quizá debido a que era pelirroja. Tenían prohibido preguntarse la nacionalidad, pero Sinestrías supuso que debía de ser de Europa Occidental. A diferencia de todas las otras chicas de la escuela, francotiradoras natas, a Fuego se le daban fatal las armas de fuego. No solo eso, sino que sus dotes con los cuchillos dejaban igualmente mucho que desear, lo cual llevó a Sinestrías a preguntarse qué hacía en un sitio como aquel. Sin embargo, un día, durante su primera clase de estrangulamiento, la vio sacar un filamento casi invisible del delicado anillo que llevaba en la mano, colocarlo con un gesto hábil alrededor del cuello de la cabra que usaban como conejillo de indias y decapitarla con un corte limpio. Según le contó luego ella, se trataba de un cable de nanomaterial altamente resistente que iba a emplearse en la construcción de los futuros ascensores espaciales.

Fuego no sentía especial afecto por él; en aquella academia esas cosas eran imposibles. Solía juntarse también con Lobo de Hielo, un estudiante de apariencia nórdica de otra disciplina. De hecho, lo que hacía era alternarlos: iba de los brazos de uno a los del otro con la celeridad de un grillo de pelea, con la intención de mitigar el tedio tratando de enfrentarlos. Muy pronto Fuego logró su objetivo, y los dos chicos se retaron a jugar a la ruleta rusa. En mitad de la noche, sus compañeros reconfiguraron las estructuras del campo de tiro en forma de estadio. El duelo iba a tener lugar en el centro y el arma escogida era Narigón.

Fuego presidía la escena. Con un gesto ágil, introdujo una sola bala en el tambor vacío de Narigudo. Entonces, sosteniendo el arma, lo hizo girar una docena de veces. Después de que los dos chicos declinaran amablemente el

privilegio de ser el primero, ella, sonriente, extendió el brazo y le ofreció el arma a Sinestrías. Él acató y se la acercó a la sien.

Con el frío beso del cañón en la piel, sintió un vacío y una soledad como nunca antes había experimentado. Notó la presencia de un viento frío que crecía y se apoderaba del mundo hasta que su corazón fue la única fuente de calor del universo. Entonces, haciendo acopio de valor, apretó el gatillo cinco veces. El percutor se accionó cinco veces. El tambor giró otras tantas. Pero el arma no disparó.

Clic, clic, clic, clic y clic. Cinco chasquidos metálicos que no auguraban nada bueno para Lobo de Hielo. Todos los estudiantes prorrumpieron en vítores y Fuego se puso tan contenta que, entre lágrimas, le dijo que era suya. En mitad del barullo, Lobo de Hielo sonreía. Inclinando levemente la cabeza en señal de respeto, le dijo a Sinestrías:

—Puto amarillo, ha sido la apuesta más emocionante desde que fabricaron el primer Colt. —Luego, volviéndose hacia Fuego, añadió—: Tranquila, muñeca. La vida no es más que una gran apuesta.

Entonces cogió a Narigudo, se lo acercó a la sien y se voló la tapa de los sesos.

Poco después, Sinestrías se graduó. Tras colocarse las mismas gafas oscuras que le habían hecho ponerse a su llegada, se despidió de aquel lugar en el que tanto había madurado. Nunca volvería a saber de aquella academia. Fue como si nunca hubiera existido.

De vuelta en el mundo real, Sinestrías supo del evento que había conmocionado al mundo: la civilización de los creadores se había presentado en la Tierra para demandar el cuidado de los seres humanos, a quienes en su día habían dado la vida. Sin embargo, después de algo más de un año,

insatisfechos con la vida en la Tierra, decidieron marcharse y desaparecieron en la oscuridad del universo con su flota de veinte mil naves.

Recién bajado del avión, Sinestrías recibió un encargo.

El Dientes lo recibió con gran efusividad y organizó un lujoso banquete en su honor. Sinestrías le pidió hablar a solas alegando que tenía un asunto privado que tratar con él. Después de que se fuera todo el mundo, le dijo:

—Crecí a tu lado. En mi corazón nunca te consideré como a mi hermano, sino que te tengo la misma estima que a un padre. Me dijiste que me fuera y me curtiera, ¿recuerdas? Pues eso he hecho. Ahora te pregunto: ¿debo ejercer la profesión para la que me he formado?

Pasándole la mano por encima de los hombros, el Dientes le contestó:

—Si es lo que quieres, adelante. Se te notan las ganas. Me da lo mismo que cojas la senda de lo legal o de lo ilegal, blanco o negro es lo mismo; la gente con estrella como tú tiene el futuro asegurado se dedique a lo que se dedique.

—Muy bien. Te haré caso.

Con esas palabras, Sinestrías sacó el arma y disparó varias veces al estómago del Dientes en el ángulo preciso para que las balas, girando sobre sí mismas, lo atravesaran y luego se clavaran en el suelo.

Mientras se disipaba la humareda, el Dientes miró fijamente a Sinestrías. La sorpresa de sus ojos fue muy breve: enseguida dio paso a la quietud de quien por fin comprende algo. Sonriéndole, asintió.

—Bravo, chaval —masculló al fin, con la sangre brotándole de la boca.

Luego se desplomó.

El contrato firmado por Sinestrías estipulaba una hora de enfriamiento lento pero sin grabaciones: el cliente confiaba en él.

Se sirvió una copa de licor y, con gran parsimonia, se dispuso a contemplar cómo se desangraba el Dientes. Este, moribundo, trataba de recolocarse los intestinos con la meticulosidad de un jugador de *mahjong*, pero tan pronto

como se los volvía a meter se le escurrían hacia afuera y entonces, con cuidado, volvía a repetir la operación. Después de doce veces, expiró. Había transcurrido una hora exacta desde que Sinestrías le había disparado.

Sinestrías no había mentido al decir que tenía tanta estima al Dientes como a su propio padre. Cierta día lluvioso, cuando tenía cinco años, su padre biológico se había empeñado en que la madre le entregara todas sus libretas de ahorro, amenazando con matarla a golpes si no lo hacía. Ella se negó, y él cumplió su promesa. Sinestrías trató de impedirlo, pero el padre era más fuerte y le rompió la nariz y un brazo. Luego desapareció para siempre en mitad de la lluvia. Sinestrías removió cielo y tierra tratando de dar con él, pero su búsqueda fue infructuosa. Si algún día lo encontraba, iba a dejarle disfrutar del lento enfriamiento que se había ganado a pulso.

Sinestrías había oído decir que, después de aquello, K había regresado a Rusia, no sin antes devolver todo el dinero que había cobrado del Dientes a la familia. Al parecer, el día de su marcha, había dicho: «El mismo día en que envió a Sinestrías a estudiar fuera, supe que el Dientes moriría a sus manos». El Dientes había vivido en los límites de la sociedad, siempre caminando sobre el filo de un cuchillo, pero jamás había comprendido lo que hace a un auténtico asesino.

Los pocos indigentes que quedaban en el vertedero fueron abandonándolo uno detrás de otro hasta que al fin solo qued  su objetivo. Escarbaba en la basura con ahínco, muy concentrada en la labor. Como era tan pequeña, era incapaz de imponerse al resto a la hora de abrirse paso a codazos cuando llegaban los camiones, y eso la obligaba a pasarse horas buscando y removiendo la porquería.

Viendo que se quedaba sola, Sinestrías no sintió la necesidad de seguir

esperando a que saliera de allí. Cogió a Narigudo, se lo puso en el bolsillo de la cazadora, bajó del coche y caminó directamente hacia ella. La capa de basura que pisaba resultaba blanda y húmeda, y tuvo la sensación de estar caminando sobre el lomo de una gigantesca bestia durmiente. Cuando estuvo a unos cinco metros de su objetivo, sacó el revólver.

Justo entonces apareció desde el oeste una ráfaga de luz azul. La nave de los hermanos mayores había completado una vuelta alrededor de la Tierra y regresaba al hemisferio sur, todavía brillando. La repentina aparición de aquel extraño objeto luminoso en el cielo atrajo la atención de ambos, que después de observarlo durante unos instantes, cruzaron las miradas.

Cuando sus ojos se encontraron, Sinestrías estuvo a punto de hacer lo que jamás debe hacer un asesino profesional: permitir que se le caiga el arma de las manos. Por un instante se olvidó de que la tenía en la mano y casi llega a gritar:

—¡Flor...!

Sabía que no era ella. Flor había perdido la vida catorce años atrás: había sufrido una muerte lenta y agónica ante la impotente mirada de él. Pero Flor seguía viva en su corazón, había continuado creciendo, haciéndose fuerte. Solía verla en sueños, convertida en una mujer como la que ahora tenía enfrente.

En sus comienzos, el Dientes se había dedicado a un turbio negocio que luego abandonaría y con el que negaría haber tenido nada que ver: compraba niños discapacitados a los traficantes y los ponía a mendigar por toda la ciudad. Como en aquellos años la gente aún tenía corazón, los niños le conseguían a diario enormes cantidades de dinero; así pudo reunir la base de capital que necesitaba para sus siguientes negocios.

Una vez, Sinestrías lo acompañó a recoger un nuevo grupo de niños. Cuando entraron en el viejo hangar donde los había citado el traficante, vieron a cinco

niños: cuatro presentaban evidentes malformaciones congénitas y una era de aspecto normal. Se trataba de Flor. Tenía seis años y era una preciosidad. La viveza de sus ojos contrastaba con la mirada ausente de los demás. Aún hoy, después de tantos años, a Sinestrías se le rompía el corazón al recordar aquel par de ojos espabilados con que ella, ajena al destino que le aguardaba, lo examinaba todo cuanto había alrededor.

—Son estos —dijo el traficante, mostrándole cuatro niños con severas deformaciones.

—¿No habíamos quedado que serían cinco? —preguntó el Dientes.

—¿Qué quieres? Iban tan apretados en el maletero que uno la palmó.

—¿Y esta? —preguntó el Dientes señalando a Flor.

—Esta no está en venta.

—Me la llevo. Al mismo precio que el resto —zanjó el Dientes. Su tono de voz dejaba claro que el tema no era negociable.

—Pero... pero si está sanísima, ¿quién va a querer darle dinero?

—Mira que eres tarugo... Le hacemos un par de retoques y ya está, ¿no?

Dicho y hecho, se desabrochó la sierra de la cintura, se acercó a la niña y le rebanó la pantorrilla produciéndole una herida profunda. Flor se retorció entre gritos mientras la sangre le chorreaba.

—Véndasela para detener la hemorragia —le dijo entonces el Dientes a Sinestrías—, pero nada de antibióticos: queremos que se le infecte.

Aunque Sinestrías le vendó bien la herida, Flor siguió supurando y volviéndose cada vez más pálida. A espaldas del Dientes, Sinestrías le dio eritromicina y sulfametoxazol, pero no sirvió de nada: la herida se le acabó infectando de todos modos.

Dos días después, el Dientes la puso a mendigar. El efecto logrado por la combinación de la sufrida cara de ángel de Flor y su pierna lesionada superó todas las expectativas del Dientes: el primer día hizo más de tres mil yuanes, y

en la semana que siguió no hubo un solo día que a su regreso llevara en la bolsa menos de dos mil. En su último día en las calles, nada más verla, una pareja extranjera le dio cuatrocientos dólares estadounidenses. A pesar de su habilidad para ganar todo ese dinero, lo único que recibía Flor era una fiambarrera de comida caducada al día, un gesto por parte del Dientes que no solo respondía a su tacañería, sino también al deseo de que mantuviera su aspecto malnutrido. Sinestrías solo podía darle algo de comida cuando apagaban las luces.

Una noche, al ir a recogerla a la esquina donde solía mendigar, Flor le susurró al oído:

—Hermanito, ya no me duele la pierna.

Parecía tan feliz.

Exceptuando el día que murió su madre, aquella fue la única ocasión en que Sinestrías recordaba haber vertido una lágrima. A Flor le había dejado de doler la pierna porque los nervios habían necrosado. Tenía la pierna negra y llevaba dos días con fiebre. Incapaz de soportarlo más, Sinestrías ignoró las órdenes del Dientes y llevó a Flor al hospital, pero el médico le dijo que ya era demasiado tarde, que sufría envenenamiento de la sangre. Murió a la noche siguiente, consumida por la fiebre.

Desde entonces, Sinestrías se volvió un hombre de sangre fría y, tal como le había dicho K, la mantuvo en todo momento sin que nada le afectara. Matar se convirtió en su pasatiempo, una adicción más fuerte que cualquier droga. Vivía para reventar esas delicadas vasijas de jade que eran los humanos y disfrutaba observando cómo fluía el líquido rojo que contenían al tiempo que se enfriaban; solo aquel era su verdadero estado natural: toda calidez percibida no era más que una farsa.

Sinestrías no era consciente, pero de algún modo se le había quedado grabada en la retina la imagen de la herida de la pierna de Flor, una imagen

que volvería a ver manifestada en la forma de la herida del abdomen del Dientes: le hizo una copia exacta.

La pordiosera se puso de pie y, echándose el saco a la espalda, comenzó a marcharse con paso lento. Obviamente, si se iba no era a causa de la llegada de Sinestrías; ni siquiera se había fijado en lo que llevaba en la mano y tampoco se le ocurrió que aquel hombre bien vestido y aseado tuviera nada que ver con ella, si se iba era porque tenía que irse.

Con la nave de los hermanos mayores hundiéndose en el horizonte, Sinestrías permaneció inmóvil en mitad del vertedero, observando cómo la figura de la muchacha desaparecía, engullida por el momentáneo halo azul.

Sinestrías enfundó su pistola, sacó el teléfono y llamó a Zhu Hanyang:

—Necesito que volvamos a vernos. Quiero hacerles una pregunta.

—Mañana a las nueve en el mismo lugar.

La extraña celeridad de la respuesta de Zhu le hizo preguntarse si el magnate habría estado esperando algo así.

Al entrar en la sala presidencial, Sinestrías se encontró con que los trece miembros del Consejo por la Liquidación de la Riqueza Social lo esperaban muy serios. Todas las miradas se centraron en él.

—Formule su pregunta —lo conminó Zhu Hanyang.

—¿Por qué quieren que mate a esas tres personas?

—Está usted violando los códigos de su profesión —observó Zhu, impassible mientras rebanaba la punta de un habano con un elegante cortapuros.

—Cierto. Y me expongo a las consecuencias. Pero es preciso que sepa cuáles son sus razones; de lo contrario, me temo que seré incapaz de hacer lo que me piden.

Zhu se encendió el puro con una cerilla larga y asintió con un lento

mecimiento de cabeza.

—No me va a quedar otro remedio que pensar que solo acepta misiones contra los pudientes —dijo Zhu—. Que no es un verdadero asesino profesional, sino un vulgar pistolero movido por el odio de clase; un psicópata que ha matado a cuarenta y una personas en tres años y lleva de cabeza a las autoridades, desesperadas por echarle el guante. Está usted jugando con más que su reputación.

—Si quiere puede llamar a la policía ahora mismo —replicó Sinestrías con serenidad.

—¿Es posible que la misión haya abierto alguna vieja herida de índole personal? —preguntó Xu Xueping.

Admirado ante la perspicacia de la mujer, Sinestrías dio la callada por respuesta. Su silencio respondió por él.

—Es por la chica —aventuró ella.

Sinestrías volvió a callar. La conversación estaba saliéndose de su cauce.

—Está bien —intervino Zhu, exhalando con lentitud una densa bocanada de humo blanco—. La misión es demasiado importante y tampoco disponemos del tiempo necesario para encontrar a alguien mejor; no nos queda otro remedio que aceptar sus condiciones. Le contaremos cuáles son nuestros motivos, pero se lo advierto: ni en sueños los habría imaginado. Debemos de parecerle seres desquiciadamente abyectos: ¡la clase privilegiada se ha propuesto acabar con los miembros más pobres y vulnerables de la sociedad! Permítanos aclararle esa falsa percepción.

—No concibo el mundo en términos de buenos y malos.

—Los hechos demuestran justo lo contrario. Acompáñenos.

Acto seguido, Zhu tiró al suelo el habano, al que solo había dado una calada, se levantó y salió.

Sinestrías salió del hotel junto al Consejo por la Liquidación de la Riqueza

Social en pleno. La gente de la calle estaba pendiente del cielo, donde algo extraño volvía a ocurrir: la nave de los hermanos mayores estaba cruzándolo a muy baja órbita. Las primeras luces del amanecer la hacían particularmente visible contra el incipiente azul del cielo, en el que iba dejando un reguero de estrellas plateadas en hilera a intervalos regulares. Su longitud había menguado considerablemente y el extremo del que iban saliendo las estrellas parecía un palo astillado. Sinestrías había oído en las noticias que la enorme nave de los hermanos mayores estaba en realidad compuesta por la unión de miles de naves más pequeñas. Por lo visto ahora se disgregaban para entrar en algún tipo de formación.

Zhu se dirigió a sus compañeros de comité:

—¡Presten atención! Como ven, los acontecimientos están precipitándose; puede que no nos quede mucho más tiempo, apresurémonos. Que cada equipo acuda a su zona de liquidación asignada y prosiga con la tarea de ayer.

Dicho esto, él y Xu se subieron a una furgoneta e indicaron a Sinestrías que hiciera lo propio. Solo entonces reparó en que los vehículos aparcados a la entrada del hotel no eran los coches de lujo en los que solían viajar los ricos, sino una pequeña flota de furgonetas Isuzu.

—Para cargar más cosas —le explicó Xu al notar su extrañeza—. Sinestrías echó un vistazo en la parte trasera y vio montones de maletines negros apilados con sumo cuidado. Debían de superar la centena.

No había chófer. Fue el propio Zhu quien, poniéndose al volante, guio el vehículo hasta la carretera principal. Al rato llegaron a un paseo flanqueado por árboles y redujeron la velocidad. Sinestrías se dio cuenta de que conducían con la misma lentitud de un hombre que paseaba por la acera. Era un indigente. Aunque en aquella época ya no todos vistieran andrajos, saltaba a la vista de todos modos: llevaba una bolsa de plástico colgada de la cintura que tintineaba a cada paso que daba.

Sinestrías sabía que estaba a punto de desvelársele el misterio de las desapariciones de vagabundos y pordioseros, pero dudaba que Zhu o Xu se atrevieran a matar a nadie en plena calle. Lo más seguro era que primero lo subieran a la furgoneta con alguna excusa y lo llevaran a otra ubicación donde se desharían de él. No obstante, teniendo en cuenta su estatus, no necesitaban involucrarse personalmente de aquella manera. ¿Estarían tratando de demostrarle algo? Sinestrías no tenía la menor intención de interferir, pero tampoco estaba dispuesto a colaborar: no estaba en su contrato.

El vagabundo no reparó en que el furgón había aminorado la marcha por él hasta que Xu llamó su atención.

—¡Hola! —lo saludó, al tiempo que bajaba el cristal de la ventanilla. El hombre se detuvo y giró la cabeza para mirarla. Su rostro tenía aquella expresión ausente tan común entre los de su clase—. ¿Tiene usted sitio para dormir? —preguntó ella amablemente.

—En verano duermo donde quiero —respondió el hombre.

—¿Y en invierno?

—Pues cerca de algún conducto de calefacción. O en algún servicio público, que también se está bien.

—¿Cuánto lleva en la ciudad?

—Buf, ya ni me acuerdo. Me vine cuando se me terminó el dinero que me dieron por expropiarme las tierras. Y desde entonces.

—¿Le gustaría tener un piso de tres habitaciones en el centro? ¿Un hogar?

El indigente la miró aturdido. No entendía nada de lo que le decía la millonaria.

—¿Sabe leer? —le preguntó ella. Al ver que el vagabundo asentía con la cabeza, le señaló una gran valla publicitaria que había frente a la furgoneta—. Mire.

La valla mostraba la imagen idílica de un grupo de lucidos edificios

blancos como la leche en mitad de un bucólico prado.

—Es un anuncio de viviendas —explicó Xu.

El vagabundo se dio la vuelta para mirar la valla, luego volvió a mirarla a ella. Era evidente que no entendía qué tenía que ver aquello con él.

—Bueno, ahora vaya a la parte de atrás de la furgoneta y coja uno de los maletines que hay.

El vagabundo se dirigió a la parte posterior del vehículo, cogió un maletín y regresó. Señalándoselo, Xu le dijo:

—Ahí dentro hay un millón de yuanes. Con la mitad puede comprarse una casa así, y el resto para vivir. Si solo no puede gastarlo, es libre de hacer como nosotros y darle una parte a quien lo necesite.

Los ojos del indigente iban de aquí para allá, pero él siguió sosteniendo el maletín con gesto hierático. Estaba seguro de que debía de haber algún truco.

—Ábralo, ya verá.

Levantando torpemente el cierre con su roñosa mano, apenas consiguió abrir una rendija. Luego lo cerró de golpe y al fin su fachada de impasibilidad se derrumbó: parecía que hubiera visto un fantasma.

—¿Tiene carnet de identidad? —le preguntó Zhu.

El vagabundo asintió al tiempo que sostenía el maletín lo más lejos posible de sí mismo, como si fuera una bomba.

—Entonces ingréselo en un banco, será más práctico.

—¿Qué... qué quieren que haga? —preguntó el hombre.

—Solo un pequeño favor: van a venir extraterrestres a preguntarle si el dinero es suyo. Cuando lo hagan, dígales que sí. ¿Nos lo promete?

El vagabundo asintió.

Xu bajó del vehículo y se inclinó ante él.

—Gracias.

—Gracias —repitió Zhu desde su asiento.

Lo que más le sorprendió a Sinestrías de aquella súbita muestra de gratitud fue que parecía sincera.

La furgoneta arrancó, dejando atrás al nuevo millonario. Al poco de proseguir la marcha, volvieron a parar. Sinestrías vio a tres hombres vestidos con mono de trabajo acuclillados al lado de un cartel en el que ofrecían su mano de obra como pintores. En cuanto vieron que la furgoneta paraba fueron corriendo a ver si los querían contratar.

—No, lo siento —respondió Zhu—; ¿cómo anda el negocio?

—¿Qué negocio? Si ahora, con esas nuevas pinturas aplicables en espray, que encima con un poco de corriente pueden calentar la casa, ya nadie nos necesita.

—¿De dónde son?

—De Henan.

—¿De algún pueblo de allí? ¿Es una zona pobre? ¿Cuántas familias?

—De un pueblo de las montañas. Somos cincuenta familias, todos más pobres que las ratas. Hay una sequía tremenda, jefe; no se lo creería, regamos los cultivos con cuentagotas.

—No pierdan el tiempo con la agricultura... ¿Tienen cuenta bancaria?

Los tres hombres negaron con la cabeza.

—Bueno, pues entonces tendrán que aceptar efectivo. Se lo aviso, les va a pesar mucho... Cojan una docena de maletines de ahí atrás.

—¿Una docena, dice?

Fue lo único que preguntaron mientras iban a descargarlos. No se pararon a pensar el propósito de todo aquello: un trabajo era un trabajo.

—Incluso más, si quieren. No importa, como ustedes vean.

Enseguida hubo quince maletines apilados en la acera. Señalándoselos, Zhu les dijo:

—Cada uno de esos maletines contiene un millón de yuanes, son quince en

total. Váyanse al pueblo y compartan el dinero con todos sus vecinos.

Uno de los pintores se echó a reír, creyendo que Zhu bromeaba. Otro se agachó, abrió uno y los tres se quedaron tan pasmados como el vagabundo de antes.

—Pesan mucho —intervino Xu—, será mejor que alquilen un coche para llevárselo a Henan. O cómprese uno, si es que alguno conduce.

Los tres hombres los miraban con cara de estar preguntándose si tenían delante a dos ángeles o a dos demonios. Después, como es lógico, uno de ellos preguntó:

—¿Qué quieren que hagamos?

La respuesta fue la misma que antes:

—Solo un pequeño favor: van a venir extraterrestres a preguntarles si el dinero es suyo. Cuando lo hagan, díganles que sí. ¿Nos lo prometen?

Los tres hombres asintieron con la cabeza.

—Gracias —dijeron.

—Gracias a ustedes —respondieron Zhu y Xu al tiempo que les dedicaban otra sentida reverencia. Luego volvieron a subir a la furgoneta y arrancaron, dejando a los tres hombres de pie junto al montón de maletines.

—Seguro que está pensando que se lo quedarán todo para ellos —le dijo Zhu a Sinestrías sin apartar la vista del volante—. Puede que al principio sí, pero muy pronto harán como nosotros y empezarán a distribuirlo entre aquellos menos afortunados.

Sinestrías siguió sin decir nada. El silencio parecía la mejor opción para afrontar aquella situación absurda y desquiciada. Su instinto le decía que el mundo estaba a punto de sufrir un cambio trascendental.

Xu le dijo a Zhu que detuviera el vehículo. Luego, sacando la cabeza por la ventanilla para dirigirse a un niño de aspecto cochambroso que andaba buscando latas y botellas en un contenedor de basura, gritó:

—¡Eh, oye! ¡Ven aquí un momento!

El niño acudió corriendo, pero no sin antes echarse a la espalda el saco en que metía las cosas. Debía de tener miedo de perderlo.

—Métete ahí detrás y tráeme uno de los maletines que hay.

El niño hizo lo que le indicó.

—Ahora, ábrelo.

El niño obedeció y se llevó una gran sorpresa, aunque no tan grande como la de los cuatro hombres anteriores.

—¿Sabes lo que es? —le preguntó Xu.

—Dinero —contestó el niño, levantando la vista para mirarla.

—Un millón de yuanes. Llévatelo a casa y dáselo a tus padres.

—Así que era verdad... —dijo el niño, parpadeando con incredulidad mientras miraba hacia los maletines que quedaban en la zona de carga de la furgoneta.

—¿El qué?

—Lo de repartir dinero. Me habían dicho que alguien andaba regalando billetes por todas partes, como si fueran papeles.

—Pero antes de quedártelo me tienes que prometer una cosa: van a venir extraterrestres a preguntarte si es tuyo. Cuando lo hagan, tienes que decirles que sí, que es tuyo de verdad; no les estarás mintiendo. Prométemelo.

—¡Vale!

—Ya puedes irte a casa con él, muchachín —intervino Zhu, comenzando a arrancar—. ¡En el futuro nadie en el mundo será pobre!

—Ni tampoco rico —apostilló Xu, visiblemente fastidiada.

—Anímese —replicó Zhu—; la situación es mala, pero estamos haciendo lo posible para evitar que sea aún peor.

—¿De verdad cree que este juego tiene sentido?

Zhu frenó en seco.

—¡Pues claro que sí! ¡Tiene que tenerlo! —gritó, gesticulando con vehemencia y agitando con fuerza las manos sobre el volante—. ¿Acaso tiene ganas de pasarse el resto de la vida como esa gente, muriéndose de hambre y sin donde caer muerta?

—Ya no tengo ganas ni de seguir viviendo.

—Que el plan sea su motivación. A mí es lo único que me da fuerzas para seguir en estos tiempos tan oscuros. Es lo que nos toca por haber hecho fortuna.

—¿Por haber hecho fortuna? ¡Que yo sepa, no hemos robado ni matado a nadie para obtenerla! ¡Es dinero ganado limpiamente, hasta el último centavo! Si acaso, nuestra riqueza ha impulsado el avance de la sociedad. ¡Deberían agradecerémoslo!

—Eso dígaselo a los hermanos mayores —zanjó Zhu, bajándose del vehículo con un portazo. Luego, poniéndose a mirar el cielo, exhaló un hondo suspiro—. ¿Se ha dado ya cuenta de que no somos psicópatas ni tenemos nada en contra de los pobres? —dijo después. La pregunta iba dirigida a Sinestrías, que permanecía sentado dentro—. Es justo lo contrario: estamos distribuyendo nuestra riqueza entre los más pobres, lo acaba de ver. Y no solo en esta ciudad. En muchas otras ciudades de todo el país, nuestros empleados se dedican a hacer lo mismo: usar todos los recursos de los que disponen nuestros conglomerados (cientos de miles de millones de cheques, tarjetas de crédito, libretas de ahorro, sacos y sacos de dinero en efectivo) para eliminar la pobreza.

Justo entonces, Sinestrías reparó en la curiosa imagen que podía verse en el cielo: una hilera de estrellas plateadas extendiéndose de un extremo al otro del horizonte, más de un millar de pequeñas naves espaciales, resultantes de la disgregación de la nave nodriza de los hermanos mayores, que dibujaban un resplandeciente halo alrededor de la Tierra.

—La Tierra está rodeada —dijo Zhu—. Cada una de esas estrellas es tan grande como uno de nuestros portaaviones. Las armas de las que disponen son capaces de volar el planeta entero.

—Anoche destruyeron Australia —apuntó Xu.

—¿Que destruyeron Australia? ¿Cómo? —preguntó Sinestrías, sin dejar de mirar hacia arriba.

—Enviando desde el espacio un rayo láser que barrió el continente entero. Lo atravesaba todo, ya fueran edificios o búnkeres, y en cuestión de una hora no quedó una sola persona ni mamífero de gran tamaño con vida. Eso sí, para los insectos y plantas fue como si nada hubiera pasado, y en los escaparates de las tiendas de las ciudades no hubo ni un vidrio roto.

Sinestrías miró durante unos instantes a Xu. Luego, sin inmutarse, volvió a mirar al cielo. Su entereza era mayor que la del resto de los mortales.

—Fue una exhibición de fuerza. Escogieron Australia porque fue el primer país que rechazó explícitamente el programa de creación de reservas —le dijo Zhu.

—¿Qué programa? —preguntó Sinestrías.

—Se lo explicaré desde el principio: los hermanos mayores han acudido al sistema solar en calidad de refugiados. Según parece, ya no podían seguir viviendo en Tierra Uno. Sus palabras textuales fueron: «Perdimos nuestro hogar». Sobre las razones específicas no entraron en detalles. Lo que se proponen es ocupar nuestra Tierra (Tierra 4), convertirla en su nuevo hábitat y a nosotros, los seres humanos, enviarnos a una reserva ubicada en lo que antes era Australia. El resto del territorio les pertenecerá a ellos. Esta noche lo anunciarán todas las televisiones.

—¿Australia? ¿Esa gran isla en mitad del océano? Superficie no le falta, pero el interior es un desierto... Si envían de golpe cinco mil millones de personas, en menos de una semana se habrán muerto todos de hambre...

—Esa catástrofe no ocurrirá. En la reserva de Australia, la industria y la agricultura humana dejarán de ser necesarias para subsistir.

—¿Y de qué viviremos?

—De lo que provea la civilización de los hermanos. Se han comprometido a mantenernos proporcionando a cada ser humano todo lo necesario para vivir. Cada ser humano tendrá el mismo estándar de vida. En la futura sociedad humana no habrá desigualdades económicas.

—Pero ¿cómo determinarán ese estándar?

—Acaba de dar con el quid de la cuestión: de acuerdo con el plan de la reserva, la civilización de los hermanos mayores llevará a cabo una investigación exhaustiva de la sociedad humana con el propósito de determinar cuál es el estándar de vida mínimo. Ese será el nivel que se comprometen a asignarnos.

Sinestrías bajó la cabeza pensativo. Al poco sonrió.

—Acabáramos... —dijo—. ¡Ja! Empiezo a entender de qué va todo esto...

—¿Se da cuenta del problema al que se enfrenta la civilización humana?

—Qué quiere que le diga, a mí el plan de los hermanos mayores me parece bastante razonable...

—¿Eh? ¡Cómo que razonable! —explotó Xu, furiosa—. Es usted un...

—Pero si tiene razón —la interrumpió Zhu, sereno—. Es razonable, sí. Si logramos reducir las disparidades entre ricos y pobres para que los niveles de vida más bajos no difieran en exceso de los más altos, la vida en la reserva será un paraíso para la humanidad.

—Ya, pero tal y como están las cosas hasta ahora...

—¡Es muy fácil de solucionar! —exclamó Zhu—. Basta con reducir al máximo las desigualdades económicas antes de que los hermanos mayores comiencen con su censo social.

—Conque eso es a lo que se referían con aquello de liquidación de la

riqueza...

—Sí. En el momento presente, la riqueza social se ha atomizado, se ha vuelto sólida. Un sólido con altos y bajos, es verdad: altos tan formidables como un rascacielos y bajos como el más profundo de los valles; en cambio, cuando toda esa riqueza sólida se vuelva líquida, se convertirá en una inmensa balsa de calma totalmente plana.

—Pero de la manera en que están tratando de hacerlo solo van a desencadenar el caos.

—Puede que sí, pero esto no son más que unos primeros gestos de buena voluntad que buscan ilustrar la sinceridad de las intenciones de los actuales custodios de la riqueza. La verdadera liquidación de la riqueza está a punto de dar comienzo a nivel mundial. Se llevará a cabo bajo el liderazgo conjunto de todos los gobiernos del planeta y de las Naciones Unidas. ¡Prepárese para ver a los países más ricos volcando su riqueza en el tercer mundo, a los millonarios cubriendo de dinero a los indigentes! Unos y otros, sinceramente complacidos de que así sea.

—Permítame dudarle —replicó Sinestrías sonriendo con gesto astuto.

—¿Qué quiere decir con eso? —le espetó Xu a Sinestrías, apretando los dientes y señalándolo con el dedo—. Será capullo... —añadió, mientras Zhu la contenía.

—No tiene un pelo de tonto —dijo este, apuntando a Sinestrías con la cabeza—. Ha adivinado lo que nos pasa.

—Claro. Seguro que hay pobres que no quieren su limosna.

Xu lo miró indignada. Luego agachó la cabeza.

—Efectivamente —admitió Zhu—. ¿Se lo puede usted creer? Los hay que, aun teniendo que buscar comida en la basura, son capaces de negarse a aceptar un generoso donativo de un millón de yuanes...

—Bueno, pero estoy seguro de que son una minoría, ¿no? —dijo Sinestrías.

—Ya, pero con que representen a uno de cada cien mil pobres, serán suficientes para conformar una clase social a ojos de los hermanos mayores y ese será el estándar de riqueza al que se comprometerán. ¿Se da cuenta? ¡Aun siendo una milésima parte del uno por ciento!

—¿Qué porcentaje de la población representan en este momento?

—Alrededor de uno entre cada mil.

—¡Tarados traidores! —farfulló Xu.

—Y esas son las personas que quieren que mate —concluyó Sinestrías, abandonando por una vez los eufemismos propios de los de su profesión.

Zhu Hanyang asintió.

Sinestrías le dedicó una mirada perpleja. Luego se echó a reír.

—¡Ja, ja, ja! ¡Ahora mato por el bien de la humanidad!

—Es ciertamente un beneficio. Está salvando a la civilización humana.

—En realidad yo creo que pueden amenazarlos. Con eso aceptarán el dinero.

—¡Lo ve usted muy fácil! —exclamó Xu, y se le acercó a la cara para susurrarle—: Estamos hablando de auténticos lunáticos, cegados por la envidia y el odio de clase... Aunque aceptaran el dinero coaccionados, igualmente les dirían a los hermanos mayores que no es suyo. ¡Tenemos que eliminarnos de la faz de la Tierra cuanto antes!

—Ya veo —repuso Sinestrías, asintiendo.

—Y bien, ¿qué piensa hacer ahora? —preguntó Zhu—. Nosotros hemos cumplido con lo que usted quería: le hemos explicado nuestros motivos. Pero el dinero dejará de tener sentido y utilidad muy pronto; tampoco parece usted demasiado interesado en obrar en beneficio de la humanidad...

—El dinero hace bastante tiempo que dejó de preocuparme. Respecto a lo segundo, no es algo que me haya interesado nunca... No obstante, cumpliré con

mi contrato actual. Antes de medianoche. Preparen lo que tengan que preparar para comprobarlo.

Con esas palabras, Sinestrías bajó de la furgoneta.

—Tengo una pregunta —le dijo Zhu—. Si quiere, no me conteste. Si fuese pobre, ¿aceptaría nuestro dinero?

—No soy pobre —repuso Sinestrías, de espaldas y sin girarse. Luego echó a andar, pero después de un par de pasos se volvió y, mirando fijamente a Zhu, añadió—: Pero si lo fuese... En efecto, no lo querría.

Dicho esto, dio media vuelta y se fue.

—¿Por qué no aceptó el dinero? —preguntó Sinestrías a su primer objetivo, el vagabundo que había localizado en la plaza Chunhua.

Ahora no estaban allí, sino en una arboleda de un parque cercano. Dos tipos de luz diferentes se colaban por entre los huecos de la frondosidad: uno era el brillo azul del anillo de las naves de los hermanos, que desde las alturas proyectaba sombras en el suelo del bosque; el otro era el calidoscopio de luces de la ciudad, que se colaba en diagonal, parpadeante y tenue, como si temblara ante la poderosa presencia de la luz azul.

El vagabundo soltó una risa burlona.

—Me suplicaron —se jactó—. ¡Toda esa gente rica, suplicándome a mí! Una mujer se puso a llorar incluso. Pero si lo hubiera cogido, habrían dejado de suplicarme. Y verlos así era un gustazo.

—Claro. Un gustazo —repitió Sinestrías al tiempo que comenzaba a apretar el gatillo de Narigudo.

La curiosidad pudo con el indigente. Se había fijado en que aquel hombre que quería hablar con él en la arboleda ocultaba un objeto debajo de la cazadora y había decidido seguirlo para descubrir qué era y, quizá, afanarlo.

Solo atinó a ver un fogonazo, el guiño mortal de la extraña criatura que lo empujó al abismo de la noche eterna.

Su procesado y enfriamiento fueron casi instantáneos. Girando sobre sí misma, la bala impactó justo en mitad de las cejas de la unidad y le voló la parte superior de la cabeza. El sonido del disparo había quedado amortiguado por la cazadora. Nadie se dio cuenta.

De vuelta en el vertedero en busca de su próximo objetivo, Sinestrías se llevó la sorpresa de hallarla sola recogiendo basura. Los demás pordioseros debían de haber aceptado el dinero.

Bajo el resplandor azul del anillo de estrellas, Sinestrías se le acercó con sigilo. Como de camino allí se había dicho a sí mismo más de cien veces que no era Flor, no tuvo necesidad de repetírselo. La vida lo había convertido en un hombre de sangre fría: era tarde para que un recuerdo de juventud lo ablandara. Ella no había notado aún su presencia cuando le disparó. En el vertedero no era necesario usar silenciador y el disparo sonó muy fuerte. El chispazo del hocico de Narigudo iluminó por un instante las montañas de basura de alrededor como si hubiera sido un rayo. Dada la distancia a la que abrió fuego, la bala tuvo tiempo de silbar durante su trayectoria, un tétrico gemido que pareció el lamento de diez mil almas.

Volvió a ser un enfriamiento ultrarrápido. En un instante, la bala pulverizó el corazón de la unidad girando como la broca de un taladro. Estaba muerta antes de tocar el suelo. Su cuerpo se hundió enseguida en la basura, y todo rastro de la sangre que pudo haber señalado su existencia quedó absorbido.

Entonces Sinestrías sintió la presencia de alguien a su espalda. Presto, se dio la vuelta y descubrió al pintor allí de pie, con su larga cabellera ondeando

en la brisa nocturna como una llama azul teñida por el brillo del anillo de estrellas.

—¿Le encargaron matarla? —preguntó el pintor.

—Órdenes contractuales. ¿La conocía?

—Sí. Solía venir a ver mis cuadros. Apenas sabía leer, pero entendía muy bien lo que hay detrás de mis pinturas. Le gustaban tanto como a usted.

—También me han encargado matarlo a usted.

El pintor asintió con calma, sin ningún temor.

—Me lo figuraba.

—Permítame la curiosidad: ¿por qué no aceptó el dinero?

—Mis cuadros describen la pobreza y la muerte. Si me convierto en millonario de la noche a la mañana, mi arte morirá.

Sinestrías negó con la cabeza.

—Su arte perdurará. Lo digo en serio —insistió empuñando el arma.

—Espere. Acaba de decir que cumplía órdenes contractuales. ¿Puedo contratarlo yo también?

Sinestrías asintió.

—Por supuesto.

—A mí morirme me da igual, lo que quiero es vengarla a ella —dijo el pintor, señalando el lugar donde yacía la chica.

—Permítame expresarlo en los términos propios de mi industria: quiere contratarme para que procese las unidades que me encargaron procesarlos a usted y a ella.

El pintor asintió.

—Eso es.

—Delo por hecho —dijo Sinestrías esbozando una solemne sonrisa.

—Pero no tengo con qué pagarle.

Sinestrías se echó a reír.

—Aquel cuadro que me vendió vale mucho más de lo que pagué por él —
repuso—. Con eso ya cubrió mis honorarios.

—Bueno, pues gracias.

—De nada. Ahora, terminaré de cumplir mi contrato original.

El cañón de Narigudo volvió a escupir su fuego mortal. Girando sobre sí misma, una rauda bala cruzó el aire con un silbido siniestro y atravesó el corazón del artista. Mientras se derrumbaba comenzó a chorrearle sangre del pecho y de la espalda. Rojas gotas de sangre caliente rociaron el suelo.

—Esto no era necesario.

La voz provenía de su espalda. Sinestrías se dio la vuelta de golpe y vio a una persona en medio del vertedero. Se trataba de un hombre. Llevaba una cazadora de cuero casi idéntica a la suya y aparentaba ser bastante joven; nada en su aspecto llamaba la atención. Sus ojos reflejaban la luz azulada del anillo de estrellas.

Sinestrías dejó de apuntarlo y bajó el arma, pero presionó ligeramente el disparador para que el martillo de Narigudo se alineara con el cañón, listo para percutir en el acto.

—¿Eres poli? —le preguntó, despreocupado.

El joven negó con la cabeza.

—Ve a por uno.

El hombre permaneció quieto.

—Tranquilo, no te dispararé por la espalda —dijo Sinestrías—. Solo actúo por encargo.

—De momento preferimos no interferir en los asuntos de los humanos —
replicó el otro con voz serena.

Sinestrías se estremeció como si le hubiera caído un rayo. Liberó el disparador y el martillo del arma volvió a su posición original. Observó con

detenimiento a aquel individuo iluminado por las luces de las naves. Su aspecto, desde cualquier ángulo, era el de un ser humano común y corriente.

—¿Ya habéis... aterrizado? —preguntó Sinestrías, con un titubeo en la voz raro en él.

—Llevamos aquí un tiempo.

De pie sobre aquel vertedero olvidado de Tierra Cuatro, aquellos dos seres procedentes de mundos distintos permanecieron callados durante largo tiempo. Acuciado por el asfixiante silencio, Sinestrías quiso decir algo, lo que fuera, y los acontecimientos vividos aquellos días lo llevaron a preguntar de manera inconsciente:

—¿En vuestro mundo también hay ricos y pobres?

El visitante de Tierra Uno sonrió.

—Pues claro. Yo soy pobre —dijo. Luego, señalando al anillo de estrellas del cielo, añadió—: Y ellos también.

—¿Cuánta gente hay ahí arriba?

—Si te refieres a los que tripulan las naves que se ven ahora, alrededor de quinientas mil personas. Pero apenas somos una avanzadilla. Las diez mil naves que llegarán en los próximos años transportan mil millones más.

—¿Mil millones? No todos serán pobres... ¿o sí?

—Del primero al último.

—¿Cuántos habitantes tiene Tierra Uno?

—Dos mil millones.

—¿Cómo es posible que haya tantos pobres en un mundo?

—¿Cómo es posible que no los haya?

—Bueno, no creo que la proporción de pobres de un mundo pueda llegar a ser demasiado alta; de lo contrario, el mundo se desestabilizaría y causaría problemas a la clases media y alta.

—En la fase de desarrollo actual de Tierra Cuatro, eso es cierto.

—¿Llegará un momento en el que no lo sea?

El visitante miró hacia abajo, pensativo.

—Hagamos una cosa —dijo al rato—: ¿qué te parece si te cuento la historia de los pobres y los ricos de Tierra Uno?

—Será un placer escucharla —contestó Sinestrías, enfundándose el arma.

—Nuestras dos civilizaciones son muy similares —comenzó el alienígena—. La senda que ahora recorréis es la misma que nosotros recorrimos en su día. Hubo un tiempo en que vivimos una era como la vuestra de ahora, en la que, a pesar de las desigualdades, la distribución de la riqueza mantenía cierto equilibrio. No había ni demasiados pobres ni demasiados ricos, y se creía que la brecha económica iba a cerrarse conforme progresara la sociedad. Todo el mundo confiaba en la llegada de esa nueva era de perfecta y armónica prosperidad, pero pronto descubrimos que las cosas eran mucho más complicadas de lo que pensábamos. El equilibrio del sistema se rompió.

—¿Cuál fue la causa?

—La educación. Como ya sabes, en eras como la vuestra actual, la educación es el único camino que permite a la gente ascender en el escalafón social. Si concibiéramos la sociedad como un gran océano dividido en capas de agua de distinta salinidad y temperatura, la educación vendría a ser la tubería que, atravesándolas todas desde el fondo hasta la superficie, las conectara de forma que no estuvieran aisladas.

—Cada vez menos pobres pudieron permitirse estudiar en la universidad, ¿es eso?

—Sí. El coste de los estudios superiores fue creciendo hasta que cursarlos se convirtió en un privilegio solo al alcance de los hijos de las élites. Con todo, y aunque fuera una limitación impuesta por las consideraciones del mercado, el precio de la educación tradicional tenía un techo y la tubería, estrecha como se fue quedando, siguió conectando los distintos estratos... hasta

que un buen día se produjo un logro tecnológico que transformó la educación tal y como la habíamos concebido hasta el momento.

—¿Qué pasó? ¿Consiguieron llenar el cerebro de conocimientos de forma directa?

—Algo parecido, sí. Aunque la inyección directa de conocimiento fue solo uno de los factores determinantes. Fue posible implantar en el cerebro un tipo de supercomputadora de capacidad infinitamente mayor a cuyos datos la persona en cuestión podía acceder con la misma facilidad con que recordaba sus recuerdos, en efecto. Sin embargo, esa no era más que una función secundaria. La supercomputadora actuaba como un amplificador de la inteligencia, logró potenciar la capacidad intelectual de las personas hasta tal punto que inauguró una nueva era del pensamiento humano. Por primera vez en la historia, el saber, la inteligencia, la profundidad de pensamiento, la perfección de carácter y de las emociones, la sensibilidad artística... todas esas cualidades conformaron un producto al alcance del que pudiera permitírsele.

—Debía de ser muy caro.

—Prohibitivo. Para que te hagas una ligera idea, el coste de este tipo de supereducación por individuo venía a ser lo que costaría comprar dos o tres apartamentos de ciento cincuenta metros cuadrados en la zona más exclusiva de una gran urbe como Pekín o Shanghái.

—Aun así, seguro que hubo gente que se lo pudo permitir.

—Sí, pero no suponían más que una pequeña fracción dentro del conjunto de la clase pudiente. La tubería que comunicaba el fondo del océano de la sociedad con su superficie acabó rompiéndose del todo. La inteligencia de quienes adquirirían una supereducación se volvía muy superior a la de la media. La diferencia era tan grande como la que existía entre la de quienes no se la podían permitir y la de un perro. Además, se manifestaba en muy diversos

aspectos: la sensibilidad artística, por ejemplo. Surgió una nueva clase superintelectual que tenía su propia cultura, tan ininteligible para el resto de las personas como una sinfonía lo pueda ser para un perro. Los superintelectuales dominaban cientos de idiomas que usaban en función de la situación, de acuerdo con las nuevas normas de etiqueta. Desde su perspectiva, comunicarse con la gente común suponía una rebaja y empleaban un tono de condescendencia parecido al que uno pueda utilizar para hacerle carantoñas a un cachorro... Eso provocó que... Bueno, supongo que ya se lo imagina.

—Ricos y pobres dejaron de ser... de pertenecer...

—Dejaron de pertenecer a la misma especie, sí. Los ricos se volvieron tan distintos de los pobres como estos podían serlo de los perros. Y los ricos dejaron de considerarlos personas.

—Vaya... Eso debió de cambiarlo todo.

—Se trastocaron muchas cosas. Para empezar, cuando todos aquellos factores que contribuían a mantener cierta equidad en el reparto de la riqueza dejaron de existir, el número de personas pobres se disparó hasta límites insostenibles. De haberse multiplicado el número de perros del planeta, los cimientos de la sociedad no habrían temblado como temblaron. A lo sumo, hubiese sido una simple disrupción, una molestia que solventar. Al fin y al cabo, por mucho que matar a un perro estuviera sancionado por la ley, no era lo mismo que quitarle la vida a una persona. En casos de rabia, el sacrificio del animal estaba incluso justificado...

»Las personas ricas seguían sintiendo un vínculo con las personas pobres, vínculo que venía dado por la presencia de una misma palabra en los términos que definían a ambos grupos. Eliminarla de la ecuación (es decir, dejar de considerarlos personas) fue la solución. Así, el hombre sufrió una segunda evolución: de la misma manera que en su día se alejó del mono en virtud de la

ley de selección natural, en esta ocasión se alejó de los pobres por medio de otra ley no menos sagrada: la inviolabilidad de la propiedad privada.

—En nuestro mundo también existe esa ley.

—En Tierra Uno existía un entramado encargado de hacerla cumplir que llamaban «la maquinaria social». Sus ejecutores estaban repartidos por todos los rincones del planeta. Algunos eran tan pequeños como un mosquito, pero tenían la capacidad de matar a cientos de personas de un solo movimiento. No estaban gobernados por las tres leyes que propugnaba vuestro Asimov, sino por el principio fundamental en que se basaba la Constitución de Tierra Uno: la inviolabilidad de la propiedad privada. Decir que implementaron un sistema autoritario no sería del todo justo, pues se dedicaban a aplicar la ley al pie de la letra con absoluta imparcialidad, también con los ricos: en el momento en que la ínfima propiedad que pudiera tener un pobre era violada, actuaban con la misma contundencia de acuerdo con lo estipulado por la Constitución.

»Bajo la férrea vigilancia de la maquinaria social, la riqueza de Tierra Uno fue concentrándose de forma constante e inexorable en los bolsillos de una minoría. Paralelamente, el avance del desarrollo tecnológico comportó además otro hecho: la clase de los poseedores dejó de necesitar a la de los desposeídos. En vuestro mundo los ricos siguen dependiendo de los pobres porque las fábricas aún no pueden funcionar sin trabajadores, pero en Tierra Uno eso ya no es así: desde que las máquinas fueron capaces de operar sin intervención humana, eficientes robots se encargan de hacerlo todo. Despojados incluso de la posibilidad de vender nuestra mano de obra, los pobres caímos en la miseria más absoluta. Eso supuso un vuelco completo a la naturaleza del tejido económico de Tierra Uno y aceleró en grado sumo la velocidad a la que la riqueza siguió concentrándose en el bolsillo de unos pocos.

»Los procesos mediante los que se produjo esa concentración de riqueza son diversos y muy complejos. Sería incapaz de explicártelos de forma clara, pero en esencia no distan demasiado de la manera en que el capital opera en vuestro mundo. En vida de mi bisabuelo, el sesenta por ciento de la riqueza de Tierra Uno estaba en manos de diez millones de personas. Cuando nació mi abuelo, el ochenta por ciento de la riqueza pertenecía a diez mil personas. En tiempos de mi padre, el noventa por ciento estaba en manos de apenas cuarenta y dos personas. Para cuando nací yo, el capitalismo alcanzaba su máximo apogeo en Tierra Uno y se produjo un portentoso milagro: una única persona llegó a controlar el noventa y nueve por ciento de la riqueza mundial, un hombre al que se conocería como el último capitalista.

»Aunque todavía existían disparidades económicas entre los más de dos mil millones de personas restantes, el porcentaje de riqueza mundial que se repartían era de un ínfimo uno por ciento, es decir: Tierra Uno se había convertido en un mundo habitado por una sola persona rica y dos mil millones de pobres. Las leyes que sustentaban la inviolabilidad de la propiedad privada continuaban en vigor, de modo que la maquinaria social siguió velando por su más estricto cumplimiento, protegiendo los bienes de un solo dueño. ¿Y sabes de qué bienes era dueño el último capitalista de Tierra Uno? ¡Era dueño del planeta entero! Cada continente y cada océano le pertenecían, eran su casa y su jardín; incluso la atmósfera era de su propiedad. Los dos mil millones de pobres restantes nos veíamos obligados a vivir reclusos en espacios sellados herméticamente, minúsculos mundos autoabastecidos por mínimas cantidades de agua, aire, tierra y otros recursos. Lo único del mundo exterior que no pertenecía al último capitalista y podíamos disfrutar libremente era la luz del sol.

»Mi casa estaba en medio de un prado, rodeada de verde y a la orilla de un pequeño riachuelo que se perdía en la frondosidad de las montañas. Desde

dentro oíamos a los pájaros trinar y el chapoteo de los peces al saltar; de vez en cuando también se veía algún que otro ciervo acercarse tranquilamente a la orilla para beber. Lo que más me gustaba eran las formas que el viento dibujaba en la hierba.

»Pero nada de eso nos pertenecía. Vivíamos aislados del mundo exterior. Nuestra casa tenía puertas y ventanas selladas y no se podían abrir. Para salir teníamos que pasar por una cabina de transición como la de las naves espaciales. De hecho, ahora que lo digo, la casa entera era bastante parecida a una nave espacial, pero con la diferencia de que el entorno hostil no estaba en el exterior, ¡sino en el interior! Solo podíamos respirar el aire enrarecido del circuito de ventilación interno, beber agua reciclada diez millones de veces y comer intragable bazofia hecha con nuestros propios excrementos. Y todo con la inmensa y fértil exuberancia de la naturaleza al otro lado del cristal. La rara vez que salíamos, teníamos que vestirnos casi como astronautas, ir equipados con comida y agua e incluso llevar nuestras propias reservas de oxígeno porque el aire del exterior no nos pertenecía, pues era propiedad del último capitalista.

»Muy de vez en cuando, de forma excepcional (con motivo de alguna fecha señalada o de una boda), salíamos del ambiente cerrado de nuestro hogar para disfrutar de la naturaleza de Tierra Uno. Ese primer contacto con el aire puro resultaba embriagador. La dulce caricia de la brisa llegaba a emocionar. Pero no era gratis. Antes de salir, teníamos que tragarnos una píldora que llamaban «medidor de aire», un dispositivo que registraba la cantidad de aire que respirábamos e iba deduciendo su precio directamente en nuestra cuenta bancaria. Aquello resultaba un lujo; a lo sumo podíamos permitirnoslo una o dos veces al año. Cuando salíamos, casi no nos atrevíamos a correr por miedo a hacer esfuerzos y disparar el ritmo de la respiración, así que pasábamos la mayor parte del tiempo sentados. Luego, al volver, teníamos que rascar

cuidadosamente las suelas de los zapatos, porque la tierra del exterior tampoco nos pertenecía.

»Ahora déjame que te cuente cómo murió mi madre. Para no incurrir en gastos, llevaba tres años sin salir al exterior. Se negaba a hacerlo incluso los días de fiesta. Una noche, muy tarde, se levantó de la cama y, sonámbula, salió por la puerta. Debía de estar soñando que estaba al aire libre. Anduvo un buen trecho hasta que la descubrió un ejecutor. Al comprobar que no se había tragado un medidor de aire, el ejecutor se la llevó de vuelta a casa a rastras, cogiéndola del cuello. Su intención no fue asfixiarla, solo impedirle respirar lo que era propiedad privada inviolable de otro ciudadano: el aire. Llegó a casa ya muerta. El ejecutor depositó su cuerpo en el suelo y nos informó de que había cometido latrocinio. Tenía que multarnos, pero como no disponíamos de dinero se llevó confiscado el cuerpo de mi madre. Para una familia pobre como la nuestra, el cuerpo de una persona era valiosísimo: no solo porque el setenta por ciento de su peso es agua, sino por muchos otros recursos útiles. Aun así, el valor de los restos mortales de mi madre no era suficiente para pagar la multa, así que el ejecutor extrajo de nuestra casa una cantidad considerable de aire.

»Si ya de por sí las reservas de aire de nuestro sistema de soporte vital estaban en niveles peligrosamente bajos porque carecíamos de medios para reponerlas, aquello supuso una amenaza para nuestra supervivencia. Nuestro sistema de soporte vital se vio forzado a compensar el oxígeno que nos habían retirado extrayéndolo de nuestras reservas de agua mediante electrólisis, una operación que deterioró de forma dramática la condición de todo el sistema. La computadora principal envió una alarma: si no añadíamos quince litros de agua para restaurar el sistema a tiempo, se bloquearía en treinta horas. La luz roja de alarma teñía todas las habitaciones.

»Barajamos robar un poco de agua del río, pero enseguida lo descartamos:

antes de que llegásemos a casa con ella, los omnipresentes ejecutores de la ley nos habrían interceptado. Después de pensar un rato más, mi padre me dijo que no me preocupara, que me fuera a la cama. Yo quise protestar, pero a pesar de mi intranquilidad, la falta de oxígeno estaba haciéndome efecto y me quedé dormido.

»Al cabo de no sé cuánto tiempo, me despertó un robot. Había entrado a través del conducto para vehículos de conversión de recursos acoplado a mi casa. Señalándome un cubo de agua clara que traía, me dijo: “Aquí tienes a tu padre”. Los vehículos de conversión de recursos eran unidades móviles capaces de convertir la materia orgánica en recursos aprovechables por los sistemas de autoabastecimiento de las casas. Mi padre se había metido voluntariamente en uno para que extrajera toda el agua de su cuerpo, cuando teníamos aquel río de agua cristalina fluyendo a menos de cien metros de nuestro hogar. El vehículo de conversión de recursos había extraído de su cuerpo aún más cosas de utilidad: un contenedor entero de grasa orgánica, un bote de tabletas de calcio e incluso una pequeña placa de hierro tan grande como una moneda.

»El agua del cuerpo de mi padre me salvó la vida. Seguí creciendo y, en un abrir y cerrar de ojos, pasaron cinco años. Una tarde de otoño, mirando por la ventana, de pronto vi a un hombre haciendo footing cerca del río. Me quedé de piedra: ¿quién era aquel despilfarrador que respiraba a bocanada limpia? Luego, conforme se acercó, vi que se trataba del último capitalista.

»Entonces vi que aminoraba la marcha y se sentaba a descansar sobre una roca. Luego se descalzó y metió los pies en el agua. Parecía un hombre de mediana edad bien conservado, pero pasaba de los dos mil años. Gracias a la ingeniería genética, tenía garantizado vivir hasta el doble de esa edad, quizá para siempre. Pero a mí me pareció una persona común y corriente.

»Dos años más tarde, el sistema de soporte vital autoabastecido de mi casa

volvió a fallar; los ecosistemas a pequeña escala suelen tener una vida útil muy limitada. El caso es que colapsó y quedó inservible. Con la cantidad del oxígeno en el aire disminuyendo a marchas forzadas, temiendo morir asfixiado, me tragué un medidor de aire y salí de la casa. Al igual que todos aquellos a quienes, antes que yo, se les habían estropeado los sistemas de soporte vital doméstico, enfrenté con calma mi propio destino: cuando agotara el aire que pudiera costearme el poco dinero que aún me quedaba en el banco, los ejecutores de la maquinaria social vendrían a ahogarme o a dispararme.

»Al salir, me encontré con que había mucha gente. Los sistemas de soporte vital estaban estropeándose en masa.

»Un gigantesco ejecutor de la máquina social que flotaba sobre nuestra cabeza nos hizo una última advertencia: “¡Ciudadanos, están cometiendo allanamiento! Márchense de inmediato o de lo contrario...”. Pero ¿cómo íbamos a marcharnos? ¿Adónde querían que fuéramos si en nuestras casas ya no quedaba ni aire que respirar? Acompañado de muchas otras personas, eché a correr por la hierba junto al río, dejando que la brisa primaveral me acariciase la pálida piel de la cara, apurando la poca vida que me quedaba...

»Al cabo de bastante tiempo, no sé cuánto, nos dimos cuenta de que, a pesar de que habíamos consumido mucho más aire del que pudieran haber costado nuestros ahorros, los ejecutores seguían sin tomar medidas. Entonces la voz del último capitalista resonó desde los altavoces del ejecutor que flotaba en el aire.

»“¡Bienvenidos a mi humilde morada! Recibir la visita de tantos invitados supone un verdadero placer; espero que hayan disfrutado de mi jardín. Sin embargo, tendrán que perdonarme, pero la verdad es que son ustedes demasiados. Son casi mil millones de personas en todo el mundo las que han abandonado sus hogares debido al colapso de sus sistemas de soporte vital y han acudido al mío; miles de millones más podrían estar por venir... Este

allanamiento infringe mis derechos como ciudadano a la vivienda y a la privacidad. La maquinaria social está legal y moralmente legitimada para terminar con su vida; de no ser por mi intercesión, los láseres de sus ejecutores los habrían fulminado hace ya rato. Sin embargo, los persuadí. A fin de cuentas, la supereducación que he recibido (múltiples veces) me enseñó a ser cortés con mis huéspedes, incluso en el caso de que estos hayan violado la ley. Con todo, debo pedirles que se pongan en mi lugar: dos mil millones de invitados son bastantes más de los que podría hacerse cargo hasta el anfitrión más dispuesto; soy un hombre solitario amante de la paz y de la tranquilidad, por eso me veo obligado a pedirles que se vayan.

»”Soy consciente de que no les queda ningún sitio adonde ir en la Tierra, así que me he tomado la libertad de prepararles una flota de veinte mil naves espaciales. Cada una de ellas es tan grande como una ciudad de tamaño medio y es capaz de alcanzar una velocidad equivalente al uno por ciento de la de la luz. A pesar de no estar dotadas de sistemas de soporte vital completos, contienen suficientes cámaras criogénicas para acomodarlos a todos durante cincuenta mil años. Este es el único planeta habitable de toda la galaxia, por lo que deberán buscar su nuevo hogar en las estrellas, pero no me cabe la menor duda de que al final lo hallarán. Con lo vasto que es el universo, ¿qué necesidad tienen de seguir hacinándose aquí? Carecen de motivos para odiarme: todo cuanto poseo lo he conseguido por medios razonables y legales. Comencé regentando una pequeña empresa de productos de higiene femenina y, poquito a poco, fui prosperando hasta el día de hoy. Siempre gracias a mi don para los negocios y sin cometer ilegalidad alguna; por eso gozo y seguiré gozando siempre de la protección de la maquinaria social. No toleraré más actos ilegales. Por favor, márchense lo antes posible.

»”En la medida que compartimos un mismo origen evolucionario, siempre los llevaré en mi recuerdo; espero que ustedes a mí también. Cuídense.”

»Y por eso vinimos a Tierra Cuatro. Fueron treinta mil años de penoso viaje interestelar durante los que perdimos casi la mitad de nuestra flota: la nave que no se perdía en el polvo interestelar caía en un agujero negro... Al final solo sobrevivieron unas diez mil, y mil millones de nosotros conseguimos llegar a este mundo. Y esta es la historia de Tierra Uno: la historia de dos mil millones de pobres y un solo rico.

—Si no hubierais intervenido, ¿crees que nuestro mundo estaba encaminado a repetir vuestra historia? —preguntó Sinestrías.

—No estoy seguro. Tal vez sí y tal vez no: el devenir de una civilización es tan azaroso e impredecible como la vida de una persona... En fin, ya es hora de que me vaya. No soy más que un simple censista y debo ganarme la vida.

—Yo también tengo cosas que hacer —dijo Sinestrías.

—Cuídate, hermano.

—Cuídate, hermano.

Bajo la luz de las estrellas, aquellos dos hombres procedentes de distintos mundos se separaron y se fueron en direcciones opuestas.

Cuando Sinestrías entró en la sala presidencial, los trece miembros del Consejo por la Liquidación de la Riqueza Social se volvieron hacia él. Zhu Hanyang fue el primero en hablar.

—Hemos verificado que ha hecho un buen trabajo, enhorabuena. Dentro de muy poco no le servirá de nada, pero igualmente acabamos de transferirle la otra mitad del dinero. Y un asunto más, aunque quizá ya esté al corriente: los censistas de la civilización de los hermanos mayores han penetrado la atmósfera del planeta. Nuestros esfuerzos han perdido su razón de ser, también ha acabado nuestra colaboración. Ya no tendremos más encargos para usted.

—Pero aún me queda otra misión.

Mientras hablaba, Sinestrías introdujo la mano en el interior de la cazadora y, al tiempo que sacaba la pistola, extendió el brazo opuesto para enseñar lo que empuñaba.

Clic, clic, clic, clic, clic, clic y clic. Siete balas doradas cayeron en la superficie de la mesa que tenía enfrente. Junto a las seis de la recámara de Narigudo, sumaban trece.

Como trece eran los rostros delicados de aquellos ricos que, por un breve instante, se desencajaron conmocionados a causa del pavor. Después recuperaron la calma. O puede que solo sintieran alivio.

Afuera, una lluvia de enormes meteoros cruzaba el cielo. Su brillante luz penetró por los gruesos cortinajes y eclipsó la de la araña del techo. El suelo se sacudió violentamente.

Las naves de Tierra Uno estaban aterrizando.

—¿Ha cenado? —le preguntó Xu Xueping. Señalándole la montaña de paquetes de fideos instantáneos que había sobre la mesa, añadió—: Comamos. Luego ya veremos.

Cogieron una gran ponchera de plata y la pusieron en el suelo apuntalada por tres ceniceros de cristal. Luego la llenaron de agua y debajo encendieron un fuego usando billetes de cien yuanes. Uno tras otro, se turnaron para seguir alimentándolo con más billetes, mientras observaban con mirada ausente el alegre frenesí con que las llamas verdiamarillas parecían danzar.

Cuando llevaban quemados un millón trescientos cincuenta mil yuanes, el agua comenzó a hervir.

Maldición 5.0

Maldición 1.0 nació el 8 de diciembre de 2009.

Era el segundo año de la crisis financiera. Todo el mundo creía que acabaría con la misma rapidez con la que había empezado, pero apenas era el principio; la ansiedad se había apoderado de la sociedad. La gente necesitaba desahogarse y dedicaba sus energías a crear nuevas formas de conseguirlo. Quizá Maldición naciera fruto de aquel estado de ánimo compartido.

La autora de Maldición fue una joven de entre dieciocho y veintiocho años, eso es todo lo que conseguirían averiguar de ella los arqueólogos informáticos.

El objetivo de Maldición era un joven de veinte años del que sí se han podido documentar muchos datos. Se llamaba Sa Bi [2] y era estudiante de cuarto curso de la Universidad Tecnológica de Taiyuan. No había ocurrido nada extraordinariamente grave entre él y la joven, tan solo una de tantas trifulcas como surgen a diario entre los chicos de su edad. Llegó a haber miles de versiones, y quizá alguna de ellas fuese cierta, pero ya no había forma de saber cuál. En cualquier caso, una vez hubo acabado todo entre ellos, la joven solo sentía un odio furibundo hacia él, que fue lo que la impulsó a escribir Maldición 1.0.

Ella era una experta programadora, aunque no se sabe dónde ni cómo aprendió su oficio. En aquel tiempo, a pesar de haberse disparado el número de informáticos, la cantidad de profesionales que realmente dominaran la programación de sistemas de bajo nivel no había aumentado. El motivo era que había demasiadas herramientas y programar se había vuelto demasiado

fácil; ya no había que arremangarse a escribir código línea a línea como un pobre culi: la mayor parte podía generarse de forma automática con herramientas ya existentes, también en el caso del virus que la joven se disponía a escribir. Gracias a una variedad de herramientas piratas, crear un virus resultaba tan fácil como montar unos cuantos módulos preconfigurados o, más fácil aún, modificar ligeramente un único módulo. El último gran virus previo a Maldición, un gusano conocido como Panda Quemainciense, se había creado así. Sin embargo, la joven prefirió empezar de cero y sin ayuda de ningún tipo de herramienta. Escribió el código línea a línea, como una diligente campesina entrelazando hilos de algodón en su rudimentario telar. Imaginarla encorvada frente al monitor, con los dientes rechinando al tiempo que aporreaba el teclado, trae a la mente de este cronista los versos del «Canto de los tejedores silesianos» de Heine:

*Alemania, tejemos tu sudario,
y en él la triple maldición.
Tejemos, tejemos.*

Maldición 1.0 fue el virus informático con mayor distribución de la historia. Su éxito puede atribuirse a dos factores principales. En primer lugar, Maldición no causaba ningún daño en los ordenadores anfitriones infectados. (De hecho, la mayor parte de los virus carece de propósito destructivo; el daño que provocan es en gran medida debido a mecanismos chapuceros de propagación y ejecución. Maldición estaba diseñado para evitar ese tipo de efectos perjudiciales.) Su comportamiento estaba muy contenido, y la mayor parte de los ordenadores anfitriones infectados no mostraba ningún tipo de síntoma. Solo determinada combinación de condiciones del sistema (presentes en aproximadamente uno de cada diez ordenadores infectados) desencadenaba

el virus, el cual se manifestaba en el ordenador en cuestión una sola vez. Mostraba una notificación en la pantalla con el texto:

>¡¡¡¡Muérete, Sa Bi!!!!

Si el usuario hacía clic en el cuadro de diálogo, el virus le mostraba más información sobre Sa Bi, concretamente que el maldecido era estudiante de la Universidad Tecnológica de Taiyuan, en Taiyuan, provincia de Shanxi, China; que estaba inscrito en el Departamento de xxx en la especialidad de xxx, con domicilio en la residencia xxx, habitación xxx. El virus se grababa en el firmware del ordenador, de modo que, aunque el usuario reinstalase el sistema operativo, el resultado seguía siendo el mismo.

El segundo factor que contribuyó al éxito de Maldición 1.0 fue su habilidad para imitar sistemas operativos, característica que, si bien no había sido invento de la joven, sí había alcanzado su más perfecta expresión gracias a sus expertas manos. La imitación de sistemas implicaba editar muchas partes del propio código del virus para que coincidiese con el del sistema anfitrión y adoptar a continuación comportamientos similares a procesos de sistema normales. Cuando los programas antimalware intentaban eliminar el virus, corrían el riesgo de dañar el sistema en sí. Al final se acababan dando por vencidos, como esa ama de casa que se resiste a lanzarle la zapatilla al ratón posado junto a la vajilla de porcelana buena.

Lo cierto es que Rising, Norton y otros desarrolladores de antimalware tenían a Maldición 1.0 en el punto de mira, pero no tardaron en descubrir que seguir adelante conllevaba meterse en problemas, con consecuencias incluso peores a las del desastre de 2007 en el que el antivirus de Norton se puso a borrar archivos del sistema operativo Windows XP. Aquello, sumado al hecho de que Maldición 1.0 no provocaba ningún daño real e introducía una cadena insignificante en los recursos del sistema, hizo que, uno tras otro, todos los

desarrolladores terminaran eliminándolo de sus bases de datos de firmas de virus.

El día en el que Maldición nació, el autor de ciencia ficción Cixin Liu estaba de visita por negocios en Taiyuan por 264.^a vez. Pese a tratarse de la ciudad que más odiaba de todo el mundo, le gustaba pasar por una pequeña tienda del barrio de Liuxiang donde vendían botellitas de líquido inflamable para su anticuado mechero Zippo, una de las pocas cosas que aún no conseguía encontrar ni en eBay ni en Taobao. Había nevado dos días antes y, como de costumbre, la nieve se había compactado en una ennegrecida capa de hielo. Liu resbaló, se cayó y se hizo daño en el trasero. Cuando llegó a la estación de tren, por culpa del dolor en el culo se le olvidó pasar la botellita de líquido inflamable de su bolsa de viaje al bolsillo de la chaqueta, los del control de seguridad la encontraron y, no solo se la confiscaron, sino que encima le pusieron una multa de doscientos yuanes.

A partir de entonces sí que odió la ciudad.

Maldición 1.0 seguía en activo y pasados cinco, diez años, continuaba multiplicándose discretamente en un mundo virtual cada vez más extenso.

Mientras tanto, la crisis financiera había acabado y la prosperidad estaba regresando.

A medida que las reservas de petróleo mundiales se habían ido agotando, la cuota de carbón permitida por las autoridades que supervisaban el equilibrio energético mundial aumentó con rapidez. Para Shanxi, con todo aquel nuevo oro negro enterrado, aquello supuso una inyección económica extraordinaria, lo cual convirtió aquella provincia tan desfavorecida en la Arabia de Asia Oriental y, paralelamente, a Taiyuan, su capital, en la nueva Dubái. La ciudad tenía el mismo complejo que los mandamases de la industria del carbón y sentía terror ante la mera idea de volver a ser pobre. En aquellos prometedores días de principios de siglo, sus residentes llevaban chaquetas de

diseño sobre pantalones harapientos. Pese a las hordas de peones desempleados que abarrotaban las calles de la ciudad un día sí y otro también, al menos la construcción del auditorio y los baños públicos más lujosos de China progresaba con celeridad.

Para entonces, Taiyuan había accedido a la categoría de nuevos ricos, y la ciudad bramaba con histéricas risotadas ante su propia extravagancia desenfundada. El perfil que dibujaban los magníficos edificios del barrio de Pudong de Shanghái palidecía en comparación con los colosales rascacielos que poblaban la avenida Yingze, la segunda más amplia del país, solo por detrás de la gloriosa avenida Chang'an de la capital. Ricos y pobres por igual acudían diariamente a la ciudad llevando consigo sueños y deseos para luego olvidarse de quiénes eran y de qué querían en el mismo instante en que ponían un pie dentro y se dejaban engullir por aquel torbellino de opulencia y alboroto que se agitaba los trescientos sesenta y cinco días del año.

Un día, durante su 397.^a visita a Taiyuan, Cixin Liu había acudido una vez más al barrio de Liuxiang a comprar otra botellita de líquido inflamable. Caminando por la calle, de pronto vio a un joven elegante y bien parecido con un vistoso mechón blanco en mitad de su larga y oscura cabellera: era Pan Dajiao. Pan había empezado a escribir ciencia ficción, luego se había pasado a la fantasía y, al final, se había decidido por algo intermedio. Acababa de mudarse allí desde Shanghái atraído por la reciente prosperidad de la ciudad. En esa época, Liu y Pan tenían posturas enfrentadas en el eterno debate entre ciencia ficción blanda y ciencia ficción dura. Aquel no fue más que un feliz encuentro de naturaleza meramente fortuita.

Al cobijo de un bullicioso local de *tounao* (una sopa de cordero tradicional) e impelido por la euforia del licor, Liu se lanzó a hablar de su próxima magnífica empresa: escribir una epopeya de ciencia ficción de tres millones de caracteres en diez volúmenes en la que describiría con detalle las

dos mil destrucciones sufridas por doscientas civilizaciones en un universo repetidamente devastado por sucesivas degradaciones del vacío. La historia concluiría con todo el universo conocido cayendo en un agujero negro y desapareciendo como el agua que se va por el agujero del váter. Fascinado, Pan le planteó la posibilidad de una colaboración: trabajando a partir del mismo concepto, Cixin se dedicaría a escribir la versión de ciencia ficción más dura posible para los lectores masculinos y Pan escribiría la edición de fantasía más blanda posible para las lectoras femeninas.

Congeniando a la perfección, Liu y Pan abandonaron de inmediato los asuntos mundanos y se entregaron a una furiosa fiebre creativa.

Maldición 1.0 celebró su décimo cumpleaños casi moribundo.

Después de Windows Vista, a Microsoft le estaba costando justificar las constantes actualizaciones de su sistema operativo, lo cual prolongó la vida de Maldición 1.0 durante un tiempo. Sin embargo, los sistemas operativos eran como las esposas de los nuevos ricos: las actualizaciones eran inevitables. El código de Maldición era cada vez menos compatible, y empezó a hundirse en las profundidades de la red. Sin embargo, justo cuando estaba a punto de desaparecer, nació una nueva disciplina: la arqueología informática. Pese a que el sentido común sugería que internet, con menos de medio siglo de historia, carecía de artefactos lo suficientemente antiguos como para ser objeto de estudio, algún que otro nostálgico decidió que valía la pena dedicarse a ello. La arqueología informática tenía como objetivo principal rescatar del olvido antiguas reliquias que perduraban en los oscuros rincones del ciberespacio, tales como páginas web con décadas de antigüedad que apenas habían experimentado clics o foros que aun llevando un lustro sin recibir una sola visita todavía admitían el registro de nuevos usuarios. De entre todos aquellos productos virtuales, los virus de la «antigüedad», por así llamarla, eran con diferencia el tesoro máspreciado por los arqueólogos informáticos.

Encontrar un espécimen vivo de un virus de más de un año de antigüedad era como descubrir un dinosaurio en el mismísimo lago Tianchi.

Así fue como desenterraron y restauraron Maldición 1.0. Su descubridor actualizó el código del virus en su totalidad para adaptarlo a los nuevos sistemas operativos, facilitando así su supervivencia. La versión actualizada recibió el nombre de Maldición 2.0. La joven que había creado Maldición 1.0 fue apodada por la gente como la Progenitora, y el arqueólogo informático que lo rescató pasó a conocerse como el Actualizador.

Justo en ese momento en el que Maldición 2.0 volvía a causar estragos en la red, Liu y Pan se encontraban junto a una papelería en las proximidades de la estación de tren de Taiyuan, peleándose por medio paquete de fideos instantáneos que habían rescatado de la basura instantes antes. Después de seis años pasándolas canutas, finalmente habían terminado de escribir sus ansiadas obras: una novela de ciencia ficción de tres millones de caracteres en diez volúmenes y una novela de fantasía de tres millones de caracteres en diez volúmenes, tituladas respectivamente *El problema de los tres mil cuerpos* y *Novantamililand*. A pesar de la fe ciega con que ambos creían en la calidad de sus obras maestras, por algún motivo habían sido incapaces de encontrarles editor y decidieron vender todas y cada una de sus posesiones, viviendas de uno y otro incluidas, y ofrecer sendas pensiones como garantía para hipotecarse, a fin de poder autopublicarlas. ¡Al final, *El problema de los tres mil cuerpos* y *Novantamililand* vendieron quince y veintisiete ejemplares respectivamente! Una suma total de cuarenta y dos ejemplares, cifra que, como todo fan de la ciencia ficción que se precie sabe, era de lo más auspiciosa. Después de una sesión de firmas en Taiyuan que resultó haber pecado de ambiciosa —también organizada a su cargo—, iniciaron una nueva carrera como indigentes.

Si había una ciudad ideal para el vagabundo, esa era Taiyuan. Las papelerías

de aquella despilfarradora metrópolis eran una fuente inagotable de comida. En el peor de los casos, uno siempre encontraba alguna que otra píldora del buen trabajador (véase más abajo) desechada. Dar con un lugar para dormir tampoco suponía un problema: Taiyuan tenía a Dubái como modelo, y todas las paradas de autobús contaban con calefacción y aire acondicionado. Si se cansaban de las calles, podían pasar unos cuantos días en un albergue sin mayor complicación. Allí no solo recibían comida y alojamiento; la próspera industria del sexo de Taiyuan, en respuesta al requerimiento del Gobierno, había designado todos los domingos como Día para la Ayuda Sexual a los Desfavorecidos. Los albergues se hicieron tremendamente populares gracias al servicio benéfico prestado de forma desinteresada por las abnegadas voluntarias del barrio de Liuxiang. El índice de satisfacción social de la ciudad alcanzó niveles tan espectaculares que mendigos venidos de todos los rincones del país acudían en masa; lo único que lamentaban Liu y Pan era no haber adoptado aquel estilo de vida antes.

El momento más placentero de su nueva vida era, con diferencia, su cita semanal con el departamento editorial de la revista *SF-King*: solían invitarlos a comer en algún restaurante con solera como la cadena Tang Dou. Los de *SF-King* habían sabido captar la esencia de lo que significaba ser una revista de ciencia ficción. Los pilares sobre los que se asentaba aquel noble vehículo literario eran el sentido de la maravilla que intentaban provocar sus textos y el sentido de alienación que sentían sus lectores al leerlos. Sin embargo, desde hacía algún tiempo, las fantasías de alta tecnología habían ido perdiendo su capacidad de evocar dichos sentimientos. Los milagros tecnológicos habían perdido la magia porque en la vida real se sucedían a diario. Ahora las que asombraban e inquietaban al lector moderno eran las fantasías tecnológicamente poco avanzadas, por eso los editores habían creado un subgénero conocido como ciencia ficción de vieja ola en el que se imaginaba

una época futura destecnificada. Su éxito fue mayúsculo, hasta el punto de marcar el comienzo de una segunda época dorada de la ciencia ficción.

En consonancia con el espíritu de la ciencia ficción de vieja ola, el departamento editorial de *SF-King* rechazaba el uso de ordenadores, así como la venta por internet, y únicamente aceptaba originales escritos a mano que luego mecanografiaba para su impresión tipográfica. Asimismo, por el precio de lo que les hubiera costado un BMW, adquirieron una docena de caballos mongoles para los que construyeron un lujoso establo justo al lado de sus oficinas. Los trabajadores de la revista solo montaban caballos que nunca hubiesen navegado por internet. Cuando en algún rincón de la ciudad se oía repiqueteo de herraduras, era señal de la inminente llegada de uno de sus diligentes empleados.

Los editores invitaban a comer a Liu y a Pan no solo en señal de agradecimiento por las historias con las que habían contribuido en el pasado, sino también como reconocimiento del hecho de que, a pesar de que la ciencia ficción que escribían ahora de ciencia ficción no tuviera nada, la forma en que se adherían a los principios de la ciencia ficción de vieja ola en su propia vida (sin conexión a internet, de espaldas a cualquier cosa que oliera a tecnología...) sí que era cosa de ciencia ficción de la buena.

Ni Liu ni Pan ni nadie de la revista llegaron a imaginar que aquella peculiaridad común iba a salvarles la vida.

Maldición 2.0 siguió corriendo durante siete años más. Entonces, un buen día, la mujer que acabaría siendo conocida como la Armadora lo halló y se puso a estudiar cuidadosamente su código. Aun tratándose de una versión actualizada, percibió con total claridad el odio y el resentimiento que la Progenitora había imbuido en el código original diecisiete años antes. Al fin y al cabo, ambas habían pasado por la misma experiencia: también ella odiaba a un hombre con tanta fuerza que le rechinaban los dientes. Sin embargo, más

que entrañable, aquella joven de hacía diecisiete años le resultaba patéticamente ridícula: ¿qué sentido tenía lo que había hecho? ¿Acaso había conseguido tocar un solo pelo de la cabeza de aquel imbécil de Sa Bi? La Progenitora se le antojaba como una de aquellas doncellas despechadas de siglos atrás para las que plantar alfileres en las prendas de sus rivales suponía el epítome de la venganza. Con aquellos juegucitos absurdos no solucionaban nada: lo único que conseguían era hundirse aún más en la miseria. Sin embargo, ¡ahí estaba ella, para echarle un capote a su hermana mayor! (A decir verdad, la Progenitora, aunque tal vez siguiera viva, a esas alturas más bien habría sido, como mínimo, su tía.)

A los diecisiete años de su nacimiento, Maldición inició, pues, una nueva era: el mundo entero estaba enganchado a internet. Si en el pasado solo los ordenadores estaban conectados, la red de redes del presente era como un espectacular árbol navideño engalanado con casi todos los objetos de la Tierra y lleno de lucecitas parpadeantes. No había en las casas, por ejemplo, objeto que no estuviera conectado y pudiera controlarse telemáticamente; ni tan siquiera un cortaúñas o un sacacorchos. Los primeros podían detectar deficiencias de calcio al cortar las uñas y enviar una alerta por mensaje de texto o correo electrónico. Los segundos podían determinar si el alcohol que iba a consumirse se había producido legalmente, o enviar notificaciones a los ganadores de lotería. Los sacacorchos también podían evitar que los usuarios bebiesen en exceso impidiendo la apertura de una botella hasta que hubiese pasado suficiente tiempo desde la apertura de la anterior. Aquella situación hacía posible que Maldición manipulara directamente el hardware.

La Armadora añadió una nueva función a la Maldición 2.0:

>Si Sa Bi viaja en taxi, ¡que tenga un accidente y se muera!

En realidad, programar aquella tarea era pan comido para los

programadores de IA de la época. Todos los vehículos modernos eran autónomos y los pilotaba la red. En cuanto un pasajero usaba la tarjeta de crédito para alquilar un taxi, Maldición lo identificaba por el nombre: a partir del momento en que localizara a un pasajero con el nombre Sa Bi, las formas en las que podía matarlo eran incontables. El método más sencillo consistía en estrellar el taxi contra un edificio o hacer que se arrojara al vacío desde un puente. Sin embargo, la Armadora decidió que una simple colisión no iba a bastar. En lugar de eso, eligió para Sa Bi una muerte mucho menos romántica, una mucho más adecuada para el hombre que tanto daño había hecho a su hermana mayor diecisiete años antes. (Lo cierto era que la Armadora sabía tan poco como los demás sobre lo que Sa Bi le había hecho a la Progenitora, y cabía la posibilidad de que él fuese inocente.)

Ahora, tan pronto como la versión actualizada de Maldición detectara que su objetivo viajaba a bordo del taxi, haría que este ignorase el destino seleccionado originalmente y, cruzando Taiyuan a toda velocidad, siguiera hasta Zhangjiakou, en el noroeste del país (que ya no era la ciudad que había sido en el pasado sino que se había convertido en un enorme desierto). El taxi se aparcaría a sí mismo en su extremo más alejado y cortaría toda comunicación con el mundo exterior. (Para entonces, Maldición se habría instalado en el ordenador de a bordo y no necesitaría conexión a internet.) La posibilidad de que alguien lo descubriera era muy pequeña. Incluso en el caso de que se le fuera a acercar alguna persona o quizá otro vehículo, el taxi buscaría otro rincón de desierto en el que esconderse, con independencia de cuánto tiempo hubiese transcurrido. Las puertas del coche permanecerían cerradas en todo momento de forma que, si fuese invierno, Sa Bi muriese congelado y, si fuese verano, lo hiciera de insolación; en primavera u otoño iba a morir o bien de sed o bien de inanición.

Y así fue como nació Maldición 3.0, que ahora sí era una maldición de

verdad.

La Armadora formaba parte de un nuevo colectivo de artistas de IA que creaban arte interpretativo a través de la red, el cual carecía de sentido práctico pero poseía gran belleza. (Como es natural, las sensibilidades estéticas de la época eran marcadamente diferentes de las de solo una década antes.) Podían hacer, por ejemplo, que las bocinas de todos los vehículos de una ciudad sonaran a la vez para interpretar una melodía, o iluminar determinadas ventanas de la fachada de un hotel de manera que conformasen una imagen.

Maldición 3.0 era una más de esas creaciones. Al margen de que consiguiera llevar a cabo su cometido o no, era una obra de arte en sí misma. En consecuencia, recibió grandes elogios de la crítica en la Bienal de Shanghái de 2026. Pese a que la policía acabó declarándolo ilegal por tener el propósito de provocar daños personales, siguió propagándose por internet, donde un gran número de artistas de IA se unieron a la tarea de perfeccionarlo en un acto de creación colectiva. Gracias a las funciones que le añadían constantemente, Maldición 3.0 evolucionó a una velocidad vertiginosa:

>Si Sa Bi entra en la habitación, ¡asfixialo con gas!

Algo bien fácil, puesto que la cocina de todas las casas podía controlarse por internet para que sus dueños prepararan comidas a distancia. Por supuesto, aquello incluía la opción de abrir el gas, y Maldición 3.0 podía deshabilitar los detectores de gases nocivos de las habitaciones.

>Si Sa Bi está en casa, ¡mátalo con fuego!

Algo, de nuevo, de lo más sencillo. Además del gas, había muchas otras cosas en las casas que podían causar un incendio. Por poner un ejemplo, los

botes de espuma y de laca para el pelo conectados a internet para que un estilista profesional pudiera hacer un peinado sin salir de casa. Por supuesto, también se podían neutralizar las alarmas antiincendios y los extintores.

>Si Sa Bi se da una ducha, ¡mátalo con agua hirviendo!

Igual que en los casos anteriores, esto también era pan comido.

>Si Sa Bi va al hospital y le recetan algo, ¡mátalo con una dosis tóxica!

Este método era un pelín más complicado. Era bastante fácil recetar una medicina específica para un objetivo; las farmacias de los hospitales modernos dispensaban recetas automáticamente y sus sistemas estaban conectados a internet. La cuestión fundamental era el envoltorio de la medicina. Sa Bi, a pesar de lo que pudiera sugerir su nombre, no era tonto, y el plan se desmoronaba si sospechaba y se negaba a tomarse la medicina. Para lograr ese objetivo, Maldición 3.0 tenía que rastrear el medicamento hasta la fábrica en la que se elaboraba y envasaba, y posteriormente realizar su seguimiento a lo largo de toda la cadena de ventas. Garantizar que la dosis mortal de medicamento se vendiera al objetivo y no a otra persona era complicado, pero viable. Para los artistas de IA, cuanto más difícil resultaba conseguir algo, más hermoso era el producto final.

>Si Sa Bi se sube a un avión, ¡que se estrelle!

Ese sí que no resultaba fácil en absoluto. El asunto era considerablemente más complicado que tomar el control de un taxi, porque, como solo Sa Bi había sido maldecido, Maldición 3.0 no podía matar a nadie más. Estrellar un avión en el que viajasen más personas a bordo quedaba descartado (y tampoco

era probable que Sa Bi pilotara su propio jet privado). Sin embargo, existía una alternativa: que cualquier avión al que Sa Bi subiese sufriera una repentina pérdida de presión en la cabina (abriendo una puerta de la cabina o mediante algún otro método similar); entonces, cuando todos los pasajeros se pusiesen las máscaras de oxígeno, la suya fallaría.

>Si Sa Bi se pone a comer, ¡mátalo atragantándolo!

Sonaba absurdo, pero en realidad era bastante fácil de llevar a la práctica. El ritmo frenético de la sociedad moderna había dado origen a la llamada comida superrápida: un pequeño comprimido conocido como «píldora del buen trabajador». Las píldoras del buen trabajador eran increíblemente densas y pesaban lo mismo que una bala. La idea era que, una vez ingeridas, se expandían en el estómago y saciaban. El mecanismo era parecido al de las antiguas galletas náuticas. La clave del plan era conseguir alterar el proceso de fabricación para crear una píldora que se dilatase más rápido de lo normal; así, Maldición podría controlar la cadena de venta para asegurarse de que Sa Bi era quien la compraba. Luego, cuando llegara la hora del almuerzo e ingiriera la píldora con un vaso de agua, esta se le hincharía en la garganta y él moriría de asfixia.

Pero Maldición 3.0 nunca dio con su objetivo, jamás mató a nadie. Tras el nacimiento de Maldición 1.0, Sa Bi había sufrido el acoso del público y los medios, lo cual no le dejó más remedio que cambiarse tanto de nombre como de apellido. Si para empezar ya había muy poca gente con el apellido Sa, la desafortunada homofonía de la combinación de este con su nombre de pila causaba que hubiera cero personas más en toda la ciudad que se llamaran Sa Bi. También, como era de esperar, Sa Bi se había visto obligado a cambiar de dirección y de trabajo por culpa de Maldición. Sin embargo, el virus seguía creyendo que todavía asistía a la Universidad Tecnológica de Taiyuan, por lo

que resultó imposible localizarlo. Maldición estaba dotado con la función de buscar en los registros de la Seguridad Social cualquier cambio de nombre de su objetivo, pero de todos modos la búsqueda resultó infructuosa.

Así, durante los cuatro años siguientes, Maldición 3.0 no fue más que una obra de arte de IA.

Entonces aparecieron los comodines: Liu y Pan.

El concepto de carácter comodín provenía de la época de los mentores (el sistema operativo de aquellos tiempos remotos era el DOS). Los dos comodines más utilizados eran «*» y «?». Estos dos caracteres podían representar uno o varios caracteres en una cadena: «?» hacía referencia a un único carácter, mientras que «*» se refería a una serie, por lo que era el comodín usado con mayor frecuencia.

Por ejemplo, «Liu*» incluía a todas aquellas personas cuyo nombre completo estuviera encabezado por el apellido Liu, y «Shanxi*» a todas las cadenas de caracteres que empezaban por el nombre de la ciudad de Shanxi. Un «*» hacía referencia a todas las posibles cadenas de caracteres. Por ello, en la época de los mentores, «del*.» había sido el comando más retorcidamente malvado: «del» era el comando de borrado y todos los nombres de archivos estaban compuestos por un nombre y una extensión separados por un punto. A medida que los sistemas operativos evolucionaron, los comodines sobrevivieron, pero cuando las interfaces de usuario gráficas empezaron a ganar popularidad en detrimento de las que usaban líneas de comando, poco a poco fueron desapareciendo de la memoria de la mayor parte de los usuarios de ordenadores. No obstante, en algunos programas de software, incluido Maldición 3.0, podían seguir utilizándose.

Llegó la celebración del Festival de Medio Otoño. Comparada con las refulgentes luces de Taiyuan, la luna llena parecía más bien un grasiento pastelillo de color mate. Liu y Pan estaban sentados en un banco en la plaza

Wuyi, sobre el que también habían dispuesto las exquisiteces que habían hallado entre la basura aquella tarde: cinco botellas de licor medio vacías, dos bolsas de cecina Pingyao medio llenas, una bolsa casi intacta de carne de burro Jinci y tres píldoras del buen trabajador; un botín nada desdeñable del que comenzaron a dar cuenta. Justo después del anochecer, Liu había recuperado un ordenador portátil roto de una papelera insistiendo en que sería capaz de arreglarlo; si no, toda una vida trabajando con ordenadores habría sido en balde. Acucillado junto al banco, empezó a trastear las entrañas del aparato. Mientras tanto, Pan seguía rememorando la ayuda sexual que había recibido aquella tarde en el albergue. Liu lo instaba con vehemencia a comerse las tres píldoras del buen trabajador, esperando conseguir buena parte del licor y de la carne a cambio. Sin embargo, Pan no picaba el anzuelo y hacía caso omiso de las píldoras.

Al poco, el ordenador arrancó y la pantalla emitió un leve brillo azul. Percatándose de que el portátil contaba con una conexión a internet inalámbrica que aún funcionaba, Pan se lo arrebató a Liu de las manos. Primero quiso mirar los mensajes en el QQ, pero su cuenta llevaba desactivada desde hacía mucho tiempo. A continuación, comprobó la página web de Novoland, el videojuego multijugador masivo en línea The Castle in the Sky, Douban, el foro BBS de NewSMTH Tsinghua, Jiangdong, pero ninguno de aquellos enlaces funcionaba. Dejó el portátil a un lado con gesto de desprecio. Luego, exhalando un hondo suspiro, se lamentó:

—¡Ah! «Hace tiempo que partió la grulla amarilla...»

Liu, que había estado mezclando el contenido de las botellas de licor en una sola, echó un vistazo a la pantalla. Luego respondió con el verso que seguía en aquel antiguo poema [3] sobre la pérdida:

—«... y todo lo que aquí queda es una torre ambarina.»

A continuación cogió el portátil y se puso a examinar su contenido con

detenimiento. Descubrió muchas herramientas piratas y diversos especímenes de virus instalados. Quizá el portátil había pertenecido a un hacker y lo habría arrojado a la papelera mientras huía de la policía.

Liu abrió un archivo del escritorio y encontró un programa en lenguaje C descompilado. Lo reconoció: era Maldición 3.0. Ojeando el código en diagonal, recordó sus días de poeta digital.

Entonces, cuando el licor empezaba a hacer efecto y a subírsele a la cabeza, buscó la sección de identificación del objetivo en el código. A su lado, Pan seguía cotorreando sobre la sobresaliente ciencia ficción del pasado, y Liu no tardó en dejarse contagiar por la nostalgia. Apartó el portátil descuidadamente y se sumó a Pan en sus recuerdos. ¡Qué días aquellos en los que sus épicas y viriles epopeyas de la destrucción tocaban la fibra sensible de tantos hombres jóvenes, inundando su corazón con fervor marcial y dogmatismo! Ahora, en cambio, quince copias... ¡Solo había vendido quince copias! ¡Mierda!

Dio un buen trago a su botella. Ya no distinguía el sabor, pero la gradación del alcohol era inconfundible. Sintió odio hacia los lectores masculinos, luego hacia todos los hombres en general. Mirando con repugnancia los parámetros del objetivo de Maldición 3.0, farfulló:

—¡Hoyenn día ya nno queda vivo nnni unnn sssolo hommmmbre decennte!

Mientras tanto, cambiaba el nombre del objetivo de «Sa Bi» a «*». Luego cambió el parámetro de la ocupación y del domicilio, que pasaron de «Universidad Tecnológica de Taiyuan, en Taiyuan, provincia de Shanxi, China; inscrito en el Departamento de xxx en la especialidad de xxx, con domicilio en la residencia xxx, habitación xxx» a «*, *, *, *, *». El único parámetro que no modificó fue el del sexo: siguió siendo «masculino».

Para entonces Pan estaba lloriqueando a su lado. Pensaba en las profundas y vistosas obras de sus primeros años como poemas, como sueños. No hacía

tanto tiempo, su prosa había cautivado a hordas de chicas adolescentes. ¡Había sido el ídolo de todas ellas! Y ahora, esas mismas jóvenes pasaban por delante de él ¡sin siquiera mirarlo! ¡Qué humillación! Arrojando al suelo una botella vacía, farfulló:

—¡Poesss sssi toodos los hommbres esstán echaoss a pedder, entonnnces ¿qué ssson lasss mujeresss?

Y cambió el parámetro del sexo de «masculino» a «femenino».

Liu no estaba dispuesto a consentir aquello. Él no tenía nada en contra de las mujeres, sus burdas novelas jamás habían tenido la más mínima posibilidad de triunfar entre el público femenino para que luego pudieran darle la espalda. Volvió a cambiar el parámetro de sexo a «masculino», pero Pan volvió a cambiarlo de inmediato. Los dos hombres empezaron a disputar sobre la mejor manera de castigar a sus ingratos y traidores electores, y al tiempo que lo hacían el futuro de Taiyuan iba alternando entre ser una ciudad de viudas y ser una ciudad de solteros. Liu y Pan se enzarzaron a botellazo limpio hasta que intervino un agente de la policía. Frotándose los chichones de la cabeza, los dos hombres llegaron a un acuerdo: cambiarían el parámetro de sexo a «*», completando así la naturaleza de comodín de la Maldición 3.0. No se sabe bien si gracias a la intervención del agente o gracias a su total embriaguez, tres parámetros escaparon a sus alteraciones: «Taiyuan», «provincia de Shanxi» y «China».

Y así fue como nació Maldición 4.0.

Taiyuan había sido maldecida.

En el mismo instante de su creación, la nueva versión de Maldición fue consciente de la enorme misión que se le había encomendado. Dada la inmensidad de la tarea, Maldición 4.0 no entró en acción de inmediato, sino que se dio tiempo para infiltrarse y extenderse. Una vez estuvo plenamente atrincherada en internet, consideró su plan de ataque: empezaría atacando los

objetivos más blandos, luego pasaría a los duros y a partir de ahí iría intensificando sus acciones.

Diez horas después, con la aparición de los primeros rayos del alba en el horizonte, Maldición 4.0 se publicó.

Los objetivos designados como blandos por Maldición eran los sensibles, los neuróticos y los impulsivos; en especial aquellos hombres y mujeres con depresión o trastorno bipolar. En una época en la que las enfermedades mentales proliferaban y en la que se ofrecía ayuda psicológica por todas partes, Maldición 4.0 lo tuvo fácil para encontrar aquel tipo de objetivos. En su primera ronda de ataques, treinta mil personas que acababan de someterse a exámenes médicos recibieron un diagnóstico de cáncer en el riñón, estómago, pulmón, cerebro, colon, tiroides o leucemia. El diagnóstico más frecuente era el de cáncer de esófago (que era el que tenía mayor tasa de incidencia en la región). A otras veinte mil personas que se acababan de someter a análisis de sangre se les informó de que habían dado positivo en VIH. No se trataba de una simple falsificación de resultados diagnósticos. Lo que hizo Maldición 4.0 fue tomar el control directo de los instrumentos de ultrasonidos, tomografías, resonancias magnéticas y análisis de sangre para generar resultados «genuinos». Aunque los pacientes buscasen una segunda opinión en otro hospital, los resultados siempre iban a ser los mismos. De los cincuenta mil objetivos iniciales, la mayoría eligió iniciar el tratamiento. Por su parte, unas cuatrocientas personas cansadas de vivir se suicidaron en el acto. En los días siguientes, un goteo constante de gente optó por el mismo camino.

Poco después, cincuenta mil hombres y mujeres sensibles, deprimidos o bipolares recibieron llamadas de sus cónyuges o parejas. Los hombres escucharon cómo sus mujeres y novias les decían: «Pero mírate, pedazo de mierda, ¿tienes algo de hombre? Mira, yo ahora estoy con * y somos muy felices juntos, así que vete al cuerno». Por su parte, las mujeres escucharon

cómo sus maridos y novios les decían: «Pues mira, sí; sí que aparentas la edad que tienes y, si te digo la verdad, desde el principio ya eras un adefesio. No tengo ni idea de lo que vi en ti, francamente. Mira, yo ahora estoy con * y somos muy felices juntos, así que vete al cuerno».

En líneas generales, aquellos falsos rivales eran gente a la que los objetivos detestaban ya antes. De los cincuenta mil, la mayoría fue en busca de la persona amada para tratar de resolver el malentendido cara a cara, pero aproximadamente un uno por ciento eligió matar a su pareja o a sí mismo; algunos, ambas cosas. Maldición eligió varios objetivos blandos más. Por ejemplo, provocó luchas sangrientas entre bandas enemigas, cambió las sentencias de los delincuentes que cumplían largas condenas o cadena perpetua y les programaba una ejecución inmediata... Por lo general, la efectividad de aquellas operaciones fue baja: tan solo consiguió eliminar a unos pocos miles de objetivos en total. Sin embargo, la actitud de Maldición 4.0 era la correcta. Sabía que la suma de múltiples esfuerzos pequeños era capaz de llegar a tener enormes resultados y por eso no le hizo ascos a ningún acto de maldad por pequeño que fuese.

En la fase inicial de su plan, Maldición 4.0 eliminó a su propia creadora. Durante los años posteriores a la creación de Maldición, la Progenitora había mantenido una desconfianza rigurosa en los hombres. Se había convertido en experta en vigilancia, utilizando los métodos más modernos para supervisar a su férreamente fiel marido durante veinte años, así que cuando recibió su llamada, sufrió un ataque al corazón. Cuando la ingresaron en el hospital, los medicamentos que le administraron agravaron, aún más su estado y murió. A manos de su propia Maldición.

La Armadora también murió durante aquella fase. Recibió un resultado positivo en VIH y, aunque en un principio no tenía intención de suicidarse, acabó ingiriendo una dosis letal de ansiolíticos: en mitad de la alucinación

inducida por los medicamentos, confundió una ventana con una puerta a un encantador jardín y murió al precipitarse desde una altura de quince pisos.

Cinco días después empezaron las operaciones de los objetivos duros. Las tasas anormalmente altas de suicidios y homicidios provocadas por las operaciones blandas precedentes habían sumido a la ciudad en el pánico. Pero la Maldición 4.0 seguía actuando sin que el Gobierno fuese consciente de ello, de manera que las primeras operaciones duras se llevaron a cabo con gran secretismo. En primer lugar, se disparó la cifra de pacientes tratados con fármacos. Los medicamentos se envasaban y empaquetaban con normalidad, pero ingerir una única dosis resultaba mortal. Al mismo tiempo, hubo un aluvión de gente que moría por atragantamiento a la hora de comer. La densidad de compresión de las pastillas del buen trabajador empezó a superar con creces los estándares del sector. Quienes las ingirieron, sopesándolas en la mano con agrado, creyeron que la relación calidad-precio era estupenda.

El primer intento de eliminación a gran escala se centró en el suministro de agua. Ni siquiera en una ciudad controlada por la inteligencia artificial era posible introducir cianuro o gas mostaza directamente en el agua corriente. Maldición 4.0 optó por introducir dos especies de bacterias genéticamente modificadas. Aunque por sí solas eran inofensivas, combinadas producirían una toxina de efectos mortales. Maldición no añadió las dos cepas a la vez, sino que primero introdujo una. Luego, cuando la mayor parte de la cepa había salido del sistema, hizo lo propio con la segunda. La mezcla de ambas se produjo dentro del cuerpo humano: cuando las bacterias coincidían en el estómago o en el torrente sanguíneo, producían la toxina mortal. Si la toxina no resultaba letal, entonces, al ingresar el objetivo en el hospital, recibía medicamentos que reaccionarían con los dos cultivos de bacterias; eso asestaría el golpe final.

Llegados a ese punto, el Departamento de Seguridad Pública y el Ministerio

de Seguridad de la Inteligencia Artificial habían localizado la fuente del desastre y estaban desarrollando frenéticamente herramientas especializadas para luchar contra Maldición 4.0. En respuesta, Maldición aceleró e intensificó de inmediato sus operaciones. Sus maquinaciones secretas se convirtieron en una pesadilla estremecedora.

Un día, durante la hora punta matinal, una serie de explosiones amortiguadas resonó por debajo de la ciudad. Era el sonido de los trenes colisionando. Taiyuan había construido su red de metro recientemente. El proceso de diseño había coincidido con el crecimiento explosivo de la ciudad, por lo que era un sistema muy avanzado. Los trenes de levitación magnética que pasaban zumbando por los túneles eran conocidos por sus increíbles velocidades. Los apodaron «portales puntuales» porque los pasajeros llegaban a su destino casi en el mismo momento en el que entraban en el vagón. La velocidad de los trenes contribuyó a la excepcional violencia de las colisiones. El suelo se abría y se levantaba con la fuerza de las explosiones, causando la erupción de furiosas pústulas a lo largo y ancho de la tez de la ciudad, que luego dejaban montículos humeantes.

Casi todos los vehículos de la ciudad cayeron en manos de Maldición (en aquella época, podían pilotarse por medio de IA). Eran las herramientas más poderosas del arsenal del cual disponía el virus. Todos a una, como partículas siguiendo un movimiento browniano, millones de vehículos empezaron a zigzaguear temerariamente a lo largo y ancho de la ciudad. Pese a que, vista en conjunto, aquella escena parecía caótica, en realidad las colisiones se atenían a patrones y secuencias rigurosamente optimizados. Cada vehículo recibía la indicación de atropellar, primero, al mayor número de peatones posible. Con una coordinación precisa, los coches reunían a la gente en manada por las calles de la ciudad y los encerraban en plazas, cruces y otros espacios abiertos. La mayor formación de este tipo se produjo en la plaza Wuyi. Varios

miles de coches la rodearon para, acto seguido, abalanzarse hacia su centro a la vez. Eliminaron decenas de miles de objetivos en un tiempo récord.

Cuando la mayor parte de los peatones había sido eliminada o se había refugiado, los coches empezaron a estrellarse contra los edificios más cercanos, matando a los pasajeros que permanecían atrapados en su interior. Aquellas colisiones también estaban organizadas con precisión. Los coches se congregaban en grupos y concentraban sus ataques contra edificios de alta ocupación. Los que quedaban en la parte final pasaban a toda velocidad sobre los restos pulverizados de sus compatriotas, amontonándose los unos sobre los otros. A los pies del edificio más alto de la ciudad, la Torre del Intercambio de Carbón, de trescientas plantas, los coches formaron una montaña que alcanzaba los diez pisos de altura. Los restos nublados resplandecían de un modo feroz, como una inmensa pira funeraria. La noche anterior al Gran Cataclismo, los ciudadanos de Taiyuan contemplaron un peculiar espectáculo: todos los taxis de la ciudad se habían reunido y formaban largas colas para reabastecerse; el virus se había asegurado de que sus depósitos estuviesen llenos cuando llegase el momento del desastre. Ahora se estrellaban contra los edificios como una lluvia de bombas incendiarias sin fin, alimentando unas llamas cada vez más crecidas.

El Gobierno emitió un bando extraordinario en el que declaraba el estado de emergencia e indicaba a todos los ciudadanos que permaneciesen en sus hogares. Al principio pareció la respuesta adecuada. En comparación con los rascacielos, el ataque del Gran Cataclismo a los edificios residenciales fue de menor envergadura. Las calles de los barrios residenciales eran mucho más estrechas que las carreteras principales de la ciudad, y poco después de que empezase el ataque estaban bloqueadas. Maldición 4.0 optó por convertir todas las casas en trampas mortales. Abrió las llaves del gas y, cuando la proporción aire-gas alcanzaba un nivel explosivo, encendía una chispa. Hilera

tras hilera de edificios de apartamentos fueron engullidos por las llamas. Edificios enteros saltaron por los aires.

El siguiente paso del Gobierno consistió en interrumpir el suministro eléctrico de la ciudad, pero ya era demasiado tarde: aunque Maldición 4.0 quedase fuera de combate, ya había cumplido su misión. La ciudad entera estaba en llamas. A medida que el incendio se recrudecía, su ferocidad ocasionaba que se repitiera el efecto observado en el bombardeo de Dresde durante la Segunda Guerra Mundial: una vez agotado el oxígeno del aire, ni siquiera aquellos que habían burlado al fuego conseguían escapar de la muerte.

En aquel momento, las llamas consumieron al Actualizador. Fue la tercera figura clave de la historia del virus que caía víctima de su propia creación.

Dado su escaso contacto con internet, Liu y Pan, junto con sus compañeros vagabundos, habían logrado escapar de las primeras operaciones de la Maldición. Cuando empezaron las últimas, recurrieron a las habilidades que habían perfeccionado durante los años que habían pasado vagabundeando y malviviendo en la ciudad. Haciendo gala de una agilidad impropia de su edad, esquivaron todos los coches que se arrojaron contra ellos. Luego, armados con su profundo conocimiento de avenidas y callejones, lograron sobrevivir al Gran Cataclismo. Pero el peligro no tardó en volver a asomar: cuando la ciudad entera se convirtió en un mar de fuego, se encontraron en mitad de una intersección de cuatro vías cerca de Dayingpan. Asfixiantes olas de calor ondeaban en su dirección, y desde los rascacielos colindantes las llamas arremetían contra ellos agitándose como lenguas de lagartos gigantes.

Liu, que había descrito la destrucción de incontables universos ficticios, estaba aterrorizado. En cambio, Pan, cuyas obras rebosaban de cálido humanismo, estaba la mar de sereno.

Mesándose la barba al tiempo que observaba el infierno que los rodeaba,

dijo:

—Quién habría imaginado... que la destrucción... podía ser tan espectacular... ¿Por qué nunca... escribí sobre ella? —añadió pensativo, arrastrando las palabras.

A Liu comenzaron a fallarle las piernas.

—Si hubiese sabido que la destrucción era tan aterradora, no habría escrito tanto sobre ella —lamentó—. ¡Ay, cómo me arrepiento de tener esta mente agorera!

Al final, coincidieron en algo: la destrucción más fascinante era la de uno mismo.

Justo entonces, oyeron una voz aguda, como el contacto de un cristal de hielo en el mar de llamas: «¡Liu, Pan, vengan rápido!». Después de la voz, vieron surgir de entre las llamas como dos apariciones, un par de imponentes sementales. Los montaban dos hermosas jóvenes de larga y sedosa cabellera del departamento editorial de *SF-King*. Las Amazonas ayudaron a Lin y a Pan a subir a lomos de los caballos que luego, cual relámpago, salieron disparados de aquel infierno abrasador, sorteando restos de automóviles en llamas.

Un momento después, el humo alrededor se desvaneció. Los caballos habían galopado hasta el puente que cruzaba el río Fen. Liu y Pan respiraron hondo el aire limpio y frío. Sujetando las esbeltas cinturas de las jóvenes y disfrutando de las cosquillas del pelo en su cara, los hombres llegaron a lamentar que su huida no hubiese durado más.

Las jinetes cruzaron el puente para ponerse a salvo. Poco después se reunieron con el resto del departamento editorial de *SF-King*, todos ellos montados sobre fuertes corceles. La magnífica caballería partió en dirección al templo Jinci, despertando miradas de sorpresa y envidia entre los supervivientes que estaban huyendo a pie. Liu, Pan y el personal de *SF-King* vieron a un ciclista en el grupo de supervivientes. Su presencia llamaba la

atención por un único motivo: Maldición había bloqueado las ruedas de todas las bicicletas que en aquella época estaban conectadas a internet y podían controlarse a distancia.

El ciclista era un anciano, el hombre anteriormente conocido como Sa Bi.

Debido a la campaña de acoso inicial por parte de Maldición, Sa Bi había desarrollado una instintiva aversión a internet, gracias a lo que había minimizado su exposición a la red en su vida diaria (por ejemplo, montando en bici durante veinte años). Vivía en la orilla del río Fen, cerca de las afueras de la ciudad. Cuando empezó el Gran Cataclismo se había montado en su bici, que no tenía conexión, y con ella había tratado de alejarse del peligro lo máximo posible. Sa Bi era una de las pocas personas del mundo que se sentía genuinamente feliz en aquel momento: aquella sucesión de emociones fuertes le había causado una gran satisfacción y se sentía preparado para enfrentar la muerte sin quejas ni remordimientos.

Sa Bi y la caballería alcanzaron la cima de una montaña situada en las afueras. Desde allí observaron la ciudad que ardía a sus pies. Un fiero vendaval aullaba entre las colinas colándose desde todas las direcciones para perderse en dirección al valle de Taiyuan, reponiendo así el aire perdido por el creciente calor.

A poca distancia de allí, los funcionarios destacados de los gobiernos provincial y municipal desembarcaban del helicóptero que los había arrancado del infierno. Un borrador de discurso seguía metido en el bolsillo del alcalde. Lo había preparado con antelación a las celebraciones por el aniversario de la ciudad. Fundada en el año 497 AEC como capital del estado de Jin, la ciudad había sobrevivido a los tiempos turbulentos del período llamado de las Primaveras y Otoños y del de los Reinos Combatientes. Llegada la dinastía Tang, Taiyuan había incrementado su importancia como baluarte estratégico militar de la China del Norte. La ciudad fue arrasada por

las tropas Song en el año 979 EC, pero volvió a levantarse y prosperó a lo largo de las dinastías Song, Jin, Yuan, Ming y Qing. No era solo una ciudad con un gran significado militar, sino también un reconocido centro cultural y comercial. El eslogan que se había sugerido para las festividades por el aniversario de la ciudad era «¡Celebración de los 2.500 años de Taiyuan!». Sin embargo, ahora, la ciudad que había sobrevivido veinticinco siglos había quedado reducida a cenizas bajo un mar de llamas.

Se estableció un breve enlace de comunicación por radio militar con el Gobierno central. Se informó a los funcionarios de que estaba llegando ayuda a toda velocidad a Taiyuan desde todos los rincones del país. Pero las comunicaciones no tardaron en volver a perderse, y solo escuchaban ruido estático. Una hora después recibieron un informe en el que se les notificaba que los rescatadores habían detenido su avance y que los aviones de rescate habían vuelto a la base.

En la Agencia de Seguridad de Inteligencia Artificial de Shanxi un director abrió su portátil. La pantalla mostraba la versión compilada más reciente del virus Maldición: la 5.0.

Los parámetros del objetivo habían pasado de ser «Taiyuan, provincia de Shanxi, China» a «*, *, *».

La Era Micro

RETORNO

El precursor era el último ser humano que quedaba en todo el universo.

Lo supo en cuanto su nave alcanzó la órbita de Plutón. Desde allí el Sol aparentaba ser la misma estrella tenue de cuando él se había marchado, más de treinta años atrás. Sin embargo, el análisis de divergencia que acababa de llevar a cabo el ordenador de a bordo le decía que la órbita de Plutón se había expandido significativamente, dato que le sirvió para calcular que el Sol había perdido un 4,74 por ciento de su masa desde que él se había ido, dato del cual, a su vez, podía inferirse una única conclusión posible.

El mero hecho de pensarlo le provocó un escalofrío que le heló la sangre del corazón.

Había sucedido.

En realidad, la humanidad había sido advertida mucho antes de que él partiera: gracias a los datos de decenas de miles de sondas que lanzaron en dirección al Sol, los astrofísicos habían determinado que el astro rey iba a liberar una ráfaga de energía que, aun siendo breve, le haría perder aproximadamente un 5 por ciento de su masa.

Si el Sol hubiera sido un ente consciente, dotado de inteligencia y de memoria, habría recibido la noticia sin inmutarse en lo más mínimo; a lo largo de sus miles de millones de años de vida había padecido tribulaciones muchísimo más graves. En el mismo momento de nacer, sin ir más lejos, recién surgido del vórtice turbulento de una nebulosa, sufrió dramáticas alteraciones

a cada milisegundo; instantes gloriosos en los que su colapso gravitacional acabó prendiendo la llama de la fusión nuclear que iluminaría el oscuro caos de polvo estelar que lo rodeaba.

Sabedor de que su vida era un proceso en constante desarrollo, sin duda el Sol habría aceptado que, aun hallándose en su fase más estable, los pequeños altibajos (súbitos pero ocasionales) seguían siendo inevitables; tan naturales como aquellas burbujas que de vez en cuando brotan en la calma superficie del agua. La pérdida de masa y energía que iba a suponer aquella ráfaga resultaba insignificante para él. No vería alterada su esencia en absoluto: seguiría siendo esa misma estrella de tamaño mediano con una magnitud visual aparente de -26,8.

Las consecuencias para el resto del sistema solar tampoco serían significativas: probablemente Mercurio se disolvería y la densa atmósfera de Venus se disiparía por completo, poco más. Los efectos en planetas más distantes serían aún más triviales: por ejemplo, la superficie de Marte se derretiría y pasaría de ser roja a ser negra, su temperatura alcanzaría los cuatro mil grados centígrados durante apenas cien horas en las que sus océanos se evaporarían y las rocas de la superficie de todos los continentes se fundirían, pero eso sería todo.

El Sol revertiría a su estado anterior muy rápido, aunque habría perdido algo de masa. Esa pérdida causaría que las órbitas de los planetas se expandieran ligeramente, lo cual tendría muy pocas consecuencias. La Tierra, por ejemplo, experimentaría una ligera bajada de la temperatura media, que alcanzaría los ciento diez grados centígrados bajo cero. El frío le iba a venir bien, pues aceleraría la resolidificación de su superficie (fundida a causa de la ráfaga), gracias a lo cual iba a poder conservar parte de su agua y de su atmósfera.

La gente de la época solía contar un chiste en el que un hombre hablaba con

Dios y le decía:

—¡Oh, Señor, para ti cientos de miles de años no son nada!

—Un mero segundo, así es —contestaba el Todopoderoso.

—¡Oh, Señor, para ti todas las riquezas del mundo suponen una minucia!

—Apenas un centavo.

—¡Oh, Señor, dame un centavo!

Y Dios le decía:

—Claro, espérame un segundo.

La antelación con que el Sol previno a los humanos era otro de aquellos segundos cuasi eternos: según los cálculos, quedaban dieciocho mil años para que se produjera la ráfaga. Por mucho que aquel margen de tiempo supusiera apenas un segundo para el Sol, a ojos de quienes habitaban la Tierra en aquel momento resultaba tan extenso que no pudieron evitar recibir la noticia con indiferencia, una apatía tan generalizada que llegó a convertirse en su filosofía de vida. De todos modos, faltaríamos a la verdad si dijéramos que no les afectó: cada día que pasaba se fueron volviendo más y más indolentes. Al fin y al cabo, disponían de entre cuatrocientas y quinientas generaciones de tiempo para ir pensando cómo librarse de la ráfaga.

Tuvieron que pasar dos siglos hasta que la humanidad tomara su primera medida: fletar una nave interestelar que se encargaría de buscar un planeta habitable a menos de cien años luz de distancia al que poder emigrar. La nave recibió el nombre de Arca y los astronautas que la tripularon el de «precursores».

El Arca pasó por sesenta estrellas que resultaron ser sesenta eriales. Solamente una contaba con satélites, y se trataba de uno solo: una gota de metal fundido incandescente de dieciocho mil kilómetros de diámetro que, debido a su estado líquido, cambiaba con frecuencia.

Lo único que había logrado el Arca era aportar aún más pruebas de la

soledad de la humanidad.

Había pasado veintitrés años viajando por el espacio. Al hacerlo a una velocidad cercana a la de la luz, para la Tierra habían transcurrido veinticinco mil.

De haberse ceñido al plan original de la misión, podría haber regresado antes.

Viajar a una velocidad cercana a la de la luz hacía imposible la comunicación con la Tierra. Para ello debían reducir la velocidad hasta al menos la mitad de la de la luz, algo que requería cantidades considerables de energía y de tiempo. Por tanto, a fin de recibir noticias de la Tierra, el Arca solía desacelerar una vez al mes. Cada vez que lo hacía, captaba todos los mensajes enviados a lo largo del siglo siguiente a los anteriores. La relatividad temporal entre el Arca y la Tierra hacía que comunicarse fuese tan difícil como apuntar a un objetivo con una mira telescópica de alta precisión: la más ligera variación implicaba un error considerable.

La última comunicación recibida por el Arca llegó a los trece años de su marcha (trece años, esto es, según el cómputo realizado a bordo; para la Tierra habían transcurrido diecisiete mil). Al mes siguiente, cuando el Arca volvió a reducir la velocidad, ya solo recibió silencio. Probablemente los cálculos que preveían la fecha del desastre solar habían sufrido algún tipo de desviación y, a lo largo de aquel mes a bordo del Arca (más de un siglo para la Tierra), ya habrían tenido lugar.

El Arca terminó haciendo honor a su bíblico nombre, pero con un único Noé como toda tripulación: de los otros siete precursores, cuatro perecieron a causa de la radiación liberada durante el repentino estallido de una nova a cuatro años luz de distancia; otros dos murieron por enfermedad, y el último, un hombre, al percibir el ominoso silencio proveniente de la Tierra durante la

última desaceleración, no había podido soportarlo más y se había volado la cabeza de un disparo.

El último precursor mantuvo el Arca en velocidad de comunicación durante un tiempo sin obtener resultado alguno. Luego volvió a acelerar la nave hasta una velocidad cercana a la de la luz, pero muy pronto la débil luz de esperanza que seguía albergando en su corazón lo indujo a querer volver a probar fortuna: cuando cedió, no oyó más que silencio. Repitió el mismo proceso en múltiples ocasiones a lo largo de su viaje de regreso, asumiendo que con cada nueva desaceleración este dilataba su duración.

Y el silencio continuó.

El Arca regresaba al sistema solar veinticinco mil años después de abandonar la Tierra, nueve milenios más tarde de lo programado.

EL MONUMENTO

Atravesada la órbita de Plutón, el Arca siguió adentrándose en el sistema solar. Para una nave interestelar como aquella, esta fase del viaje transcurría con la misma placidez con que un barco arriba a puerto. Rápidamente, el Sol adquirió brillo y el precursor alcanzó a ver a Júpiter por el telescopio. La superficie del gigante resultaba irreconocible: la Gran Mancha Roja había desaparecido y las dinámicas de sus tormentas le parecieron más caóticas que nunca. Sin detenerse a buscar el resto de los planetas, puso rumbo directo hacia la Tierra.

A punto de llegar, temblando, pulsó un botón.

La cortina metálica de la portilla comenzó a abrirse. «¡Ay, gran canica azul, ojo del universo; mi ángel celeste...!», imploraba con los ojos cerrados. Luego rezó una plegaria. Al cabo de un buen rato, se forzó a abrir los ojos.

Se encontró con una Tierra en blanco y negro.

El negro de la roca ígnea, oscura como una lápida, y el blanco de los océanos congelados, lisos y mudos como un sudario.

El Arca entró en órbita baja y comenzó a sobrevolar el claroscuro de océanos y continentes. El precursor no halló vestigio humano alguno. Todo se había disuelto. La civilización entera parecía haberse esfumado.

Pero de todos modos debían de quedar ruinas por alguna parte, algún monumento que hubiera logrado sobrevivir a los cuatro mil grados de temperatura que arrasaron el planeta.

Justo mientras pensaba aquello, el monumento apareció: una señal de vídeo transmitida a la nave desde la superficie que el ordenador le mostró en pantalla.

Las primeras imágenes, por fuerza grabadas con algún tipo de cámara resistente al calor extremo, fueron las de la catástrofe acaecida en la Tierra más de dos milenios atrás. El instante en que la ráfaga alcanzó el planeta había sido muy distinto de como él lo había imaginado: el brillo del Sol no se había disparado de forma repentina, pues la mayor parte de la radiación emitida quedaba fuera del espectro visible. En lugar de eso, lo que vio fue que el azul del cielo se tiñó primero de un rojo infernal, luego de un macabro tono púrpura; también vio que, a medida que la temperatura subía varios miles de grados, los perfiles de las ciudades de aquella era, todos esos edificios con los que estaba tan familiarizado, comenzaban a despedir humaredas negras y luego, como si fueran ascuas, a emitir un oscuro brillo rojo hasta fundirse como la cera. El magma empezó a descender desde las montañas formando múltiples torrentes de roca incandescente que lo inundaron todo, y donde antes habían estado los mares, ahora se erigían gigantescas masas de vapor, colosales montañas de nubes que por abajo reflejaban el rojo del magma y por

arriba el púrpura del cielo, y que se expandieron a gran velocidad hasta cubrir el planeta entero.

Pasaron varios años antes de que aquel vapor terminara de disiparse y pudiera verse el planeta que aún existía debajo.

Para entonces, la Tierra, calcinada y desfigurada, había comenzado a enfriarse. Ondas de roca negra lo cubrían todo. Seguían viéndose ríos de magma aquí y allá, formando intrincadas redes de fuego sobre la superficie. En cambio no quedaba huella de la humanidad: la civilización se había desvanecido como un sueño. Varios años más tarde, el hidrógeno y el oxígeno del agua del planeta, disociados por las altas temperaturas, se combinaron de nuevo y dieron lugar a grandes lluvias torrenciales. La tierra, aún ardiente, volvió a humear una vez más y fue como si la Tierra se estuviera cocinando al vapor dentro de un recipiente oscuro y húmedo a más no poder. El diluvio se prolongó varias décadas más, durante las cuales el planeta continuó enfriándose y recuperándose.

Pasados varios siglos, cuando por fin se disiparon las nubes formadas por la evaporación del agua del mar, volvieron a verse el azul del cielo y también el Sol; después, a medida que la órbita de la Tierra se expandía y bajaban las temperaturas, los mares se congelaron, el cielo se quedó sin nubes y el mundo se sumió en un mortal silencio.

El metraje cambió. El precursor vio entonces la imagen de una ciudad. Primero, un bosque de esbeltos rascacielos. Luego, a medida que la cámara descendía, una plaza enorme. Estaba atestada de gente. La cámara siguió acercándose, permitiendo al precursor apreciar los rostros, que miraban hacia arriba. Finalmente, la cámara se detuvo en una plataforma justo en mitad de la plaza, donde aguardaba de pie una hermosa joven. Era casi adolescente. Agitando la mano frente a la pantalla, exclamó:

—¡Hola! ¡Los hemos visto venir, parecían una estrella fugaz! ¿Son el Arca

Uno?

El precursor había ocupado la mayor parte de los últimos años de su viaje jugando a un videojuego de realidad virtual. El ordenador se conectaba directamente al cerebro del jugador y, basándose en las señales que recibía de este, le construía un entorno tridimensional a medida con objetos y personajes hasta cierto punto interactivos. La experiencia adquirida, en soledad a base de diseñar infinidad de personajes y localizaciones virtuales le ayudó a reconocer que la imagen en pantalla era una simulación; y no precisamente de las mejores...

Al estar basadas en el pensamiento humano, errático y mudable por definición, las simulaciones como aquella solían presentar no pocos fallos, pero en este caso la cantidad era absurda. Para empezar, cada vez que la cámara mostraba un rascacielos, se veía gente saliendo por las ventanas de los pisos superiores: saltaban desde cientos de metros de alto y, tras una caída vertiginosa, aterrizaban como si tal cosa. También había gente que, dando apenas un saltito, salía disparada del suelo como si algún cable invisible tirara de ellas y alcanzaba varios pisos de altura. Luego, apoyando el pie en una especie de pequeños pedales que sobresalían de las paredes de los edificios y parecían colocados adrede para tal fin, se daban impulso y continuaban subiendo hasta que se colaban en el interior a través de alguna ventana. Ninguno de los edificios parecía disponer de puertas ni de ascensores; al menos él no vio a nadie que usara otra cosa que no fuera una ventana para entrar o salir.

Cuando la cámara virtual le mostró un plano cenital de la plaza, pudo detectar otro fallo: una especie de esferas de cristal enristradas colgando sobre el gentío. Debían de tener un metro de diámetro. De vez en cuando la gente metía la mano dentro de alguna y extraía con toda facilidad una pequeña

porción, pero la esfera recuperaba su forma casi de inmediato. La porción extraída también se hacía una bola, que luego la gente se tragaba.

Además de aquellos errores tan obvios, el otro gran factor que contribuía a la sensación de caos e irrealidad de la imagen eran los objetos que flotaban por toda la ciudad. Algunos, los más grandes, podían llegar a medir entre dos y tres metros, mientras que los más pequeños apenas pasaban de los cincuenta centímetros. Los había con aspecto de ser un pedazo de esponja, otros parecían las ramas torcidas de algún árbol gigante; todos flotaban plácidamente en el aire.

Cuando una rama de las grandes se aproximó a la chica, esta, con el más leve de los empujoncitos, la mandó como si tal cosa en dirección contraria y girando vertiginosamente sobre sí misma.

El precursor creyó hallar la explicación a tal absurdo: con el fin del mundo pesando sobre su cabeza, quienquiera que hubiese diseñado aquellas imágenes debía de haber sido incapaz de conservar la cordura.

Lo más probable era que aquellas imágenes estuvieran siéndole transmitidas de forma automática por alguna clase de dispositivo enterrado a gran profundidad antes de la catástrofe para mantenerlo a salvo de las altas temperaturas y la radiación. Luego, una vez pasado el peligro, el dispositivo habría resurgido y desde entonces estaría dedicándose a monitorizar el espacio para lanzar automáticamente aquella proyección a todo cuanto tuviera pinta de ser una nave de regreso a la Tierra. Quizá la intención de aquellas imágenes absurdas fuese despertar una sonrisa a los sufridos supervivientes.

—¿Arca Uno? —preguntó el precursor—. ¿Acaso se lanzaron más naves después de esta?

—¡Sí, claro! ¡Doce más! —respondió la chica, pizpireta.

En contraste con la chiflada extravagancia de las mecánicas de su entorno, la imagen de aquella muchacha estaba realmente conseguida. Su rostro

angelical, afortunada mezcla de rasgos orientales y occidentales, poseía un aura tan alegre y despreocupada que parecía como si el universo al que miraba fuese de juguete. Sus ojos, grandes y redondos, eran tan expresivos como una canción y con aquella larga cabellera que no dejaba de flotarle al viento parecía una sirena en el fondo del mar.

—Entonces ¿todavía hay personas vivas? —se afanó en preguntar el precursor, consumido por el ansia de no saberse solo en el universo.

—Personas... ¿así como usted? —preguntó inocentemente ella.

—Sí, eso, ¡personas como yo, reales, no una creación virtual hecha por ordenador!

—Hacia setecientos treinta años que no volvía un Arca. La suya era la última que quedaba por regresar. Dígame, ¿hay alguna mujer a bordo?

—No, vengo solo.

—¿Eh? Entonces... ¿no hay ninguna mujer? —exclamó ella, abriendo los ojos con estupor.

—Te lo acabo de decir, vengo solo yo. ¿Y no hay ningún otro tipo de nave que quede por regresar del espacio?

Desolada, la chica se llevó las manos al pecho.

—¡No, ninguna! —respondió horrorizada. Luego empezó a sollozar—. Estoy muy tristeee, ¡aaay! Usted... usted es el último... Como no sea... clonándolo... ¡Aaay!

La multitud de la plaza se sumó en bloque a su llanto.

El precursor sintió una punzada en el corazón. El fin de la humanidad quedaba confirmado.

—¿Eh! —exclamó la chica, levantando la cabeza de repente—. ¿Cómo es que no me ha preguntado quién soy? —le dejó al precursor, serena, como si la tristeza se le hubiera esfumado de golpe.

—Me trae sin cuidado.

La chica volvió a echarse a llorar.

—¡Soy la líder de la Tíeerraaaaa! —berreó desconsolada.

—¡Es verdad! ¡Es la cónsul suprema del Gobierno Unitario de la Tierra! — gritaron al unísono todas las personas de la plaza. La brusquedad con que pasaban de la tristeza a la excitación era una muestra más de las deficiencias de aquella burda simulación.

Cansado de aquella pantomima absurda, el precursor se levantó y se dio la vuelta.

—Pero ¡¿qué hace?! ¡Honorable antecesor, no nos ignore! —le imploró la chica—. ¡La capital entera se ha reunido para darle la bienvenida!

Recordando la duda que aún no había resuelto, el precursor se volvió y preguntó:

—¿Qué queda de los humanos?

—¡Aterrice siguiendo nuestras indicaciones y lo sabrá!

LA CAPITAL

El precursor entró en el módulo de aterrizaje. Dejando al Arca en órbita, comenzó a descender hasta las coordenadas que le habían señalado. Seguía viendo la señal de vídeo retransmitida desde abajo en una de las lentes de sus gafas.

—Honorable predecesor, está usted a punto de llegar a la capital de la Tierra —prosiguió aquella chica que afirmaba ser la líder—. Aunque no se trate de la ciudad más grande del planeta, sí es la más hermosa, ¡estamos seguros de que le va a encantar! Por precaución, las coordenadas que le hemos proporcionado le dejarán a cierta distancia...

El precursor cambió el canal de sus videogafas para visualizar el área justo

debajo del módulo de aterrizaje. Desde su altitud actual, de más de diez mil metros, no era más que un desierto oscuro.

Después volvió a sintonizar la imagen del mundo virtual y comprobó que había perdido toda lógica. Tal vez su creador, miles de años antes, hubiese padecido una severa depresión que lo había dejado trastornado; o quizá la computadora que transmitía aquellas imágenes sufría algún tipo de avería causada por el paso del tiempo... El caso es que, de repente, sin que viniera a cuento, la chica se había puesto a cantar:

*¡Oh, honorable enviado, embajador de la Era Macro!
Era gloriosa,
era magnífica
y hermosa,
ese sueño que acabó en cenizas...*

Al tiempo que cantaba, la joven artista dio un brinco y salió despedida de la plataforma. Después de elevarse decenas de metros en el aire, descendió plácidamente hasta su posición original. Luego volvió a saltar, esta vez un poco más alto, y fue a parar a la azotea de un edificio cercano. Desde allí, con otro salto, sobrevoló la plaza entera y, como una pulga habilidosa, aterrizó en el extremo opuesto.

Saltando una vez más, se asió al vuelo a uno de aquellos objetos que flotaban en el ambiente, de varios metros de largo y con aspecto de ser el tronco nudoso de un árbol, que la transportó por encima de las cabezas del público. Mientras tanto ella, contorsionando su esbelta figura, se dejaba llevar.

El gentío hervía de excitación, cantando al unísono: «¡Oh, Era Macro! ¡Oh, Era Macro!». Entonces, de repente, todo el mundo se puso a saltar. Parecían granos de arena agitándose sobre la piel vibrante de un tambor.

Incapaz de seguir soportando aquello, el precursor desconectó sonido e

imagen. Sin duda, los habitantes de la Tierra debían de haber engendrado tal odio hacia los precursores por el hecho de haber podido escapar a la catástrofe que habían querido vengarse ofreciéndoles aquel festival grotesco a su retorno.

Sin embargo, luego, a medida que se le pasaba el espanto, fue cambiando de idea. Al final, mientras sentía los temblores finales del aterrizaje, hizo una concesión a la imaginación y se preguntó si de verdad habría aterrizado en una ciudad invisible desde el cielo.

La posibilidad quedó descartada en cuanto salió del módulo y se vio rodeado por la oscura inmensidad del desierto. Un gélido escalofrío de desesperación le recorrió el cuerpo.

Abrió con sumo cuidado el visor de su traje. Una fría brisa le heló la cara al instante. A pesar de la escasez de oxígeno, el aire resultaba respirable. La temperatura debía de rondar los cuarenta grados bajo cero. El cielo presentaba el tono añil propio de albas y crepúsculos en la era previa a la catástrofe, pero no era hora ni de una cosa ni de otra: lo desmentía la posición central del Sol.

Con la esperanza de sentir su calidez, el precursor se quitó los guantes. La dispersión de la luz solar se lo impidió. Aún se veían unas pocas estrellas.

La tierra bajo sus pies llevaba solidificada alrededor de dos mil años y por todas partes podían verse las curvas del magma endurecido. A pesar de que el suelo había comenzado a desgastarse por la erosión, seguía siendo tremendamente duro. Por mucho que se esforzara, apenas hallaba rastro de tierra. El terreno ondulante que se extendía ante sus ojos se perdía en el horizonte, salpicado por apenas unas cuantas colinas. En dirección opuesta estaba la brillante superficie del océano congelado.

Examinando con cuidado los alrededores en busca de la fuente de la transmisión, halló una cúpula transparente de un metro aproximado de diámetro incrustada en la roca, que protegía una enrevesada estructura en su

interior. Enseguida se dio cuenta de que había varias más repartidas por los alrededores, como una extraña erupción de ampollas gigantes en el suelo, que reflejaban la luz solar.

El precursor volvió a conectar la imagen y el sonido de la señal de vídeo que le llegaba a las gafas. En aquel mundo imaginario creado para él, la excéntrica líder seguía flotando por el aire colgada de su gran rama. Coqueta, de vez en cuando enviaba algún que otro beso a la cámara, al tiempo que el gentío de la plaza seguía cantando:

¡Era magnífica!
¡Era romántica!
¡Era melancólica
y frágil!

Abrumado, el precursor permaneció inmóvil. De pie bajo la bóveda celeste, bajo el brillo del Sol y de las estrellas, sintió el peso del universo entero cerniéndose sobre su persona, el último humano.

Sintiendo que lo embargaba una inmensa soledad, hincó las rodillas en el suelo y, cubriéndose la cara con las manos, comenzó a sollozar.

La canción cesó en el acto. De pronto, los ojos de todas las personas de la imagen virtual lo miraban con preocupación. La muchacha, aún encaramada a su rama le ofreció una súbita sonrisa.

—¿Es que no confía en los seres humanos? —le dijo.

Algo en aquellas palabras hizo que el precursor se sintiera impactado, que advirtiera algo. Se puso de pie. De repente, notó que la ciudad de la imagen del vídeo oscurecía como si el cielo se hubiera cubierto de nubarrones en un segundo. Luego se hizo a un lado y la ciudad se iluminó. Intrigado, caminó hasta la cúpula transparente y trató de examinar su interior. No consiguió reconocer ninguna de las estructuras densas que contenía, pero en cambio sí

reconoció lo que en el acto había asomado a la pantalla de vídeo, copando el cielo de la ciudad.

Su cara.

—¡Lo estamos viendo! ¡¿Puede usted vernos a nosotros?! ¡Vaya a por una lupa! —le gritó la chica.

Las masas de la plaza volvieron a enfervorecer.

De pronto, el precursor lo entendió todo. Pensó en las personas que se tiraban desde lo alto de los edificios: era natural que lo hicieran, pues en aquel entorno microscópico la gravedad no les afectaba en lo más mínimo. La altura que alcanzaban con sus saltos cobraba también sentido: a aquella escala, resultaba verosímil que pudieran saltar varios cientos de metros (¿varios cientos de micrones?). Las esferas de cristal eran gotas de agua. Al ser de un tamaño tan ínfimo, su forma estaba a merced de la tensión de la superficie. Cada vez que aquella gente microscópica tenía sed, metía la mano y sacaba unas gotitas. Los extraños objetos flotantes que le habían parecido de un par de metros de largo, incluida aquella rama que montaba la chica, no eran más que partículas de polvo.

No se trataba de una ciudad virtual, sino real; tan real como pudo serlo cualquiera de las ciudades humanas que existieron veinticinco mil años atrás. Solo que cabía dentro de una cúpula transparente de apenas un metro de diámetro.

La humanidad había perdurado. La civilización había perdurado.

Desde el corazón de aquella ciudad en miniatura, la joven que flotaba subida a una ramita, cónsul suprema del Gobierno Unificado de la Tierra, extendió la mano hacia aquel gigantesco hombre que parecía copar el universo entero y proclamó:

—¡Honorable antecesor, bienvenido a la Era Micro!

LOS MICROHUMANOS

La chica le contó al precursor:

—En los diecisiete mil años anteriores a la gran catástrofe, los humanos idearon todo tipo de estrategias de huida. La opción más lógica era migrar a otra estrella, pero ninguna de las Arcas, incluyendo la suya, fue capaz de encontrar una con un solo planeta habitable. En realidad, aunque lo hubieran encontrado, tampoco habría servido de nada: la tecnología aeroespacial humana del siglo anterior a la catástrofe no estaba lo suficientemente desarrollada para evacuar ni a una milésima parte de la población del planeta.

»Otra de las ideas que se barajaron fue que la humanidad se trasladara a las profundidades del subsuelo para así escapar de la ráfaga de energía solar para luego, cuando pasaran sus efectos, volver a salir. Sin embargo, lo único que habrían conseguido con ese plan habría sido aplazar su inevitable muerte: la catástrofe iba a destruir el ecosistema del planeta; jamás habrían sobrevivido.

»Durante un tiempo, estuvieron a punto de perder toda esperanza. Sin embargo, un día a un ingeniero genético se le encendió la bombilla y dijo: «¿Y si reduyéramos el tamaño de los humanos mil millones de veces?». La escala de la sociedad humana entera podía reducirse en consonancia, creando un ecosistema microscópico que sobreviviría con recursos microscópicos. Todo el mundo se dio cuenta enseguida de que aquella era la única forma viable de salvar la civilización humana.

»El plan se sustentaba en dos tecnologías: la primera era la ingeniería genética. Modificando el genoma humano, los humanos se reducirían a un tamaño de aproximadamente diez micrones, equivalente al de una célula pero con la estructura corporal inalterada. El objetivo era plausible: en esencia, el genoma de un humano y el de una bacteria apenas se diferencian. La segunda tecnología clave era la nanotecnología, cuyos orígenes se remontaban al siglo

xx. Ya entonces se había logrado construir generadores simples del tamaño de una bacteria. Basándonos en la nanotecnología, muy pronto conseguimos construir desde nanocohetes espaciales hasta nanohornos microondas, pero lo cierto es que ninguno de aquellos nanoingenieros pioneros imaginó jamás hasta dónde llegaríamos.

»El primer microhumano se creó mediante un proceso similar al de la clonación: extrajeron toda la información genética de una célula y la utilizaron para formar un individuo idéntico en todo al original excepto en la escala, que fue mil millones de veces menor. Las generaciones siguientes nacieron del mismo modo que los macrohumanos (que, por cierto, es como nos referimos a ustedes; y, sí, antes de que me lo pregunte: su época para nosotros es la Era Macro).

»La presentación en sociedad del primer grupo de microhumanos se escenificó con un dramático golpe de efecto. Un buen día, unos doce mil quinientos años después de la partida de su Arca, de repente todos los canales de televisión del mundo mostraron la misma imagen: un aula con treinta niños. Al principio nadie notó nada fuera de lo habitual; todo era normal, desde el primero de los niños hasta el último pupitre. Pero entonces el plano de la cámara se abrió y la gente descubrió que el aula estaba siendo filmada a través de un microscopio...

—Tengo una duda —intervino el precursor, interrumpiendo el relato de la cónsul suprema—. ¿Es el cerebro microhumano capaz de igualar la inteligencia del de los macrohumanos?

—¿Qué pasa? ¿Por mi tamaño ya se cree que soy tonta? ¡Como si a usted una ballena le hubiera ganado en intelecto! El tamaño del cerebro no determina la inteligencia. Un cerebro microhumano tiene el mismo número de átomos y de estados cuánticos que uno macro, sus capacidades de

procesamiento de información son equivalentes... Bueno, ¿nos va a invitar a dar una vuelta en su nave o no?

—Cómo no, será un honor, pero... ¿cómo van a llegar hasta ella?

—¡Espere un momento! —gritó, entusiasmada.

Con aquellas palabras, la cónsul suprema saltó sobre una especie de aeronave de grandes dimensiones que acudió a su encuentro; tenía el mismo aspecto de una gran pluma con una hélice acoplada en la parte posterior. El resto de la gente comenzó a abalanzarse sin orden ni concierto para tratar de subirse a aquella pluma. Aquella sociedad debía de carecer de jerarquías, pues todos cuantos saltaban tenían aspecto de ser civiles comunes. Había jóvenes y había mayores, pero su actitud era igual de jovial, infantil y escandalosa que la de la cónsul, y el resultado era una algarabía de tomo y lomo.

La pluma se llenó de gente al instante, pero enseguida aparecieron otras. Cada nueva aeronave que llegaba se llenaba con la misma rapidez. Al final, cientos de pequeñas plumas atestadas de microhumanos, la de la cónsul suprema a la cabeza, comenzaron a elevarse en el cielo de la ciudad.

El precursor volvió a agacharse frente a la cúpula para observarla de cerca. En esta ocasión fue capaz de distinguir los edificios del vídeo. Desde su punto de vista, parecían un pequeño bosque de cerillas. Luego, forzando mucho la vista, pudo al fin ver las plumas voladoras. Le recordaron las minúsculas partículas blancas que flotan en el agua mineral. De no ser porque eran muchas, no habría sido capaz de distinguir las. En cuanto a las personas, verlas resultaba imposible.

La imagen transmitida a sus gafas era tan nítida como antes. El pequeño videógrafo que filmaba las imágenes debía de haber subido, cámara al hombro, a una de las plumas, desde donde seguía retransmitiendo. Gracias a eso, el precursor pudo presenciar los problemas de tráfico de la microciudad.

Las colisiones se sucedían de forma casi constante. Cada pocos segundos, varias de aquellas veloces plumas chocaban o bien entre sí o bien con alguna de las enormes partículas de polvo que flotaban en el aire o bien con algún rascacielos. Sin embargo, después, vehículos y pasajeros reemprendían la marcha como si tal cosa.

De hecho, aquello se debía a un fenómeno físico que cualquier estudiante de secundaria era capaz de entender: cuanto menor era la escala de un objeto, mayor fuerza cobraba su integridad física. Las consecuencias de la colisión entre dos simples bicicletas o entre dos buques de diez mil toneladas cada uno eran diferentes; y cuando chocaban dos motas de polvo no ocurría nada. Aquel era el motivo por el que las personas del micromundo parecían de acero y actuaban sin miedo a lesionarse.

Había quien, al ver pasar volando las plumas, se lanzaba desde lo alto de un edificio para tratar de caer encima; a veces tenían suerte, pero otras no y se precipitaban desde distancias que parecían cientos de metros. Al precursor le daba vértigo verlo, pero todas y cada una de las veces los microhumanos descendían con suma gracilidad, manteniendo la compostura y, en ocasiones, incluso aprovechando para saludar a los conocidos que veían en las ventanas a su paso.

—¡Oooh, qué ojos tan oscuros! ¡Oscuros y profundos como el océano! —le dijo la cónsul suprema al precursor—. ¡Y qué melancolía desprenden! ¡Podrían encapotar el cielo de toda la ciudad con ella! Debería convertirlos en museo. ¡Aaay! ¡Ay, ay, ay! —exclamó de pronto, rompiendo a llorar amargamente.

Todos los microhumanos se le sumaron desatendiendo las plumas voladoras, que comenzaron a chocar en cadena contra los edificios.

El precursor, que también estaba viendo la imagen de sus ojos a través de

las gafas, se sorprendió al ver su tristeza magnificada cientos de millones de veces.

—¿Por qué un museo? —preguntó.

—¡Porque ahí es adonde pertenecen las tristezas! ¡La Era Micro es una época sin preocupaciones! —exclamó la líder del planeta, sin más rastro de la amarga pena que acababa de mostrar que las lágrimas que aún le mojaban las mejillas.

—¡Somos una era sin preocupaciones! —vitreó la gente.

El precursor se daba cuenta de que en aquella época las emociones humanas se sucedían a un ritmo muchísimo más rápido que en la suya. El cambio resultaba de lo más evidente en el caso de las emociones negativas como la tristeza o la pena, que desaparecían casi al instante. Pero para él lo más sorprendente de todo fue la siguiente constatación: las emociones negativas eran tan poco frecuentes que los microhumanos las consideraban bienes escasos y preciados, y aprovechaban la más mínima oportunidad que tuvieran de experimentarlas.

—¡No se deprima como los niños pequeños! —le exhortó la líder— ¡Conforme pase más tiempo con nosotros, irá descubriendo que en la Era Micro no hay nada de qué preocuparse!

Aquellas palabras sorprendieron sobremanera al precursor, que desde hacía rato venía advirtiendo cierto infantilismo en la disposición mental de los microhumanos, un candor que superaba con creces al de los niños de la Era Macro.

—Entonces... en esta era, cuanto mayor se hace uno... ¿más infantil se vuelve?

—¡Al revés! ¡Cuanto mayores nos hacemos, menos tristeza sentimos! —contestó la líder.

—¡Esooo! —exclamó el gentío—. ¡Cuánto más dura la Era Micro, más

felices somos!

—Pero a veces cierta tristeza puede llegar a ser muy bella... —observó la líder—. Por ejemplo, la melancólica escena de un lago bajo la luz de la luna, reflejo del romanticismo de la Era Macro... ¡Ooooooh!

La cónsul suprema de la Tierra volvía a llorar con desesperación.

—¡Sí, es un momento hermoso! —exclamaron los demás microhumanos, sumándose al llanto.

El precursor se echó a reír.

—No tenéis ni la menor idea de lo que es la verdadera tristeza, personitas. Cuando te parte el alma, te deja incluso sin ganas de llorar.

—¡Usted nos ayudará a experimentarla! —exclamó la cónsul suprema recuperando el entusiasmo.

—De eso nada. Al menos eso espero —respondió el precursor, con un leve mohín de disgusto.

—¡Mire, aquel es nuestro monumento a la Era Macro! —anunció la cónsul suprema, justo cuando las plumas sobrevolaban otra plaza de la ciudad.

El precursor lo vio: era un largo pilar negro que se elevaba hasta las nubes, grueso como las torres de telecomunicaciones de tiempo atrás y cubierto por una especie de brillantes azulejos gigantes del tamaño de una rueda que, apilados, parecían las escamas de un pez.

Pasó un buen rato observándolo hasta que se dio cuenta de lo que era: un cabello humano.

EL BANQUETE

Las plumas comenzaron a emerger de la cúpula por una salida invisible. A

través de la señal de vídeo enviada a las gafas del precursor, la cónsul suprema le dijo:

—Estamos a algo más de cien kilómetros de su nave. Si fuera tan amable de permitirnos viajar en su mano, agilizaría las cosas sobremanera.

Girándose para mirar al módulo de aterrizaje, justo a su espalda, el precursor concluyó que las unidades de medida también debían de haber encogido en la Era Micro. Entonces abrió las manos para que las plumas se le posaran encima. Eran como motas de polvo cayéndole en los dedos.

La imagen del vídeo le mostraba ahora sus huellas dactilares. Parecían gigantescas cadenas montañosas de aspecto translúcido; las plumas flotaban por entre sus cañones. La cónsul suprema fue la primera en bajarse de un salto e ir a parar a la piel del precursor.

—¡Huy, cómo resbala! —se quejó, cayendo de bruces—. ¡Tiene usted la piel muy grasa!

Frustrada, se quitó los zapatos y los tiró bien lejos. Luego, mirando las plumas que había alrededor, vio que el resto de la gente comenzaba a bajarse también.

El precursor estimó que debía de haber unas diez mil personas en sus manos. Se puso en pie y se dirigió con cuidado al módulo de aterrizaje con las manos extendidas.

Al entrar, varias micropersonas exclamaron:

—¡Oooh, mirad! ¡Un cielo de metal! ¡Un sol artificial!

—¡No hagáis tanto escándalo, parecéis bobos! ¡Esto no es más que una lanzadera, la grande es la nave de arriba! —les amonestó la cónsul, pero también ella miraba alrededor embelesada. Entonces, al oír que todos arrancaban a cantar, se les sumó:

*Era gloriosa,
era magnífica*

*y melancólica,
ese sueño que acabó en cenizas...*

Tras el despegue, mientras ascendían, la líder de la Tierra continuó relatándole al precursor la historia de la Era Micro.

—Al principio, la sociedad de los microhumanos y la de los macrohumanos coexistieron. Durante ese tiempo, los microhumanos nos dedicamos a absorber todo el conocimiento de los macrohumanos; también su tradición cultural. En paralelo, comenzamos a desarrollar nuestra propia sociedad basada en la nanotecnología, una civilización tecnológicamente muy avanzada. Este período de transición duró unas veinte generaciones.

»Después, conforme se acercaba la catástrofe, los macrohumanos dejaron de tener hijos y su número disminuía día a día. En cambio, la población microhumana no paraba de crecer, también la escala relativa de nuestra sociedad, que pronto superó a la de los macrohumanos. Eso nos llevó a querer hacernos con las riendas del poder a nivel mundial, una petición que provocó un gran revuelo en la macrosociedad. Un grupo de intransigentes se negó a entregarnos el poder: según sus propias palabras, ¿quién en su sano juicio iba a ceder las riendas a un puñado de microbios? Al final, estalló una guerra mundial entre micro y macrohumanos.

—¡Qué desgracia para vosotros! —dijo el precursor compadeciéndose.

—Desgracia para ellos. Los derrotamos enseguida...

—¿Cómo es posible? Si eran capaces de destruir una microciudad de millones de personas de un solo martillazo.

No llegaron a encontrar las ciudades. Sus burdas armas eran incapaces de atacar a un enemigo invisible. La única arma efectiva de la que disponían era el desinfectante, pero tampoco les sirvió para lograr una victoria duradera, y eso que llevaban usándolo contra los microorganismos desde los inicios de su civilización. Encima ahora se enfrentaban a los microhumanos, un enemigo con

su mismo nivel de inteligencia, por lo que sus posibilidades de victoria eran ínfimas. Eran incapaces de monitorizar nuestros movimientos. Saboteábamos sus microchips delante de sus propias narices. ¿Y qué podían hacer sin sus ordenadores? Nada. Un gran tamaño no siempre implica una ventaja.

—Ahora que lo pienso, tiene lógica.

La líder prosiguió con su relato, ahora con un brillo de malicia en los ojos:

—Los muy bellacos recibieron su merecido. Miles de paracaidistas de las fuerzas especiales microhumanas aterrizaron en sus retinas portando brocas láser y...

La líder se detuvo en ese punto y dejó que el precursor se imaginara el resto.

—Después de la guerra —prosiguió al rato—, la microhumanidad se hizo con el poder mundial, poniendo fin a la Era Macro y dando comienzo a la Era Micro.

—Fascinante...

El módulo de descenso se acopló al Arca, que seguía en órbita baja, y los microhumanos volvieron a subir a sus plumas. La enormidad de la nave interestelar los dejó sin habla, un estado que el precursor interpretó como admiración hasta que oyó a la cónsul suprema decir:

—No puede estar más claro: aun sin haberse producido la ráfaga, la Era Macro estaba condenada a extinguirse. ¡Consumían ustedes cientos de millones de veces más recursos que nosotros!

—Esta nave es capaz de volar a velocidades cercanas a la de la luz —adujo el precursor, tratando de justificarse—. Puede alcanzar estrellas a cientos de años luz de distancia. Eso, personitas, es un hito que solo pudo lograrse en la Era Macro...

—Es verdad, nosotros de momento aún no podemos. Nuestras naves

espaciales solo son capaces de alcanzar una décima parte de la velocidad de la luz.

—¿Cómo? ¿Sois capaces de navegar por el universo? —exclamó con sorpresa el precursor.

—Sin llegar a las cotas que ustedes alcanzaron, claro. El punto más lejano al que ha llegado jamás una nave de la Era Micro ha sido Venus. Acabamos de recibir un mensaje suyo. Dicen que ahora las condiciones allí son más adecuadas para vivir que las de la Tierra.

—¿Y qué tamaño tienen vuestras naves?

—Las más grandes vienen a ser... hummm... como un balón de fútbol de la Era Macro. Pueden transportar a cientos de miles de personas. Y las más pequeñas son del tamaño de una pelota de golf; también de la Era Macro, claro.

La superioridad que había podido sentir el precursor se desvaneció al instante.

—Predecesor, ¿es que no va a darnos nada de comer? ¡Tenemos hambre! —exclamó la líder de la Tierra en cuanto todas las plumas hubieron aterrizado en la consola del Arca y desembarcaron los microhumanos.

—Nunca imaginé que un día tendría tantos invitados a la mesa —observó el precursor con una sonrisa.

—¡No creo que vayamos a suponerle demasiado gasto! —replicó ella, indignada.

El precursor fue a por una lata de ternera en conserva. Después de abrirla con una pequeña navaja, cortó un pedacito minúsculo y lo colocó en la consola frente a los diez mil microhumanos; ocupaban un espacio circular del tamaño aproximado de una moneda. Se notaba a simple vista gracias a que la superficie parecía menos lisa que el área circundante, como si estuviera cubierta por una especie de vaho.

—¿Para qué ha cortado tanto? ¡Esto es un despilfarro! —protestó la líder de la Tierra.

Tras encender el monitor de la consola, el precursor fue capaz de verla tanto a ella como a la montaña de carne a su espalda, asediada por la muchedumbre. Conforme iban llegando microhumanos, arrancaban un trozo y empezaban a comérselo.

Aunque miraba, el precursor era incapaz de notar ninguna diferencia en el pedacito de carne de encima de la consola.

Entonces, de nuevo a través de la pantalla, vio que la gente se alejaba rápidamente, algunos tirando la carne al suelo.

—¡Puaj! Qué mala está —se quejó la líder, negando con la cabeza mientras masticaba.

—Es carne sintetizada por la ecorrecicladora —reconoció el precursor, azorado—. No puede decirse que destaque por su sabor...

—¡Denos algo fuerte para bajarla! —exclamó la líder de la Tierra, despertando el aplauso de buena parte de su gente.

—¿Ce... cerveza? —aventuró extrañado el precursor, consciente de que el alcohol era capaz de matar a los microorganismos.

—¡No, whisky! ¡O vodka! —replicó ella.

—¡O licor de sorgo, si hay! —gritó alguien.

Lo había: una botella de Moutai que el precursor reservaba desde el despegue del Arca, a la espera del día en que pudiera celebrar el descubrimiento de un planeta colonizable. Fue a por ella, desenroscó el tapón y lo llenó con cuidado de no pasarse; luego lo colocó frente a la multitud. A través de la pantalla vio que la gente comenzaba a escalarlo. Su altura parecía insalvable, pero gracias a las imperfecciones de la superficie, solo perceptibles en escala micro, fueron subiendo hasta arriba con relativa facilidad.

—¡Oooh, qué lago tan precioso! —suspiraban con deleite los microhumanos conforme iban llegando.

Desde la pantalla, el precursor vio que la superficie de aquel inmenso lago de licor era abombada. La cámara se centró entonces en la cónsul suprema, asomada al borde del tapón. Trataba de tocar el líquido con la mano, pero sus cortos brazos no alcanzaban. Entonces se sentó en el borde y rozó la superficie con la punta del pie, que enseguida quedó encapsulada en una burbuja de licor. Acto seguido, acercándose el pie, extrajo una microgota y la engulló.

—¡Hummm! El licor de la Era Macro es mucho mejor que el nuestro — declaró satisfecha.

—Me alegro de que haya cosas que fueran mejores en mi época, pero no es higiénico que toques el licor con los pies.

—¿Por qué? No le entiendo —dijo ella, mirándolo con extrañeza.

—Después de tanto rato caminando descalza, llevarán suciedad y gérmenes —explicó el precursor.

—¡Ah! Eso me recuerda una cosa —exclamó la líder de la Tierra.

Tomó un cofre de manos de uno de sus acompañantes y extrajo de él una extraña criatura. Era redonda, del tamaño de un balón de fútbol y con multitud de pequeñas patas. Cogiéndola por una para elevarla, la líder anunció:

—¡Mire! De parte de toda la ciudad, le hacemos entrega de este regalo: ¡un lactopollito!

—Querrás decir... ¡lactobacilo! —corrigió el precursor, esforzándose para rescatar el término de entre sus conocimientos de microbiología.

—Así los llamaban en la Era Macro, sí; hacen un yogur riquísimo, ¡es un animal tremendamente beneficioso!

—Una bacteria tremendamente beneficiosa —volvió a corregir el precursor—. Ahora que lo pienso, para vosotros todas lo son... ¡Ningún microorganismo

puede entrar en vuestro cuerpo para haceros daño! Las medidas de higiene de la Era Macro han dejado de tener sentido.

—Bueno, eso de que no pueden hacernos daño... Hay animales (perdón, bacterias) que muerden. Por ejemplo, los enterolobos; cruzarse con uno de esos no es cosa de risa. Pero la mayoría, como los fermentocerdos, son la mar de dóciles —explicó la líder, llevándose a la boca unas cuantas microgotas más de licor. Luego, sacudiéndose la gota grande del pie, se irguió, pero no sin dificultad: comenzaba a estar algo ebria y arrastraba las palabras.

—¡No esperaba que todavía existieran las bebidas alcohólicas! —confesó el precursor.

—Heredamos... —masculló la líder con lengua de trapo y entre hipidos—. Heredamos todo lo bueno de la humanidad... Pero esos macros pensaban que no teníamos derecho a... —se detuvo para tragar saliva— a representar a la civilización humana...

Sintiendo un ligero mareo, la líder de la Tierra volvió a sentarse en el suelo.

—¡Heredamos la filosofía universal! —coreó la multitud, al unísono—. ¡Tanto de Oriente como de Occidente, desde la griega hasta la china!

Aún sentada, la líder de la Tierra elevó los brazos al cielo y comenzó a declamar:

—¡Nadie puede bañarse dos veces en el mismo río! Heráclito. ¡El Tao dio origen al uno, el uno dio origen al dos, el dos dio origen al tres y el tres dio origen a los diez mil seres! Laozi. ¡Admiramos a Van Gogh, escuchamos a Beethoven y representamos a Shakespeare! ¡Seer o no seer! ¡Esa... — exclamó la líder, volviendo a ponerse de pie, tambaleante—, esa es la cuestión!

—En mi época habría sido imposible que alguien así llegara a gobernar el mundo —observó el precursor.

—La Era Macro fue una época deprimente con una realidad política igual de deprimente; tiempos felices como los de la Era Micro requieren líderes alegres, entusiastas —replicó la cónsul suprema, de pronto sobria—. Aún... aún no he terminado de contarle lo que pasó, ¿por dónde iba? ¡Ah, sí! Después de la guerra entre macro y microhumanos, estalló otra; esta vez entre nosotros.

—¿Por qué motivos? No creo que fuesen disputas territoriales...

—No, claro —contestó la cónsul suprema—. Si hay algo de lo que no falte en la Era Micro, es espacio. Fue por... por asuntos que un macrohumano no sería capaz de entender, pero sepa que el frente de la batalla más grande llegó a tener... eeh... expresado en sus unidades de longitud, llegó a los cien metros, ¡imagínese qué colosal!

—Habéis heredado muchas más cosas de mi época de las que imaginaba... —apostilló el precursor, decepcionado.

—Después del conflicto, todos los esfuerzos de la microhumanidad se centraron en prepararnos para la inminente catástrofe. Pasamos cinco siglos construyendo miles de megaciudades subterráneas, esferas de acero inoxidable de lo que para usted serían dos metros de diámetro. Cada una de ellas podía acomodar a decenas de millones de personas. Se construyeron a ochenta mil kilómetros bajo tierra...

—Pero si el radio del planeta entero no llega ni a los siete mil kilómetros...

—Huy, perdón; otra vez estaba usando nuestros parámetros. Para ustedes serían... unos... ¡ochocientos metros de profundidad! En cuanto observamos los primeros signos de que iba a producirse la ráfaga solar, el micromundo entero migró bajo tierra; luego... bueno, luego ocurrió la catástrofe.

»Al cabo de cuatrocientos años, la primera expedición de microhumanos accedió a la superficie. Lo hicieron a través de un extensísimo túnel del mismo grosor de una cañería de las de su era, excavado con láser en la roca magmática. Tuvieron que pasar otros cinco siglos más para que la

microhumanidad terminara de establecerse de nuevo en la superficie. Construimos decenas de miles de ciudades, un mundo con una población de dieciocho mil millones.

»En esa época nos sentíamos optimistas respecto al futuro. Un optimismo sin reservas que habría sido impensable durante la Era Macro, pues la base de ese optimismo radicaba en la pequeña escala de nuestra sociedad. Gracias a ella nuestras posibilidades de sobrevivir se multiplicaban cientos de millones de veces. Por ejemplo, el contenido de esa lata de carne que acaba usted de abrir podría alimentar a toda nuestra ciudad durante dos años. Y el metal con que está hecha nos proporcionaría todo el metal que necesitásemos durante el mismo período de tiempo.

—Ser macrohumano me ayuda a apreciar aún más las enormes ventajas de la Era Micro. ¡Qué época tan mítica y esplendorosa! —exclamó el precursor con total sinceridad.

—La tendencia de la evolución es hacia lo pequeño. Grande no equivale a grandeza, la vida microscópica convive con el entorno de forma más armoniosa. Los dinosaurios están extintos, mientras que sus contemporáneas, las hormigas, siguen vivas. Ahora, si viniera otro desastre, una nave del tamaño de su módulo de aterrizaje bastaría para evacuar a la humanidad entera. Luego, con un pequeño meteorito donde reconstruir nuestra civilización, nos bastaría para seguir viviendo.

Se hizo un largo silencio.

Al cabo del rato, el precursor se dirigió con solemnidad a los microhumanos reunidos en su consola para decir:

—Cuando volví a ver la Tierra y pensé que era el último humano que quedaba, se me rompió el corazón, pensé que nadie habría sentido semejante dolor al de mi soledad. Pero ahora soy la persona más feliz de toda la humanidad; bueno, como mínimo el más feliz de los macrohumanos, porque he

visto que la civilización humana ha perdurado. Bueno, ha hecho más que perdurar, ha mejorado, ha logrado una auténtica sublimación. ¡Todos somos humanos y compartimos un origen común, por eso pido a la Era Micro que me conceda el honor de aceptarme como ciudadano de pleno derecho de su sociedad!

—¡Lo aceptamos desde el momento en que detectamos su Arca! —respondió la líder—. Es usted bienvenido, puede quedarse a vivir en la Tierra si así lo desea. En la Era Micro mantener a un solo macrohumano no supone ningún problema.

—Viviré en Tierra, pero todo lo que necesito lo obtendré del Arca. El sistema de soporte vital autoabastecido de a bordo es capaz de mantenerme lo poco que me quede de vida. No habrá necesidad de que un macrohumano vuelva a consumir un solo recurso de la Tierra.

—¡No pasa nada, nuestra situación está mejorando! No es solo el clima de Venus, también el de la Tierra se está volviendo cada vez más propicio para la vida humana: se están moderando las temperaturas, los océanos han comenzado a derretirse... Es probable que el próximo año llueva incluso. Entonces volverán a crecer plantas en la Tierra.

—Hablando de plantas, ¿alguna vez habéis visto una?

—Bueno, dentro de nuestra cúpula cultivamos musgo... ¡Es una planta enorme, cada filamento es tan alto como una docena de pisos! También está la clorela del agua...

—Pero ¿y hierba? ¿Árboles?

—¿Se refiere usted a esas plantas de la Era Macro que eran tan altas como una montaña? ¡Ah, me temo que se quedaron en leyendas del pasado!

El precursor sonrió por debajo de la nariz.

—Esperadme un momento, vuelvo enseguida —dijo—. ¡Tengo unos cuantos regalos para la Era Micro! Estoy seguro de que os van a gustar.

RENACER

El precursor entró en la cabina de congelación del Arca. Todas las estanterías estaban llenas hasta los topes de contenedores bien apilados y etiquetados con cientos de miles de tubos de ensayo sellados. Era un banco de semillas. El Arca almacenaba allí todas las especies vegetales que un día habían poblado la Tierra, a la espera del día en que la humanidad pudiera plantarlas en aquel lejano planeta habitable al que iba a emigrar.

Algunas de las estanterías contenían tubos con otro tipo de material: las células embrionarias de decenas de miles de animales.

Dentro de un año, cuando subieran las temperaturas, el precursor plantaría hierba en la Tierra. Entre aquellos cientos de miles de semillas había variedades lo suficientemente resistentes para germinar en hielo y nieve. Estaba seguro de que conseguiría hacerla brotar.

Solo con que consiguiera restablecer una décima parte de la antigua ecoesfera del planeta, las gentes de la Era Micro disfrutarían de un paraíso entre paraísos, pero es que estaba seguro de que podría recuperar muchísimo más.

Sonriendo ante aquella feliz prospectiva, imaginó el éxtasis de las micropersonas cuando vieran la primera brizna de hierba erigiéndose imponente en dirección al cielo. ¿Y qué sentirían luego ante un campo de césped? ¿Qué significaría para ellos?

¡O una pradera entera! ¿Qué sería para ellos una pradera entera? ¡Un universo verde, sin duda! ¿Y un arroyo que la cruzara? ¡Qué espectáculo magnífico para sus ojos, verlo fluir! La líder de la Tierra había dicho que iba a llover, ¡eso garantizaba que habría praderas, que habría torrentes de agua y que habría árboles! ¡Oh, sí, árboles! Imaginó una expedición de microhumanos

al pie de un árbol majestuoso, emprendiendo un largo y maravilloso viaje en el que cada hoja sería una interminable llanura verde...

También habría mariposas: sus alas serían para los microhumanos gigantescas nubes multicolor que cubrirían los cielos. Y pájaros: cada uno de sus trinos, una música celestial venida del universo...

¡Sí! ¡Con apenas una cien mil millonésima parte de los recursos ecológicos de los que había dispuesto la Tierra en su día se iba a alimentar y mantener a los cien mil millones de habitantes de la Era Micro! El precursor entendía al fin aquello que tanto insistían en repetirle los microhumanos: la Era Micro era una edad dorada donde no existían las preocupaciones.

Nada podía amenazar la felicidad de aquel nuevo mundo. Nada, excepto...

El precursor sintió un escalofrío que le recordó lo que había ido a hacer. Era preciso actuar de inmediato. Fue directo a una hilera de contenedores y extrajo uno con cien tubos de ensayo sellados.

Contenían las células embrionarias de sus contemporáneos: células embrionarias macrohumanas.

El precursor cogió los tubos y se los llevó al incinerador de residuos, luego volvió a la cámara de congelación para cerciorarse de que no se había dejado ninguno. Después de haber inspeccionado varias veces hasta el último rincón, regresó al incinerador y, sin miramientos ni sentimentalismos, pulsó el botón.

El láser, de varios cientos de miles de grados, vaporizó tubos y embriones al instante.

El gran devorador

1

EL CRISTAL DE ERIDANI

Se hallaba ya a muy poca distancia de ella, pero al coronel seguía costándole distinguir aquella estructura transparente que flotaba en la negrura del espacio: le resultaba tan imperceptible como un trozo de cristal hundido en las profundidades de un estanque. De vez en cuando, gracias a alguna ligera distorsión de la luz de las estrellas, podía localizarla; luego, en cuanto pasaba entre estas, se le volvía a perder.

De repente el sol se deformó y su luz eterna emitió un breve parpadeo. Aquello pilló por sorpresa al coronel, pero haciendo gala de su proverbial temple asiático, mantuvo la compostura. A diferencia de la docena de soldados que flotaban alrededor, no gritó ni hizo ningún aspaviento. Comprendió al instante que el cristal, ya a apenas diez metros de distancia, se había interpuesto entre ellos y el sol.

A lo largo de los tres siglos siguientes rememoraría aquella extraña escena en no pocas ocasiones, preguntándose si había sido un presagio del aciago destino que aguardaba a la humanidad.

Como máximo líder de las fuerzas de protección de la Tierra que la ONU había enviado al espacio, comandaba una unidad pequeña en escala pero equipada con las armas termonucleares más poderosas que la humanidad había sido capaz de crear hasta la fecha. Sus enemigos eran las grandes rocas inertes

que vagaban por el espacio. Tenían la misión de desviar o destruir todo asteroide o meteorito que amenazara la seguridad de la Tierra.

Durante las más de dos décadas patrullando el espacio, jamás habían tenido que recurrir al uso de aquellas bombas. Hasta el momento, todas las rocas de envergadura suficiente como para constituir una amenaza se habían mantenido alejadas de cualquier curso de colisión con la Tierra, robándoles la oportunidad de lucirse.

Aquel día, sin embargo, a dos unidades astronómicas de distancia, habían detectado la presencia de una estructura transparente que se aproximaba a la Tierra. Su trayectoria, completamente recta, resultaba tan siniestra como antinatural.

El coronel y sus hombres se acercaron con cautela a aquel extraño objeto desde todos los flancos, encerrándolo en la telaraña que dibujaron las estelas de sus trajes propulsores. Cuando el coronel estuvo a menos de diez metros, del centro del cristal surgió una brumosa luz blanca que reveló los contornos de su estructura: un prisma regular de tres metros de alto. Cuando estuvo aún un poco más cerca, consiguió ver el complejo entramado de tuberías transparentes que debía de constituir su sistema de propulsión.

El coronel extendió una mano enguantada para tocar la superficie y establecer el primer contacto entre humanos y alienígenas. Sin embargo, en el último segundo el cristal se volvió transparente.

Entonces mostró una imagen multicolor. Era una chica dibujada al estilo manga con ojos enormes y una larga cabellera que le llegaba a los pies. Llevaba una amplia falda larga que parecía flotar como si estuviera bajo el agua.

—¡Alarma, alarma! ¡El gran devorador se acerca! —exclamó, presa del pánico y clavando sus enormes ojos en los del coronel. Uno de sus esbeltos

brazos apuntaba en dirección opuesta al sol con la insistencia de quien señala la inminente llegada de su perseguidor.

—¿De dónde eres? —preguntó el coronel.

—De Épsilon Eridani; me parece que es así como lo llamáis. De acuerdo con vuestra forma de medir el tiempo, he tardado sesenta mil años en llegar. ¡El gran devorador se acerca! ¡El gran devorador se acerca!

—¿Estás viva?

—Por supuesto que no, solo soy un mensaje... ¡El gran devorador se acerca! ¡El gran devorador se acerca!

—¿Cómo es que sabes hablar inglés?

—Lo aprendí de camino aquí. ¡El gran devorador se acerca! ¡El gran devorador se acerca!

—Entonces, tu apariencia imita...

—Lo que vi de camino aquí. ¡El gran devorador se acerca! ¡El gran devorador se acerca! ¿No le tenéis miedo?

—¿Qué es eso del gran devorador?

—Parece un neumático gigante. Eh... sí, esa es la analogía que entenderéis mejor.

—Te has familiarizado muy bien con la realidad de nuestro mundo...

—Lo hice de camino aquí... ¡El gran devorador se acerca! —volvió a gritar la eridiana, tras lo cual se hizo a un lado.

Justo en el espacio central que ella había ocupado, apareció la imagen de lo que intentaba describir. Realmente parecía un neumático gigantesco, aunque rodeaba su superficie un halo fosforescente.

—¿Cómo es de grande? —preguntó uno de los soldados.

—Su diámetro total abarca cincuenta mil kilómetros. El ancho del neumático en sí es de diez mil kilómetros y su circunferencia interna tiene un diámetro de treinta mil kilómetros.

—¿Esos kilómetros de los que hablas son de los nuestros?

—¡Sí, claro! Es tan inmenso que es capaz de atrapar planetas enteros como uno de vuestros neumáticos haría con un balón de fútbol. Una vez apresado el planeta, drena todos sus recursos, y cuando termina, lo escupe como si fuera el hueso de una oliva...

—Pero ¿qué es el gran devorador?

—Es una nave generacional. No sabemos de dónde viene ni tampoco adónde va; de hecho, ni tan siquiera los lagartos gigantes que la pilotan deben de saberlo a estas alturas. Después de miles de años vagando por la Vía Láctea, es más que probable que se hayan olvidado tanto del lugar del que proceden como de su destino original. Pero si de algo podemos estar seguros es de esto: el día que se creó el gran devorador, era mucho más pequeño. Ha ido creciendo conforme engullía planetas; ¡eso es lo que hizo con el nuestro!

A medida que la chica hablaba, la imagen del gran devorador había ido ampliándose hasta ocupar el cristal entero. Estaba cerniéndose con lentitud sobre el mundo donde se hallaba la cámara, pero desde su punto de vista, que también era el de los habitantes de aquel mundo, parecía que el planeta estuviera cayendo en un oscuro y gigantesco pozo espacial. En las paredes de aquel pozo, girando sin parar, podían distinguirse complejas estructuras que al principio al coronel le recordaron la imagen de los circuitos de un microprocesador vista a través de un microscopio. Sin embargo, luego se dio cuenta de que en realidad era una miríada de ciudades. El borde exterior del pozo era azul, un halo de fuego azul que giraba rodeado de estrellas.

Según la eridiana, aquel fuego era expulsado por los motores de propulsión del anillo. La chica reapareció en un extremo del cristal, gesticulando y moviendo los brazos al hablar con un ímpetu que trasladaba a su imposible larga cabellera, que se agitaba en consonancia como una expresión más de su urgente angustia.

—Estáis viendo imágenes del momento en que el gran devorador comenzó a engullir el tercer planeta de Épsilon Eridani —explicó—. Si hubierais estado allí, lo primero que habríais notado habría sido la sensación de que vuestro cuerpo se volvía cada vez más ligero, consecuencia de la atracción gravitatoria del gran devorador, muy superior a la de nuestro planeta. Sus efectos fueron devastadores: primero, cuando la nave se colocó sobre el polo norte de nuestro planeta, las aguas de los océanos se levantaron y se desplazaron hacia ella; luego, a medida que envolvía nuestro mundo, la siguieron en dirección al ecuador. Las olas eran tan altas que arramblaban incluso con las nubes, su fuerza era tan increíble que destrozaron los continentes como si hubieran sido de papel. Se produjeron innumerables erupciones volcánicas tanto en el lecho marino como en la superficie. En ese momento, cuando el gran devorador rodeaba el ecuador de nuestro planeta, se detuvo en perfecta sincronía con el movimiento de su órbita alrededor de nuestro sol. Nos tenía justo en sus fauces.

»Entonces comenzó el saqueo. Decenas de miles de kilómetros de cable descendieron desde la nave hasta la superficie del planeta y lo atraparon como hacen las arañas con su presa. Enormes módulos de transporte iban y venían transportando hasta la nave el agua de los océanos y los componentes de la atmósfera del planeta mientras, paralelamente, un ejército de máquinas perforadoras se dedicaba a extraer los minerales que los devoradores consideraran de utilidad. Cuando la fuerza gravitacional de la nave contrarrestó la del planeta, se creó entre ellos una zona de baja gravedad que agilizaba el proceso. Su eficiencia fue brutal.

»De acuerdo con vuestra manera de medir el tiempo, el gran devorador tarda alrededor de un siglo en masticar, por así decirlo, cada planeta. Entretanto, mientras se hace con todos sus recursos (agua y atmósfera incluidos), el planeta, debido al efecto gravitatorio ejercido por el neumático,

se irá aplanando hasta adoptar la forma de... ¿Cómo lo llamaríais vosotros? Hum... de galleta. Una vez que el gran devorador haya consumido por completo todos sus recursos y lo libere, el planeta recuperará su forma esférica original, pero eso desencadenará un sinfín de cataclismos geológicos a escala planetaria. Durante el tiempo en el que recupere su forma, la superficie del planeta volverá a cubrirse de lava tal y como sucediera milenios antes en el momento de su nacimiento y se convertirá en un verdadero infierno carente de toda vida.

—¿A qué distancia se encuentra el gran devorador del sistema solar ahora mismo? —preguntó el coronel.

—¡Viene pisándome los talones! Según vuestra manera de medir el tiempo, estará aquí en apenas un siglo. ¡Alarma! ¡El gran devorador se acerca! ¡El gran devorador se acerca!

2

EL EMISARIO COLMILLOS

Mientras la humanidad debatía sin pausa acerca de la credibilidad del mensaje del cristal, una nave avanzadilla de los devoradores alcanzó el sistema solar y llegó a la Tierra.

Los primeros en detectar la extraña presencia fueron de nuevo el coronel y su patrulla, pero esta vez su impresión fue opuesta a la anterior: si la exquisita pulcritud de formas del cristal eridaniano había sugerido una sofisticación tecnológica propia de una civilización superavanzada, el aspecto tosco y voluminoso de la nave devoradora, cubierta de herrumbre como una sartén olvidada a la intemperie, recordaba, en cambio, a las aparatosas máquinas de las novelas de Verne.

El enviado del imperio devorador tenía un aspecto parejo al de su vehículo: era un lagarto gigante, recio y con la piel cubierta de grandes escamas; erguido, medía casi diez metros. Dijo llamarse Kong Mi Los, pero debido a su apariencia y a su comportamiento posterior, a la gente le dio por llamarlo Colmillos.

Cuando aterrizó frente a la sede de Naciones Unidas, los motores de su nave crearon un gran cráter en el pavimento. La gran estatura del emisario alienígena le impedía acceder a la sala de la asamblea general, de modo que los jefes de Estado se reunieron con él en la plaza de enfrente del edificio. Varios de ellos se tapaban la cara o la frente con pañuelos ensangrentados; la lluvia de cristales y escombros debía de haberlos herido.

A cada paso que Colmillos dio al acercárseles, el suelo tembló. Cuando habló, la estridencia de su voz fue mayor que la del pitido de diez mil locomotoras antiguas y erizó la piel de todos los presentes. Un tosco artilugio que llevaba colgado del pecho se encargó de traducir al inglés (aprendido de camino) lo que dijo. Su voz mecánica, grave y masculina, resultó no menos espantosa que la del dueño:

—¡Je, je, je! ¡Qué gusanitos tan tiernos y curiosos! —exclamó. Todo el mundo se cubrió con fuerza los oídos, luego aflojaron las manos para escuchar la traducción —. Conviviremos durante un siglo. Creo que nos llevaremos bien...

—¡Honorable emisario! ¡Ahora mismo, lo que más nos urge es conocer los motivos que hay detrás de la irrupción de su gran nave nodriza en el sistema solar! —dijo el secretario general de la ONU. Aunque gritaba muy fuerte, para el lagarto sonaba como un mosquito.

Alzándose sobre sus patas traseras para imitar la postura erecta de los humanos, con el consiguiente temblor de tierra, Colmillos proclamó:

—¡El gran imperio devorador va a deglutir la Tierra para poder continuar

con su magnífico viaje! ¡No hay nada que podáis hacer para evitarlo!

—Pero ¿qué será entonces de la humanidad? —preguntó el secretario general, horrorizado.

—Eso mismo es lo que he venido a decidir.

Varios jefes de Estado intercambiaron elocuentes miradas de complicidad con el secretario general, que asintió y dijo:

—Sin duda esto va a requerir una larga negociación...

—No, es la mar de simple —interrumpió Colmillos—: solo necesito probar a uno de vosotros.

Dicho esto, agarró a un líder europeo por la cabeza, se lo metió en la boca y lo masticó despacio. No quedó claro si se debió a una muestra de dignidad o más bien fue una consecuencia del miedo, el caso es que la víctima no gritó: durante medio minuto solo se oyó el crujir de sus huesos en las fauces del lagarto, quien luego escupió la ropa y los zapatos enteros aunque, eso sí, empapados en sangre. A más de uno de los allí presentes le vino a la memoria la imagen de una cáscara de pipa.

El mundo contenía la respiración ante aquella escena. Por fin, una voz humana osó romper el silencio:

—¿Cómo se atreve a comérselo así, sin más? —preguntó el coronel entre la multitud.

Colmillos se puso de cuatro patas en el suelo y corrió raudo hacia él. La gente de alrededor huyó despavorida.

—¿Qué pasa? —bramó el lagarto, mirándolo fijamente con los dos orbes negros que tenía por ojos.

—Que podría haberle sentado mal. La probabilidad de que una criatura de un mundo tan lejano al suyo fuera comestible era casi nula.

Divertido, Colmillos esbozó una sonrisa despiadada.

—Hace rato que me he fijado en ti: eres el único que se atreve a mirarme

directamente. ¿En qué andas pensando?

Sonriendo a su vez, el coronel respondió:

—Me asombra que sea capaz de respirar nuestro aire, que emplee ondas acústicas para comunicarse, que tenga ojos, nariz y boca, dos pares de extremidades simétricas...

—¿Qué tiene todo eso de extraordinario? —le preguntó Colmillos, acercándosele aún más. Su aliento pestilente olía a sangre.

—Nada —replicó el coronel, imperturbable—. Lo extraordinario es que sea tan poco extraordinario. No tendríamos que ser tan similares...

—Pues yo lo que no comprendo es otra cosa: lo tranquilo que estás. ¿Es porque eres militar?

—Soy un guerrero defensor de la Tierra —respondió el coronel.

—¡Bah! Te dedicas a apartar pedruscos, eso no te convierte en un guerrero de verdad.

—Estoy preparado para acometer empresas mayores —replicó el coronel irguiendo el cuello con orgullo.

—¡Ja! Qué gusano tan gracioso... —dijo Colmillos, irguiéndose de nuevo para decir—: Volvamos al tema que nos ocupa: el destino de la humanidad. Tenéis muy buen sabor, denso pero no empalagoso; me recuerda al de unas bayas de color azul que había en Eridani. Felicidades, vuestra raza perdurará. Vamos a domesticaros para el consumo. A los sesenta años, os sacrificaremos y comerciaremos vuestra carne.

—¿No teme que para entonces ya no estemos tiernos? —preguntó el coronel con una mueca de repugnancia.

Colmillos estalló en tremendas y sonoras carcajadas.

—¡Ja, ja, ja, ja! A los devoradores nos gusta masticar...

Naciones Unidas celebró varias reuniones más con Colmillos. Si bien este no volvió a comerse a nadie más, tampoco alcanzaron ningún acuerdo.

El siguiente encuentro se organizó en un yacimiento arqueológico del continente africano.

A la hora prevista, el gran lagarto aterrizó en su nave a escasos metros del lugar. Como en cada una de las veces anteriores, el estruendo y la tormenta de polvo que solían precederlo anunciaron su llegada. Según la emisaria de Eridani, la nave era propulsada por un reactor nuclear miniaturizado. Al igual que ocurrió con el resto de las cosas que ella les había contado sobre los devoradores, los científicos fueron capaces de comprender el concepto sin problemas; era la tecnología eridaniense la que los tenía confundidos: su cristal, sin ir más lejos, había comenzado a derretirse al entrar en contacto con la atmósfera de la Tierra y era ahora una finísima plancha transparente que se dedicaba a flotar por el aire.

Cuando Colmillos llegó al sitio de la excavación, dos miembros del personal de la ONU le entregaron un gran libro ilustrado de casi un metro cuadrado de superficie, confeccionado para alguien de sus dimensiones. Contenía cientos de imágenes a todo color que ilustraban múltiples aspectos de la civilización humana. En cierto modo, parecía una enciclopedia infantil. Desde el foso del yacimiento, un arqueólogo le narró con todo lujo de detalles la gloriosa historia de las civilizaciones de la Tierra. En su afán por conseguir que el extraterrestre se diera cuenta de cuánto había que apreciar en el planeta azul, se conmovió a sí mismo y terminó llorando. El espectáculo resultaba bochornoso.

—Honorable emisario —dijo al término de su discurso, señalándole las

ruinas—, lo que ve ante si son las ruinas de una gran ciudad. Acabamos de descubrirlas: son los restos más antiguos que se conocen de la civilización humana. Se remontan a cincuenta mil años atrás, ¿de verdad van a ser capaces de erradicar una civilización tan longeva?

Colmillos, que había estado hojeando el libro hasta entonces, levantó la vista. Algo en el ruego del arqueólogo le había llamado la atención.

—¡Je! Gusano arqueólogo, nada de lo que hay en este foso me interesa lo más mínimo —dijo asomándose—. A lo que sí me gustaría echar un vistazo es a esa tierra.

Se refería al montículo de un par metros de altura que había junto al foso.

—¿La tierra que hemos excavado? —preguntó perplejo el arqueólogo al oír el requerimiento traducido a su idioma—. Pero si ahí no hay nada...

—Eso lo dirás tú —replicó Colmillos al tiempo que se dirigía hacia el montículo y se agachaba a cavar con las garras delanteras.

Los presentes se arremolinaron alrededor, sorprendidos de la destreza con que trabajaba. Iba extrayendo motitas y las soltaba encima del libro. A los diez minutos de intensa y peculiar labor se irguió, tomó el libro y lo mostró ante todos para que vieran lo que había recopilado.

Cientos de hormigas. Algunas vivas; la mayoría muertas panza arriba, aplastadas o hechas una bola. Costaba identificarlas si uno no las miraba desde muy cerca.

—Voy a contaros una historia —anunció entonces el lagarto—, la historia de un reino. Este reino descendía de un antiguo gran imperio que se remontaba hasta finales del período Cretácico de la Tierra, cuando sus fundadores construyeron una magnífica ciudad al pie de los huesos de un dinosaurio... Pasado el tiempo, cuando ya solo la última de una larga estirpe de reinas era capaz de recordar aquellos años gloriosos, de pronto llegó el invierno; un largo y crudo invierno durante el que los glaciares cubrieron la tierra y la

supervivencia, tras decenas de millones de años de prosperidad, se convirtió en una auténtica hazaña.

»Tras su última hibernación, la reina solo fue capaz de despertar al uno por ciento de sus súbditos. El resto se había muerto de frío; algunos habían quedado reducidos a una hueca carcasa transparente. La reina tocó los muros de la ciudad y los notó fríos como el hielo, duros como el metal: la tierra seguía congelada. En aquella era despiadada y cruel, ni siquiera los veranos eran cálidos. La reina decidió abandonar la tierra de sus antepasados e ir en busca de una región sin congelar donde construir un nuevo reino.

»Así pues, condujo a los pocos súbditos hasta la superficie. Allí iniciaron un ardua y penosa travesía por los glaciares. La mayoría de los miembros de la expedición murió de frío por el camino, pero al final la reina y un puñado de supervivientes encontraron una extensión de tierra sin congelar, debido a una fuga espontánea de energía geotérmica. La reina, por supuesto, no sabía eso. Sin embargo, aun ignorando para qué en mitad de aquel mundo de hielo había surgido una parcela de tierra tan mullida y tan húmeda, dar con ella le pareció de lo más natural. Al fin y al cabo, ¿cómo iba a extinguirse una raza que había perdurado sesenta millones de años?

»Rodeada de glaciares e iluminada por los débiles rayos del sol de aquella era, la reina anunció su intención de construir allí un nuevo y poderoso reino que perduraría por los siglos de los siglos. Como se hallaba al pie de un imponente pico blanco, decidió que se llamaría Reino de la Montaña Blanca. En realidad no era una montaña, sino el cráneo de un mamut. Todo esto ocurría durante la última de las cuatro glaciaciones del Pleistoceno. En esa época vosotros, gusanos humanos, erais unas criaturas patéticas que se dedicaban a tiritar de frío dentro de las cuevas; aún faltaban noventa mil años para que a muchos kilómetros de distancia, en las llanuras de Mesopotamia, surgiera el primer atisbo de civilización humana.

»Gracias a los restos congelados del mamut, el Reino de la Montaña Blanca sobrevivió durante diez mil penosos años. Después la edad de hielo terminó, la primavera regresó a la Tierra y todos los continentes volvieron a cubrirse de verde. Aquella gran eclosión de vida supuso para el Reino de la Montaña el inicio de una gran época de esplendor en la que las cifras de población alcanzaron cotas inimaginables y sus dominios se extendieron vastamente. Durante decenas de miles de años, se sucedieron innumerables dinastías, protagonistas de innumerables hazañas, contadas por innumerables epopeyas...

Colmillos apuntó en dirección al foso.

—Este fue el último emplazamiento de aquel reino —dijo—. Concentrados en desenterrar esa ciudad muerta y perdida durante cincuenta mil años, los gusanos arqueólogos ignoraron la vida presente en la tierra que apartaban. La ciudad que descartaron era tan formidable como Nueva York; podría decirse que más, incluso, teniendo en cuenta que esta última es solo bidimensional mientras que aquella era una gran urbe tridimensional con múltiples y diversas capas repletas de avenidas laberínticas, plazas amplias, palacios magníficos. Los sistemas de suministro de agua, de alcantarillado y de prevención de incendios estaban mucho mejor pensados que los de Nueva York. Gracias a su compleja estructura social y a una meticulosa y férrea división de las distintas actividades productivas, la sociedad entera funcionaba en perfecta coordinación como el más preciso engranaje. No había problemas de drogas ni de delincuencia, tampoco existían la depravación ni la desesperanza; y no por que sus habitantes carecieran de emociones: cuando alguien fallecía, se mostraban tristes durante largos períodos de tiempo. Incluso tenían un cementerio: estaba en las afueras de la ciudad, a tres centímetros de profundidad. De forma aún más notable, en la capa más profunda de la ciudad había una fastuosa biblioteca que contenía una ingente cantidad de pequeños contenedores ovoides. Esos contenedores eran verdaderos libros llenos de

feromonas cuya compleja composición química relataba todos y cada uno de los episodios de la larga y épica historia del reino de la Montaña Blanca: por ejemplo, aquel incendio forestal durante el que todo el mundo se abrazó para formar una bola y, rodando, fueron a parar a un arroyo que los alejó de las llamas; o la guerra de los cien años, librada contra el imperio de las termitas; o la expedición que vio el mar por primera vez.

»Todo eso fue destruido en cuestión de horas. De repente, un día, en medio de un gran estruendo que hacía temblar el suelo, apareció una gran excavadora que tapaba el cielo. Clavando sus garras metálicas en la tierra, se llevó paletada tras paletada y arrasó con todo cuanto había. Llegó incluso a excavar la capa más subterránea, donde estaban no solo los niños de la ciudad, sino también decenas de miles de huevos blancos que no tuvieron la oportunidad de convertirse en niños.

El mundo entero volvía a guardar silencio frente al emisario alienígena, un silencio mucho más prolongado que el de aquella vez en que se había comido a un hombre. Su relato había dejado a la humanidad sin palabras.

—Vamos a pasar mucho tiempo conviviendo —dijo Colmillos al final—. Podemos hablar de cualquier tema, pero, por favor, ahorraos las consideraciones morales. En el contexto del universo, esas cosas carecen de sentido.

4

ACELERACIÓN

Colmillos se fue del yacimiento dejando a todo el mundo consternado. El coronel fue el primero en romper el silencio. Dirigiéndose a los dignatarios extranjeros que lo rodeaban, dijo:

—Sé que carezco de atribuciones para hablar en nombre de nadie y que el único motivo de mi presencia aquí es haber tenido la suerte de ser el primer humano en contactar con una civilización extraterrestre en dos ocasiones, pero aun así quisiera manifestarles dos consideraciones: en primer lugar, Colmillos tiene razón; en segundo lugar, la única salida de los seres humanos es luchar.

—¿Luchar? Por favor, coronel... —rechazó desdeñosamente el secretario general de la ONU.

—¡Sí, luchar! ¡Luchar, luchar, luchar! —exclamó a viva voz la chica de Eridani, agitando con energía cuerpo y cabellera al tiempo que flotaba sobre la cabeza de los presentes, confinada en su cristal.

—¡Eso es lo que hicisteis vosotros! ¿Y cuál fue el resultado? —le replicó alguien—. ¡La humanidad debe actuar en pos de la supervivencia de su especie, no para satisfacer la ciega sed de venganza de terceros!

—No —intervino el coronel, y dirigiéndose a todos añadió—: Los eridanianos se vieron envueltos en una guerra de autodefensa contra un enemigo con el que no estaban familiarizados. Teniendo en cuenta que hasta la fecha habían sido una sociedad que no conocía la guerra, su fracaso resulta todo menos sorprendente. Ahora bien, a lo largo de ese siglo atroz durante el que se prolongó dicha guerra, llegaron a conocer a su oponente muy a fondo, y toda la información que recabaron está a nuestro alcance gracias a este emisario. Usémosla en nuestro beneficio.

»Un primer análisis exhaustivo de los datos sugiere que el gran devorador no es tan terrible como nos temíamos. En primer lugar, a excepción de la inconmensurable enormidad de sus dimensiones, ninguna de sus características escapa a nuestro entendimiento. Los propios devoradores, que son las formas de vida que habitan la nave (unos diez mil millones) se basan, al igual que nosotros, en el carbono. Su estructura a nivel molecular es asimismo muy próxima a la de los seres humanos. Compartir una misma base biológica con el

enemigo nos permite comprenderlos en todos los aspectos, lo cual resulta afortunado: podríamos haber tenido que enfrentarnos a invasores compuestos por campos de energía. O neutrones.

»Lo más esperanzador de todo es que el gran devorador posee muy pocas “supertecnologías”, por así llamarlas. A pesar de que el nivel tecnológico de los devoradores es mucho más avanzado que el nuestro, a efectos prácticos lo que diferencia a ambos es una cuestión de escala, no de complejidad teórica. La fuente de energía principal de su sistema de propulsión es la fusión nuclear. De hecho, los recursos hídricos que extraen de los planetas se emplean casi exclusivamente para alimentar dicha fusión; la parte destinada al consumo es mínima. La tecnología de propulsión de sus motores no se basa en extraños saltos temporales ni nada que se le parezca... Se basa, al igual que la nuestra, en la conservación del momento. Puede que todo esto suponga una desilusión para los científicos: al fin y al cabo, que el nivel técnico de una civilización tan longeva como la de los devoradores siga en el mismo plano que el de la nuestra pone de manifiesto los límites de la ciencia. Sin embargo, al mismo tiempo, este hecho es motivo para ser optimistas, pues nos hace saber que no nos enfrentamos a ninguna fuerza sobrenatural invencible.

El secretario general estuvo sopesando las palabras del coronel.

—¿Es eso suficiente para confiar en nuestras posibilidades de victoria? —preguntó al rato.

—Por supuesto —respondió el coronel—. Poseemos gran cantidad de datos específicos que nos permitirán desarrollar estrategias con altas posibilidades de éxito. Por ejemplo...

—¡La aceleración! ¡La aceleración! —interrumpió la eridiana, dando vueltas por encima de la cabeza de todos.

El coronel les explicó a lo que se refería:

—Según los eridianos, la capacidad de aceleración de la nave

devoradora es limitada. En los dos siglos que la observaron, jamás la vieron superar ese límite específico. A fin de confirmar esto, usando datos adicionales que la nave espacial de los eridanianos nos remitió, establecimos un modelo matemático de la estructura del gran devorador que sometimos a pruebas de aceleración. Los cálculos resultantes confirman la hipótesis de los eridanianos: el gran devorador tiene un límite de velocidad que viene determinado por su resistencia estructural. Si lo rebasara, el coloso se resquebrajaría.

—¿Y? —preguntó con altivez el líder de un gran Estado.

—Estoy seguro de que si nos sosegamos y dedicamos unos minutos a analizar ese dato con calma, seremos capaces de usarlo a nuestro favor —replicó el coronel, sonriente.

5

EL REFUGIO LUNAR

Las negociaciones entre la humanidad y el emisario extraterrestre mostraban por fin signos de un mínimo progreso: Colmillos accedió a su petición de crear un refugio en la luna.

—Los humanos son animales nostálgicos —había alegado entre lágrimas el secretario general de las Naciones Unidas en una de las reuniones.

—Al igual que los devoradores, solo que nosotros hace tiempo que nos quedamos sin hogar —había respondido Colmillos, asintiendo con empatía.

—¿Permitirá entonces que algunos de nosotros nos quedemos? Cuando el gran imperio devorador haya consumido todos los recursos de la Tierra y la escupa, una vez se establezcan los cambios geológicos, podremos regresar para reconstruir nuestra civilización.

—La deglución de un planeta es un proceso exhaustivo —dijo Colmillos—. Cuando terminemos con ella, la Tierra estará más desolada de lo que Marte lo está ahora. Con vuestra capacidad técnica de gusanos seréis incapaces de reconstruir civilización que valga.

—Aun así, nos gustaría tener ocasión de intentarlo. Sería un gran consuelo, en especial para aquellos de nosotros que vayamos a parar a las granjas del imperio. Reconfortados por la mera posibilidad de seguir teniendo un hogar en el lejano sistema solar, independientemente de que se logre, viviremos más tranquilos, engordaremos más y sabremos mejor.

—¿Y dónde van a meterse los humanos que se queden mientras devoramos la Tierra? En Venus no puede ser, porque nos lo vamos a comer también. Júpiter y Neptuno son demasiado grandes, pero devoraremos sus satélites. El imperio necesita sus hidrocarburos y su agua. Nos comeremos incluso los mundos estériles de Marte y Mercurio: nos interesan sus metales y el dióxido de carbono. Cuando terminemos con ellos, su superficie será un mar de fuego.

—Pues... podríamos refugiarnos en la luna. Hasta donde sabemos, el imperio devorador tiene previsto apartarla antes de arrasar la Tierra.

—Así es —dijo Colmillos—, la interacción de las fuerzas gravitacionales del gran devorador y la luna sería muy poderosa: la luna podría colisionar contra el anillo. Un impacto así tal vez destruiría el imperio.

—Bueno, pues en tal caso no les importará que unos cuantos humanos se muden allí.

—¿De cuántas personas estamos hablando?

—Un mínimo que garantice la continuidad de la civilización: pongamos que cien mil.

—¿De acuerdo! Pero ya podéis ir espabilando...

—¿Espabilando? ¿En qué sentido?

—¿Tendréis que encargarnos de alejar la luna de la órbita de la Tierra! A

nosotros nos da pereza.

—¡Pero...! —exclamó el secretario general, tirándose del pelo con exasperación—. ¡Ponernos esa condición es lo mismo que negarnos el permiso! ¡Sabe que carecemos de la capacidad técnica necesaria!

—Je, je, je... ¡Ay, gusanito...! Todo eso a mí me trae sin cuidado. Además, tenéis un siglo entero, ¿no?

6

SIEMBRA DE BOMBAS

Sobre la blanca superficie lunar, un grupo de personas en traje espacial se reunían al pie de una gran torre de perforación. Algo más lejos, imponente como otra nueva torre, se erigía la gigantesca figura del emisario del imperio devorador. Tanto su mirada como la de los humanos se centraban en el cilindro de acero que descendía desde la parte superior de la torre y se hundía en el pozo excavado en suelo. El cable descendió rápidamente por él. A trescientos ochenta mil kilómetros de distancia, los habitantes de la Tierra estaban pendientes del desarrollo de la operación. Entonces llegó la señal: la carga había alcanzado el fondo del pozo. Todos los observadores, Colmillos incluido, aplaudieron aquel hito histórico.

La última de las bombas nucleares que iban a propulsar la luna ocupaba al fin su lugar. Para entonces ya hacía un siglo de la llegada del cristal de Eridani y del emisario devorador. Un siglo de desesperación en el que la humanidad había sufrido lo indecible.

Durante los primeros cincuenta años, el mundo centró todos sus esfuerzos en construir un motor de propulsión lunar. Sin embargo, esa supermáquina nunca llegaría a hacerse realidad: convertidos en chatarra, una multitud de prototipos

fallidos ensuciaba la superficie lunar. También había lagos de metal, formados al derretirse los motores de fusión nuclear testados.

La humanidad había pedido ayuda a Colmillos. Al fin y al cabo, los motores necesarios para impulsar la luna no eran más que una décima parte de los del gran devorador. Sin embargo, el lagarto no solo se negó, sino que se ensañó con ellos:

—Os pensáis que entendiendo la fusión nuclear ya vais a ser capaces de construir un motor planetario. ¡De un cohete de feria a uno espacial hay mucha diferencia! Dejadlo ya, no vale la pena. En la Vía Láctea, que una civilización termine en el plato de otra más poderosa es la mar de frecuente. En las granjas se vive de maravilla, no os faltará de nada. ¿Sabíais que hay civilizaciones que se ofrecieron voluntarias y las rechazamos? No os gusta la idea porque os puede vuestro antropocentrismo absurdo.

Así las cosas, la humanidad recurrió al cristal de Eridani. Sin embargo, también esa opción iba a fallar. La tecnología eridaniense había evolucionado por una senda diferente a la de la Tierra y la de los devoradores: dependía de los organismos de su planeta de origen. El cristal, sin ir más lejos, era un simbiótico desarrollado a partir de un plancton concreto muy distinto del que se hallaba en los océanos de la Tierra. En la medida que los eridanienses se limitaban a sintetizar y hacer uso de las propiedades especiales de la vida en su planeta sin llegar a comprender sus misterios, privados de aquella materia prima, su tecnología era imposible de imitar.

Quizá a causa de la desesperación que sentían tras haber perdido cincuenta valiosos años, los humanos idearon un excéntrico plan. El primero en atreverse a proponerlo fue el coronel, que para entonces había sido ascendido a alto coronel y era uno de los líderes a cargo del programa de propulsión lunar. La idea era desquiciada, pero sus requisitos técnicos eran tan modestos

(toda la tecnología necesaria existía ya) que, al oírla, todo el mundo se sorprendió de no haber pensado en ponerla a prueba con anterioridad.

No podía ser más simple: se trataba de enterrar un gran número de bombas nucleares en una cara de la luna. La profundidad media iba a ser de unos tres mil metros e iban a distanciarse de manera que las distintas explosiones no se interfirieran.

El plan preveía enterrar cinco millones de bombas nucleares en la cara de propulsión. En comparación con estas bombas, las bombas nucleares fabricadas durante la Guerra Fría parecían de juguete.

Llegada la hora de detonar aquellas superbombas soterradas, estaba claro que la potencia de sus explosiones superaría con creces la de las pruebas nucleares subterráneas del pasado. Las detonaciones lunares no iban a ser sofocadas; a pesar de estar sepultadas, gracias a la baja gravedad de la luna harían saltar todo: los escombros alcanzarían velocidad de escape y serían expulsados hacia el espacio, generando así una tremenda propulsión para la luna.

Detonando cierto número de bombas en cadena, la fuerza de propulsión se mantendría continua. Sería como si la luna poseyera un potentísimo motor. Y detonándolas solo en diferentes posiciones, sería posible controlar la dirección del vuelo de la luna.

Como medida adicional, se previó enterrar una segunda capa de bombas nucleares a mayor profundidad, aproximadamente seis kilómetros más que la primera. De este modo, después de que las bombas de la capa superior se agotaran, se liberarían tres kilómetros de espesor de materia de la superficie de propulsión lunar y se procedería a detonar la segunda ronda de bombas, doblando así la cantidad de tiempo durante el que la luna sería propulsada.

Cuando el plan llegó a oídos de la chica del cristal de Eridani, pensó que los seres humanos se habían vuelto locos.

—¡Ahora sé que si poseyerais la capacidad técnica de los devoradores, resultaríais aún más brutales que ellos!

En cambio el plan fascinó a Colmillos.

—Vaya, vaya... qué cosas se les ocurren a los gusanos... —dijo divertido—. ¡Me encanta! Un plan zafio. Cuanto más bruto, más hermoso.

—¡No digas tonterías! —protestó la eridaniense—. ¿Cómo va a ser hermosa la brutalidad?

—¡Por supuesto que lo es! El universo es el mejor ejemplo. ¿Puede haber algo más brutal que un abismo frío y oscuro plagado de estrellas ardiendo? ¡La esencia del universo es masculina! ¿Aún no os habéis dado cuenta? Las civilizaciones feminoideas como la vuestra son frágiles y delicadas, sucumben al más mínimo envite; dentro del gran orden del universo, no suponen más que una insignificante anomalía arrinconada.

Habían pasado cien años, pero Colmillos se mostraba tan enérgico como de costumbre. La chica del cristal de Eridani conservaba a su vez la vitalidad y frescura del primer día, pero en cambio el coronel sentía en sus carnes el paso de los años: a la proveya edad de ciento treinta años, ya era todo un anciano.

El gran devorador acababa de cruzar la órbita de Plutón y comenzaba a despertar tras los sesenta mil años de largo viaje desde Épsilon Eridani. El gigantesco neumático espacial se había vuelto muy brillante y la enorme sociedad que contenía empezaba a bullir de actividad preparándose para el saqueo del sistema solar.

Después de arrasar los planetas de la periferia, el gran devorador aceleró la marcha y puso rumbo directo hacia la Tierra.

DE LA HUMANIDAD

La luna había comenzado a acelerar y alejarse de la Tierra.

Las primeras bombas detonaron cuando se encontraba en la cara diurna del planeta. Cada uno de los destellos de las explosiones la iluminó por un instante, haciéndola visible en el azul del cielo y dándole la apariencia de un ojo plateado parpadeando frenéticamente.

Al caer la noche en la Tierra, continuaron produciéndose destellos; ahora, laterales. A pesar de los cuatrocientos mil kilómetros de distancia a los que se producían, fueron visibles a simple vista. A continuación pudo observarse que la luna dejaba un tenue rastro plateado: eran las rocas expulsadas al espacio desde su superficie. Las cámaras montadas en la cara de propulsión mostraban los escombros inundado el espacio como si fuesen grandes chorros de barro. Poco a poco se iban volviendo más finos y quedaban convertidos en una especie de tela de araña. Girando hacia la cara opuesta de la Tierra, la luna comenzaba a describir una órbita de aceleración.

Sin embargo, la atención de la humanidad se centraba ahora en el tremebundo anillo que había aparecido en el cielo: el gran devorador estaba ya muy cerca de la Tierra. Las mareas causadas por su fuerza gravitacional habían arrasado todas las ciudades costeras.

Los motores de la parte trasera de la nave emitían una potente luz azul mientras esta efectuaba los últimos ajustes. Primero se colocó sobre la Tierra y se sincronizó en su órbita alrededor del sol; luego, alineándose con su eje de rotación, comenzó a apresarla en su anillo interior.

La aceleración de la luna prosiguió durante dos meses más, período en el que cada dos o tres segundos explotaba en su superficie una nueva bomba nuclear que la continuaba propulsando. En total se produjeron más de dos millones y medio de explosiones. La segunda órbita alrededor de la Tierra

completada por la luna en aceleración tenía clara forma elíptica. Justo cuando alcanzaba el extremo más alejado del planeta azul, citado por el coronel, Colmillos aterrizó en la cara que aceleraba, lejos de las explosiones.

De pie en medio de un gran cráter, sentían la vibración de las explosiones que tenían lugar en las antípodas. Parecían los latidos del corazón del planeta. En la oscuridad del cielo, el gigante anillo devorador ocupaba ya la mitad del cielo.

—¡Buen trabajo, gusano coronel, buen trabajo! —elogió Colmillos con total sinceridad—. Pero tenéis que daros prisa, solo os queda una órbita para terminar de acelerar; nuestro imperio no tiene la costumbre de esperar a nadie. Y una pregunta: la ciudad subterránea que construisteis hace diez años sigue vacía. ¿Cuándo vendrán los inmigrantes? ¿Podréis transportar cien mil personas desde la Tierra hasta aquí en un mes?

—No va a venir nadie —respondió el coronel—. Nosotros seremos los últimos humanos que pisen la luna.

Al escuchar esto, Colmillos se dio la vuelta con sorpresa y supo a quién se refería el «nosotros» del coronel: un batallón de cinco mil soldados de la Fuerza Espacial de la Tierra aguardaba en perfecta formación sobre la planicie. Al frente, varios hombres desplegaron una bandera azul.

—¡Esta es la bandera de nuestro planeta! ¡La Tierra declara la guerra al imperio devorador! —anunció desafiante el coronel.

Más sorprendido que asustado, Colmillos se quedó completamente quieto. Luego, debido a un repentino aumento de la gravedad lunar, cayó de espaldas. El impacto de su enorme cuerpo en la superficie levantó una gran cantidad de polvo. En estado de shock, desde el suelo, vio que justo cuando el polvo volvía a asentarse, volaba de nuevo por los aires. Se asentó una vez más. Volvió a levantarse una vez más. Eso le indicó que la frecuencia de las explosiones nucleares había aumentado. El fuerte incremento de la gravedad

que lo había derribado le permitió asimismo especular que la aceleración de la luna había crecido también. Rodando sobre sí mismo, sacó un enorme ordenador del bolsillo delantero de su traje espacial y visualizó la órbita actual de la luna: si continuaba acelerando a ese ritmo, acabaría por salirse de su órbita, librándose de la gravedad de la Tierra y yendo directa...

Siguió la línea de puntos roja.

Directa hacia el gran devorador.

Lentamente, Colmillos se puso de pie, dejando caer el ordenador al suelo. Irguiendo con fuerza el cuello en contra de la gravedad en creciente aumento, miró a través del polvo: el batallón terrestre seguía plantado frente a él, tan inmóvil como un ejército de estatuas.

—Habéis pasado un siglo entero conspirando... —murmuró.

El coronel asintió.

—Se da cuenta demasiado tarde.

—¡Ah, debí haberlo imaginado...! —exclamó Colmillos con un hondo suspiro—. Los terrícolas sois completamente distintos de los eridanianos. En su mundo, la vida evolucionó de forma simbiótica; no conocen ni la competencia ni la selección natural ni mucho menos la guerra... Pensar que someteros a vosotros, acostumbrados a masacraros unos a otros desde el día que bajasteis de los árboles, iba a ser igual de fácil, constituye... constituye una grave negligencia por nuestra parte.

—La información que nos proporcionaron los eridanianos resultó de vital importancia —dijo el coronel—. El límite de aceleración del gran devorador es la base de nuestro plan: propulsada por las bombas, la luna acelera a una velocidad que triplica la velocidad de maniobra del gran devorador. No puede escapar del impacto.

—Tampoco creáis que nos habéis pillado por completo desprevenidos —dijo entonces Colmillos—. En cuanto la Tierra comenzó a producir grandes

cantidades de bombas nucleares, monitorizamos de forma constante su paradero. Sabíamos perfectamente que algunas habían sido soterradas a mayor profundidad. Lo que no imaginábamos...

El coronel esbozó una sonrisa detrás del visor de su casco.

—No somos tan estúpidos como para atacar directamente. El gran devorador habría interceptado cualquier tipo de misil que le lanzáramos. Lo que no va a ser capaz de interceptar es algo tan enorme como la luna. Puede que por su tamaño llegue a romperla o a desviarla, pero a la distancia en la que se encuentra ya es demasiado tarde para esquivarla.

—¡Gusanos traicioneros, rastrosos, inmundos! —gruñó el lagarto—. Os habéis aprovechado de la franqueza del imperio devorador. Actuar a cara descubierta nos ha convertido en blanco fácil para vuestras frías maquinaciones...

Colmillos, enfurecido, estuvo a punto de arrancarle la cabeza al coronel, pero se detuvo: los soldados estaban apuntándolo. No olvidaba que seguía siendo de carne y hueso. Una sola bala habría bastado para acabar con su vida.

—Nos vamos —anunció entonces el coronel—; le aconsejamos que haga lo mismo si no quiere morir a manos de su propio imperio.

Tenía razón: justo cuando la nave de Colmillos y la de la Fuerza Espacial de la Tierra abandonaron la luna, un misil devorador la alcanzó. Por un momento, las caras del satélite terrestre iluminadas fueron dos y no una. La explosión en la cara en avance liberó en el espacio una gran cantidad de escombros que, a diferencia de lo que ocurría con los que liberaba la cara propulsada, salieron disparados en todas direcciones. Vista desde la Tierra, la luna semejó en ese momento un airado guerrero arremetiendo contra el gran devorador con un ímpetu irrefrenable. En todos los países donde era visible hubo una gran oleada de aplausos y vítores.

Las acciones de interceptación del gran devorador fueron muy breves: se dio cuenta enseguida de su futilidad. Quedaban escasos instantes para que la luna impactara con él, insuficientes para variar el curso o para destruirla.

Las explosiones propulsoras de la luna cesaron también. El planeta había adquirido la velocidad necesaria y los defensores de la Tierra querían reservar suficientes bombas para posibles maniobras finales.

Se hizo el silencio más absoluto. En mitad de la fría soledad del espacio, el gran devorador y el satélite de la Tierra seguían aproximándose; la distancia que los separaba se estaba acortando a pasos agigantados. Cuando estuvieron a menos de quinientos mil kilómetros, los tripulantes de la nave de comando de la Tierra, reunidos en la cabina de mando, vieron la imagen de la luna superponiéndose al anillo alienígena: parecía una canica a punto de colarse en un agujero.

De momento, el gran devorador mantenía el rumbo. Era fácil de entender: si actuaba demasiado pronto, la luna tendría tiempo de alterar su curso. Cualquier maniobra evasiva sensata debía por fuerza llevarse a cabo poco antes del inminente impacto. Como dos caballeros medievales lanza en ristre galopando decididos el uno hacia el otro, sus destinos se decidirían en el último segundo.

Las dos grandes civilizaciones de la Vía Láctea contuvieron la respiración.

Cuando estuvieron a treinta mil kilómetros de distancia, desplegaron sus estrategias. Los motores del gran devorador fueron los primeros en rugir, expulsando una llamarada azul de decenas de miles de kilómetros. Trataba de evadirse. En la luna, se reanudaron las explosiones; solo que más intensas y más frecuentes. Corregía su trayectoria en busca de la colisión: la curva dibujada por su estela de escombros delineaba a la perfección el cambio.

El chorro azul de decenas de miles de kilómetros de las llamas de los motores del gran devorador se fusionó con los destellos de plata de las

bombas nucleares de la luna; fue la escena más fabulosa de la historia del sistema solar.

Los dos titanes maniobraron así durante tres largas horas. Cuando la distancia que los separaba era de apenas cincuenta mil kilómetros, la pantalla del puente de mando de la nave de comando terrícola mostró algo inaudito: el gran devorador aceleraba a una velocidad cuatro veces mayor del límite que los eridanianos creían posible.

Hasta aquel instante, los defensores de la Tierra habían confiado en que aquel límite existía; había sido la base del plan que debería conducirles a la victoria. Ahora, las bombas que quedaban por explotar eran insuficientes para maniobrar más; la luna iba a pasar a cuatrocientos kilómetros de distancia del gran devorador sin ni tan solo rozarlo.

Con un destello violento y deslumbrante, la luna gastó su última bomba. Casi al mismo tiempo, el motor del gran devorador se apagó. En mitad del mortal silencio que se hizo, las leyes de la inercia se encargaron de rubricar el capítulo final de aquella magnífica epopeya: la luna pasó rozando al gran devorador a tal velocidad que la fuerza gravitacional de este solo fue capaz de desviarla levemente. Con el gran devorador atrás, la luna comenzó a alejarse del sol.

Un silencio sepulcral se adueñó de la cabina de mando de la nave terrícola.

—Los eridanianos nos... ¿engañaron? —murmuró un general.

—¡El cristal sería una trampa de los devoradores! —exclamó con rabia un soldado.

La cabina se sumió en el caos. Todo el mundo trataba de desfogar la frustración gritando, llorando, tirándose del pelo... Solo el coronel, la mar de sereno, mantenía la vista fija en la pantalla. Lentamente, se dio la vuelta y pronunció una frase que calmó los ánimos en seco:

—Plantéense lo siguiente: ¿por qué ha apagado los motores el gran

devorador?

La algarabía cesó al instante y todos se pusieron a pensar lo mismo: ciertamente, el enemigo carecía de motivos para apagar el motor; no solo no tenía manera de saber si a la luna le quedaban bombas, sino que corría además el riesgo de que su gravedad atrajera a la luna. Haber seguido acelerando lo hubiera alejado aún más de los escasos cuatrocientos kilómetros a los que quedó.

—Muéstrenme un primer plano de la superficie exterior del devorador —ordenó el coronel.

Al segundo apareció una imagen holográfica en la pantalla gigante. La retransmitía una minúscula sonda de reconocimiento que seguía al gran devorador volando a toda velocidad a quinientos kilómetros por encima de él. Todos miraron asombrados la orografía iluminada de aquella enorme mole de acero. El coronel, familiarizado desde el siglo anterior con todos y cada uno de sus detalles, reparó en una larga línea oscura. Estaba seguro de que era nueva. Pronto, los demás se percataron también:

—¿Qué es eso...? Parece... una grieta.

—Sí que lo es. Una grieta de cinco mil kilómetros —dijo el coronel asintiendo—. Los eridanianos no nos engañaron, toda la información que nos proporcionaron era correcta. El límite de aceleración es real, pero cuando el gran devorador vio que la luna se le echaba encima, desesperado, decidió correr el riesgo de acelerar a una velocidad cuatro veces mayor del límite y ahora paga las consecuencias: está resquebrajándose.

Entonces le encontraron otra grieta.

—¡Mirad! ¿Qué es eso? —exclamó un soldado cuando el gran devorador, a causa de su rotación, reveló otra zona de su superficie. Como un extraño amanecer, un fulgurante halo de luz azul había aparecido en el borde más alejado de aquella mole metálica.

—¿Un motor rotacional? —dijo otro soldado.

—Sí —confirmó el coronel—, está usándolo a toda potencia para tratar de frenar.

—¡Esto confirma sus sospechas, coronel!

—¡Rápido, reúnan todos los datos disponibles para hacer una simulación!
—dijo entonces el coronel.

Antes de que pronunciara la frase, sus hombres ya se habían puesto manos a la obra. Después de un siglo de desarrollo, habían logrado un modelo matemático que describía a la perfección la estructura física del gran devorador. Con solo introducir los datos necesarios, tuvieron los resultados: el motor rotacional iba a tardar casi cuarenta horas en reducir la rotación del gran devorador por debajo del nivel crítico; sin embargo, las fuerzas centrífugas iban a desintegrarlo en menos de dieciocho horas.

Todo el mundo irrumpió en vítores. Para su satisfacción, la pantalla mostró una simulación holográfica del momento de la destrucción: era un proceso lento, casi onírico. La gran nave alienígena iba a desintegrarse en mitad de la oscuridad del espacio al igual que la leche se diluía en el café; sus contornos desaparecerían gradualmente como si se disolvieran y solo reaparecerían con los ocasionales destellos de las explosiones.

A diferencia de sus hombres, el coronel no disfrutó de aquella fascinante visión. Estaba pendiente del monitor que mostraba la imagen real del gran devorador. No había alegría en su rostro. Conforme quienes lo tenían al lado lo notaron, fueron reprimiendo el júbilo para reunirse en torno a él.

Entonces vieron reaparecer el halo azul del borde de la nave.

El gran devorador había vuelto a encender el motor.

Teniendo en cuenta el crítico estado de su estructura, aquel movimiento resultaba del todo incomprensible: la más leve aceleración podía causar que se desintegrara. Lo más desconcertante de todo fue la dirección en que se

movió: estaba regresando lentamente al punto de su trayectoria original en que había iniciado la maniobra de evasión. Restableciendo su órbita sincrónica original. Realineando su eje de rotación.

—¿Eh? ¿Estando así, aún le quedan ganas de comerse a la Tierra? —dijo alguien.

El comentario despertó unas pocas risas que cesaron de golpe ante la expresión del rostro del coronel: había dejado de mirar el monitor; tenía los ojos cerrados y la cara pálida. A lo largo del siglo que llevaban luchando contra el gran devorador, los astronautas se habían familiarizado con su legendaria sangre fría. Nunca lo habían visto así. Todos se fueron calmando y centrando su atención en el monitor. Finalmente comprendían la gravedad de la situación.

El gran devorador tenía una última baza que jugar.

Volaba hacia la Tierra. Se aproximó a su polo sur perfectamente sincronizado con la órbita y la rotación del planeta.

Si tardaba demasiado en actuar, las fuerzas centrífugas de su propia rotación amenazaban con desintegrarlo. Si se precipitaba, la fuerza de la aceleración era capaz de hacer lo mismo.

El gran devorador caminando sobre una cuerda floja: su supervivencia dependía de su capacidad de equilibrar a la perfección tiempo y velocidad.

Conforme el polo sur de la Tierra era engullido por el gran neumático, el continente antártico se deformaba como si fuese mantequilla derritiéndose en una sartén. Cuando el agua de los océanos fue arrastrada hacia allí por la gravedad, el continente de hielo desapareció del todo.

Al mismo tiempo, empezaron a abrirse más grietas en el anillo del gran devorador, pero no solo eso: tanto las grietas nuevas como las viejas se estaban alargando y ensanchando. Las primeras ya no eran oscuras: de ellas

surgía ahora un tenebroso fuego rojo proveniente del infierno que había a miles de kilómetros de profundidad.

Entonces comenzaron a brotar de la superficie del anillo múltiples líneas blancas como la seda de una araña, y enseguida llegaron a ser tantas que parecía que al gran devorador le estuviera creciendo pelo: eran las estelas de las naves que evacuaban aquel mundo al borde de la destrucción.

Sin embargo, cuando el anillo se tragó la mitad de la Tierra, la situación se invirtió: la fuerza gravitacional del planeta, actuando como una miríada de rayos invisibles que tirasen de él, impidió que siguiera desintegrándose. No solo dejaron de aparecer nuevas grietas en la superficie del gran devorador, sino que las ya existentes dejaron de crecer.

Catorce horas más tarde, cuando la Tierra quedó encajada en el gran anillo, la fuerza de su gravedad alcanzó su cenit y las grietas de la superficie del gran devorador comenzaron a encoger.

En cuestión de cinco horas se habían cerrado completamente.

Dentro de la nave de comando, la imagen de la pantalla del puente de mando se fundió en negro y todas las luces se apagaron. La única luz visible fue la del sol al otro lado de las ventanillas. La nave seguía rotando lentamente a fin de generar gravedad, por lo que el sol asomaba y desaparecía por cada una de ellas, subiendo y bajando, alternando entre luz y sombra como si quisiera recordar a los humanos lo que habían sido los días y las noches en el pasado.

—Quiero agradecerles el empeño y la dedicación que han demostrado durante el último siglo. Gracias —dijo el coronel, dedicando un sentido gesto de saludo a todos los presentes. Luego, ante la atenta mirada de los soldados, se alisó tranquilamente el uniforme, se enderezó y mantuvo la cabeza alta. Todos lo imitaron.

La humanidad había fracasado, pero los defensores de la Tierra habían

cumplido con su cometido, esforzándose al máximo hasta el final. Como soldados, tenían perfecto derecho a sentirse orgullosos.

8

EPÍLOGO

RETORNO

—¡Es agua de verdad! —exclamó con deleite un joven teniente frente a lo que, en efecto, era una vasta extensión de agua. Las ondulaciones de su superficie resplandecían bajo un cielo de tonos ocres.

El coronel se quitó un guante del traje espacial y, ahuecando la palma de la mano, tomó un poco de agua. Luego se abrió el visor del casco y la probó.

—Hum... no está demasiado salada —dijo apresurándose a volver a cerrar el visor. Viendo que el teniente se disponía a abrir el suyo, se lo impidió.

—Corremos riesgo de sufrir síndrome de descompresión —le advirtió—. El problema no es la composición de la atmósfera, los tóxicos como el azufre ya casi han desaparecido... Es por la presión atmosférica, que es demasiado baja. Sin visor, sentiríamos lo que se sentía antes de la guerra a una altura de diez mil metros.

Un general estaba escarbando la tierra.

—Quizá haya semillas de hierba —explicó, levantando la vista para mirar al coronel con una sonrisa.

—Antes esto era el fondo del mar —replicó este.

—Podríamos ir a Nuevo Continente 11 a ver —sugirió entonces el teniente—; no queda muy lejos, igual allí sí encontramos alguna.

—Aunque las hubiera, a estas alturas estarían más que chamuscadas —se lamentó otro hombre, suspirando con pesar.

Escrutaron el horizonte en todas direcciones. Estaban rodeados por múltiples cadenas montañosas consecuencia de los recientes movimientos orogénicos, grandes macizos de oscura roca desnuda de cuyas cumbres brotaban ríos de refulgente magma rojo: la sangre que corría por las venas de los cuerpos de aquellos gigantes.

En cambio, los ríos de magma que habían corrido por la tierra a sus pies hacía tiempo que habían desaparecido.

Así era la Tierra ahora, doscientos treinta años después de la guerra.

Justo a su término, los más de cien supervivientes a bordo de la nave de comando habían entrado en sus cámaras de hibernación a aguardar el momento en que el gran devorador escupiese la Tierra y pudieran regresar a ella. Durante su espera, la nave de comando se convirtió en un satélite que orbitaba a distancia alrededor del nuevo planeta que conformaban la Tierra y el gran devorador. El imperio devorador no los molestó.

Ciento veinticinco años después, el sistema de sensores de la nave detectó que el gran devorador se disponía a escupir la Tierra y procedió a despertar a algunos de los hibernados. Para cuando recuperaron la conciencia, el imperio devorador había abandonado el planeta y se dirigía a Venus. La Tierra se había convertido en un planeta irreconocible, extraño, parecía un ascua recién salida de la estufa. Los océanos se habían evaporado y un gran entramado de ríos de lava cubría la tierra.

Los tripulantes de la nave de comando se vieron obligados a reconfigurar los sensores de a bordo y a seguir hibernando hasta que la Tierra se enfriara del todo.

La espera duró un siglo.

Cuando volvieron a despertar, los abruptos cambios geológicos habían cesado por fin y la Tierra era un desolado desierto amarillo. No quedaba el menor rastro de vida; sí un remanente de atmósfera, aunque muy escaso.

También divisaron varios cuerpos de agua: vestigios de lo que antes de la guerra habían sido los océanos, por lo que decidieron aterrizar en las proximidades de uno. Tenía el tamaño de lo que antes habría sido un lago mediano.

De pronto, un gran estruendo (ensordecedor a causa de las características de aquella atmósfera) resonó por encima de las cabezas. Envuelta en una nube de polvo, la familiar silueta de una nave devoradora aterrizaba a poca distancia de su nave. Cuando se abrieron las compuertas, vieron aparecer a un ajado Colmillos. El bastón en que se apoyaba para andar era casi tan largo como un poste telefónico.

—¡Vaya, sigue usted vivo! —le gritó el coronel al tiempo que iba a su encuentro—. ¿Cuántos años tiene ya, quinientos?

—¿Cómo iba a vivir yo tanto! —protestó el alienígena—. Me puse a hibernar como vosotros, treinta años después de la guerra. Para así volver a veros.

—¿Dónde está el gran devorador ahora?

—Solo puede verse de noche; parece una estrella tenue —dijo el lagarto señalando un punto en el cielo—. Acaba de abandonar la órbita de Júpiter.

—¿El imperio se marcha del sistema solar?

Colmillos asintió.

—Sí. Y hoy mismo me iré tras él.

Hubo una pausa.

—Los dos hemos envejecido —observó el coronel.

—Pues sí... —reconoció Colmillos, bajando la mirada. La garra con que asía el bastón le temblaba—. Este mundo, ahora... —añadió, señalando cielo y tierra.

—Todavía queda una mínima cantidad de agua y atmósfera. ¿Es una gentileza de su imperio?

—No se trata de ninguna deferencia, el mérito es todo vuestro.

Los defensores de la Tierra lo miraron extrañados.

—Así es —prosiguió—. Esta guerra nos debilitó como ninguna otra. Las grietas que se abrieron en el gran devorador provocaron cientos de millones de muertes y dañaron seriamente su ecosistema. Tardamos cincuenta años terrestres en efectuar las reparaciones básicas, solo entonces pudimos comenzar a masticar la Tierra. Dispusimos de muy poco tiempo: si no nos apresurábamos, una nube de polvo interestelar acabaría obstaculizando nuestra salida del sistema solar. Rodearla nos habría llevado diecisiete mil años de viaje, tiempo suficiente para que el estado de la siguiente estrella a la que nos dirigíamos cambiase y los planetas que queríamos comernos terminasen chamuscados. De no haber sido por esa prisa, habríamos apurado hasta la última gota.

—Oír eso nos llena de orgullo —dijo el coronel, mirando a quienes lo rodeaban.

—Fuisteis dignos oponentes. ¡La formidable guerra interestelar que libramos os garantiza un lugar destacado en los anales bélicos de nuestro imperio! Aún hoy, los poetas de nuestro mundo siguen alabando vuestra gesta.

—Nos gustaría que también fuese recordada por la humanidad. Por cierto, ¿qué pasará ahora con ella?

—Al terminar la guerra, trasladamos a nuestro imperio unos dos mil millones de humanos, cerca de la mitad de la población mundial —respondió Colmillos, abriendo su enorme ordenador portátil para mostrarles imágenes de la vida que llevaban los humanos a bordo del gran devorador: un gran cielo azul sobre un hermoso prado verde en el que un grupo de personas ataviadas con coronas de flores cantaban y bailaban con alegría. Todos llevaban el mismo tipo de túnica blanca y sus facciones eran uniformes y delicadas, por lo que a primera vista resultaba difícil distinguir su sexo. Al fondo, en la

distancia, se erigía un hermoso castillo de tonos crema y chocolate que parecía salido de un cuento de hadas.

A medida que la cámara se aproximó, el coronel pudo apreciar mejor la expresión de los hermosos rostros de todos: rebosaban la felicidad más absoluta, una felicidad simple y despreocupada, tan pura como un cristal transparente; una felicidad que antes de la guerra los humanos solo experimentaban de forma efímera en la primera infancia.

—Nos aseguramos de que sean absolutamente felices. Es un requisito imprescindible para su crianza; de lo contrario, su carne pierde calidad. Los terrícolas son un manjar selecto solo al alcance de los miembros más pudientes del imperio; la gente como yo no se puede permitir un capricho así. ¡Ah, por cierto, coronel, hemos dado con tu bisnieto! Te ha dedicado unas palabras, ¿quieres que te enseñe el vídeo?

El coronel asintió con asombro.

La pantalla mostró la imagen de un muchacho de aspecto angelical. No aparentaba más de diez años, pero en cambio su estatura era la de un adulto. Sus manos delicadas jugueteaban con una corona de flores: debía de haber estado bailando con los otros.

Agitando las pestañas y fijando sus vivarachos ojos en la cámara, dijo:

—Así que mi bisabuelo sigue vivo... Pues mire, buen hombre, yo solo le pido una cosa: ¡que haga el favor de no venir a verme, porque me moriría del asco que me iba a dar! ¡Aquí a todos nos dan arcadas solo de pensar en la clase de vida que llevaban los humanos antes de la guerra! ¡Vivían como perros salvajes, como cucarachas! Usted y sus defensores de la Tierra estuvieron a punto de impedir que viniéramos a este paraíso. ¡Perturbados! No tiene ni idea de la vergüenza que me hace sentir, de lo repugnante que me resulta. ¡Puaj! ¡Ni se le ocurra venir! ¡Ande y muérase!

Dicho esto, se marchó dando saltitos a reincorporarse a la celebración del

prado.

Colmillos fue el primero en romper el incómodo silencio que se hizo.

—Vivirá más allá de los sesenta años. No lo sacrificarán.

—Si es en deferencia hacia mí, se lo agradezco —le dijo el coronel con una sonrisa amarga.

—No es eso. Desde que supo de quién desciende está muy alterado; el odio que siente hacia ti afecta la palatabilidad de su carne.

Colmillos dedicó un minuto a contemplar aquellos últimos humanos que tenía enfrente. Sus trajes espaciales estaban en muy mal estado y el paso de los años había hecho mella en sus rostros. A la luz de aquel sol amarillento parecían un conjunto de estatuas de hierro oxidado clavadas en el suelo.

—Al principio dudé en si enseñaros esto o no —les dijo entonces, cerrando el ordenador con gesto apesadumbrado—, pero me habéis demostrado que sois verdaderos guerreros; sé que tenéis lo que hay que tener para afrontar la realidad y aceptar... que la civilización humana ha llegado a su fin.

—Por su culpa —dijo el coronel, tajante y con la mirada fija en la distancia—. Han cometido un crimen inmoral.

—¿Quieres que hablemos de moral y de responsabilidades? —apostilló Colmillos con una sonrisa burlona.

—Después de haber invadido nuestro hogar y devastarlo, no sé cómo puede considerarse un interlocutor válido —zanjó el coronel.

Ni él ni sus hombres podían estar interesados en semejante conversación. La fría y extrema brutalidad de la civilización devoradora sobrepasaba los límites de la comprensión humana, ¿cómo iban a aceptar enfrascarse en disquisiciones morales de ningún tipo con un miembro de esta?

—Te equivocas. Estamos cualificados para hablar de cuestiones morales con vosotros: «¿Cómo se atreve a comérselo así, sin más?».

La frase provocó un escalofrío general. No procedía del traductor, sino que

había sido pronunciada por Colmillos. A pesar del estruendo de su voz, había logrado una magnífica imitación del tono empleado por el coronel tres siglos antes.

A través del traductor, Colmillos prosiguió:

—Coronel, su extrañeza de hace trescientos años estaba justificada: cuando dos civilizaciones separadas por el espacio interestelar se encuentran, son sus semejanzas y no sus diferencias las que deberían chocarnos; no hay motivos para que ocurra como en nuestro caso.

Las miradas de todos se centraron en Colmillos. Tenían el extraño presentimiento de que estaba a punto de revelar un impactante secreto.

Apoyándose en su bastón, Colmillos enderezó la espalda y miró hacia la lejanía.

—Amigos —comenzó—, la verdad es que nacimos bajo un mismo sol. ¡La Tierra es nuestro hogar común! Pero nosotros tenemos mayor derecho a reclamarla, un derecho que se remonta ciento cuarenta millones de años en el pasado, cuando nuestros ancestros poblaron por primera vez este bello planeta y crearon su gloriosa civilización.

Los guerreros de la Tierra miraron a Colmillos con extrañeza. A su lado, las aguas de lo que había sido el océano resplandecían bajo la tenue luz amarilla del sol. En las recién formadas cordilleras de la lejanía, ríos de magma del color de la sangre seguían fluyendo.

Sesenta millones de años después, las dos grandes especies que habían dominado la Tierra en sendas épocas respectivas se reconocían al fin, frente a frente, sobre la desolada superficie del planeta que las vio nacer.

—Es un... dinosaurio —susurró alguien, conmocionado.

Colmillos asintió.

—La civilización de los dinosaurios surgió hace cien millones de años terrestres, a mediados del período que vosotros llamáis Cretácico mesozoico.

Alcanzó su máximo esplendor en el Cretácico tardío. Siendo una especie de tan enormes dimensiones, consumíamos una gran cantidad de recursos naturales; tanto era así que, cuando aumentó la población, la Tierra fue incapaz de proporcionarnos lo necesario para asegurar nuestra supervivencia y nos vimos obligados a consumir el ecosistema de Marte.

La civilización de los dinosaurios dominó el planeta Tierra durante veinte millones de años, pero su eclosión fue cosa de unos pocos milenios. Sus efectos a nivel geológico fueron idénticos a los que hubiera tenido el impacto de aquel meteorito que intuíaís culpable de la llamada extinción masiva del Cretácico terciario. Al final, un día, los dinosaurios se subieron a diez enormes naves generacionales y se marcharon rumbo hacia el mar de estrellas. Con el tiempo, las naves terminaron fusionándose en una sola que, cada vez que alcanzaba el planeta de alguna estrella, lo consumía para hacerse mayor. Sesenta millones de años después, esa nave se ha convertido en el gran devorador que conocéis.

—¿Qué os llevó a querer devorar la Tierra? ¿Acaso los dinosaurios sois incapaces de sentir apego por el que un día fue vuestro hogar? —preguntó alguien.

Aún inmerso en sus recuerdos, Colmillos le respondió:

—Resulta muy difícil de explicar... El espacio es vasto hasta el infinito, sí. Pero a diferencia de lo que podáis imaginar, los lugares aptos para la supervivencia de una forma de vida avanzada basada en el carbono son escasos y están muy alejados unos de otros. A menos de dos mil años luz de aquí hay una gran nube de polvo interestelar que bloquea la parte central de la Vía Láctea. No tenemos manera de sortearla ni de traspasarla, pero no importa: más allá hay fuertes radiaciones y un gran número de agujeros negros a los que tampoco íbamos a sobrevivir de todas formas. Yendo en dirección opuesta, a partir del extremo del brazo en espiral de la Vía Láctea, no hay más

que un vacío infinito. El gran devorador ha dado cuenta de todos los planetas que existen entre esas dos barreras. La única opción que nos queda para sobrevivir es navegar hacia el otro brazo de la Vía Láctea. Ignoramos lo que pueda haber allí, pero quedarnos en este callejón sin salida no es una opción. El viaje durará quince millones de años y no hay nada por el camino; debemos hacer acopio de cuanto podamos antes de partir.

»En este momento, el imperio devorador es un pez que agoniza en el lecho de un río seco; es preciso que dé un último salto desesperado antes de que el agua se evapore por completo. Es muy probable que caiga en la tierra de la linde del río, pero ¿y si fuera a parar a un pozo donde pudiera sobrevivir? Habláis de sentimientos de apego... Después de miles de años de arduo viaje interestelar y multitud de guerras, el corazón de la raza de los dinosaurios se ha vuelto de piedra. Solo nos importa consumir el mayor número de recursos posible para el viaje milenar que vamos a emprender. Pero ¿qué es, si no, la civilización? La civilización es devorar, consumirlo todo sin parar, no dejar de crecer y expandirse. Todo lo demás es secundario.

—¿Es la lucha por la supervivencia la única ley que rige sobre la evolución biológica y cultural? —preguntó el coronel, con gesto meditativo—. ¿No es posible crear una civilización autosuficiente, introspectiva, en la que distintas formas de vida convivan en simbiosis como la civilización de los eridanianos?

—No soy filósofo —respondió Colmillos tras un hondo suspiro de resignación—. Tal vez sea posible. El problema es: ¿quién va a atreverse a intentarlo a estas alturas? La supervivencia ha dependido siempre de la capacidad de subyugar y destruir al otro. Todos cuantos se han atrevido a contravenir esa ley en apariencia universal en favor de otros procederes y actitudes han perecido.

Colmillos dio media vuelta y fue a meterse en su nave. Al cabo del rato

salió portando un cofre rectangular de unos tres o cuatro metros de largo. Parecía muy pesado, daba la sensación de que habrían sido necesarias cuatro personas para levantarla. Colmillos lo depositó en el suelo, levantó la tapa y todos pudieron ver lo que contenía: estaba lleno de tierra de la que brotaba la hierba. En contraste con el erial amarillo circundante, su verde resultó conmovedor.

—Es una parcela de tierra terrestre. Al final de la guerra la puse a hibernar con sus plantas y sus insectos. Ahora, dos siglos después, han despertado conmigo. Quería llevármelos de recuerdo, pero pensándolo mejor, he decidido devolverlos. Ya nos hemos llevado demasiado.

Contemplando aquel montón de tierra, los ojos de todos se humedecieron. Aquel gesto confirmaba que el corazón de los dinosaurios no se había endurecido tanto como Colmillos había dicho. Detrás de aquellas escamas más frías que el acero y más duras que la roca palpitaba un corazón deseoso de encontrar un hogar.

Colmillos hizo un aspaviento como queriendo disipar algún tipo de emoción.

—Bueno, amigos —dijo entonces—, ya va siendo hora de marcharse. El imperio devorador nos espera.

Viendo la reacción de todos, se apresuró a puntualizar:

—Nadie se os quiere comer; sois grandes guerreros, seréis ciudadanos de pleno derecho y se os encomendará la tarea de construir un museo de la civilización humana.

Las miradas de los soldados se centraron en el coronel. Este, después de meditarlo unos instantes, asintió en silencio.

Uno por uno, los defensores de la Tierra comenzaron a subir a la nave de Colmillos. La escalerilla estaba pensada para las dimensiones de un dinosaurio, así que tuvieron que escalar cada uno de los peldaños. El coronel

era el último. Agarrado al borde del peldaño inferior con ambas manos, justo cuando levantaba el cuerpo, algo en el suelo a sus pies llamó su atención. Se quedó colgado, mirando hacia abajo. Al cabo de un buen rato, lo vio.

Una hormiga. Había salido del cofre de tierra. Sin perderla de vista, el coronel soltó las manos y se acuclilló para verla de cerca. Le ofreció la mano para que se le subiera al guante espacial. Luego se lo acercó a los ojos y pudo admirar su cuerpecito de alabastro al trasluz. Brillaba como una auténtica joya.

Entonces el coronel se incorporó y se la llevó de vuelta al cofre para depositarla sobre una brizna de hierba. Desde allí el insecto bajó a la tierra, donde se reencontró con varias de sus congéneres.

—Cuando nos marchemos, esta hierba y estas hormigas serán la única vida que haya en la Tierra —le dijo el coronel a Colmillos, que acababa de llegar a su lado.

Colmillos guardó un respetuoso silencio.

—Parece que la escala de las civilizaciones de la Tierra tiende a reducirse progresivamente —observó el coronel—: después de los dinosaurios, fuimos nosotros los humanos; y ahora, quizá, las hormigas.

Volvió a agacharse y contempló con mirada afectuosa los seres diminutos que correteaban por la hierba.

—Es su turno —añadió.

Mientras hablaba, los guerreros de la Tierra habían salido de la nave para reunirse alrededor de aquel gran cofre rebosante de tierra y vida. La reverencia de sus miradas no podía ser más sentida.

Colmillos sacudió la cabeza con pesar.

—La hierba aún tiene posibilidades de sobrevivir, es probable que aquí en la orilla llueva... pero las hormigas morirán.

—¿Por la falta de oxígeno en el aire? No parece que les afecte.

—No, eso para ellas no es ningún problema; a diferencia de los humanos, pueden sobrevivir con muy poco oxígeno... Lo que les faltará será comida.

—Tienen la hierba, ¿no?

—No les bastará; en un ambiente con tan poco oxígeno, la hierba tarda mucho más de lo normal en volver a crecer. En cuanto se acaben la que hay ahora, empezarán a morirse de hambre. Están condenadas a un destino que se parece mucho al de la civilización devoradora...

—¿Por qué no les deja algo de comida de su nave?

Colmillos volvió a sacudir la cabeza.

—En mi nave no hay más que agua y el sistema de hibernación. Ah, eso me recuerda que, para alcanzar al gran devorador, necesitaremos hibernar. ¿Lleváis comida en vuestra nave?

—Unas pocas inyecciones de sustancias nutrientes —respondió el coronel—; prácticamente nada.

—Pues démonos prisa —contestó Colmillos señalando la nave—. El imperio está acelerando a gran velocidad, corremos el riesgo de no poder alcanzarlos.

Hubo un silencio.

—Coronel, preferimos quedarnos —dijo al fin un joven teniente.

El coronel asintió satisfecho.

—¿¿Quedaros?! —exclamó Colmillos, mirándolos uno a uno con incredulidad—. ¿Para qué? Los dispositivos de hibernación de vuestra nave están para el arrastre, casi no os queda comida... ¿Queréis quedaros a esperar la muerte?

—Ese será el primer paso —dijo el coronel con toda serenidad.

—¿Eh?

—El primer paso de esa nueva civilización que nos acaba de mencionar.

—¿¿Queréis ser... pasto de las hormigas?!

Todos asintieron.

Colmillos se los quedó mirando. Luego, sin decir nada, se dio la vuelta y poco a poco, ayudándose con el bastón, se dirigió a su nave.

—¡Hasta siempre, amigo! —gritó el coronel a sus espaldas.

El viejo saurio exhaló un hondo suspiro.

—Hay ante mí y ante mis descendientes una noche eterna, una batalla sin fin, un universo interminable; ¿dónde... dónde aguardará nuestra morada final?

El suelo a sus pies se humedeció, quién sabe si debido a alguna lágrima furtiva.

Con un gran estruendo, la nave espacial del dinosaurio despegó y se perdió rauda en el cielo, justo a la altura donde caía el sol.

Los últimos guerreros de la Tierra permanecieron un buen rato en silencio, sentados alrededor del cofre de tierra viva. Luego, comenzando por el coronel, uno a uno fueron quitándose el casco y echándose en la arena.

Pasó el tiempo. El sol siguió cayendo y una hermosa luz arrebolada tiñó la desnudez del planeta. Comenzaron a verse algunas estrellas dispersas en el cielo. El coronel vio que el tenue amarillo del cielo pasaba a ser azul oscuro. Justo antes de que la falta de oxígeno le hiciera perder la consciencia, sintió un leve cosquilleo que lo hizo sonreír: una hormiga le correteaba por la frente. Se sintió transportado a su ya lejana infancia, junto al mar, meciéndose en una pequeña hamaca atada entre dos palmeras, admirando el esplendoroso firmamento con la mano de su madre acariciándole la frente...

Oscureció. Las aguas de lo que fue el océano, lisas como un espejo, reflejaban sin distorsión la prístina imagen de la Vía Láctea. Era la noche más tranquila de la historia del planeta.

En medio de aquella paz, la Tierra renacía.

¿Quién cuidará de los dioses?

1

El dios volvía a ser causa de disgustos para la familia de Qiusheng.

La mañana no podía haber empezado mejor: una fina capa de niebla flotaba a la altura de una persona sobre los campos que rodeaban la aldea de Xicen; semejaba una hoja de papel de arroz que acabara de quedarse en blanco, y los campos silentes, el dibujo que se le hubiera desprendido. Bajo los incipientes rayos del sol matutino, el primer rocío del año entraba en la fase más resplandeciente de su exigua vida...

Toda aquella belleza se había ido al traste por culpa del dios.

Se había levantado muy temprano y había ido a la cocina a calentarse un cuenco de leche. Con el advenimiento de la Era del Apoyo, el mercado de la leche había crecido sobremanera. La familia de Qiusheng había comprado una vaca por poco más de diez mil yuanes y, como tantos otros, mezclaban parte de su leche con agua y la vendían. El resto, sin adulterar, lo reservaban para consumo propio. Después de calentar la leche, el dios, sin apagar el fogón, se la llevó a la salita y se puso a ver la televisión. Cuando Yulian, la esposa de Qiusheng, volvió de limpiar el establo y la pocilga, notó un olor a gas por toda la casa. Cubriéndose la nariz con una toalla, corrió a la cocina, apagó el fogón, abrió la ventana y encendió el ventilador.

—¡Viejo tarumba! ¿Es que quiere matarnos a todos? —gritó en dirección a la salita.

Habían comenzado a usar gas butano para cocinar después de acoger al

dios. El padre de Qiusheng no vio aquel cambio con buenos ojos; decía que ningún chisme podía ser mejor que las briquetas de carbón. Lo que acababa de suceder no haría más que darle argumentos.

Como tantas otras veces, el dios, con aquel escobajo blanco que tenía por barba llegándole por las rodillas, agachó la cabeza y sonrió azorado como un niño al que han pillado haciendo una travesura.

—Pe-pero si yo he apartado el cazo... —trató de excusarse—. ¿Por qué no se ha apagado?

—¿Se cree que aún está en su nave? —le gritó Qiusheng, que en ese momento bajaba las escaleras—. ¡Aquí todas las cosas son tontas, no disponemos de esas máquinas inteligentes que se lo hacían todo! Tenemos que trabajar duro con lo que hay y sudar para ganarnos la vida.

—Nosotros también trabajamos duro en su día —murmuró con cautela el dios—. ¿Cómo ibais a existir si no?

—¡Otra vez con esas! —Yulian lanzó la toalla al suelo—. ¿No se cansa de repetir siempre lo mismo? ¡Si tan poderoso es, márchese y hágase otra prole más obediente para que lo cuide!

—Bueno, bueno, ya está bien —intercedió Qiusheng. Siempre era él quien apaciguaba los ánimos—. Vamos a desayunar.

Entonces apareció Bingbing, el hijo del matrimonio. Mientras bajaba las escaleras, dejó escapar un gran bostezo.

—Mamá, papá, el dios ha estado tosiendo toda la noche y no me ha dejado dormir...

—¡Aprende a conformarte, rey de la casa! A tu padre y a mí nos toca dormir en la habitación al lado de la suya y no nos quejamos —replicó la madre.

Como si aquello se lo hubiera recordado, el dios comenzó a toser. Lo hacía con gran vehemencia, como el que se entrega a practicar su deporte favorito.

Yulian se lo quedó mirando.

—¡Ay, cuánto mal debieron de hacer mis antepasados para que yo tenga que aguantar este suplicio! —exclamó irritada antes de darse la vuelta e irse a preparar el desayuno.

Sentado a la mesa con el resto de la familia, el dios no dijo ni mu a lo largo de todo el desayuno. Se tomó un cuenco de gachas de arroz con encurtidos y medio panecillo al vapor. Durante todo el tiempo tuvo que soportar la mirada desdeñosa de Yulian. Quizá seguía enfadada por lo del gas. O quizá pensara que el dios estaba comiendo demasiado.

Al terminar el desayuno, como de costumbre, el dios se levantó, recogió la mesa y se metió en la cocina a lavar los platos.

—¡A lo que no tenga grasa no le eche lavavajillas!, ¿eh? —le gritó Yulian—. ¡Que buen dinero nos cuesta, y la miseria que nos dan por tenerlo aquí no da para nada!

El dios rezongó en asentimiento desde la cocina.

El matrimonio se fue a trabajar el campo y Bingbing a la escuela. Fue entonces cuando el padre de Qiusheng se levantó. Todavía adormilado, bajó las escaleras, engulló dos cuencos de gachas de arroz y encendió su pipa. Solo entonces recordó la presencia del dios.

—¡Eh, vejestorio! Deja los platos y ven, vamos a echar una partida —gritó en dirección a la cocina.

El dios salió de la cocina secándose las manos en el delantal y con una sonrisa mansa. Jugar al ajedrez chino con el padre de Qiusheng era un asunto peliagudo para él, pues tanto ganar como perder le acarreaban consecuencias desagradables. Si el dios ganaba, el padre de Qiusheng se ponía hecho una furia: «Pero ¿qué haces, carcamal? ¿Te gusta dártelas de listo? ¡Eres un dios! ¿Qué mérito tendrá ganarme a mí, eh? Con el tiempo que llevas viviendo bajo este techo... ¿Es que no sabes tratar a tu anfitrión con la debida deferencia?». Si el dios perdía, el padre de Qiusheng se enfurecía igual: «Pero ¿qué haces,

carcamal? ¡No hay mejor jugador que yo en toda la comarca, para mí ganarte es más fácil que aplastar un piojo! ¿Crees que necesito que me den ventaja? ¡Eso... eso, simple y llanamente, es un insulto!». En ambos casos, la cosa siempre terminaba del mismo modo: el abuelo lanzaba el tablero por los aires y comenzaban a llover las piezas. El padre de Qiusheng, conocido y temido por su temperamento, había encontrado por fin a alguien con quien desfogar su ira. Sin embargo, el anciano no era rencoroso y, cada vez, después de que el dios recogiera el tablero con parsimonia y recolocase las piezas en silencio, se sentaba de nuevo con él y jugaban otra partida... que volvía a terminar igual. Unos cuantos vuelcos de tablero después, ambos quedaban exhaustos y ya era casi mediodía.

El dios se levantó para lavar la verdura. Yulian no le dejaba cocinar porque decía que lo hacía fatal, pero sí le mandaba lavar la verdura. Si para cuando Qiusheng y Yulian volvían de los campos no estaba lavada o había hecho cualquier otra cosa mal, le caía otra reprimenda. Cuando el dios lavaba la verdura, el padre de Qiusheng solía salir a visitar a los vecinos. Ese era el único momento de tranquilidad del que podía disfrutar en todo el día. El sol del mediodía se filtraba por las rendijas del patio enladrillado e iluminaba cada recoveco de su memoria. A menudo, durante esos instantes, el dios se detenía, olvidaba lo que estuviera haciendo y permanecía absorto hasta que el murmullo de los campesinos de vuelta del trabajo lo hacía volver en sí.

Entonces, sobresaltado, se apresuraba a terminar con su tarea al tiempo que suspiraba:

—¡Ah! ¿Cómo es posible que mi vida se haya convertido en esto?

Aquel lamento no era solo el suyo, sino que era compartido por Yulian, Qiusheng y el padre de este. También era el lamento de los más de cinco mil millones de humanos y dos mil millones de dioses que cohabitaban la Tierra.

Todo comenzó tres años atrás, un día de otoño al atardecer.

—¡Venid, venid a ver! ¡Hay juguetes por todo el cielo! —había gritado Bingbing desde el patio.

Qiusheng y Yulian salieron corriendo de la casa y alzaron la vista. El cielo entero estaba, en efecto, ocupado por juguetes o, por lo menos, objetos cuya apariencia solo podía ser descrita como tal cosa. Los objetos fueron distribuyéndose por el cielo vespertino hasta ocupar posiciones equidistantes. Los rayos del sol poniente, ya casi hundido en el horizonte, los hacían resplandecer con igual intensidad a la de la luna llena. La superficie de la Tierra quedó tan iluminada como si fuera mediodía, aunque como aquella luz provenía de todas direcciones no se proyectaba sombra alguna. Era como si el mundo se hallara bajo el brillo de una gigantesca lámpara quirúrgica.

Al principio la gente pensó que aquellos objetos se hallaban a poca altura dentro de la atmósfera, pues se distinguían con claridad. Sin embargo, más tarde se dieron cuenta de que en realidad sus dimensiones eran tremendas y que orbitaban alrededor de la Tierra a más de treinta mil kilómetros de distancia.

Eran un total de 21.530 naves espaciales. Uniformemente desplegadas, orbitaban en sincronía alrededor de la Tierra y formaban una especie de cáscara que la envolvía. Aquella estructura era el resultado de un complejo conjunto de maniobras que colocó a las naves en posición de manera simultánea, lo cual evitó perturbaciones en los océanos que habrían puesto en peligro numerosas vidas. Ese hecho tranquilizó en cierta medida a los humanos, pues constituía una evidencia más o menos sólida de que los alienígenas no venían con malas intenciones.

Durante los días siguientes, todo intento por parte de los humanos de

establecer contacto con las naves resultó en vano. Los alienígenas mantuvieron el silencio más absoluto ante las numerosas peticiones de comunicación. Paralelamente, la Tierra se había convertido en un planeta sin noches. Las decenas de miles de aeronaves reflejaban tanta luz solar sobre la cara de la Tierra oculta al sol que parecía que fuera de día y, al mismo tiempo, la otra cara quedaba oscurecida de forma periódica por la gigantesca sombra proyectada por las naves. La visión de aquel terrorífico fenómeno quebró la resistencia psicológica de la humanidad hasta el punto de que la siguiente ocurrencia extraña que tuvo lugar en el planeta pasó desapercibida. Ni le dieron importancia ni mucho menos llegaron a relacionarla con la flota de naves espaciales que surcaba los cielos.

En todas las grandes ciudades del mundo habían comenzado a aparecer montones de ancianos errantes. Todos compartían el mismo aspecto senil, el pelo largo y canoso, como sus barbas, y sus túnicas del mismo color. Antes de que el pelo y la ropa se les ensuciaran, parecían una panda de muñecos de nieve. No tenían pinta de pertenecer a ninguna raza en concreto: era como si sus rasgos aglutinaran las distintas características de cada una. Carecían de documentación que probara su identidad o nacionalidad y tampoco dejaban claro cuál era su origen. Lo único que hacían era, empleando el idioma local de turno pero con fuerte acento extranjero, implorar a cuantos se cruzaran en su camino:

—Somos dioses, somos los creadores de este mundo, ¿no podrían darnos algo de comer?

Si tan solo hubieran sido uno o dos ancianos quienes decían aquello, los habrían tomado por indigentes con demencia senil y hubieran terminado internados en algún asilo. En cambio, millones de hombres y mujeres de edad avanzada vagando por las calles y diciendo lo mismo suponía algo distinto. En apenas medio mes, el número de ancianos errantes llegó a superar los treinta

millones. Inundaban las calles de grandes ciudades como Nueva York, Pekín, Londres o Moscú y por todas partes podían verse apelotonándose en masa, incluso cortando el tráfico. En ocasiones parecían superar en número a los propios habitantes de las ciudades. Pero lo más inquietante era que todos iban repitiendo la misma frase:

—Somos dioses, somos los creadores de este mundo, ¿no podrían darnos algo de comer?

Fue entonces cuando los humanos centraron por fin su atención en aquellos extraños personajes. En los últimos tiempos llevaba dándose sobre los cinco continentes un inusitado número de lluvias de meteoritos. Tras cada uno de aquellos fenómenos espectaculares, el volumen de ancianos errantes del área en cuestión aumentaba considerablemente. Cuando la gente reflexionó acerca de aquel hecho, llegó a la insólita conclusión de que los ancianos estaban cayendo del cielo desde las naves alienígenas.

Uno a uno, saltaban a la atmósfera como quien se zambulle en una piscina. Lo hacían dentro de trajes recubiertos por una película de un material especial diseñado para quemarse al entrar en contacto con la atmósfera y mantener el calor extremo alejado del cuerpo de quien los llevara puestos. También tenían el efecto de aminorar la velocidad de descenso de tal forma que nunca sobrepasara las cuatro g, dentro de los límites de tolerancia del cuerpo de los ancianos. En el momento de alcanzar la superficie terrestre, su velocidad era próxima a cero y aterrizaban como el que ha saltado de una banqueta. Aun así, hubo quien se torció el tobillo. Para entonces, la película que recubría sus trajes se había disuelto por completo.

Las lluvias de meteoritos continuaron y cada vez más ancianos errantes descendían a la Tierra. Su número alcanzó los cien millones. Los respectivos gobiernos de cada país trataron de dar con alguno de ellos que pudiera ejercer

de portavoz, pero los ancianos errantes alegaron que como dioses todos eran iguales y nadie en particular podía representarlos a todos.

Así, la sesión de emergencia de la Asamblea General de las Naciones Unidas que se convocó contó con la presencia de un anciano errante elegido de manera aleatoria mientras vagaba por Times Square. Hablaba un inglés pasable y era evidente que había sido de los primeros en aterrizar: su túnica estaba sucia y agujereada y su barba, en tiempos blanca, estaba cubierta de inmundicia y tenía aspecto de fregona usada. Tampoco lo que coronaba su cabeza era un halo, sino un par de moscas leales. Con esfuerzo, con la ayuda de un roñoso bastón de bambú, consiguió llegar a la mesa ovalada y se sentó bajo la atenta mirada de los líderes mundiales. Cuando miró al secretario general, exhibió la misma sonrisa infantil que caracterizaba a todos los ancianos errantes.

—Todavía... Todavía no he desayunado, je, je.

Así que le llevaron el desayuno. Las televisiones del mundo entero retransmitieron la imagen del anciano engullendo la comida con fruición y atragantándose en un par de ocasiones. Después de dar cuenta de una tostada, varias salchichas y un plato de ensalada, volvió a dirigir su sonrisa inocente al secretario general y dijo:

—Je, je... Esto... ¿Tenéis vino? Con una copita bastará...

De modo que le sirvieron una copa de vino.

—Anoche —empezó a explicar, mientras iba sorbiendo con satisfacción— un grupo de recién llegados ocuparon mi boca de metro favorita, que despide aire caliente, y no tuve más remedio que dormir en la plaza. Pero ahora, con el vino, mis articulaciones se van recuperando, je, je... ¡Tú! Eh... ¿Podrías masajearme la espalda? Un poquito nada más...

El secretario general comenzó a hacerle el masaje.

—Aaah... —suspiró el anciano con gran alivio—. Siento mucho causar

tantas molestias.

—¿De dónde proceden? —preguntó el presidente de Estados Unidos.

El anciano negó con la cabeza.

—Una civilización solo tiene una ubicación fija durante su infancia. Los planetas y las estrellas son inestables y sufren cambios, muy pronto llega un momento en el que la civilización debe trasladarse. Para cuando alcanza la juventud, ya habrá tenido que mudarse en múltiples ocasiones y entonces es cuando descubre lo siguiente: ningún entorno planetario es tan estable como una nave espacial sellada. Así, la civilización hace de las naves su casa y los planetas se convierten en lugares de paso. Todas las civilizaciones que han alcanzado la edad adulta se dedican a viajar por el cosmos de manera permanente y las naves son su hogar. ¿De dónde provenimos, entonces? Provenimos de las naves —concluyó, señalando hacia arriba con un mugriento dedo índice.

—¿Cuántos son en total?

—Dos mil millones.

—Pero... ¿qué o quiénes son, en realidad?

El secretario general tenía motivos para preguntar aquello. Los ancianos errantes tenían aspecto de humanos.

—Os lo hemos dicho muchas veces —exclamó el anciano moviendo las manos con vehemencia—. Somos dioses.

—¿No podría explicarse un poco más?

—Nuestra civilización, eh... llamémosla la civilización de los dioses, existe desde mucho antes del nacimiento de la Tierra.

»Cuando la civilización de los dioses inició su declive, plantamos la semilla de la vida en la Tierra. Después rompimos la barrera del tiempo viajando a la velocidad de la luz y, cuando la vida en la Tierra hubo evolucionado a un determinado estadio, regresamos, introdujimos unas cuantas

especies basadas en nuestros genes ancestrales, eliminamos a sus enemigos y continuamos guiando su evolución hasta que la Tierra se convirtió en el hogar de una especie civilizada como la nuestra.

—¿Está en condiciones de aportar alguna prueba para que podamos creerles?

—Por supuesto.

Así fue como dio comienzo un proceso de verificación que duró medio año. La gente presenció con estupefacción cómo las naves comenzaban a retransmitir información: los planos originales para crear vida en la Tierra, fotografías del planeta en épocas remotas... Siguiendo las indicaciones del anciano, se excavó la tierra y de sus más hondas profundidades salieron a la luz toda suerte de máquinas y equipos que llevaban eones manipulando y monitorizando la biosfera del planeta.

Los humanos creyeron por fin, al menos en cuanto se refería a la vida en la Tierra, que se hallaban ante la presencia de dioses.

3

Durante una nueva sesión de emergencia de la Asamblea General de las Naciones Unidas, el secretario general, en representación de toda la especie humana, le hizo por fin al dios la pregunta clave: por qué habían venido a la Tierra.

—Antes de responderos a esa pregunta, creo que deberíais replantear vuestro concepto de civilización. —El dios mesó su barba. Era el mismo que seis meses antes había asistido a la primera sesión de emergencia—. Decidme, ¿cómo creéis que evolucionan las civilizaciones con el paso del tiempo?

—La civilización humana se halla en un período de progreso acelerado. A menos que se produzca algún cataclismo fuera de nuestro control, pensamos que continuaremos progresando de forma indefinida —respondió el secretario general.

—Te equivocas. Piénsalo bien. Todas las personas pasan por la infancia, la juventud, la mediana edad, la vejez y, por último, la muerte. También las estrellas. Todo cuanto existe en el universo pasa por los mismos procesos, incluido el mismo universo, que algún día llegará también a su fin; ¿por qué debería una civilización ser distinta y perdurar eternamente en constante desarrollo? No, a toda civilización le llega el día en que comienza su declive. Y, por supuesto, también el día de su desaparición.

—¿Cómo tiene lugar ese proceso?

—Cada civilización evoluciona y se extingue de distinto modo, al igual que cada persona muere por causas distintas o de viejo. En el caso de la civilización de los dioses, el primer signo de declive fue el aumento exacerbado de la esperanza de vida. Llegamos a vivir una cantidad de tiempo equivalente a cuatro mil años terrestres. Alcanzados los dos milenios de vida, nuestras ideas dejaban de fluir y perdíamos toda nuestra capacidad creativa. Con individuos así a las riendas del poder, era imposible que surgiera nada nuevo. Así fue como nuestra civilización entró en decadencia.

—¿Y qué ocurrió luego?

—El segundo signo de declive de nuestra civilización fue su entrada en la Era de la Cuna Tecnológica.

—¿La era de qué?

—Llegó un punto en el que las máquinas dejaron de depender de nosotros, sus creadores. Operaban de manera independiente, se reparaban a sí mismas y seguían evolucionando sin necesidad de ayuda. La tecnología inteligente nos proporcionaba todo aquello de lo que precisáramos: no solo cubrían nuestras

necesidades materiales, sino también las psicológicas. No teníamos que hacer esfuerzo alguno para sobrevivir: éramos atendidos a capricho por las máquinas como si fuéramos bebés en la más confortable de las cunas. Pero pensad en esto: si las junglas de la Tierra primitiva hubieran rebosado de fruta y de criaturas dóciles dispuestas a ser devoradas, ¿qué incentivo habrían tenido los primates para evolucionar y llegar a convertirse en humanos? La Cuna Tecnológica fue para nosotros como esa jungla llena de comodidades. Poco a poco nos olvidamos de la ciencia y de la tecnología. Nuestra civilización se volvió vaga y perezosa, carente de creatividad y de ambición. Y eso no hizo más que acelerar su declive. Tenéis ante vuestros ojos a una civilización en sus postrimerías.

—Entonces... ¿puede saberse con qué propósito han venido a la Tierra?

—No nos quedaba otro lugar adonde ir.

—Pero... —El secretario general señaló hacia arriba con el dedo.

—Nuestras naves se han quedado obsoletas. A pesar de que el entorno artificial de su interior sigue siendo más estable que cualquier entorno natural, incluido el de la Tierra, son más viejas de lo que podáis imaginar. Tienen piezas rotas, los efectos cuánticos acumulados durante eones han provocado errores de software y las funciones de autorreparación y automantenimiento han topado con dificultades insalvables. El entorno de las naves se está deteriorando gravemente. La cantidad de productos de primera necesidad que puede distribuirse a la gente se reduce día a día; apenas logramos sobrevivir.

El aire que se respira en las veinte mil ciudades del interior de las naves está tan lleno de contaminación como de desesperación.

—¿Y no tienen forma de solucionarlo? Quizá con recambios para las naves, o una actualización del software...

El dios negó con la cabeza.

—La civilización de los dioses vive sus últimos años. Somos dos mil

millones de hombres y mujeres de tres mil años de edad al borde de la muerte. Centenares de generaciones llevaban viviendo en el confort de la Era de la Cuna Tecnológica antes que nosotros y por eso no queda nadie que entienda de tecnología: no tenemos forma de reparar esas naves que llevan funcionando de manera autónoma desde hace decenas de millones de años. Aunque parezca mentira, nuestra habilidad para el estudio y nuestros conocimientos tecnológicos son inferiores a los vuestros. No sabemos ni conectar un circuito para encender una bombilla ni solucionar una ecuación de segundo grado... Un día las naves nos comunicaron que estaban al borde del colapso. Los sistemas de propulsión ya no eran capaces de alcanzar la velocidad de la luz. A nuestra civilización no le quedó otro remedio que proseguir a una velocidad que no llegaba ni a una décima parte de la de la luz. Además, los sistemas de renovación ecológica también estaban al borde del colapso. Las máquinas eran incapaces de seguir manteniendo viva a una población de dos mil millones y nos pidieron que halláramos una salida.

—¿Nunca previeron que esto pasaría?

—Sí, claro, las naves nos avisaron hace dos mil años, Fue entonces cuando comenzamos a sembrar vida en la Tierra, para que tuviéramos adónde ir en el futuro.

—¿Ha dicho hace dos mil años?

—Sí, pero medidos según transcurre el tiempo a bordo. Eso equivale a treinta y cinco mil años terrestres atrás, cuando acababa de tener lugar un enfriamiento de la Tierra.

—Permítame que le pregunte: dice que ya no disponen de tecnología, pero ¿no se requiere de ella para crear vida?

—Oh, poner en marcha la evolución de la vida en un planeta es un proceso muy sencillo. Basta con dispersar las semillas; la vida se multiplica y

evoluciona por sí misma. Disponíamos de este software ya desde antes de la Era de la Cuna Tecnológica.

Poniendo en marcha el programa correspondiente, las máquinas se encargan de llevarlo todo a cabo. El requisito fundamental para crear un planeta lleno de vida capaz de originar civilizaciones no es más que el tiempo, apenas unos miles de millones de años. Viajar a la velocidad de la luz tiene la ventaja de proporcionar un tiempo casi ilimitado. Por desgracia, nuestras aeronaves ya no son capaces de alcanzarla; de otro modo aún tendríamos la oportunidad de crear nueva vida y nuevas civilizaciones y dispondríamos de más opciones, pero su lentitud nos limita. No podemos llevarlo a cabo.

—De modo que han venido a la Tierra a pasar los últimos años de su vida.

—Eh... sí, sí, eso es. Confiamos en que sintáis la obligación moral de acoger a quienes fueron vuestros creadores.

Apoyándose en el bastón, el dios trató de hacer una reverencia ante los líderes de las naciones, pero por poco se da de bruces.

—Y ¿cómo piensan vivir aquí?

—Si todos nos concentráramos en un mismo rincón de la Tierra, no sería muy diferente de quedarnos en el espacio y morir allí. Lo que nos gustaría es integrarnos en vuestras sociedades, en vuestras familias. En sus inicios, la civilización de los dioses también estaba formada por familias. Vuestra civilización se encuentra todavía en su infancia, la etapa más preciosa de todas. Para nosotros sería maravilloso revivirla y pasar el resto de nuestros días al calor de una familia.

—Son ustedes dos mil millones. Eso significa que cada familia de la Tierra debería acoger a uno o dos dioses —dijo el secretario general.

La sala quedó sumida en el más absoluto silencio.

—Eh... sí, en efecto, sí... Sentimos causar tantas molestias...

El dios siguió haciendo reverencias sin apartar la vista del secretario

general y los líderes mundiales.

—Por supuesto —añadió—, vamos a compensaros.

Agitó su bastón y aparecieron dos dioses barbudos más, que transportaban con dificultad un cofre metálico de color plateado.

—Mirad, esto es un dispositivo de almacenaje de información de alta densidad. Se dedica a guardar de manera sistemática todos los avances de nuestra civilización en los campos de la ciencia y de la tecnología. Con esto, el desarrollo de vuestra civilización dará un salto cualitativo. Pienso que os gustará.

El secretario general, al igual que los líderes de todas las naciones, miraba aquel cofre de metal con un entusiasmo apenas disimulado.

—El cuidado y la manutención de los dioses es responsabilidad de la raza humana —proclamó en el acto—. Evidentemente se trata de una decisión que deberá ser ratificada por las distintas naciones, pero creo que, en principio...

—Sentimos causar tantas molestias... Sentimos causar tantas molestias... —repetía el dios sin dejar de hacer reverencias.

Tenía el rostro cubierto de lágrimas.

Cuando el secretario general y los líderes de las naciones abandonaron el edificio de las Naciones Unidas, se encontraron a decenas de miles de dioses reunidos. Inclínaban la cabeza en señal de respeto y murmuraban algo. El secretario general escuchó con atención y se dio cuenta de que estaban hablando en las distintas lenguas de la Tierra, pero todos pronunciaban la misma frase:

—Sentimos causar tantas molestias... Sentimos causar tantas molestias...

Dos mil millones de dioses descendieron a la Tierra. Cayeron atravesando la atmósfera enfundados en trajes especiales. Uno podía ver los arañazos de color en el cielo incluso a plena luz del día. Cuando aterrizaron, fueron distribuidos entre mil quinientos millones de familias. Todo el mundo albergaba un gran optimismo de cara al futuro, pues al haber recibido los conocimientos científicos y tecnológicos de los dioses, pensaban que la humanidad iba a entrar en el paraíso de la noche a la mañana. Bajo la influencia de ese optimismo, cada familia aceptó acoger a uno o dos dioses.

En la fecha señalada, muy de mañana, Qiusheng, su familia y el resto de los habitantes de la aldea aguardaban a la entrada de Xicen para recibir a los dioses que les habían sido asignados.

—¡Qué día tan hermoso! —exclamó Yulian, emocionada.

Además de reflejar su euforia, aquel comentario aludía también al hecho de que, en el espacio de una sola noche, las naves que habían ocupado el cielo hasta el momento habían desaparecido para dejar paso a un vasto y radiante cielo azul. Ningún humano había sido admitido a bordo de las naves. No por oposición de los dioses, sino porque las mismas naves se negaban: no reconocieron las diversas sondas primitivas que envió la Tierra y sellaron sus puertas. En cuanto el último grupo de dioses saltó a la atmósfera, las más de veinte mil naves se apartaron de su órbita a la vez. No fueron muy lejos, simplemente se desviaron hasta el cinturón de asteroides. Aunque las naves eran antiquísimas, seguían funcionando de manera rutinaria. Servir a los dioses era su único cometido, de modo que iban a mantenerse próximas a los dioses en caso de que estos volvieran a necesitarlas.

Dos autobuses llegaron a Xicen procedentes de la capital del condado. Transportaban a los ciento seis dioses asignados a la aldea. Qiusheng y Yulian dieron la bienvenida a su dios y se dispusieron a acompañarlo hasta su casa.

Caminaban uno a cada lado del anciano, cogiéndolo con afecto del brazo. Bingbing y el padre de Qiusheng iban detrás, sonrientes.

—Señor... em... Señor dios —dijo Yulian con una sonrisa radiante, apoyando la cara en el hombro del anciano—, dicen que la tecnología que nos han dado va a permitirnos poner en práctica el auténtico comunismo, que pronto todo el mundo tendrá cubiertas todas sus necesidades y las cosas no costarán dinero. Solo habrá que ir a la tienda a recogerlas.

El dios le dedicó una sonrisa y asintió, con la cabellera blanca meciéndose al viento. Empleando un mandarín con bastante buen acento, le dijo:

—Así es, pero eso de cubrir las necesidades básicas es solo el principio. La tecnología que os hemos dado va a proporcionaros una vida de prosperidad, bienestar y comodidades como nunca imaginasteis.

—¡Uy, no! —repuso Yulian, sonriendo de oreja a oreja—. Yo me conformo con lo que me corresponda...

—Bien dicho, sí señor —asintió con énfasis el padre de Qiusheng.

—¿Y podremos vivir sin envejecer, como usted? —preguntó Qiusheng.

—No es que no envejezcamos, sino que vivimos más tiempo que vosotros. ¿No ves lo arrugado que estoy? En realidad, vivir más de tres mil años no es muy diferente a estar muerto. Para una civilización, la longevidad extrema de sus individuos puede ser fatal.

—¡Oh, a mí no me hacen falta tres mil años, con trescientos me vale! —repuso jocosamente el padre de Qiusheng, que ya sonreía tanto como Yulian—. Así, a mi edad de ahora, todavía sería un muchacho, y quién sabe si aún podría... Je, je, je...

La aldea celebró la ocasión como si se tratara del Año Nuevo Lunar. Cada casa organizó un festín de bienvenida para su dios y la familia de Qiusheng no fue excepción.

El padre de Qiusheng, achispado casi desde el primer cuenco de licor de

arroz añejo que abrían para la ocasión, le mostró el pulgar al dios en señal de aprobación.

—¡Bravo por ustedes! Crear tantos seres vivos... ¡es cosa de magia!

El dios, que también estaba bebiendo lo suyo pero mantenía la mente clara, negó con la mano.

—Oh, no, no —enfaticó—. Eso no tiene nada de mágico, es pura ciencia. Cuando la biología avanza hasta un determinado punto, se puede crear la vida al igual que se construye una máquina.

—¡Diga lo que quiera, pero para nosotros ustedes son como los taoístas inmortales que bajaron de los cielos!

El dios negó con la cabeza.

—Los entes sobrenaturales nunca cometen errores. Nosotros, en cambio, cometimos uno detrás de otro durante vuestra creación.

—¿Cometieron errores? —preguntó Yulian con ojos de extrañeza. No imaginaba que el proceso de creación de millones de vidas distara mucho del modo tan natural y libre de complicaciones en que ella había alumbrado a Bingbing ocho años atrás.

—Bastantes. Os voy a poner un ejemplo más o menos reciente. El software que creó el mundo se equivocó a la hora de analizar el entorno de la Tierra y, como resultado, aparecieron criaturas como los dinosaurios: cuerpos enormes y casi nula capacidad de adaptación. Al final tuvimos que eliminarlos para facilitar vuestra evolución. Otro ejemplo aún más reciente: desaparecidas las antiguas civilizaciones egeas, el software consideró que la civilización terrícola estaba ya establecida y cesó sus labores de monitorización y ajuste. Fue como esperar que un reloj de cuerda siga funcionando solo. Por supuesto, aquello generó muchos más errores, por ejemplo, deberíamos haber permitido que la antigua civilización griega se desarrollara en solitario impidiendo que fuera conquistada primero por los macedonios y después por los romanos. A

pesar de que ambos terminaron siendo herederos de esta, la dirección del desarrollo de Grecia se vio alterada...

Ningún miembro de la familia entendía una palabra de lo que explicaba el dios, pero por respeto siguieron escuchando.

—Más tarde aparecieron dos grandes potencias: la China Han y el Imperio romano. Al contrario de lo sucedido en la Antigüedad con Grecia y sus invasores, estas dos civilizaciones sí deberían haber entrado en contacto.

—Esta China Han de la que habla es la dinastía Han de Liu Bang y Xiang Yu, ¿verdad? —intervino el padre de Qiusheng, que por fin oía algo que le era familiar—. Pero ¿qué es eso del Imperio romano?

—Creo que era un país extranjero de la época —trató de explicar Qiusheng—. También era muy grande.

—¿Qué?! —exclamó con extrañeza el padre—. Mire cómo terminó la dinastía Qing por culpa de los extranjeros, ¿aún dice que deberían haberse acercado antes, durante la dinastía Han?

Al dios le hizo gracia el comentario.

—No habría sido lo mismo —repuso con una sonrisa divertida—. Por aquel entonces la China Han era tan poderosa como el Imperio romano...

—Eso es igual de terrible. ¡De haberse enfrentado dos grandes potencias, habrían corrido ríos de sangre!

El dios asintió mientras se servía más cerdo en salsa picante con los palillos.

—Es posible. Pero las chispas generadas por el choque de las civilizaciones de Oriente y Occidente habrían prendido la llama del progreso y la humanidad habría avanzado sobremanera... Ah, de no haber sido por aquellos errores, a estas alturas los terrícolas habríais colonizado Marte y vuestras sondas interestelares estarían viajando más allá de Sirio...

El padre de Qiusheng alzó su cuenco de licor y, con solemne admiración,

sentenció:

—Dicen que han vuelto a la cuna y han olvidado la ciencia... Pero, en mi opinión, ¡ustedes los dioses poseen gran sabiduría!

—Para llevar una vida entretenida en la Era de la Cuna Tecnológica sigue siendo útil saber algo de filosofía, de arte o de historia... Pero hablo de conocimientos generales, no de auténtica erudición. La realidad es que la mayoría de los investigadores terrícolas poseen conocimientos mucho más exhaustivos que los nuestros.

Los primeros meses de integración en la sociedad humana fueron para los dioses una especie de edad de oro en la que convivieron con armonía con las familias terrícolas. Inmersos en la afectuosidad de la vida familiar que tenían olvidada, sentían como si su civilización hubiera regresado a sus comienzos. No eran capaces de imaginar un modo mejor de pasar los últimos años de sus longevas vidas.

El dios de la familia de Qiusheng disfrutaba del día a día en su hermosa aldea del sur de China. Iba al estanque a pescar a diario, charlaba con los demás ancianos del lugar, jugaba al ajedrez chino y de esta forma pasaba el tiempo, pero lo que más le gustaba, con diferencia, era la ópera tradicional. No se perdía ninguna de las representaciones de las compañías que pasaban por la aldea. Su ópera favorita era *Liang Shanbo y Zhu Yingtai*, la trágica historia de una pareja de enamorados que no logran reencontrarse hasta después de muertos, reencarnados en sendas mariposas. No le bastaba con verla una vez. Llegó incluso a seguir a una compañía durante más de cincuenta kilómetros para poder asistir a varias representaciones consecutivas. Al final, Qiusheng fue a la ciudad y le compró el VCD de la ópera. El dios lo puso una y otra vez hasta que fue capaz de tararear con soltura algunos versos.

Cierto día, Yulian descubrió un secreto.

—¿Os habéis fijado —les confió en voz baja a Qiusheng y a su suegro— en que, cada vez que el señor dios termina de escuchar su ópera, siempre se saca una tarjeta del bolsillo? ¿Y que se pone a tararear versos mientras la mira? Pues hace un rato he podido ver de refilón lo que es: una foto. ¡La foto de una mujer!

Aquella noche, el dios escuchó *Liang Shanbo y Zhu Yingtai* una vez más y, después, sacó la fotografía de la mujer y comenzó a tararear. El padre de Qiusheng se le acercó con sigilo.

—¿Qué es eso que mira? ¿Su novia de juventud?

Sobresaltado, el dios escondió la foto de inmediato y le dedicó una sonrisa inocente.

—Eh... je, je, sí... Me enamoré de ella hace dos mil años.

Yulian, que estaba escuchando a escondidas, no pudo evitar un gesto de repugnancia. ¡Hacía dos mil años! Teniendo en cuenta lo mayor que era, aquello le daba grima.

El padre de Qiusheng se interesó por la foto, pero el dios se puso tan a la defensiva que hubiera sido feo pedírsela, de modo que se conformó con escuchar la historia que le relató.

—Por entonces los dos éramos muy jóvenes. Ella era de los pocos que no habían sido seducidos del todo por las comodidades de la vida en la Cuna Tecnológica, y decidió emprender una gran expedición rumbo a los confines del universo. Oh, no es necesario que pierdas tiempo pensando en ese tema, es muy difícil de entender. El caso es que ella esperaba que la expedición sirviera para hacer despertar a la civilización de los dioses de su letargo, pero por supuesto la cosa se quedó en un hermoso sueño y nada más. Quería que me fuera con ella, pero no tuve el coraje. La interminable desolación del universo me asustaba: ¡se trataba de un viaje de más de veinte mil millones de años luz!

De modo que se marchó sola. Y yo, en los dos mil años siguientes, no he dejado de añorarla.

—¿Veinte mil millones de años luz? Eso, según lo que usted me ha explicado, es la distancia que viaja la luz en veinte mil millones de años, ¿verdad? ¡Vaya, vaya! Sí que se fue lejos... Señor dios, tiene usted que olvidarse de ella, ya no volverá a verla nunca más...

El dios asintió, exhalando un hondo suspiro.

—Aunque... Ella ahora debe de ser de su edad también, ¿no?

El dios volvió de su ensimismamiento.

—Oh, no —dijo negando con la cabeza—. Para un viaje tan largo, la nave debe volar a una velocidad cercana a la de la luz. Eso significa que ella continúa siendo joven; el único que ha envejecido soy yo. No tenéis idea de lo vasto que es el universo... Lo que a vosotros os parece una eternidad no es más que un grano de arena en el espacio-tiempo... ¡Ah, cómo envidio a veces el hecho de que no seáis capaces de comprender según qué cosas...!

5

El idilio entre dioses y humanos duró poco.

Al principio la gente se sentía eufórica porque estaba convencida de que todo el material científico que los dioses habían proporcionado iba a permitir a la humanidad cumplir sus sueños en un tiempo récord. Con ayuda de dispositivos de interfaz proporcionados por los mismos dioses, se recuperó una ingente cantidad de información del dispositivo de almacenamiento y acto seguido comenzaron las labores de traducción al inglés. Para que no hubiera disputas, se distribuyeron copias para cada una de las naciones del planeta. Sin embargo, muy pronto fue evidente que materializar la tecnología de los

dioses iba a ser imposible, como mínimo, en aquel siglo. Para entender la encrucijada en la que se veían los humanos, basta con imaginar lo que habría pasado si alguien viajara hacia atrás en el tiempo y les proporcionara información tecnológica moderna a los antiguos egipcios.

Conforme la amenaza del agotamiento de las reservas petrolíferas se cernía sobre la humanidad, las tecnologías energéticas pasaron a ser la prioridad para todos. Por desgracia, los científicos e ingenieros descubrieron que en aquel momento la tecnología de los dioses no servía de nada. La fuente de energía de los dioses se basaba en el principio de aniquilación materia-antimateria y, aun en el caso de que la humanidad pudiera desarrollar los materiales y llegara a crear un generador y un motor de aniquilación (algo del todo imposible en el curso de una sola generación), habría sido en vano. La razón era que el combustible de estos motores, la antimateria, debía extraerse de las profundidades del espacio. De acuerdo con la información proporcionada por los dioses, la fuente de antimateria más próxima a la Tierra se encuentra entre la Vía Láctea y la galaxia de Andrómeda, a unos quinientos cincuenta mil años luz de distancia. La tecnología necesaria para realizar viajes interestelares a una velocidad cercana a la de la luz implicaba a todos los campos del conocimiento, y la mayor parte de las teorías y técnicas reveladas por los dioses seguían escapando a la capacidad de comprensión humana. Llegar a entender sus fundamentos iba a suponerles a los investigadores medio siglo de trabajo. Al principio, los científicos, esperanzados, habían buscado en la literatura de los dioses información técnica acerca de la fisión nuclear, pero no había nada. Era fácil de comprender: los libros sobre ciencias de la energía modernos tampoco enseñaban a hacer fuego con dos palos.

En el resto de los campos científicos, como las tecnologías de la información o la biología (incluyendo los secretos para prolongar la

longevidad humana), ocurrió lo mismo. Ni los más expertos investigadores eran capaces de aprehender el conocimiento de los dioses. El gran abismo que existía entre la ciencia de unos y de otros era insalvable.

Los dioses que habían descendido a la Tierra fueron incapaces de ayudar a los científicos en nada. Tal y como había dicho aquel dios en las Naciones Unidas, raro era el que aún supiera solucionar una ecuación de segundo grado. Sus naves espaciales, flotando a la espera en el cinturón de asteroides, ignoraron todo intento de contacto por parte de la Tierra. La raza humana era un grupo de estudiantes de primaria a quienes, de repente, se les exigía trabajar con materiales de un doctorando sin ayuda de profesor alguno.

Por otro lado, la población de la Tierra había aumentado en dos mil millones de habitantes de manera súbita. Todos eran individuos de edad muy avanzada que no producían y, además, la mayoría de ellos estaba enfermo, por lo que la presión bajo la que vivía la humanidad alcanzó unos niveles sin precedentes. Como resultado, cada Gobierno se vio obligado a pagar pensiones considerables a cada una de las familias que acogía a algún dios. La sanidad y el resto de las infraestructuras públicas estaban sobreesaturadas y la economía mundial se hallaba al borde del colapso.

Las buenas relaciones entre el dios y la familia de Qiusheng se deterioraron sin remedio. Poco a poco, la familia comenzó a verlo como una carga que les había caído del cielo. Todos empezaron a despreciarle, aunque cada uno por sus propios motivos.

El motivo de Yulian era el más práctico de todos y el que más se acercaba a la raíz del asunto: el dios los condenaba a ser pobres. De todos los miembros de la familia, era ella la que causaba más recelo al dios. La lengua afilada de la mujer le resultaba más temible que cualquier agujero negro o supernova. En cuanto Yulian vio que aquel sueño suyo de vivir el auténtico comunismo se había desvanecido, comenzó a meterse con él. Le contaba lo bien que vivía la

familia antes de que llegaran y lo prósperos que eran, que todo era mejor antes, y se quejaba de la mala suerte de tener que cargar con un vejestorio como él...

Nunca desaprovechaba la oportunidad de darle la lata con algo. El dios sufría además de bronquitis crónica. No era una enfermedad demasiado cara de tratar, pero su cronicidad suponía un dispendio constante. Al final, Yulian le prohibió a su marido que llevara al dios al doctor y dejó de comprar las medicinas. Cuando el secretario de la rama local del Partido Comunista se enteró, se presentó en casa de Qiusheng.

—Tenéis que pagar el tratamiento de vuestro dios —le dijo a Yulian—. El doctor del hospital de la ciudad me ha dicho que, si empeora, su bronquitis podría terminar convirtiéndose en un enfisema pulmonar.

—¡Si quiere que lo traten, que lo pague la aldea, o el Gobierno! —espetó Yulian al secretario—. ¡A nosotros no nos sobra el dinero!

—Yulian, la Ley de Sustento a los Dioses establece que cada familia tiene que correr con este tipo de gastos médicos menores. La pensión que recibís del Gobierno sirve para, entre otras cosas, esto.

—¡Esa birria que nos dan no vale para nada!

—¡No te permito que digas eso! ¡En cuanto empezasteis a recibirla os comprasteis una vaca, os pasasteis al butano y tenéis hasta un televisor en color! ¿Me estás diciendo en serio que no te queda dinero para llevarlo al médico? Todo el mundo sabe que en esta familia eres tú la que lleva los pantalones, así que te lo voy a dejar claro: por esta vez te ahorro pasar vergüenza, pero no te confíes, la próxima no seré yo quien venga, sino el Comité de Apoyo a los Dioses del condado. ¡Entonces verás lo que es bueno!

A Yulian no le quedó otro remedio que correr con los gastos médicos del dios, pero a partir de aquel día se volvió aún más deslenguada con él.

Una vez, el dios le dijo a Yulian:

—No te preocupes. Los humanos sois muy inteligentes y aprendéis rápido. En solo un siglo, los aspectos más básicos de nuestros conocimientos comenzarán a ser aplicables y vuestra vida mejorará.

—¡Ja! ¡Un siglo entero! —exclamó Yulian, que estaba lavando los platos de espaldas al dios, sin volverse hacia él—. Y dice que «solo»... ¿No sabe usted lo que está diciendo?

—Eso es muy poco tiempo...

—¡Para ustedes! ¿Se cree que nosotros duramos tanto? En un siglo, ¡de mí no encontrarán ni los huesos! Pero déjeme que le pregunte: ¿a usted cuánto tiempo cree que le queda?

—Ah —suspiró el dios—, me temo que la llama de mi vida está a punto de extinguirse... Si vivo tres o cuatro siglos terrestres más, ya podré darme por satisfecho.

Yulian dejó caer al suelo el montón de cuencos apilados que tenía en las manos.

—¡Pero bueno! ¡Lo estamos manteniendo y ahora resulta que va a enterrarnos a todos! ¿O sea, que no seré yo sola la que tenga que trabajar como una mula toda mi vida por usted, sino que mis hijos, mis nietos y diez generaciones más también? ¡Cómo tiene la facha de decir que no se muere!

Por su parte, el padre de Qiusheng estaba convencido de que el dios era un fraude. En realidad, aquella era una opinión bastante extendida. Dado que los científicos eran incapaces de comprender la literatura científica de los dioses, resultaba imposible asegurar su autenticidad. Cabía la posibilidad de que la humanidad entera estuviera siendo víctima de un engaño por parte de los dioses. A ojos del padre de Qiusheng, había pruebas más que suficientes para demostrarlo.

—¡Viejo mentiroso! —le dijo al dios un día—. No he visto embustero más

grande que tú. Te pondría en evidencia, pero me da pereza. No vale la pena que pierda mi tiempo... ¡Ni tan siquiera que lo pierda mi nieto!

El dios le preguntó qué era lo que le hacía sospechar.

—Para empezar, algo muy sencillo: nuestros científicos saben que el hombre viene del mono, ¿no es verdad?

El dios asintió.

—Para ser más exactos, evolucionasteis a partir de primates.

—Entonces ¿cómo puedes decir que nos creasteis? Puestos a hacer humanos, ¿por qué no darles nuestra forma actual? ¿Por qué hacernos pasar por todo ese rollo de la evolución? ¡No tiene lógica!

—De la misma manera que el hombre nace siendo un bebé y crece hasta que se hace adulto, también una civilización debe partir de un estado primitivo. El largo camino de la experiencia no se puede obviar. A decir verdad, el primer origen del ser humano se remonta a una especie mucho más primitiva; los primates ya eran seres evolucionados.

—Yo no me trago ese cuento... Pero espera, voy a ponerte un ejemplo todavía más obvio. Esto me lo dijo mi nieto: nuestros científicos dicen que en la Tierra la vida existe desde hace más de treinta mil millones de años. Eso lo admitió, ¿no?

—Es una estimación razonable, sí —admitió el dios.

—Entonces ¿tienes treinta mil millones de años de edad?

—Según vuestro marco de referencia, sí. Pero de acuerdo con el marco de referencia de nuestras naves, apenas tengo tres mil quinientos años. Las naves solían volar a una velocidad cercana a la de la luz, por lo que para nosotros el tiempo transcurría mucho más lento que para vosotros. Por supuesto, de vez en cuando algunas naves deceleraban y bajaban a la Tierra a hacer los ajustes necesarios para que la evolución de la vida fuera posible, pero eso no

requería mucho tiempo; enseguida recuperaban la velocidad original y continuaban adelantándose al paso del tiempo.

—¡Bah, pamplinas! —exclamó el abuelo.

—Padre, eso es la teoría de la relatividad —intervino Qiusheng—. Nuestros científicos ya la han demostrado.

—¡Qué relatividad ni qué...! Tú también quieres confundirme, ¿cómo va a ser eso posible? ¡El tiempo no es como una gota de aceite de sésamo, que puede fluir a distintas velocidades! Seré viejo, pero aún no he perdido el seso... ¡En cambio tú, de tanto leer, te has vuelto majareta!

—Enseguida voy a demostraros que el tiempo transcurre a distintas velocidades —anunció el dios con gesto misterioso. Sacó la foto de quien dos milenios atrás fue su enamorada y se la entregó a Qiusheng—. Observadla con atención y memorizad cada detalle.

Desde el primer instante en que Qiusheng posó los ojos en aquella fotografía, supo que iba a recordar cada detalle, pues resultaba una visión imposible de olvidar. Al igual que ocurría con los demás dioses, los rasgos de la mujer de la foto eran una mezcla de todas las razas. Su piel era tersa y nívea como el marfil y sus ojos, de tan grandes y expresivos, parecían hablar sin palabras. A Qiusheng le robó el alma de inmediato. Era una mujer única entre los demás dioses, era una diosa única entre las demás mujeres. Y es que, para un humano, aquella belleza divina suya resultaba tan ignota e irresistible como si un segundo sol hubiera aparecido de súbito.

—¡Míralos! ¡Se les cae la baba! —dijo Yulian, arrebatando la foto de manos de un Qiusheng absorto. Sin embargo, antes de que pudiera echarle un vistazo, su suegro se la quitó.

—¡A ver, a ver! —dijo el anciano, acercando la fotografía a sus ojos cansados lo máximo que pudo. Durante un largo instante no se movió, como si la foto le proporcionara todo el sustento que necesitaba.

—Pero ¿por qué la mira tan de cerca? —le recriminó Yulian.

—¡Deja! No llevo las gafas puestas —replicó el abuelo, con la cara pegada a la foto.

Después de observar a su suegro con mirada desdeñosa durante varios segundos, Yulian, enfurruñada, se metió en la cocina.

Entonces el dios tomó la fotografía de manos del padre de Qiusheng, que hizo ademán de no querer devolverla.

—Recordad todos los detalles. Mañana a esta hora os dejaré verla de nuevo.

Al día siguiente, padre e hijo apenas se hablaron. Los dos estaban concentrados pensando en la mujer, de modo que no tenían mucho que decirse. Yulian estaba aún de peor humor que de costumbre. Cuando por fin llegó la hora, el dios parecía haber olvidado su promesa y el padre de Qiusheng tuvo que recordársela. Cuando por fin volvió a sacar la foto en la que los dos hombres habían pasado el día pensando, se la entregó primero a Qiusheng.

—Mira atentamente. ¿Notas algún cambio en ella?

—No, ninguno —respondió Qiusheng, tratando de fijarse. Al cabo del rato notó algo—. ¡Ay, sí! El espacio entre sus labios parece algo más estrecho. No mucho, solo un poco. Y aquí, en la comisura...

—¿Es que no tienes vergüenza? ¡Mirar tan de cerca a otra mujer!

Como el día anterior, Yulian le arrebató la foto a su marido y, también como el día anterior, su suegro se la quitó.

—Dejadme ver... —El padre de Qiusheng se había puesto las gafas y examinaba la imagen con atención—. Sí, es verdad, la boca parece más cerrada. Pero has pasado por alto otro detalle aún más obvio. Mira este mechón. Da la sensación de que desde ayer se ha movido un poco a la derecha.

El dios tomó la foto de manos del padre de Qiusheng.

—Esto no es una fotografía, sino un aparato de televisión.

—¿De... televisión?

—Sí. Está recibiendo la imagen en directo desde aquella nave exploradora que viaja rumbo a los confines del universo.

—¿En directo? ¿Cómo la retransmisión de un partido?

—Sí.

—Entonces... La mujer de esta imagen... ¡está viva! —exclamó Qiusheng, boquiabierto.

Incluso Yulian se había quedado mirando con los ojos como platos.

—Sí, está viva. Pero a diferencia de una retransmisión en directo desde la Tierra, esta señal llega con retraso. La nave exploradora se encuentra ya a unos ochenta millones de años luz de distancia, de modo que la demora es de ochenta millones de años. La imagen que vemos es la de cómo era ella hace ochenta millones de años.

—¿Y una cosa tan pequeña puede recibir una señal desde tan lejos?

—Este tipo de comunicación a superlarga distancia a través del espacio requiere el uso de neutrinos u ondas gravitacionales; solo nuestras naves son capaces de recibir la señal. Luego la amplifican y la retransmiten a estos televisores.

—¡Es una joya! ¡Una auténtica joya! —se admiró el padre de Qiusheng, sin dejar claro si estaba refiriéndose al minúsculo aparato o a la mujer de la imagen.

En cualquier caso, tanto el padre de Qiusheng como este, al enterarse de que la mujer seguía viva, se sintieron aún más fascinados. Qiusheng quiso volver a coger el televisor, pero el dios no se lo entregó.

—¿Por qué se mueve tan despacio? —quiso saber Qiusheng.

—Eso es como resultado de las distintas velocidades a las que fluye el

tiempo. Desde nuestro marco de referencia, el tiempo dentro de una nave que vuela a la velocidad de la luz transcurre lentísimo.

—Pero entonces... ¿Ella puede hablar con usted? —preguntó Yulian señalando el televisor.

Asintiendo, el dios pulsó un botón situado en la parte de atrás del aparato, que de inmediato comenzó a emitir un sonido.

Se trataba de una delicada voz de mujer, pero el sonido no variaba. Era como una cantante que sostenía una nota al final de una canción. El dios miraba la pantalla con ojos de ternura.

—Me habla. Ahora mismo está terminando de decir «Te quiero». Cada sílaba requiere algo más de un año. Han pasado tres años y medio desde que empezó, de modo que ahora está terminando el «-ro». Acabará la frase en cosa de tres meses.

El dios apartó los ojos de la pantalla para dirigirlos al cielo que se abría sobre el patio.

—Todavía tiene más cosas que decirme. Y yo seguiré escuchándola hasta el mismo día de mi muerte.

Bingbing mantenía una relación razonablemente buena con el dios. A todos los dioses les gustaba hablar y jugar con los niños porque ellos también tenían algo de infantiles. Sin embargo, un día Bingbing quiso que el dios le diera su reloj de pulsera, a lo que este se negó. Le explicó que aquel reloj era una herramienta de comunicación de la civilización de los dioses y que sin él no podría comunicarse con sus iguales.

—¡Ja! ¿Has visto? ¡Solo piensa en los suyos, nunca nos ha considerado de la familia! —se quejó Yulian, muy ofendida.

Después de aquello, Bingbing dejó de portarse bien con el dios y empezó a

gastarle bromas pesadas.

El único miembro de la familia que siguió tratando al dios con el debido respeto fue Qiusheng. Había terminado el instituto y le gustaba leer. Descontando a unos pocos que aprobaron el examen de ingreso y estudiaron en la universidad, él era la persona más cultivada de la aldea. Pero Qiusheng carecía de autoridad en casa. Hacía todo lo que le decía su mujer y también obedecía los mandatos de su padre. Si alguna vez la esposa y el padre le daban órdenes contradictorias, lo único que era capaz de hacer era retirarse a un rincón a llorar. Siendo así de blando, era de esperar que fuese incapaz de proteger al dios.

6

Las relaciones entre dioses y humanos fueron deteriorándose hasta un punto en el que ya no hubo vuelta atrás.

La ruptura entre el dios y la familia de Qiusheng se produjo tras un altercado relacionado con un paquete de fideos instantáneos. Un día, antes de la comida, Yulian salió de la cocina con el paquete en la mano y preguntó cómo podía ser que faltara la mitad si acababa de comprarlo el día anterior.

—He sido yo —admitió el dios con la cabeza gacha—. Se los he llevado a los dioses del río; casi no les queda nada que comer.

Se refería a los dioses que habían dejado su familia y se hacinaban en el río. En los últimos tiempos se habían dado varios casos graves de maltrato hacia ellos. Una pareja muy agresiva había insultado y abofeteado a su dios y habían llegado a negarle la comida. El dios trató de suicidarse en el río que

pasaba por delante del pueblo, pero por suerte hubo quien se lo impidió. El incidente fue tan comentado que llegó a oídos del condado y acudió la policía de la ciudad acompañada de un montón de periodistas de la Televisión Central de China y de las televisiones provinciales. Se llevaron a la pareja esposada. De acuerdo con la Ley de Sustento a los Dioses, habían cometido un delito penado con hasta diez años de prisión. Aquella era la única ley compartida por todas las naciones del mundo y con penas fijadas universalmente. Tras aquel episodio, las familias de la aldea se volvieron más cautas y dejaron de tratar mal a los dioses delante de los demás. Sin embargo, al mismo tiempo, todo aquello causó que las relaciones entre los dioses y los aldeanos empeoraran. Algunos de los dioses dejaron a su familia y otros les imitaron. Al final, un tercio de los dioses de Xicen había abandonado la casa de su familia asignada. Terminaron viviendo en el campo al otro lado del río. Llevaban una vida dura y primitiva.

La situación era la misma tanto en las demás regiones del país como en el resto del mundo: las calles volvían a verse inundadas de dioses errantes. Su número aumentó tan rápido como lo había hecho durante la pesadilla vivida años atrás.

El mundo, lleno de dioses y personas, se enfrentaba a una crisis de enormes proporciones.

—Pero qué generoso es regalando nuestra comida... ¡Cómo se atreve! —bramó Yulian. Entonces comenzó a lanzar todo tipo de improperios.

—¡Viejo inútil! —intervino el padre de Qiusheng, dando un golpe con el puño sobre la mesa—. ¡Lárgate ya! ¡No echas tanto de menos a los dioses del otro lado del río? ¡Pues, hala, lárgate con ellos!

El dios bajó la cabeza y reflexionó en silencio durante unos instantes. Después se puso en pie, fue a su habitación y comenzó a recoger sus cosas y

meterlas en un fardo. Apoyándose en su bastón de bambú, poco a poco llegó hasta la puerta, la abrió y se marchó en dirección al río.

Qiusheng no comió con el resto de la familia. Permaneció acucillado en un rincón con la cabeza gacha y sin decir palabra.

—¡Eh, bobalicón! —le gritó su mujer—. Ven a comer a la mesa. Esta tarde tenemos que ir al pueblo a comprar forraje.

Viendo que su marido no le hacía caso, Yulian fue a tirarle de la oreja.

—Suéltame —le dijo Qiusheng.

No había levantado la voz, pero Yulian apartó la mano de inmediato. Nunca había visto a su marido con aquel gesto tan sombrío.

—Déjalo —refunfuñó el padre de Qiusheng—. Si no quiere comer, peor para él.

—¡Qué te pasa! ¿Echas de menos a tu dios, es eso? —Yulian le dio unos golpecitos con el dedo en la cabeza—. ¡Pues lárgate tú también con él y con sus amigos!

Qiusheng se levantó y subió las escaleras hasta su dormitorio. Del mismo modo que el dios, reunió algunas cosas, las metió en una bolsa de lona que había utilizado en la época en que buscaba trabajo en la ciudad y, con ella a la espalda, salió por la puerta de la casa.

—¿Adónde vas, alcornoque? —le gritó su mujer.

Qiusheng la ignoró y siguió su camino. Ella volvió a gritarle, pero esta vez el miedo quebraba su voz—: ¿Cuándo vas a volver?

—No voy a volver —dijo Qiusheng sin mirar atrás.

—¿¡Qué!?! ¡Haz el favor de venir aquí ahora mismo! ¿Estás mal de la cabeza?

El padre de Qiusheng lo siguió.

—Pero ¿qué te pasa? ¡Aunque no te importen tu mujer y tu hijo, cómo te atreves a abandonar a tu padre!

Qiusheng se detuvo. Sin volverse, dijo:

—¿Y por qué iba usted a importarme?

—¿A quién crees que le hablas de esa manera? ¡Soy tu padre, yo te crié! Tu madre murió muy joven, ¿crees que fue fácil para mí criaros a tu hermana y a ti? ¡Anda, lárgate!

Por fin, Qiusheng se dio la vuelta para mirar a su padre.

—Si usted se ve capaz de echar de casa a quien creó a los ancestros de los ancestros de nuestros ancestros, no creo que yo vaya a cometer un gran pecado por no cuidarlo en sus últimos años.

Dicho esto, se fue. Yulian y el abuelo se quedaron de pie en el umbral de la puerta, atónitos y sin habla.

Qiusheng se dirigió al antiguo puente de piedra y anduvo hasta las tiendas de los dioses. Vio que unos cuantos habían dispuesto una olla en la que bullían hierbas y hojas. Sus barbas blancas y el humo que salía de la olla reflejaban la luz del atardecer como en una escena sacada de algún mito atávico. Entonces Qiusheng dio con su dios.

—Señor dios, véngase conmigo —lo conminó muy serio.

—No pienso volver a esa casa —replicó el dios, con la palma de la mano extendida.

—Ni yo tampoco. ¡Larguémonos de este pueblo! Podemos ir al de mi hermana, alojarnos un tiempo en su casa. Buscaré trabajo en la ciudad y, cuando lo encuentre, podremos alquilar un piso allí. Le prometo que cuidaré de usted el resto de mi vida.

—Eres un buen hijo —contestó el dios, poniéndole la mano en el hombro—. Pero es hora de que nos marchemos —añadió, señalando su reloj de pulsera.

Qiusheng vio que todos los relojes de los dioses emitían una luz roja

parpadeante.

—¿Marcharse? ¿Adónde?

—A las naves —respondió el dios señalando el cielo.

Qiusheng levantó la vista y vio que había dos naves espaciales cerniéndose sobre el azul del cielo. Una de ellas flotaba más cerca; su forma y contorno resultaban enormes. La otra volaba a mucha más distancia y, por tanto, parecía más pequeña. Lo más sorprendente de todo es que de la primera de las dos descendía una especie de hilo fino como la tela de una araña que llegaba hasta la Tierra. A medida que aquel hilo se desplazaba, el sol hacía brillar sus distintas secciones. Parecían relámpagos a plena luz del día.

—Se trata de un ascensor espacial —explicó el dios—. Ya hay desplegados más de cien en cada continente. Los usaremos para volver a nuestras naves.

Como Qiusheng descubriría más tarde, cuando una nave hace caer un ascensor espacial desde una órbita geoestacionaria precisa de una gran masa al otro lado, en el espacio profundo, que haga de contrapeso. Ese era el cometido de la segunda nave que había visto. Cuando los ojos de Qiusheng se acostumbraron a la brillantez del cielo, se dio cuenta de que había muchas más estrellas plateadas en la lejanía. Estaban distribuidas uniformemente y formaban un enorme entramado. Qiusheng entendió al fin que las veinte mil naves de la civilización de los dioses estaban regresando a la Tierra desde el cinturón de asteroides.

Veinte mil naves volvían a sobrevolar el cielo por encima de la Tierra. Durante los dos meses siguientes, un sinfín de cápsulas espaciales se dedicó a subir y bajar a lo largo de gigantescos ascensores distribuidos por todos los

continentes. Recogían a los dos mil millones de dioses que habían pasado el último año en la Tierra. Las cápsulas tenían forma de esfera plateada.

Desde la distancia parecían gotas de rocío deslizándose por una tela de araña.

El día en que los dioses de Xicen se marcharon, todos los aldeanos acudieron a despedirles. Todo el mundo se mostró muy afectuoso hacia ellos. La imagen recordaba a aquel día ya distante en el que los recibieron, era como si el desdén y los malos tratos que los dioses habían tenido que soportar hasta entonces no guardaran relación alguna con los aldeanos.

Los dos grandes autobuses aparcados a la entrada de la aldea eran los mismos que los habían llevado hasta allí un año antes.

Iban a trasladar a los poco más de cien dioses hasta el ascensor espacial más cercano para que montaran en una de aquellas cápsulas. Aunque el ascensor se hallaba a cientos de kilómetros, desde la distancia se distinguía un hilo de plata que se perdía en el cielo.

La familia entera de Qiusheng había acudido a despedir a su dios. Nadie habló en todo el trayecto. Cuando llegaron a la entrada de la aldea, el dios se detuvo y, apoyándose en su bastón, se inclinó ante ellos.

—Por favor, a partir de aquí ya no hace falta que me acompañéis. Gracias por haber cuidado de mí durante este año. De verdad, gracias. Allá adonde vaya a partir de ahora, siempre os recordaré.

Entonces se desabrochó el gran reloj de pantalla esférica que solía llevar en la muñeca y se lo entregó a Bingbing.

—Esto es para ti.

—Pero... ¿cómo va a comunicarse con los otros dioses a partir de ahora?

—Estaremos todos en las naves. Ya no me hará falta —respondió el dios con una sonrisa.

—Señor dios —se dirigió a él, compungido, el padre de Qiusheng—, sus

naves se han quedado anticuadas y no durarán mucho más tiempo. ¿Adónde irán cuando eso ocurra?

El dios mesó su barba. Después, con gran serenidad, dijo:

—Eso no importa. El espacio no tiene límites... Moriremos donde sea que estemos.

Yulian se echó a llorar.

—Señor dios... Me... me he portado muy mal, no debería haber descargado toda una vida de frustraciones sobre usted... Qiusheng llevaba razón: actué sin un ápice de compasión... —Dicho esto, le entregó una cesta de bambú—. Le he cocido unos huevos esta mañana. Lléveselos para el viaje.

El dios aceptó la cesta.

—¡Gracias!

Entonces sacó un huevo, lo peló y empezó a comérselo, saboreándolo con fruición. Mientras comía, con la barba llena de restos de yema amarilla, añadió:

—En realidad no vinimos a la Tierra para sobrevivir. Después de dos o tres mil años de vida, ¿como vamos a temerle a la muerte? Sin embargo, queríamos estar con vosotros. Nos gusta y apreciamos vuestra pasión por la vida, vuestra creatividad, vuestra imaginación. Todas esas cosas desaparecieron hace mucho tiempo de la civilización de los dioses. Vimos reflejada en vosotros la que fue nuestra infancia. Pero no pensamos que os causaríamos tantas molestias. Os ruego que nos perdonéis.

—¡Quédese, señor dios! —rogó Bingbing entre sollozos—. No volveré a portarme mal...

El dios negó suavemente con la cabeza.

—No nos vamos por la manera en que nos hayáis tratado. El mero hecho de que accedierais a darnos cobijo ya es de agradecer, pero hay algo que nos

impide seguir aquí: para vosotros somos unos seres patéticos. Os damos pena. ¡Ah, os damos pena!

El dios tiró al suelo la cáscara del huevo. Cuando levantó la mirada y, con su blanca cabellera al viento, observó el cielo, fue como si a través de su azul pudiera contemplar un brillante mar de estrellas.

—¿Cómo puede la humanidad sentir pena por la civilización de los dioses? —prosiguió—. No tenéis ni idea de cuán grande fue, de lo altas que fueron las cotas que alcanzamos, de la cantidad de gestas que protagonizamos. Recuerdo que en el año 1857 de la era de la Vía Láctea, los astrónomos descubrieron que un gran número de estrellas se aceleraban hacia el centro de esta. Cuando ese flujo de estrellas fuese consumido por el gran agujero negro que hay allí, la radiación resultante acabaría con toda forma de vida en la galaxia, de modo que nuestros ancestros decidieron actuar. Construyeron una nebulosa escudo alrededor del centro de la galaxia con un diámetro de diez mil años luz para que la vida pudiera continuar. ¡Ah, qué magnífico proyecto de ingeniería fue aquel! Nos llevó más de mil cuatrocientos años completarlo... Inmediatamente después, la nebulosa de Andrómeda y la Gran Nube de Magallanes se aliaron para invadirnos. La flota interestelar de la civilización de los dioses saltó cientos de miles de años luz en el tiempo e interceptó a los invasores en el punto de equilibrio gravitacional entre Andrómeda y la Vía Láctea. En el momento de máximo fragor de la batalla, numerosas naves de cada bando terminaron uniéndose y formando una nebulosa espiral del tamaño del sistema solar. Durante las fases finales de la batalla, la civilización de los dioses tomó la audaz decisión de enviar el resto de las naves de guerra, flota incluida, al corazón de la nebulosa. ¡Aquel gran aumento de masa hizo que la gravedad sobrepasara la velocidad centrífuga y la nebulosa, compuesta por aeronaves espaciales y acorazados estelares, explotó y formó una estrella! Debido a la elevada proporción de elementos pesados de la estrella, tras nacer se

convirtió en una supernova e iluminó el abismo de oscuridad entre Andrómeda y la Vía Láctea. Así fue como el coraje y el sacrificio de nuestros ancestros hizo posible que la Vía Láctea fuera un lugar donde la vida pudiera desarrollarse de manera pacífica... Nuestra civilización está en declive, pero eso no es culpa nuestra. Por mucho empeño que se ponga en tratar de impedirlo, una civilización siempre acaba envejeciendo. Todo envejece algún día, incluso vosotros. Por eso no necesitamos que sintáis pena de nosotros.

—Comparados con ustedes —dijo Qiusheng, asombrado—, la humanidad no es nada.

—No digas eso. La civilización terrícola está aún en su infancia. Esperamos que crezcáis pronto para heredar y continuar la gloria de vuestros creadores.

El dios dejó caer el bastón y posó las manos en los hombros de Bingbing y Qiusheng.

—Antes de partir, hay algo más que debo deciros.

—Hable, por favor. Quizá no entendamos todo lo que tenga que decir, pero seguro que le escucharemos con atención.

—En primer lugar, ¡tenéis que abandonar el planeta! —El dios abrió los brazos y los extendió en dirección al cielo. El viento de otoño agitaba su túnica como si ésta fuera la vela de un barco.

—¿Irnos? ¿Adónde? —preguntó confundido el padre de Qiusheng.

—Comenzad por volar a los demás planetas del sistema solar y luego a otras estrellas. No preguntéis por qué, pero debéis emplear todas vuestras energías en marcharos de aquí; cuanto más lejos, mejor. Será un proceso que costará mucho dinero y muchas vidas, pero debéis irnos. ¡Cualquier civilización que permanezca en el planeta en que nació está cometiendo suicidio! Adentraos en el universo y descubrid nuevos mundos, nuevos hogares, y dispersad a vuestros descendientes por toda la galaxia como si fueran gotas de lluvia primaveral.

—Lo tendremos en cuenta —aseguró Qiusheng, a pesar de que ni él ni su mujer, ni su padre ni tampoco su hijo habían entendido de verdad las palabras del dios.

—Bien. —El dios suspiró satisfecho—. Por último, voy a contaros un secreto, un secreto muy importante para vosotros. —Sus ojos azules observaron fijamente a cada uno de los miembros de la familia. Aquella expresión fría como el hielo les encogió el corazón—. Tenéis hermanos.

La familia entera se quedó mirando al dios con perplejidad. Qiusheng fue el primero en entender lo que el dios había querido decir.

—¿Nos está diciendo que crearon otras Tierras además de esta?

El dios asintió despacio.

—Sí, otras tierras y otras civilizaciones humanas. Os preceden tres planetas hermanos. Todos se hallan muy cerca de aquí, a apenas doscientos años luz. Vivís en Tierra Cuatro, el planeta más joven.

—¿Ha estado en esas otras Tierras? —preguntó Bingbing.

El dios asintió de nuevo.

—Antes de presentarnos ante vosotros y pedir os que nos acogierais, acudimos a las otras tres. En Tierra Uno fue donde se portaron mejor: después de hacerse con nuestros conocimientos científicos, nos expulsaron. En Tierra Dos, en cambio, retuvieron secuestrados a un millón de dioses y exigieron como rescate que les entregáramos nuestras naves. Después de que les cediéramos mil naves, se dieron cuenta de que no podían controlarlas y quisieron forzar a los rehenes a que les enseñaran a gobernarlas, pero ellos tampoco sabían, porque a bordo todo está automatizado. De modo que los mataron a todos. En Tierra Tres secuestraron a tres millones de dioses y trataron de obligarnos a atacar Tierra Uno y Tierra Dos, pues llevaban tiempo en guerra; sabían que la más mínima colisión con nuestras naves, propulsadas

por antimateria, es capaz de destruir por completo todo rastro de vida de un planeta. Por supuesto, nos negamos. Y entonces mataron a todos los rehenes.

—¡Qué hijos tan desagradecidos! —exclamó indignado el padre de Qiusheng—. ¡Deberían castigarlos!

El dios negó con la cabeza.

—Nunca atacaríamos a una civilización creada por nosotros mismos. Vosotros sois el mejor planeta de los cuatro y por eso os he querido contar todo esto. Vuestros tres hermanos tienen ansias de expansión. No conocen el amor ni la moralidad. Su crueldad y su sed de sangre son inimaginables para vosotros. De hecho, al principio creamos seis tierras. Las otras dos se hallaban en los mismos sistemas solares que Tierra Uno y Tierra Tres respectivamente y ambas fueron aniquiladas por sus hermanos. La única razón por la que las tres tierras restantes no se han destruido entre sí aún es la gran distancia que separa el sistema solar de cada una de ellas. De todos modos, ahora las tres saben de vuestra existencia y poseen vuestras coordenadas precisas. Tenéis que ir a destruirlas antes de que ellas vengan a destruirnos a vosotros.

—¡Pero esto es espantoso! —gritó Yulian.

—Por el momento no tenéis de qué temer. Vuestros hermanos están más avanzados que vosotros, sí, pero aún no son capaces de viajar a más de una décima parte de la velocidad de la luz ni de alcanzar distancias superiores a treinta años luz. Esto es una carrera a vida o muerte por ver quién es el primero en viajar a una velocidad similar a la de la luz. Aquel que lo consiga será quien sobreviva; el resto tiene la muerte asegurada; tal es la lucha por la supervivencia en el universo. ¡Queridos hijos, no os queda mucho tiempo! ¡Debéis apresuraros!

—¿Saben todo esto nuestros científicos y líderes? —preguntó el padre de Qiusheng, que temblaba de miedo.

—Sí. Pero no pongáis vuestras esperanzas en ellos. La supervivencia de una civilización depende del esfuerzo de cada uno de sus individuos, también de la gente corriente.

—¿Has oído, Bingbing? Tienes que aplicarte y estudiar —conminó Qiusheng a su hijo.

—Aún hay otra tarea más que debéis llevar a cabo. Cuando os adentréis en el universo para terminar con la amenaza que representan vuestros hermanos, buscad planetas en los que la vida sea posible y sembradlos de organismos terrícolas simples: bacterias, algas... Luego dejad que evolucionen por su cuenta.

Qiusheng se disponía a hacerle otra pregunta, pero vio que el dios empuñaba su bastón y, encorvado, comenzaba a caminar en dirección al autobús. Los demás dioses aguardaban ya dentro. La familia lo siguió.

—Ah, Qiusheng. —El dios se detuvo, al recordar algo—. Me llevo conmigo algunos de tus libros. Espero que no te importe. —Abrió su fardo y se los mostró—. Son tus libros de física, química y matemáticas del instituto.

—Bien, bien, lléveselos, no me molesta. Pero ¿para qué los quiere?

—Para estudiarlos, claro —respondió el dios mientras volvía a anudar el fardo—. Empezaré por las ecuaciones de segundo grado. Así tendré algo en que ocupar la mente durante la eterna noche espacial... Quién sabe, quizá algún día me atreva a intentar reparar los motores de antimateria de nuestras naves y podamos volar de nuevo a la velocidad de la luz.

—¡Bien pensado! —exclamó Qiusheng entusiasmado—. ¡Así a lo mejor consigue adelantarse al paso del tiempo y entonces podrá encontrar otro planeta y crear otra civilización que cuide de ustedes!

El dios negó con la cabeza.

—No, no, no. Ya no estamos interesados en que nos cuiden. Si llega la hora de extinguirnos, que así sea. Quiero estudiar porque tengo un último deseo.

El dios extrajo de su túnica el pequeño televisor que siempre llevaba con él. En la pantalla, su enamorada todavía articulaba aquella frase de tan solo tres sílabas.

—Deseo volver a verla.

—Es un deseo hermoso, pero nada más que eso —intervino el padre de Qiusheng—. Ella se marchó hace dos mil años a la velocidad de la luz. ¿Quién sabe dónde estará ahora? Y aun en el caso de que lograra reparar su nave, ¿cómo iba a alcanzarla? Usted mismo nos dijo que no hay nada capaz de viajar más rápido que la luz...

El dios apuntó al cielo con su bastón.

—En este universo, siempre que uno sea paciente, puede hacer realidad cualquier deseo. Aunque mis posibilidades de éxito sean minúsculas, no son inexistentes. Una vez os conté que el universo nació a partir de una gran explosión. Pues bien, ahora, la gravedad está reduciendo la velocidad de su expansión, la cual, tarde o temprano, revertirá en contracción. Si algún día nuestra nave llega a alcanzar una velocidad cercana a la de la luz, la mantendré en constante aceleración para que cada vez se aproxime más y más a esta. Así, seguiré ganándole terreno al tiempo hasta que se acerquen los instantes finales del universo, que para entonces habrá encogido a un tamaño ínfimo, menor incluso que el balón de Bingbing. Un punto. Todo cuanto existe en él habrá confluido, ella y yo incluidos, y por fin nos habremos reunido.

Una lágrima afloró a los ojos del dios y resbaló por su barba, resplandeciendo con los reflejos del sol matutino.

—El universo será como la tumba del acto final de *Liang Shanbo* y *Zhu Yingtai*, y ella y yo, las mariposas revoloteando alrededor...

Una semana después, la última nave espacial desaparecía de la línea de visión desde la Tierra; los dioses se habían marchado. La aldea de Xicen recobró su calma original. Por la noche, Qiusheng y su familia se sentaron en el patio a mirar las estrellas. El otoño se había avanzado y el zumbido de los insectos había dejado de oírse en los campos. Una suave brisa hizo revolotear las hojas a sus pies. Hacía fresco.

—Con lo alto que vuelan, tiene que haber un viento muy fuerte y muy frío...
—murmuró Yulian para sí.

—¿Qué viento? —replicó Qiusheng—. Vuelan por el espacio, allí no hay ni aire. Frío sí hace, un frío que pela; en los libros lo llaman cero absoluto. ¡Y esa oscuridad tan negra, tan opaca! Ni en la peor de las pesadillas se ha visto un sitio así...

A Yulian se le saltaron las lágrimas, pero trató de disimular y dijo:

—¿Os acordáis de las dos últimas cosas que nos dijo el dios? Que la Tierra tiene tres hermanos me quedó claro; pero luego, todo aquello de que tenemos que ir a propagar bacterias por otros planetas... sigo sin encontrarle sentido.

—Yo sí se lo he encontrado —anunció el padre de Qiusheng.

Debajo de aquel esplendoroso cielo estrellado, su mente, tras toda una vida de simpleza, se abría por fin al entendimiento.

Elevó la vista hacia las estrellas. Siempre habían estado allí, pero hasta aquel día no las había visto de verdad. Una sensación desconocida invadió todos los recovecos de su ser y le hizo sentirse conectado a algo más grande. Aunque no llegaron a fusionarse, Qiusheng quedó abrumado. Entonces, ante el inmenso mar de estrellas, dio un largo suspiro y sentenció:

—La humanidad tiene que empezar a plantearse quién cuidará de ella cuando alcance la vejez.

Con sus ojos

PRÓLOGO

Llevaba dos meses trabajando sin parar y me encontraba exhausto, así que le pedí a mi director dos días de fiesta para poder viajar y despejarme. Me los dio, pero con la condición de que me llevase un par de ojos conmigo. Accedí y fuimos a recogerlos al Centro de Control.

Los ojos se guardaban en una pequeña sala al final de un pasillo. Calculé que habría unos doce pares. El director me entregó unos y, señalándome la gran pantalla que teníamos delante, me presentó a su propietaria: una mujer joven. Parecía recién salida de la universidad. Me observaba con la mirada vacía. Enfundada en aquel abultado traje espacial, parecía aún más menuda de lo que probablemente debía de ser. Se la veía abatida. Con toda seguridad, habría estado abandonándose a románticos sueños sobre el espacio desde la seguridad de la biblioteca de su universidad, y ahora se enfrentaba a la infernal realidad del vacío infinito.

—Lamento muchísimo las molestias —dijo, inclinando la cabeza varias veces a modo de disculpa.

En toda mi vida jamás había oído una voz tan delicada. Sus palabras parecían llegarme flotando desde el espacio exterior como una suave brisa que traspasara las toscas estructuras de acero en órbita en que viajaba como si fueran de seda.

—Al contrario. Me alegra tener compañía —respondí con sinceridad—. ¿Adónde te apetece ir?

—¿Qué? ¿De verdad aún no has decidido el sitio?

Parecía muy contenta.

Mientras hablaba, dos detalles llamaron mi atención.

En primer lugar, todas las transmisiones desde el espacio llegan a su destino con cierto grado de retraso. Incluso las que se efectúan desde la luna tienen un desfase de dos segundos. Dicho desfase es aún mayor en las comunicaciones desde el cinturón de asteroides. Sin embargo, sus respuestas parecían llegar sin ningún retraso perceptible, por lo que deduje que debía de estar en órbita terrestre baja. De ser eso cierto, sin necesidad de hacer transbordo a mitad de camino, volver a la superficie desde allí tenía que ser barato y rápido. ¿Por qué querían entonces que me llevase sus ojos de vacaciones?

Lo segundo que no encajaba era el traje. Por mi experiencia como ingeniero astronáutico especializado en equipamiento, me pareció extraño por varios motivos: para empezar, no estaba dotado de ningún sistema antirradiación, al menos que estuviera a la vista, y el visor del casco que colgaba a su lado carecía de pantalla antirreflectante. Además, el aislamiento térmico y refrigerante del traje también debían de ser muy avanzados, pues no había rastro de ellos.

—¿En qué estación está? —le dije a mi director.

—No pregunte. —Su expresión era triste.

—No hace falta que hablemos de eso, ¿no? —se sumó ella desde la pantalla. Su tono implorante me llegó al alma.

—¿No estarás en la trena? —bromeé.

La sala que podía ver al otro lado del monitor parecía muy angosta. Debía de ser algún tipo de cabina. Una infinidad de complejos sistemas de navegación repiqueteaban y parpadeaban alrededor. Sin embargo, no se veía ninguna ventana, ni tan siquiera un monitor de observación. El lápiz que

flotaba girando cerca de su cabeza era la única prueba visible de que en esos momentos se encontraba en el espacio.

Tanto ella como el director se mostraban importunados por mi chascarrillo.

—Está bien —me apresuré a decir—, no preguntaré por lo que no me concierne. ¿Adónde vamos entonces? Elige tú.

Tomar una decisión parecía una tarea titánica para ella. Se llevó las manos al pecho y cerró los ojos. Se diría que estaba decidiendo entre la vida y la muerte, o que pensaba que el planeta iba a explotar después de nuestras breves vacaciones. Se me escapó la risa.

—Para mí es difícil escoger. ¿Has leído «Tres días para ver» de Helen Keller? [4] Es un ensayo precioso. Si lo hubieras leído, comprenderías lo que siento.

—Pero nosotros no tenemos tres días, solo dos. En lo que se refiere al tiempo, los que vivimos en esta época moderna somos más pobres que las ratas. La ventaja que tenemos respecto a las personas del siglo veinte como Keller es que en cuestión de tres horas puedo llevar tus ojos a cualquier lugar de la Tierra.

—¡Vamos al último lugar que visité antes de partir!

Me dijo el nombre. Con sus ojos en la mano, me puse en marcha.

1

LA PRADERA

Altas montañas, llanuras, campos y bosque convergían en aquel lugar. Estaba a más de dos mil kilómetros del centro espacial en el que yo trabajaba; el viaje en jet ionosférico había durado solo quince minutos. Lo que en su día había sido el desierto de Taklamakán, tras años de intensa propagación

vegetativa se había transformado en una pradera. Ahora, tras décadas de estricto control de la natalidad, la zona volvía a estar despoblada.

La pradera se extendía hacia el horizonte. A mi espalda, una verde espesura tapizaba los montes Tian, cuyos picos más altos estaban cubiertos de argéntea nieve. Saqué sus ojos y me los puse.

Aquellos ojos eran en realidad un par de gafas multisensoriales. Al llevarlas, todas las imágenes que veía el portador se transmitían por medio de una señal radioeléctrica de ultraalta frecuencia que llegaba a otra persona con otro juego de gafas multisensoriales idéntico, de manera que podía ver todo lo que tenía la primera persona delante. Era como si el transmisor llevase los ojos del receptor.

Millones de personas trabajaban durante todo el año en la luna y en el cinturón de asteroides. El coste que suponía volver a la Tierra para unas vacaciones era, nunca mejor dicho, astronómico; por lo que la oficina espacial, haciendo gala de su tacañería, diseñó aquel dispositivo. Todos los astronautas que vivían en el espacio tenían un par de gafas en la Tierra. Allí, cuando alguien tenía la suerte de poder irse de vacaciones en la vida real, se las ponía, y al trabajador espacial le daba la sensación de disfrutar del mismo viaje y aplacaba así su morriña.

Al principio la gente se había mofado de aquel artilugio, pero en cuanto comenzaron a dar las primeras ayudas económicas a quienes se las llevaran de viaje, su popularidad se disparó. Los ojos artificiales fueron haciéndose cada vez más sofisticados. Los modelos más modernos, haciendo uso de la tecnología más puntera, ya eran capaces incluso de transmitir los sentidos del tacto y el olfato de los portadores al supervisar sus ondas cerebrales. Llevar un par de gafas durante las vacaciones acabó siendo un acto de servicio público entre los trabajadores terrestres en el sector espacial. Había quienes,

queriendo preservar su intimidad, no estaban dispuestos a llevarse un par de ojos consigo de vacaciones. Pero a mí eso me daba igual.

El espléndido paisaje que tenía ante mí me hizo suspirar. Desde sus ojos, sin embargo, me llegó un débil sollozo.

—Llevaba soñando con este lugar desde la última vez que lo visité. Ahora me parece que esté soñando —explicó su suave voz desde sus ojos—. Me siento como si emergiese de la profundidad del océano y respirase hondo por primera vez. No soporto estar encerrada.

Podía escucharla respirar largo y despacio.

—No estás encerrada. Comparada con la inmensidad del espacio que te rodea, esta pradera bien podría ser un armario.

No dijo nada. Incluso contuvo la respiración.

Continué hablando, aunque solo fuese para interrumpir aquel silencio.

—Por supuesto, la gente que está en el espacio no deja de estar encerrada. Es como cuando Chuck Yeager describió a los astronautas del Mercury como...

—... carne enlatada —me dijo.

Nos reímos. De pronto, se puso a gritar.

—¡Ay! ¡Flores! ¡Veo flores! ¡La última vez no había!

En efecto, innumerables florecillas adornaban la vasta pradera.

—¿Puedes acercarte para que las vea mejor?

Me agaché y miré hacia abajo.

—¡Qué bonita! ¿Puedes olerla? ¡No, no la cojas!

No tuve otro remedio que estirarme casi panza abajo para captar la ligera fragancia de la flor.

—¡Ay, sí! ¡Puedo olerla también! Es como si nos estuviese enviando una delicada sonata.

Sacudí la cabeza, riendo. En aquellos tiempos frenéticos y cambiantes, las chicas solían ser mucho más volubles y superficiales; costaba encontrar a

alguien tan sensible como ella, que aún se emocionaba ante la simple belleza de una flor.

—Vamos a ponerle un nombre, ¿te parece? La llamaremos... eh... Soñadora. ¿Y esa de ahí? ¿Cómo podríamos llamarla? Eh... Lluvia suena bien. Ve para allá, ve para allá. Gracias. Esta tiene los pétalos azul claro... Debería llamarse Rayo de Luna.

Seguimos así, de flor en flor, observándolas, oliéndolas y poniéndoles nombre. Ella, extasiada, insistía en repetir aquel proceso una y otra vez como si se hubiera olvidado del resto del mundo. Yo, en cambio, me harté del jueguito enseguida. Cuando llevábamos un centenar de flores bautizadas, le pedí que parásemos.

Al levantar la mirada, me di cuenta de que había caminado una distancia considerable, por lo que volví para recuperar mi mochila. Cuando me incliné para recogerla, oí un grito de espanto en la oreja.

—¡Oh, no! ¡Has aplastado a Copo de Nieve!

Partiéndome de risa, enderecé como pude la pálida florecilla. Luego, cubriendo otro par de flores con ambas manos para que ella no las viera, le pregunté:

—¿Cómo se llaman? ¿Qué aspecto tienen?

—La de la izquierda es Cristal. También es blanca, y tiene tres hojas en el tallo. A la derecha tenemos a Llama. Es rosa, con cuatro hojas. Las dos de arriba están separadas, mientras que las dos de abajo están unidas.

Acertó de pleno. Confieso que, en cierto sentido, me conmovió.

—¿Lo ves? Me he hecho amiga de todas. No dejaré de pensar en ellas en mucho tiempo. Será como recordar un cuento de hadas. ¡Tu mundo es maravilloso!

—¿Mi mundo? ¡También es el tuyo! Y ten cuidado, ya sabes lo rígidos que

son los psicólogos espaciales: como te pillen actuando de manera tan inocente, tan sentimental, son capaces de mandarte de vuelta para el resto de tu vida.

Empecé a deambular sin rumbo por la llanura. Al poco topé con un pequeño arroyo oculto tras la densa hierba. Quise cruzarlo y seguir, pero su voz volvió a detenerme.

—Me encantaría meter las manos en el agua...

Cuando me agaché y lo hice, el frescor recorrió mi cuerpo. Sabía que ella también lo sentiría, dado que las ondas de ultraalta frecuencia transportarían la sensación hacia el lejano espacio. De nuevo la oí suspirar.

—¿Hace calor allí donde tú estás? —Pensé en aquella cabina estrecha y en el curioso sistema de aislamiento de su traje espacial.

—Sí —respondió—. Es un infierno. —Su tono cambió—: Oye, ¿qué es eso? ¿El viento de la pradera? —Yo había sacado las manos del agua y estaba notando la brisa contra la piel húmeda—. No, no te muevas. ¡Es una sensación maravillosa!

Levanté ambas manos en dirección al viento y las mantuve en alto hasta que se me secaron. A petición de ella, otra vez las sumergí en el agua y luego las alcé contra el viento. Volvió a ser una sensación sublime, y de nuevo compartimos la experiencia. Perdimos el tiempo así un buen rato.

Luego reinicié la marcha. Después de vagar en silencio durante un tiempo, la oí murmurar de nuevo:

—Tu mundo es maravilloso.

—No sé qué decirte. Quizá la gris monotonía de mi vida me impida apreciarlo.

—¿Cómo es posible? ¡Con la de experiencias y sensaciones que ofrece ese mundo! Intentar describirlas todas sería como intentar contar las gotas de lluvia durante una tormenta. Mira esas nubes de ahí, tan imponentes, ese blanco plateado; parecen sólidas, como si fueran montañas de jade pálido. Y

el prado que tienen abajo es al revés, como si flotara él, como si la hierba hubiese decidido echar a volar y convertirse en un mar de nubes verdes. ¡Y mira! Ahora, con las nubes pasando delante del sol, ¡fíjate cómo juegan y revolotean las luces y las sombras sobre la hierba! ¿De verdad no sientes nada cuando ves todo eso?

Me pasé el día paseando por aquel prado con sus ojos puestos. Ansiosa, me urgía a mirar cada una de las flores, cada brizna de hierba, cada rayo de luz que acariciaba la pradera; a escuchar cada uno de los sonidos que poblaban la espesura. El descubrimiento de un arroyo o de cualquier pez que nadase en él, por diminuto que fuera, la llenaban de entusiasmo. La más mínima brisa que trajera la dulce fragancia de la hierba fresca era capaz de hacerla llorar. Sus sensaciones eran tan intensas que me pregunté si tendría algún problema emocional.

Antes del atardecer me dirigí a una solitaria cabaña blanca instalada en mitad de la pradera. Era un refugio para los viajeros, aunque parecía que yo era su primer huésped en mucho tiempo. Aparte de mí, el otro único residente de la cabaña era el obsoleto y defectuoso androide que regentaba el establecimiento. A pesar de tener tanto cansancio como hambre, antes de que pudiera terminar mi cena mi compañera de viaje se empeñó en que saliera a observar la puesta de sol.

—Ver cómo el cielo va perdiendo brillo poco a poco a medida que cae la noche sobre el bosque es como escuchar la sinfonía más hermosa del universo —dijo extasiada.

Maldiciendo en silencio mi mala suerte, arrastré mis pesados pies hacia el exterior.

A pesar de que la puesta de sol fue hermosa, su reacción emocional fue desaforada.

—Aprecias mucho la belleza de lo mundano —le dije mientras volvíamos a

la cabaña ya de noche, con las estrellas brillando en el cielo.

—¿Por qué tú no? —me preguntó—. Es lo que da sentido a la vida.

—No solo yo, la mayor parte de la gente tampoco. Hoy en día es demasiado fácil conseguir lo que uno quiere. No hablo solo de cosas materiales. Puedes rodearte de cielos azules y aguas cristalinas como si nada. Si quieres la paz y tranquilidad del campo o de una isla remota, no tienes más que chasquear los dedos. Incluso el amor: piensa en lo difícil que era para las generaciones de hace años y con cuánta desesperación lo perseguían. Y ahora se puede experimentar con la realidad virtual, al menos a ratos. Ya no apreciamos nada. Nos ponen una cesta de fruta enfrente y solo le damos un bocado a cada pieza; el resto, a la basura.

—No todo el mundo tiene esas frutas a su alcance —replicó ella en voz baja.

Tuve la sensación de que mis palabras la habían herido, pero no estaba seguro del porqué. El resto del camino de vuelta ya no dijimos nada más.

Aquella noche la vi en sueños. Llevaba su traje espacial puesto, seguía confinada en su minúscula cabina. Tenía lágrimas en los ojos. Alargaba los brazos hacia mí, gritando: «¡Sácame de aquí! ¡No soporto estar encerrada!». Entonces, de un sobresalto, me desperté y me di cuenta de que me estaba llamando de verdad. Estaba acostado mirando al techo con sus ojos puestos.

—Por favor, ¿puedes llevarme afuera? Vamos a ver la luna, ¡ya debe de haber salido!

La cabeza me pesaba como si estuviese llena de arena mientras salía de la cama de mala gana. Una vez en el exterior descubrí que, en efecto, la luna había salido; la bruma de la noche la teñía de un tono rojizo. A sus pies, la vasta llanura dormitaba mientras una miríada de luciérnagas flotaba entre el neblinoso océano de la hierba. Me sentí como si estuviera presenciando una manifestación de los sueños de la pradera.

Desperezándome, miré al cielo y dije:

—Oye, ¿puedes ver la luna brillar desde tu posición en órbita? ¿Dónde está tu nave ahora? Dímelo, anda; quizá pueda verla. Si no me equivoco, viajas en órbita terrestre baja, ¿no?

Ella, haciendo caso omiso a mi pregunta, se puso a tararear una melodía. A los pocos compases se detuvo y dijo:

—Es el *Claro de luna* de Debussy.

Luego, embelesada, siguió tarareando como si yo no existiera. Su voz, junto a la luz de la luna, descendía desde las alturas y lo cubría todo. Me la imaginé a ella, tan delicada, viajando por el espacio exterior con el brillo de la luna arriba y la Tierra azul abajo, un minúsculo puntito flotando entre ambos, con su canción fundiéndose con la luz de la luna...

Al cabo de una hora, cuando volví a la cama, ella seguía tarareando. No sabía si aún era Debussy, pero me dio igual. Su melodía me acompañó en mis sueños.

Pasado cierto tiempo, no estoy seguro de cuánto, su tarareo se convirtió en gritos. Sus llantos me despertaron de golpe. Quería volver a salir.

—Pero ¿no habíamos visto la luna ya? —protesté enfadado.

—Ahora es distinto, ¿te acuerdas de aquellas nubes que vimos en el oeste? A esta hora ya habrán llegado y la luna estará asaeteándolas; quiero ver cómo danzan la luz y las sombras sobre la hierba. Debe de ser muy hermoso, ¿es una música distinta! Anda, por favor, ¡llévate mis ojos afuera!

Aunque estaba a punto de estallar de la rabia, salí. Las nubes habían llegado, en efecto, y la luna filtraba su luz entre ellas iluminando tenuemente la pradera. Parecía que la Tierra estuviese sopesando antiguos y profundos recuerdos.

—Tienes la sensibilidad de un poeta dieciochesco. No va para nada con los tiempos que corren, y menos aún con una astronauta —dije, escudriñando el

cielo nocturno. Me quité sus ojos y los colgué de una rama de un pino cercano —. Venga, hártate de mirar la luna; yo necesito dormir, que mañana me vuelvo al centro espacial a seguir con mi vida gris.

Desde sus ojos, su voz susurró algo. Pero yo ya no pude oírlo y me volví a la cabaña sin decir nada más.

Cuando me desperté ya era de día. El cielo estaba cubierto por oscuros nubarrones que descargaban una fina llovizna sobre todo Taklamakán. Los ojos seguían colgados del árbol, con las lentes cubiertas de vaho. Los limpié con cuidado y me los coloqué. Había supuesto que, después de pasarse la noche contemplando la luna, para entonces ella estaría dormida. Sin embargo, para mi sorpresa, oí sus sollozos atenuados. Me dio mucha lástima.

—Siento mucho lo de anoche —dije—. Estaba cansadísimo.

—No, no es por ti —balbuceó—. Es que el cielo se nubló a las tres y media, luego... luego, hacia las cinco, se puso a llover...

—Pero ¿¡es que no has dormido en toda la noche?! —exclamé.

—... y con la lluvia... no pude ver salir el sol —masculló entre sollozos—. ¡Tenía tantas ganas de ver amanecer sobre las llanuras! Lo deseaba más que nada en el mundo...

El corazón se me hizo añicos. Sus lágrimas se escurrieron entre mis pensamientos y casi pude ver su nariz menuda arrugándose con cada gimoteo. Se me humedecieron los ojos. Tenía que admitirlo: aquellas últimas veinticuatro horas me había enseñado algo, aunque no lograba descifrar qué exactamente; aún me resultaba tan poco palpable como la luz y las sombras que se movían sobre la pradera. Pero estaba claro que ahora mis ojos veían un mundo distinto.

—Bueno, siempre habrá otro amanecer. Te prometo que volveré a ponerme tus ojos para que lo veas. O quizá te apetece que lo veamos juntos, en persona. ¿Qué te parece?

Sus sollozos se detuvieron. De pronto, me susurró:

—Escucha...

No oí nada, pero me puse tenso.

—Es el primer pájaro de la mañana. Hay pájaros ahí fuera, incluso bajo la lluvia.

Su tono era sombrío. Como si estuviese escuchando un repique de campanas que marcase el final de una era.

2

OCASO VI

El recuerdo de aquella experiencia se desvaneció en cuanto me reincorporé a mi puesto de trabajo y proseguí con mi anodina existencia. Cuando, pasado ya algún tiempo, me acordé de lavar la ropa del viaje, descubrí varias briznas de hierba en el dobladillo del pantalón.

Aquello debió de plantar también algún tipo de semilla en las profundidades de mi inconsciente, pues en el solitario desierto de mi alma sin duda brotó un cambio. Al principio era una sensación apenas perceptible, soterrada. Podía, por ejemplo, al final de otra agotadora jornada de trabajo, apreciar la delicadeza de la brisa nocturna acariciándome el rostro. Empecé a fijarme en el canto de los pájaros. Llegaba incluso a pararme en el paso elevado que había de camino a casa para ver el atardecer dando paso a la noche, que envolvía la ciudad... Seguía viendo un mundo gris, pero salpicado aquí y allá de vívidos detalles, detalles que no cesaban de multiplicarse.

Al percibir este cambio en mí, volví a pensar en ella.

Se colaba en mis pensamientos cuando estaba ocioso, incluso en mis sueños. Una vez tras otra la veía en aquella angosta cabina, con aquel traje

espacial de tan peculiar aislamiento... Poco a poco, esos detalles fueron perdiendo importancia y mi mente se concentró en otro objeto: aquel lápiz que había visto flotar en gravedad cero al lado de su cabeza. Por alguna razón, todavía lo veía flotando y girando frente a mí cada vez que cerraba los ojos.

Por fin, un día, estando yo en el gran vestíbulo del centro espacial, al pasar por el lado de un mural gigante que había visto innumerables veces, algo llamó mi atención. El mural era una foto del orbe azul de la Tierra visto desde el espacio. En cuanto la imagen de aquel lápiz que no podía apartar de mi mente se superpuso a la del mural, oí su voz: «No soporto estar encerrada».

Una chispa se encendió de pronto en mi cerebro: ¡Claro! ¡El espacio no era el único lugar con gravedad cero!

Corrí escaleras arriba como un loco y aporreé la puerta del director, pero no estaba. Guiado por lo que parecía una premonición, fui volando hacia la habitación donde se guardaban los ojos y allí lo encontré: estaba mirando a la chica por la pantalla. Seguía encerrada en la misma cabina sellada, con el mismo traje «espacial». La imagen estaba congelada. Casi con toda seguridad, se trataba de una grabación.

—Está aquí por ella, supongo —me dijo el director, sin apartar la vista del monitor.

—¿Dónde demonios está? —pregunté exasperado. Mi voz resonó en las paredes de la sala.

—Me parece que ya lo ha adivinado. Es la tripulante de la *Ocaso VI*.

De pronto todo tenía sentido. Abrumado, me desplomé sobre la alfombra.

El proyecto Ocaso tenía previsto lanzar diez naves, desde la *Ocaso I* hasta la *Ocaso X*. Sin embargo, después del desastre de la *Ocaso VI*, el proyecto se había cancelado. Sus misiones exploratorias eran como tantas otras que las precedieron; seguían los mismos procedimientos básicos que cualquier misión de un centro espacial, pero con una particularidad: las naves del proyecto

Ocaso no se dirigían al espacio exterior, habían sido diseñadas para internarse en las profundidades de la tierra.

Siglo y medio después del primer vuelo espacial, la humanidad comenzó a plantearse la posibilidad de explorar en dirección opuesta. Las terranaves de la línea Ocaso eran su primer intento.

Cuatro años atrás, yo había visto el lanzamiento de la *Ocaso I* por televisión. Fue a altas horas de la noche. Una cegadora bola de fuego iluminó el corazón de la cuenca de Turfán; su luz fue tan poderosa que las nubes del cielo nocturno de Xinjiang brillaron con los colores del amanecer. Para cuando la bola de fuego se desvaneció, la *Ocaso I* ya estaba bajo tierra.

En el centro del boquete abierto había ahora un lago de magma fundido. Blanca de cómo ardía, la lava borboteaba lanzando brillantes columnas al aire. A lo largo de toda la noche, mientras la terranave atravesaba las capas internas del planeta, se sintieron temblores hasta en la lejana Urumqi.

Todas y cada una de las cinco misiones iniciales del proyecto Ocaso completaron con éxito sus viajes subterráneos y regresaron a salvo a la superficie de la Tierra. La *Ocaso V* estableció un récord al llegar más lejos de lo que cualquier humano había viajado jamás por debajo de la superficie del planeta: tres mil cien kilómetros. La geofísica moderna había llegado a la conclusión de que la frontera entre el manto y el núcleo de la Tierra se encontraba a una profundidad aproximada de tres mil quinientos kilómetros, una zona conocida entre los expertos como «discontinuidad de Gutenberg». La *Ocaso VI* no iba a traspasar aquel límite, pues hacerlo significaba penetrar en el núcleo de hierro y níquel, donde la densidad de la materia circundante aumentaría de forma abrupta y exponencial a niveles que iban más allá de lo que el diseño de la *Ocaso VI* era capaz de soportar.

El viaje de la *Ocaso VI* comenzó sin contratiempos. La terranave tardó dos horas en cruzar la zona de transición entre la corteza y el manto de la tierra,

también conocida por el nombre de Moho. Después de descansar sobre la placa tectónica euroasiática durante cinco horas, inició su lento viaje de más de tres mil kilómetros a través del manto.

Los viajes espaciales son quizá solitarios, pero al menos los astronautas pueden contemplar la infinitud del universo y la majestuosidad de las estrellas. En cambio, lo único que tenían los terranautas que viajaban por el interior del planeta para guiarse era una creciente sensación de densidad.

Lo único que podían deducir al mirar los monitores holográficos de la terranave era el deslumbrante resplandor del magma hirviente que seguía su estela. A medida que la nave se hundía, el magma volvía a solidificarse, sellando instantáneamente el camino que había forjado.

Uno de los terranautas describió así la experiencia: cada vez que cerraban los ojos, sentían cerrarse el magma detrás de ellos, aprisionándolos. Aquella sensación los perseguía como un fantasma y los hacía conscientes de la cantidad cada vez mayor de materia que presionaba su nave. Era una sensación claustrofóbica difícil de comprender para quienes estaban en la superficie, pero que torturaba a todos y cada uno de los terranautas.

La *Ocaso VI* seguía completando con éxito todas sus investigaciones. Con la nave viajando a unos quince kilómetros por hora, alcanzaría la siguiente profundidad prevista en veinte horas. Sin embargo, al cabo de quince horas y cuarenta minutos de viaje, recibieron una alerta del radar del subsuelo: había detectado un aumento repentino de densidad en sus proximidades, que pasaba de 6,3 gramos por centímetro cúbico a 9,5. La materia circundante ya no estaba formada por silicatos, sino compuesta por una aleación de hierro y níquel. Tampoco era sólida, sino líquida.

A pesar de que solo habían alcanzado una profundidad de dos mil quinientos kilómetros, todas las señales parecían indicar que la *Ocaso VI* y su tripulación habían entrado en el núcleo del planeta.

Más tarde sabrían que habían encontrado una fisura en el manto terrestre que conducía a su núcleo. La fisura se había llenado de aleación líquida a alta presión de hierro y níquel procedente del núcleo. Por eso, la discontinuidad de Gutenberg había llegado hasta mil kilómetros más cerca de la trayectoria de la *Ocaso V*.

De inmediato tomaron medidas de emergencia para cambiar de rumbo. Y justo durante ese intento se produjo el verdadero desastre.

El casco de la nave era lo suficientemente fuerte como para soportar el repentino aumento de presión de mil seiscientas toneladas por centímetro cúbico. Sin embargo, la terranave estaba compuesta por tres partes: un motor de fusión en la proa, una cabina central y un motor de tracción montado en la parte trasera. Cuando intentaron cambiar de dirección, la parte que unía el motor de fusión con la cabina principal se fracturó por culpa del aumento de densidad y de la presión de la aleación líquida de hierro y níquel, mucho mayor de lo que establecían los parámetros operativos de la nave. Las imágenes transmitidas desde el comunicador de neutrinos de la *Ocaso VI* mostraban cómo el motor delantero se separaba del casco para ser engullido al instante por el brillo carmesí del metal líquido. El motor de fusión de la *Ocaso* expulsaba el chorro que deshacía el material por el que debía abrirse paso la nave; sin él, apenas iban a avanzar una pulgada a través de las sólidas capas internas del planeta.

La densidad del núcleo de la Tierra era sorprendentemente alta, pero los neutrones del casco de la nave resistieron. Como la flotabilidad creada por la aleación líquida de hierro y níquel no excedía el peso muerto de la nave, la *Ocaso VI* comenzó a hundirse hacia el núcleo de la Tierra.

La humanidad no había estado en disposición de plantearse viajar a Marte hasta siglo y medio después de haber pisado la luna. Del mismo modo, las previsiones decían que no sería capaz de viajar al siguiente manto hasta

pasado un margen de tiempo similar. Sin embargo, ahora una terranave había accedido al núcleo de forma accidental. Igual que ocurrió con aquellas misiones fallidas del programa Apolo en el siglo XX, las posibilidades de rescate eran inexistentes.

Por suerte, el casco de la cabina principal de la nave era robusto y el sistema de comunicaciones de neutrinos mantenía una sólida conexión con el centro de control en la superficie. Durante el año que siguió, la tripulación de la *Ocaso VI* continuó trabajando y enviando valiosos datos a la superficie.

Enterrados a miles de kilómetros de profundidad, el aire y los víveres eran la menor de sus preocupaciones: lo que más les angustiaba era la falta de espacio. Acosados por temperaturas exteriores de más de cinco mil grados centígrados. Rodeados por presiones capaces de crear diamantes en cuestión de segundos. Solo los neutrinos eran capaces de escapar de la increíble densidad del material en el que estaban enterrados. La *Ocaso VI* estaba atrapada en aquella suerte de fundición gigante; el mismísimo infierno de Dante parecía un paraíso en comparación.

¿Cómo debía de ser vivir en un entorno así? ¿Existiría otro adjetivo para describir su existencia que no fuera «frágil»?

La inmensa presión psicológica destrozó los nervios de la tripulación. Un día, el ingeniero geólogo de la nave se despertó, saltó de su catre y abrió la compuerta de aislamiento térmico que protegía su cabina. A pesar de que era solo la primera de cuatro, la ola de calor incandescente que se extendió por las tres capas restantes lo carbonizó al instante.

Para evitar la inminente destrucción de la nave, el comandante se apresuró a sellar la compuerta. A pesar de lograrlo, sufrió graves quemaduras en el proceso y murió después de añadir una última entrada en el cuaderno de bitácora.

A partir de ese momento, la *Ocaso VI* continuó su viaje a través de las

profundidades más oscuras del planeta con una única tripulante.

Para entonces, el interior de la terranave era ingravido. Se hallaba a una profundidad de seis mil ochocientos kilómetros, el punto más profundo del planeta. La última terranauta a bordo de la *Ocaso VI* se convirtió también en la primera persona en alcanzar el núcleo de la Tierra.

Allí, su mundo quedó reducido a los confines de su abarrotada y congestionada cabina. Tenía menos de diez metros cuadrados para moverse. Gracias a las gafas de neutrinos que había a bordo pudo mantener el contacto sensorial con la superficie. Sin embargo, esa vía estaba condenada a no durar mucho más, pues el sistema se estaba quedando sin energía: primero, cuando los niveles de potencia bajaron de determinado nivel, la comunicación sensorial dejó de ser fluida; luego cesó por completo. Había ocurrido hacía tres meses, justo cuando yo regresaba en avión de mi viaje a las llanuras con sus ojos guardados dentro de mi bolsa de viaje.

Aquella mañana brumosa y sin sol en las praderas había sido también la última vez que vio la superficie.

A partir de aquel momento, la *Ocaso VI* solo pudo intercambiar audios y datos con la superficie. Sin embargo, una noche, esa conexión cesó también, aislándola para siempre en el solitario núcleo del planeta.

La estructura de la *Ocaso VI* era fuerte como para resistir la presión del núcleo y los sistemas de soporte vital de la nave eran capaces de seguir funcionando entre cincuenta y ochenta años más. Hasta el fin de sus días viviría encerrada en el centro de la Tierra, en una habitación de menos de diez metros cuadrados.

Yo no osaba imaginar cuál podía haber sido su mensaje de despedida al mundo de la superficie. Sin embargo, cuando el director me dejó escucharlo, me llevé una sorpresa. El haz de neutrinos que llegaba a la superficie era ya

muy débil cuando envió el mensaje y el sonido se cortaba de vez en cuando, pero aun así la serenidad de su voz era indudable:

«... recibido sus indicaciones finales. Seguiré con el plan de investigación al pie de la letra durante el máximo de tiempo posible. Algún día, quizá dentro de varias generaciones, otra nave dará con la *Ocaso VI* y se acoplará a ella. Mi deseo es que quienes entonces entren aquí encuentren datos que les sean de utilidad. No se preocupen por mí, llevaré una vida plácida hasta el fin de mis días. Me he adaptado a este entorno y ya no siento claustrofobia. Al contrario, me siento acompañada con el mundo entero rodeándome. Cada vez que cierro los ojos puedo ver las praderas de la superficie y todas las flores a las que puse nombre. Adiós.»

EPÍLOGO

UN MUNDO TRANSPARENTE

Han pasado muchos años y he visitado muchos lugares. Adondequiera que voy, siempre me tumbo boca abajo en el suelo. Lo he hecho en las playas de Hainan, sobre la nieve de Alaska. Rodeado de abedules rusos. Encima de las ardientes dunas del Sáhara.

Y cada una de esas veces, en mi mente es como si la Tierra se volviera de cristal. En su interior, a seis mil kilómetros de profundidad, puedo ver la *Ocaso VI*, desde la que siento que me llega el latido de un corazón. Entonces imagino que, de algún modo, la dorada luz del sol y los argénteos rayos de la luna consiguen llegarle y me parece escuchar una dulce voz: «Debe de ser muy hermoso, ¡es una música distinta!».

Una idea me reconforta: adondequiera que vaya, por kilómetros que recorra, jamás me estaré alejando de ella.

El gran cañón de la Tierra

PRÓLOGO

Después de destruir el medio ambiente y agotar los recursos del resto de los continentes, la humanidad había dirigido su atención hacia la Antártida. Chile y Argentina, los dos países sudamericanos más próximos, cobraron de la noche a la mañana una relevancia geopolítica comparable a la que habían estado ejerciendo en el mundo del fútbol. El nuevo orden mundial resultante convirtió en papel mojado al Tratado Antártico y demás acuerdos internacionales relacionados.

Por fortuna, el planeta se hallaba en la fase final de la completa erradicación de las armas nucleares; una victoria de la razón que por lo menos aseguraba que la lucha por los recursos del continente antártico iba a librarse sin la siniestra amenaza de un apocalipsis nuclear.

1

NUEVO ESTADO SÓLIDO

Conforme avanzaba por el interior de aquella inmensa caverna, Shen Huabei tenía la sensación de caminar sobre un pedregal en una oscura noche sin estrellas. La roca que pisaba, resolidificada después de haber sido derretida por el calor de una explosión nuclear, desprendía un intenso calor que lograba penetrar el aislamiento de sus botas y hacía que le sudaran los

pies. Las paredes de la zona más profunda de la cueva aún no se habían enfriado del todo y conservaban un tenue brillo rojizo semejante al del primer albor de la mañana.

La esposa de Shen Huabei, Zhao Wenjia, caminaba a su izquierda. El hijo de ambos, Shen Yuan, correteaba con alegría varios metros por delante de ambos sin dar muestras de que el traje antirradiación le pesara lo más mínimo. Guiaban a un equipo de inspección nuclear de la ONU. Las luces de los cascos dibujaban largas columnas de luz en el aire.

Existían dos métodos para destruir las armas nucleares: uno era su desmantelamiento; el otro, la detonación subterránea. Aquel lugar era uno de los puntos de detonación designados en territorio chino.

El profesor Kavinsky, jefe del equipo de inspección, se adelantó para hablar con Huabei. La luz de su casco dibujó tres sombras alargadas sobre el suelo de la caverna.

—Doctor Shen, ¿por qué se ha traído a la familia? —le preguntó, aproximándosele—. No se me ocurre peor lugar para ir de excursión...

Huabei se detuvo para permitir que el físico ruso lo alcanzara.

—Mi esposa es ingeniera geóloga, trabaja para el organismo a cargo de la operación de erradicación —respondió—. En cuanto a mi hijo... ha sido él quien ha insistido en venir.

—Los misterios y el peligro le resultan irresistibles —explicó Wenjia mirando de reojo a su esposo desde el interior de la escafandra.

Huabei percibió su preocupación con toda claridad.

Gesticulando con entusiasmo delante de ellos, el niño dijo:

—Esta cueva antes era más pequeña que nuestro sótano y mira ahora: con un par de explosiones de nada, ¡se ha hecho enorme! Los estallidos tuvieron que ser una pasada, como si dentro de la Tierra hubiera bebés gigantes gritando y pataleando enrabiados...

Huabei y Wenjia se miraron. Él sonrió azorado, pero ella redobló su ansiedad.

—Fueron ocho bebés gigantes —le dijo al niño Kavinsky, divertido. Luego se dirigió a Huabei y añadió—: Doctor Shen, quería hablarle de las explosiones. En la última se detonaron las ojivas de ocho misiles submarinos Giant Wave, cada una de cien kilotones, apiladas en forma de cubo...

—¿Hay algún problema?

—Bueno... antes de que se produjera la explosión, vi en el monitor que en el interior del cubo había una esfera blanca.

Shen Huabei se detuvo de nuevo. Mirando a los ojos de Kavinsky, dijo:

—Profesor, el tratado de destrucción estipula la detonación de una cantidad mínima; que yo sepa, no dice nada acerca de detonar más cosas al mismo tiempo. El tamaño de las explosiones fue verificado por cinco observadores independientes; el resto carece de importancia.

Kavinsky asintió.

—Soy consciente de ello, por eso no he mencionado nada hasta después de las explosiones... Se lo pregunto por pura curiosidad.

—Ya veo. Supongo que habrá oído hablar de los baños de azúcar.

Las palabras de Huabei resonaron por las paredes de la caverna con la fuerza de una maldición: de pronto, todo el mundo se detuvo y se hizo el más absoluto silencio. Como hablaban a través del sistema de intercomunicación inalámbrica de los trajes antirradiación, incluso aquellos más alejados habían podido escuchar a Huabei. Tras varios segundos de silencio absoluto, los miembros del equipo se reunieron alrededor de él. Como expertos del campo de la investigación de armas nucleares que eran, todos y cada uno, sin importar su procedencia, sabían a lo que se refería.

—¿De verdad existe tal cosa? —preguntó con asombro un estadounidense.

Huabei asintió.

—Cuentan que, a mediados del siglo pasado, tras la primera prueba nuclear completada con éxito en China, Mao Zedong dijo: «¿Eso ha sido una explosión nuclear?». Ignoro hasta qué punto fue consciente de ello, pero lo cierto es que la pregunta no pudo ser más certera: como ya saben, la clave del diseño de un arma de fisión radica en su capacidad de compresión interna. Cuando queremos hacer explotar una bomba nuclear, detonamos explosivos convencionales alrededor de una masa de material fisible para comprimirla en una esfera densa; es cuando esa esfera alcanza una densidad crítica cuando comienza la reacción en cadena que terminará originando la explosión. El proceso entero tiene lugar en una millonésima de segundo, por lo que la presión sobre el núcleo fisiónable debe calibrarse con la máxima precisión. El más mínimo desajuste puede causar que el núcleo no alcance una densidad crítica y que lo que se produzca sea una explosión química ordinaria.

»Desde el advenimiento de las armas nucleares hasta hace relativamente poco, los investigadores nos servíamos de complejos modelos matemáticos para diseñar matrices de compresión. Conforme fueron surgiendo nuevas tecnologías, fuimos capaces de diseñar mecanismos de compresión cada vez más precisos: los baños de azúcar son solo un buen ejemplo. La idea consiste en revestir el núcleo del arma nuclear con una película de nanomaterial que equilibre la compresión producida. Aun en el caso de que la presión ejercida por la capa de explosivos convencionales no sea uniforme, la presencia del baño de azúcar equilibra su distribución de forma que el material fisiónable alcanza densidad crítica cada una de las veces.

»Esa esfera blanca que vio entre las ojivas era un material de aleación recubierto por uno de esos baños de azúcar —prosiguió Huabei—. Lo colocamos ahí para someterlo a la compresión extrema de la explosión. Forma parte de un proyecto de investigación que venimos llevando a cabo en paralelo al proceso de desnuclearización. Cuando ya no queden armas nucleares en la

Tierra, será muy difícil producir compresión momentánea de este calibre, al menos durante un tiempo. Pensamos que sería interesante ver qué le ocurre al material bajo esas condiciones, ver en qué se convierte. Tenemos la esperanza de que eso nos ayude a encontrar aplicaciones de la técnica del baño de azúcar de utilidad en el ámbito civil.

—¡Deberían haber puesto grafito dentro! —dijo un oficial de la ONU—. Así, con cada explosión habrían sacado un gran diamante y tal vez este costoso proyecto de desnuclearización empezaría a generar beneficios...

Se oyeron varias risas por los auriculares. Los funcionarios sin formación técnica solían ser blanco de chistes como aquel.

—Veamos: ochocientos kilotones... —dijo uno de ellos—. ¿Cuántos órdenes de magnitud mayor es la presión necesaria para convertir el grafito en diamante?

—¡Seguro que no hizo ningún diamante! —La joven voz de Yuan crepitó en los auriculares de todos—. ¡Apuesto a que hizo un agujero negro, uno pequeñito, pequeñito que se nos va a tragar a todos, al mundo entero, para llevarnos a un universo más bonito que hay del otro lado!

—Je, je... Me temo que la explosión no fue lo bastante grande —dijo Kavinsky—. ¡Doctor Shen, su hijo tiene una mente singular! Pero dígame, ¿cuál fue el resultado de la prueba? ¿En qué se convirtió la aleación? Supongo que no han conseguido encontrar la mayor parte.

—Todavía no lo sé. Vayamos a comprobarlo —respondió Huabei, señalando hacia el cráter que tenían delante: lo había causado la explosión—. Esas personas de ahí pertenecen al equipo de investigación de los baños de azúcar.

Descendieron por una ligera pendiente y se dirigieron al centro del cráter. Entonces Kavinsky se detuvo de repente.

—¡He notado un temblor! —dijo, apoyando las manos en el suelo.

Los demás lo notaron también.

—¿No será un terremoto causado por las explosiones? —aventuró alguien.

Wenjia negó con la cabeza.

—Realizamos múltiples estudios exhaustivos de la estructura geológica de la zona y sus alrededores —explicó—, es imposible que una explosión cause aquí un terremoto. Estos temblores comenzaron después de la explosión y han seguido desde entonces. Según el doctor Deng Yiwen, tienen que ver con las pruebas de la tecnología de los baños de azúcar; ignoro los detalles específicos.

A medida que se acercaron al centro del cráter, el temblor se intensificó. Parecía provenir de muy abajo. Pronto fue lo bastante fuerte como para que les vibraran las piernas: era como si un tren gigantesco retumbase salvajemente bajo la tierra que pisaban. Cuando llegaron, un investigador acucillado justo en el centro se levantó para saludarlos. Se trataba del doctor Deng Yiwen mencionado por Wenjia, el responsable de los experimentos relacionados con la compresión de materiales en las explosiones nucleares.

—¿Qué es eso? —le preguntó Huabei, señalándole una especie de ovillo blanco que llevaba en la mano.

—Hilo de pescar —respondió el hombre.

Había varias personas más agachadas observando un pequeño orificio en la superficie de la roca derretida y resolidificada tras la explosión. Era un círculo casi perfecto de unos diez centímetros de diámetro y su borde era bastante regular, casi como si lo hubieran taladrado. El otro extremo del hilo de pescar que sostenía el doctor Yiwen estaba dentro.

—Llevamos ya más de diez mil metros y seguimos sin haber tocado fondo. Según nuestros radares, tiene más de treinta mil metros de profundidad. Y continúa haciéndose más profundo.

—¿Cómo se ha formado? —preguntó alguien.

—La aleación resultante del experimento es capaz de penetrar la roca con la facilidad con que una piedra se hunde en el agua. Eso es lo que hizo este agujero. En este mismo momento, mientras hablamos, la aleación sigue descendiendo a través de densas capas de roca. De ahí los temblores.

—¡Asombroso! —exclamó Kavinsky—. Yo había dado por hecho que la aleación se habría evaporado por el calor extremo de la explosión.

El doctor Deng estuvo de acuerdo.

—De no haber estado recubierta por el baño de azúcar, ese habría sido el resultado. Al estarlo, no tuvo tiempo de evaporarse. El baño de azúcar redistribuyó la fuerza de la explosión, comprimiendo la aleación en un nuevo estado de la materia que deberíamos llamar supersólido. Sin embargo, ese nombre ya tiene otro uso, de modo que de momento lo estamos llamando «nuevo estado sólido».

—¿Está diciendo que la densidad de esa cosa en comparación con la del terreno por el que avanza es análoga a la de una piedra lanzada al agua? —preguntó Kavinsky, todavía algo incrédulo.

—Es mucho mayor aún. En realidad, la razón principal por la que una piedra se hunde en el agua no está relacionada con la densidad de ninguno de los dos materiales, sino con el hecho de que el agua es un líquido: cuando el agua se congela, su densidad no cambia considerablemente, pero si colocamos una piedra sobre un bloque de hielo, no se hunde a través de él. La materia del nuevo estado sólido sí. Somos incapaces de concebir lo densísimo que debe de ser.

—¿Quiere decir que se convirtió en algo parecido a aquello de lo que están hechas las estrellas de neutrones?

El doctor Deng negó con la cabeza.

—Aún no hemos determinado su densidad exacta, pero dada su velocidad de descenso podemos estar seguros de que no es tan denso como la materia

degenerada de una estrella de neutrones. De serlo, caería con la rapidez de un meteorito al cruzar nuestra atmósfera y causaría terremotos y erupciones volcánicas. Es un estado de la materia que se encuentra a medio camino entre el sólido al uso y la materia degenerada.

—¿Se hundirá hasta el centro de la Tierra? —preguntó Yuan.

—Probablemente. A partir de determinada profundidad, los estratos rocosos de la Tierra dan paso al núcleo líquido, donde le será aún más fácil seguir hundiéndose.

—¡Uau, qué pasada!

Aprovechando que la atención de todos seguía centrada en el agujero, Huabei, discreto, se llevó a su familia a un rincón donde, exceptuando la vibración del suelo, tendrían la tranquilidad necesaria para hablar. Las luces de sus cascos eran incapaces de vencer la inmensa oscuridad allí reinante y no se veían las caras. Pasaron los intercomunicadores al canal privado.

Yuan iba a tomar una decisión que determinaría el curso de su vida: irse con su padre o quedarse con su madre.

La familia se enfrentaba a un problema mucho peor que el divorcio: Huabei padecía leucemia en fase terminal. Ignoraba si el origen de su enfermedad tenía algo que ver con su trabajo, lo que sí sabía era que le quedaban menos de seis meses de vida. Por fortuna, para entonces ya existía la tecnología necesaria para inducir la hibernación artificial. Huabei se disponía a entrar en un estado de animación suspendida hasta que hallaran una cura para su enfermedad. Yuan debía elegir entre o bien entrar en hibernación con él o bien continuar viviendo con su madre. La segunda elección era de lejos la más sensata, pero el niño estaba empeñado en seguir al padre hasta el futuro. Huabei y Wenjia se disponían a tratar de persuadirlo una vez más. Sin embargo...

—Mamá, he decidido quedarme contigo —anunció Yuan—. ¡No me voy a ir

a dormir con papá!

—¿Has cambiado de idea? —preguntó la madre, sonriendo ilusionada.

—Sí. No hace falta ir al futuro para ver cosas chulas, aquí en el presente hay un montón también, como esa cosa que se hunde en el suelo... ¡Es superguay!

—Seguro, ¿eh? —le preguntó Huabei.

Wenjia lo miró con pánico: temía que su hijo cambiase de nuevo de opinión.

—¡Sí, seguro! —respondió el niño—. Voy a ver qué pasa con el agujero —añadió, echando a correr hacia la cuenca donde confluían los haces de luz de los cascos de los demás.

Observando cómo se alejaba, Wenjia le dijo a su marido:

—Me da miedo no ser capaz de ocuparme bien de él. Se parece mucho a ti. Vive en su mundo, siempre pensando en sus cosas. ¿Y si el futuro le conviene más?

Huabei le pasó el brazo por encima de los hombros.

—Eso no lo puede saber nadie —le dijo—. Pero ¿qué tiene de malo el que sea como yo? El presente también necesita soñadores...

—Ser soñador no tiene nada de malo. Justo por serlo conseguiste que me enamorara de ti. Pero ¿no te has fijado en lo ambicioso que es también? Han vuelto a elegirlo delegado de su clase. Ya van dos cursos seguidos.

—Me lo ha dicho, sí. No tengo ni idea de cómo lo habrá logrado.

—Le noto sed de poder... Cuando quiere algo no se detiene ante nada ni nadie hasta que lo consigue. En eso no se te parece en absoluto.

—Cierto. Me pregunto si llegará a conciliar esas dos facetas de su personalidad.

—A mí más bien me preocupa lo que ocurra cuando lo haga.

Cuando la figura del niño se perdió en el resplandor de las luces, ambos,

apartando la mirada, apagaron las de su casco y quedaron inmersos en la más completa oscuridad.

—Quiero que sigáis con vuestra vida —sentenció entonces Huabei—. Puede que encuentren una cura para lo mío el año que viene y puede que tarden un siglo. O que no la encuentren nunca. Tú, en cambio, tienes como mínimo otros cuarenta años más asegurados, aprovéchalos. Solo te pido que me prometas una cosa: dentro de cuarenta años, aunque aún no haya cura, quiero que me despiertes. Me gustaría veros al menos una vez más. Que este no sea nuestro último adiós.

Sumida en la oscuridad, Wenjia esbozó una sonrisa amarga.

—¿Y qué sacarás viéndome hecha un vejestorio... y a tu hijo con diez años más de los que tú tienes ahora? Pero tranquilo, tranquilo, lo haré...

La inmensidad de aquella caverna creada por las explosiones nucleares fue testigo mudo del último momento de intimidad que compartirían.

Al día siguiente Huabei inició un largo y profundo letargo carente de sueños y Wenjia se quedó sola a cargo de Yuan, que se pasaba el día en ellos, abriéndose paso por la azarosa senda de la vida en dirección a un futuro incierto.

2

DESPERTAR

Huabei tardó un día entero en despertar del todo.

Cuando abrió los ojos por primera vez, lo único que vio fue una niebla blanca. Diez horas más tarde, comenzó a distinguir sombras y formas borrosas. Tardó otras diez más en ser capaz de reconocerlas como médicos y enfermeras. Las personas en estado de animación suspendida no tenían

conciencia del hecho, de modo que Huabei dio por sentado que aún estaban preparándolo para hibernar. Supuso que tal vez los sistemas habrían tenido algún fallo. A medida que su visión mejoraba, reconoció el entorno del hospital, lo cual no hizo más que confirmar su sospecha de que aún no había entrado en hibernación.

Sin embargo, no tardó mucho más en darse cuenta de que no era así. El techo de la sala se volvió azul y aparecieron varias líneas de texto blanco con el siguiente mensaje:

Estimado cliente:

Earthlife Cryogenics, la empresa originalmente responsable de su hibernación, se declaró en bancarota en el año 2089 y Green Cloud Corporation asumió el servicio. Su nuevo código de hibernación es WS368200402-118. Los términos y condiciones del contrato que firmó en su día permanecen vigentes.

El tratamiento médico al que ha sido sometido antes de despertar lo ha curado de toda enfermedad. En nombre de Green Cloud Corporation, reciba nuestra más sincera enhorabuena. Le deseamos lo mejor en la nueva vida que ahora inicia.

Su hibernación ha durado 74 años, 5 meses, 7 días y 13 horas.

El saldo de su cuenta ha cubierto el importe total del servicio.

Es 16 de abril de 2125, bienvenido a nuestra era.

Durante las tres horas siguientes fue recuperando el oído y el habla. Las primeras palabras que pronunció después de setenta y cuatro largos años fueron:

—¿Dónde están mi esposa y mi hijo?

Una mujer alta y con bata blanca, de pie junto a su cama, le ofreció un papel doblado.

—Doctor Shen, esta carta es de su esposa —dijo.

—¿Una carta? Ni en mi época se escribían ya...

A pesar del entumecimiento de sus manos, consiguió desdoblar el papel y volvió a confirmar que había viajado en el tiempo: el papel, que al principio

estaba en blanco, se iluminó con luz azul y las palabras comenzaron a poblarlo.

Nada de lo que había imaginado que su esposa le diría al despertar de la hibernación se parecía en absoluto a lo que leyó:

¡Huabei, amor mío, estás en peligro!

Cuando lees esto yo ya habré muerto. La doctora Guo, que te ha entregado esta carta, es de fiar. De hecho, es probable que sea la única persona del mundo en quien puedas confiar. Haz todo lo que ella te diga.

Por favor, perdóname por no haber cumplido mi promesa de despertarte pasados cuarenta años. Nuestro Yuan se convirtió en una persona que no reconocerías, capaz de abominaciones inimaginables. Como madre y responsable, no tuve el valor de decírtelo a la cara. Estoy destrozada, soy incapaz de afrontar nada de lo que ha pasado.

Cuídate mucho, por favor.

—¿Y mi hijo? ¿Dónde está mi hijo, Shen Yuan? —gritó Huabei, luchando con dificultad para tratar de incorporarse.

—Murió hace cinco años.

La respuesta de la doctora no había podido ser más fría. Pareció como si no le importase el dolor que pudiera causar con la noticia. Quizá advirtiéndolo, añadió en un tono más suave:

—Tenía setenta y ocho años.

Luego se sacó una tarjeta del bolsillo de la bata y se la entregó a Huabei.

—Este es su nuevo carnet de identidad —le dijo—. Contiene la misma información que consta en la carta de su esposa.

Perplejo, Huabei examinó el papel por delante y por detrás: a excepción de la breve nota de Wenjia, no vio que tuviera nada más escrito. Al presionar el papel se creaban las mismas ondulaciones de las pantallas LCD de su época. La doctora se le acercó y presionó la esquina inferior derecha de la carta. Entonces apareció un formulario.

—Disculpe. El papel propiamente dicho dejó de existir hace tiempo.

Huabei la miró desconcertado.

—Ya no hay árboles —adujo la doctora, encogiéndose de hombros. Luego comenzó a repasar el formulario epígrafe a epígrafe—: Su nuevo nombre es Wang Ruo. Nació en el año 2097. Sus padres fallecieron y no le quedan familiares cercanos. Nació en Hohhot, Mongolia Interior, pero ahora reside aquí —añadió, aludiendo a una dirección—. Es un pueblo remoto en las montañas de Ningxia. Es el mejor sitio que hemos podido encontrarle dadas las circunstancias. Allí pasará desapercibido, pero por precaución deberá someterse a una cirugía plástica. No mencione a su hijo en ninguna circunstancia. Si alguien se lo nombra, no muestre el más mínimo interés.

—¡Yo no nací en Mongolia, soy de Pekín! ¡Me llamo Shen Huabei, soy el padre de Shen Yuan!

La doctora endureció el gesto.

—Salga a la calle y póngase a decir todo eso, ya verá lo poco que dura —repuso—. En menos de una hora estará muerto y su hibernación y su tratamiento habrán sido en vano.

—Pero ¿¿qué demonios ha pasado?!

La doctora le dedicó una sonrisa condescendiente.

—Usted debe de ser la única persona del mundo que no lo sabe —dijo—. Ya habrá tiempo para explicaciones, primero levántese de la camilla e intente caminar. Tenemos que sacarlo de aquí lo antes posible.

Antes de que Huabei pudiera abrir la boca para protestar, la puerta se abrió de golpe y un grupo de seis o siete personas irrumpieron en la habitación y rodearon su cama. Eran de distintas edades y cada uno vestía a su estilo, pero todos coincidían en llevar, o bien en la cabeza o bien en la mano, un estrambótico sombrero de ala tan ancha que era capaz de cubrir los hombros de quienes lo llevaban puesto. Parecían una versión gigante de los antiguos sombreros cónicos de los campesinos. Aunque al entrar todos iban con

maskarilla de oxígeno, algunos se la habían quitado y miraban a Huabei con expresión amenazadora.

—¿Es el padre de Shen Yuan? —preguntó el mayor del grupo, un anciano de larga barba blanca que debía de rondar los ochenta—. ¡Es clavado al hijo! —añadió dirigiéndose a sus compinches, en cuanto lo tuvo cerca—. Doctora, su responsabilidad hacia este paciente termina aquí. Ahora es nuestro.

—¿Cómo han sabido que estaba aquí? —preguntó ella, impávida.

Antes de que el anciano tuviera tiempo a responder, desde un rincón de la sala, una enfermera cruzada de brazos levantó la mano y dijo:

—Se lo he dicho yo.

—¿Has traicionado la confidencialidad de nuestro paciente? —preguntó indignada la doctora.

—¡Con gusto! —replicó la enfermera, torciendo su bello rostro con una mueca de desprecio.

Un hombre joven se abalanzó sobre Huabei y lo tiró de la cama. Huabei estaba tan débil que permaneció inmóvil en el suelo hasta que una chica le propinó una patada en el estómago; fue tan insoportablemente fuerte que lo hizo retorcerse como un pez fuera del agua. Entonces, haciendo gala de una fuerza sorprendente, el anciano lo agarró del cuello y lo levantó. Lo mantuvo así tratando de que se tuviera en pie, pero en cuanto lo soltó, Huabei cayó de espaldas y golpeó el suelo con la cabeza.

El dolor le nubló la vista.

—¡Toma ya! —dijo una voz—. Empieza a pagar su deuda con la sociedad.

—Pero ¿quiénes son ustedes? —preguntó con un hilo de voz Huabei, aterrado. Desde su posición en el suelo, sus captores parecían gigantescos.

—¿No me reconoces? —le dijo con desprecio el anciano. Visto desde abajo, su rostro se retorcía en una mueca grotesca y amenazante que hizo estremecer a Huabei—. Soy Deng Yang, el hijo del Deng Yiwen.

El nombre despertó un eco en la memoria de Huabei.

—¡Tu padre y yo trabajábamos juntos, éramos amigos! —exclamó, agarrándolo del bajo de los pantalones—. Y tú ibas a la misma clase que mi hijo, ¿te acuerdas? El hijo del doctor Deng... ¡No me lo puedo creer! Por entonces no eras más que...

—¡Quítame tus sucias manos de encima! —bramó Yang, zafándose.

El chico que lo había tirado al suelo se agachó para acercársele a escasos centímetros de la cara.

—¡Oye, tío! —le espetó con ojos de rabia—. Los años de hibernación no cuentan, sigues teniendo la misma edad que cuando te congelaron. Ahora él es mayor que tú, así que muéstrale el debido respeto.

—¡Si Yuan siguiera vivo, ahora tendría edad suficiente para ser tu padre! —dijo Yang, despertando la hilaridad de sus acólitos. Luego, señalando a uno de ellos, añadió dirigiéndose a Huabei—: Cuando este chaval que ves aquí tenía cuatro años, perdió a sus padres en el desastre del tramo central. —Luego señaló a una chica—. Y ella se quedó huérfana también; durante el desastre del tornillo. ¡Ni dos años tenía! El resto invirtieron los ahorros de toda una vida en el proyecto. Cuando este hombre que ves ahí supo que lo había perdido todo, intentó suicidarse. Y este cogió una depresión que casi acaba con él. En cuanto a mí... a mí también me jodió bien el cabrón de tu hijo. ¡No solo desperdicié mi juventud y mi talento en ese puto agujero, sino que encima me gané el odio de la humanidad entera!

Huabei seguía tirado en el suelo sacudiendo la cabeza anonadado.

—¡Shen Huabei, ha llegado la hora de tu juicio, y nosotros, las víctimas del proyecto del portal antártico, seremos tu tribunal! Todos y cada uno de los ciudadanos del país se vieron damnificados, pero nosotros hemos querido tener el privilegio de administrar justicia. No nos fiamos del sistema judicial, se ha vuelto aún más complicado de lo que era en tu época: primero se habrían

pasado años debatiendo gilipolleces sobre el caso y luego te habrían absuelto como a tu hijo. Nosotros, en cambio, no tardaremos ni media hora en emitir un veredicto, ya lo verás... y entonces desearás que la leucemia hubiera acabado contigo hace setenta años.

Comenzaron a burlarse de él. Luego lo cogieron de los brazos y entre dos se lo llevaron arrastrando en dirección a la puerta. Huabei carecía de fuerzas para resistirse.

—Señor Shen, he hecho lo que he podido —oyó que le decía la doctora Guo al pasar por su lado.

Huabei hizo ademán de volverse para mirarla, para mirar a la única persona en la que podía confiar en aquella era terrible según la carta de su esposa, pero fue incapaz de lograrlo.

—No desespere, tampoco pierde tanto —le dijo ella, ya a su espalda—; la vida en esta época no es ningún camino de rosas...

Mientras lo sacaban de allí la oyó una vez más:

—¡Cierra ya! Y enciende el purificador, ¿quieres que nos asfixiemos?

Le quedó claro que se desentendía de él y de lo que pudiera pasarle.

Ya en el pasillo, comprendió el sentido de las palabras de la doctora Guo: el aire era casi irrespirable. Lo arrastraron por el laberíntico edificio hasta salir, entonces dejaron de cargarlo. Respiró hondo, aliviado de estar en el exterior, pero no inhaló el aire puro que había esperado, sino algo aún más nocivo que el aire del hospital. Los pulmones le ardían y se puso a toser con violencia.

—Dadle un respirador, no queremos que se nos muera antes de poder hacer justicia —oyó que decía alguien.

Entonces le colocaron un dispositivo que le cubría nariz y boca. El gas que le suministraba tenía un extraño sabor, pero como mínimo podía respirar.

—Sombrero pantalla, no. ¿Para qué? No vivirá lo suficiente para que la

radiación ultravioleta tenga tiempo de volver a causarle leucemia...

La frase provocó un estallido de risas crueles. Poco a poco, conforme Huabei comenzaba a respirar con más serenidad y las lágrimas causadas por la tos se le secaron, recuperó la visión, levantó la cabeza y echó un primer vistazo al mundo del futuro.

Lo primero en lo que se fijó fue en la gente de la calle: todos llevaban mascarillas transparentes y se cubrían la cabeza con uno de esos grandes sombreros a los que sus secuestradores acababan de llamar «sombrero pantalla». También notó que, a pesar del calor, iban muy tapados: no mostraban ni un centímetro de piel. Había enormes rascacielos a ambos lados de la calle, tan altos eran que tuvo la sensación de hallarse en las profundidades de un valle. «Rascacielos» era el término más adecuado para describir aquellos edificios, pues llegaban a clavarse en las nubes grises de las alturas. Allí, en la estrecha franja de cielo entre los edificios, oculto tras una pantalla gris, el sol brillaba con timidez. No tardó en percatarse de que no era una pantalla de nubes, sino de contaminación.

—Qué época tan genial para volver a la vida, ¿eh? —ironizó Yang. Sus compinches le rieron la gracia con gusto, como si llevaran una eternidad sin reírse.

Entonces se lo llevaron hacia un vehículo que había aparcado por allí. Era del tamaño de una furgoneta y tenía capacidad para cuatro o cinco personas. Cuando llegaban se cruzaron con dos hombres. Llevaban casco, y aunque sus uniformes no le resultaban familiares, Huabei adivinó al momento lo que eran.

—¡Socorro! —empezó a gritarles—. ¡Me están secuestrando! ¡Socorro!

Los policías se volvieron de golpe y fueron corriendo hacia él. Al verlo descalzo y con la bata del hospital, uno le preguntó:

—Usted acaba de salir de la crío, ¿a que sí?

Casi sin fuerzas, Huabei asintió.

—Me han secuestrado...

—Pasa mucho en esta era, señor —le dijo el segundo agente con toda naturalidad—. En los últimos tiempos está despertando mucha gente, y su restablecimiento en la sociedad requiere de muchos recursos. Hay algunas personas que no lo ven justo y a veces se producen agresiones.

—Eso no es lo que está pasando aquí —protestó Huabei, pero el oficial lo interrumpió con un gesto de la mano.

—Tranquilo, ya está a salvo —le dijo. Luego se volvió hacia Yang y sus acólitos y añadió—: Este hombre requiere atención médica. Quiero que dos de ustedes se lo lleven de vuelta al hospital. Investigaremos este asunto a fondo; por ahora los siete están bajo arresto por secuestro en grado de tentativa

Dicho esto, se llevó la muñeca a la boca para pedir refuerzos por radio, pero Yang corrió a impedirselo.

—Espere, agente. No somos antihibernadores. Mírenle bien la cara, ¿no les resulta familiar?

Los policías examinaron detenidamente a Huabei. Incluso le bajaron el respirador para verlo mejor.

—¡Anda, se parece a Mi Xixi!

—¡No es Mi Xixi, es el padre de Shen Yuan!

Los agentes miraron boquiabiertos a Yang, luego a Huabei. El joven cuyos padres habían muerto en lo que fuera eso del desastre del tramo central se los llevó aparte para susurrarles algo. Mientras hablaba, los policías iban mirando a Huabei de vez en cuando. Su mirada se fue endureciendo por momentos. La última le produjo un nudo en el estómago: Yang tenía dos cómplices más.

Los policías se le acercaron evitando mirarlo. Mientras uno vigilaba en todas direcciones, el otro se acercó a Yang y le dijo:

—Nosotros no hemos visto nada. Haced lo que queráis con él, pero

procurad que nadie se entere de quién es o se formará una buena.

Huabei se sintió aterrorizado. No solo por lo que había dicho el policía, sino por la forma en que lo había dicho: sin tener en cuenta su presencia, como si Huabei fuera parte del mobiliario urbano.

Yang y los demás lo metieron a empujones en la furgoneta, luego se subieron también. Tan pronto como el motor arrancó, las ventanas se oscurecieron, bloqueando la entrada de la luz e impidiendo que Huabei mirara hacia fuera. El vehículo se conducía solo y sin ningún medio visible de control manual. Nadie hablaba. Por fin, aunque solo fuera para romper aquel silencio ominoso, Huabei preguntó:

—¿Quién es Mi Xixi?

—Un actor —le dijo la huérfana del desastre del tornillo—. Se ha hecho rico interpretando a tu hijo; después de los invasores alienígenas no hay villano más popular...

Incómodo, Huabei se recolocó en el asiento. Tratando de no rozar con la chica, su brazo dio contra un botón de debajo de la ventanilla y el cristal se aclaró.

A través de él, Huabei vio que conducían por una enrevesada autopista elevada. Los carriles estaban llenos de vehículos que circulaban casi pegados. Lo más chocante de todo fue que, al contrario de lo que le pareció al principio, no se trataba de ningún atasco: todos se movían a la misma velocidad exacta, que como mínimo pasaría de los cien kilómetros por hora. Se sintió como si estuviera montado en la noria más peligrosa del mundo.

Una mano procedente de la fila delantera pulsó otra vez el botón y la ventanilla volvió a ser opaca.

—¿De verdad vais a matarme sin decirme siquiera el motivo? —preguntó Huabei.

Yang se dio la vuelta desde su asiento en la primera fila y se lo quedó

mirando.

—Venga, va —dijo al rato, suspirando con tedio—. Primero te contaremos lo que pasó.

3

EL PORTAL ANTÁRTICO

—Suele ocurrir que los visionarios carecen del ímpetu y la energía necesarios para hacer realidad lo que soñaron y, en cambio, las personas fuertes e impetuosas, aquellas que tan a menudo alteran el curso de la historia, son mentes sin imaginación. En eso tu hijo fue la excepción que confirma la regla: no le faltaba ni cerebro ni fuerza de voluntad. Para él la realidad era apenas una pequeña gota en el vasto océano de sus fantasías, pero luego, cuando le convenía, era capaz de darle la vuelta a la situación y relegar sus fantasías a una isla para navegar el océano de la realidad.

—Pierden el tiempo, no me convencerán —interrumpió Huabei—; sé muy bien cómo era mi hijo.

—Independientemente de cómo pienses que era, eres incapaz de imaginar el cambio que supuso llegar a las altísimas cotas de poder que alcanzó. Eso le permitió dar rienda suelta a sus más oscuras fantasías. Por desgracia, el mundo no supo ver lo peligroso que era hasta que fue demasiado tarde. No digo que no haya habido otros personajes como él en la historia, pero su huella fue efímera, como la estela de un asteroide que pasa al lado de la Tierra y, sin causar impacto, sigue su curso hacia la inmensidad del espacio. La historia le dio a tu hijo los medios para realizar su retorcida visión del mundo. Para desgracia de todos, su asteroide sí hizo impacto.

»Durante tu quinto año de hibernación, el mundo trató de dar un primer paso

para resolver la pugna por el control de la Antártida y el continente fue declarado región en desarrollo, dividida en distintas áreas de supervisión. Las grandes potencias se reservaron las áreas más grandes para su uso exclusivo. Estaban ansiosas por explotar los recursos de su región correspondiente lo más rápido posible: hacerlo era su única esperanza de escapar de la depresión económica provocada por el agotamiento de los recursos y el deterioro del medio ambiente. Todo el mundo solía decir: «¡El futuro está en el sur!».

»Fue entonces cuando tu hijo propuso su desquiciada idea. Según dijo, una vez implementada, la Antártida se convertiría en un portal directo a China y se tardaría menos en ir de Pekín a la Antártida y viceversa que de Pekín a Tianjin. No exageraba: realmente se consiguió que fuera más rápido. Encima el viaje consumía menos recursos y causaba mucha menos contaminación. Cuando anunció el plan durante una conferencia de prensa televisada, el país entero se echó a reír; nos pareció estar viendo una comedia ridícula. Pero luego, hacia el final de su discurso, todos habíamos dejado de reír. ¡Nos dimos cuenta de que era posible! Y así comenzó el desastroso proyecto del portal antártico.

Después de decir aquello, Yang guardó un extraño silencio.

—Bueno, ¿y qué demonios era eso del portal antártico? —preguntó Huabei, impaciente.

—Ya te enterarás —dijo Yang con frialdad.

—¿No puede explicarme al menos qué tengo que ver yo con todo eso?

—Eres el padre de Shen Yuan, ¿qué más quieres que te explique?

—¡Así que ha vuelto a ponerse de moda el determinismo genético!

—Claro que no, no digas tonterías... Pero en este caso tu papel es relevante. Lo admitió tu propio hijo. Según un montón de entrevistas que dio al hacerse famoso, tanto sus ideas como su carácter se habían formado a la edad de ocho años, y fue de ti de quien las heredó. Dijo que todo su trabajo a lo largo de los

años estaba destinado solo a complementar los conocimientos que tú le diste. Incluso declaró que tú fuiste el artífice original del proyecto del portal antártico.

—¿Cómo? ¿Yo? El portal... ¿antártico?

—Déjame terminar. Le proporcionaste la tecnología clave del proyecto.

—¿Qué tecnología?!

—El material en nuevo estado sólido. Sin él, el proyecto del portal antártico se habría quedado en un mero sueño. Con él, esa fantasía retorcida se hizo realidad.

Incrédulo, Huabei no dejaba de negar con la cabeza. Era incapaz de imaginar cómo la materia superdensa del nuevo estado sólido podía hacer posible un viaje tan rápido entre China y la Antártida.

El vehículo se detuvo.

4

LA BOCA DEL INFIERNO

Cuando lo sacaron de la furgoneta, Huabei se vio ante una pequeña colina de extraño aspecto: era árida y tenía el color del óxido.

—Es una colina de hierro —le dijo Yang, señalándosela con la cabeza.

Al ver la sorpresa en el rostro de Huabei, añadió:

—Está hecha de una sola pieza metálica gigante.

Huabei miró alrededor y vio varias colinas iguales repartidas por las inmediaciones. Sobresalían del suelo a distintas alturas y su color contrastaba con el del terreno de la vasta explanada en la que se hallaban. Nunca había visto un paisaje tan extraño.

Para entonces había recuperado la capacidad de caminar, si bien de forma

algo tambaleante. Sus captosres lo guiaron hacia una gran estructura en la lejanía. Constituía un cilindro perfecto de más de cien metros de altura y su superficie era lisa sin entrada aparente. Cuando se acercaron, un pesado panel de hierro se abrió en uno de los costados, permitiéndoles entrar. Una vez estuvieron todos dentro, se cerró herméticamente tras ellos.

A pesar de la mala iluminación, Huabei se percató de que estaban en una habitación sellada. Una larga hilera de lo que parecían ser trajes espaciales colgaba de la pared desnuda. Cada uno cogió uno y se lo puso; a Huabei tuvieron que ayudarlo con el suyo.

Mirando alrededor de la habitación, Huabei descubrió que en la pared del fondo había otra puerta. Sobre ella había un piloto rojo encendido y una pantalla digital que mostraba la presión atmosférica del interior. Al ajustarse el pesado casco, una pantalla LCD apareció en la parte superior derecha del visor con una serie de números y figuras en rápida sucesión. Supuso que se trataría de un diagnóstico del sistema. A continuación, oyó un rumor profundo procedente del exterior: maquinaria arrancando. La cifra de aquella pantalla de encima de la puerta que indicaba la presión atmosférica estaba disminuyendo vertiginosamente. En menos de tres minutos, llegó a cero. La luz roja de la bombilla se volvió verde y la puerta se abrió, revelando el oscuro interior de una estructura hermética.

Huabei vio confirmada su sospecha: aquella habitación en la que se encontraban era una cámara intermedia que permitía el paso entre un área con atmósfera y otra sin. El interior de aquel gran cilindro era una cámara de vacío.

Uno a uno, todos cruzaron la puerta, que se cerró detrás de ellos. El interior estaba oscuro. Las luces de varios cascos se encendieron, emitiendo débiles rayos de luz en el vacío.

Huabei tuvo una extraña sensación de *déjà-vu* que lo hizo estremecerse de

terror.

—Avanza —crepitó la voz de Yang a través de los auriculares de Huabei.

La luz de su casco reveló una pasarela metálica de apenas un metro de ancho. Su extremo más alejado quedaba oculto por la oscuridad, por lo que no podía saber dónde terminaba. Bajo ella, la negrura más absoluta.

Avanzó por ella con pasos temblorosos. Las pesadas botas de su traje producían un ruido sordo al dar contra la superficie metálica. Al cabo de varios metros se volvió para ver si lo seguían, pero justo entonces las luces de todos los cascos se apagaron de repente y quedaron a oscuras. Sin embargo, a los pocos segundos surgió una luz azul de debajo de la angosta pasarela. Huabei aprovechó para mirar hacia atrás y vio que estaba solo: el resto se había quedado al pie de la pasarela y lo observaban. Iluminados desde abajo por la luz azul, parecían fantasmas. Huabei se agarró con fuerza a la barandilla, miró hacia abajo, y lo que vio hizo que se le helara la sangre.

Se hallaba al borde de un profundo pozo.

Debía de tener unos diez metros de diámetro. La luz azul provenía de unos anillos lumínicos espaciados uniformemente a lo largo de la pared interior; gracias a ellos era capaz de discernir su presencia. La pasarela cruzaba la boca del pozo entera, y él se encontraba justo en su centro. No podía ver el fondo, solo innumerables anillos de luz encogiéndose a medida que se perdían en las profundidades hasta ser meros puntos. Era como estar mirando una diana de tiro luminiscente.

—¡Ahora llevaremos a cabo tu sentencia y pagarás por todo lo que hizo tu hijo! —gritó Yang.

Agarró una rueda metálica situada al pie del puente y la hizo girar.

—¡Esto es por robarme la juventud! —gritaba—. ¡Y esto por hacerme desperdiciar mi talento!

La pasarela comenzó a ladearse. Huabei se agarró con fuerza a la barandilla

que quedó más alta, tratando con todas sus energías de mantener el equilibrio.

Entonces Yang cedió el control de la rueda al huérfano del desastre del tramo central, quien la giró con rabia.

—¡Esto es por mi madre y mi padre, por sus cuerpos derretidos!

La pasarela se inclinó aún más.

La chica que había perdido a sus padres en el desastre del tornillo dio un paso al frente. Giró la rueda clavando su mirada iracunda en Huabei.

—¡Esto es por vaporizar a mis padres!

El hombre que había intentado suicidarse al perder sus ahorros reemplazó a la chica.

—¡Esto es por mi dinero: por mi Rolls Royce, por mi Lincoln, por mi casa de la playa, por mi piscina! ¡Y esto es por arruinarme la vida, por obligarme a ver a mi mujer y a mi hijo en la cola de la beneficencia...!

El hombre que había caído en depresión puso las manos sobre las del suicida para volver a hacer girar la rueda. Era evidente que no se había recuperado aún, no dijo nada, clavaba la mirada en el pozo. De pronto, se echó a reír: la pasarela había terminado de volcarse del todo. Huabei se aferraba a la barandilla con los pies colgando.

En aquel momento, viéndose en la boca del infierno, mirando hacia aquel abismo interminable, de algún modo sintió algo menos de miedo que antes. Su vida comenzó a desfilarse ante sus ojos: ni su infancia ni su juventud habían sido memorables o felices. Había tenido cierto éxito como estudiante e investigador, pero incluso después de haber inventado la técnica de los baños de azúcar siguió sin sentirse a gusto en su piel. Las relaciones personales siempre le habían recordado a la tela de una araña en la que cuanto uno más luchaba, más atrapado quedaba. Jamás supo lo que era amar de verdad: se había casado por obligación. Luego, tan pronto como decidieron no tener descendencia, su esposa se había quedado embarazada. Era un hombre que

vivía metido en su propio mundo de sueños y fantasías, el tipo de hombre que la mayoría de la gente desprecia. Nunca había encontrado su lugar entre las demás personas. La suya había sido una vida de aislamiento, de lucha contracorriente. Siempre había tenido la esperanza de que en el futuro todo cambiara a mejor, pero ahora... Ahora, el futuro había llegado: se había quedado viudo, su hijo era el enemigo de la humanidad, estaba en una ciudad contaminada, rodeado de lunáticos que lo odiaban... La decepción que sentía por aquella época estaba a punto de superarlo. Hubo un tiempo en el que se propuso descubrir la naturaleza de las cosas antes de morir; ahora, en cambio, todo eso le daba igual. Ahora era un viajero exhausto cuyo único deseo era descansar.

Sus captores irrumpieron en vítores cuando se le soltaron las manos y, raudo, se hundió en los anillos azules.

Cerró los ojos para entregarse a la sensación de ingravidez. Sintió como si su cuerpo se estuviera disolviendo, y con él, la aplastante carga de la existencia. En aquellos últimos segundos de vida, de pronto, le vino a la mente una canción. Era una vieja tonada soviética que le había enseñado su padre. Ni siquiera en los tiempos anteriores a su hibernación la recordaba ya nadie: una vez, en Moscú, como profesor visitante, trató de encontrar a alguien que la conociera, pero nadie parecía haberla oído y se convirtió en su propia canción privada. Solo le quedaba tiempo para tararear una o dos notas antes de llegar al fondo del pozo, pero le dio igual: estaba seguro de que, cuando el alma le abandonara, el cuerpo entraría en el otro mundo tarareándola...

Casi sin darse cuenta, ya había tarareado la mitad para sí. De pronto, consciente del tiempo que debía de haber transcurrido, abrió los ojos y vio anillo tras anillo tras anillo de luz azul.

Seguía cayendo.

—¡Ja, ja, ja, ja! —La desquiciada risa de Yang le llegaba a través de los

auriculares—. ¿Qué se siente cuando se está a punto de palmarla?

Huabei miró hacia abajo y vio la infinidad de anillos concéntricos que aún quedaban por debajo de él. Pasaba a través de ellos uno a uno, y por cada uno grande que cruzaba, otro pequeño nacía en el fondo, pero crecía rápidamente. Luego miró hacia arriba, y los anillos se extendían interminables al igual que ocurría abajo.

—Pero ¿qué profundidad tiene esto? —preguntó.

—Tranquilo, más tarde que pronto tocarás fondo. ¡Hay una plancha de acero esperándote, te estamparás contra ella como un mosquito en un parabrisas! ¡Ja, ja, ja, ja!

La pantalla LCD de la esquina superior derecha de la escafandra de Huabei se encendió y apareció un mensaje escrito con brillantes letras rojas:

Acaba de alcanzar los 100 kilómetros de profundidad.

Su velocidad actual es de 1,4 kilómetros por segundo.

Ha cruzado la discontinuidad de Mohorovičić

y atraviesa el manto terrestre.

Huabei cerró los ojos de nuevo. Esta vez, en lugar de tararear nada, se dedicó a analizar la situación con la fría eficiencia de una computadora.

A los treinta segundos, volvió a abrir los ojos.

Por fin lo había entendido: el proyecto del portal antártico era aquello. No iba a topar con ninguna plancha de acero.

Aquel túnel atravesaba el planeta.

—¿Pasaré por el núcleo de la Tierra o esto traza una trayectoria tangencial?
—se preguntó Huabei, casi sin percatarse de que hablaba en voz alta.

—¡Vaya! ¡Qué mente tan brillante! ¡No ha tardado nada en darse cuenta de lo que pasa! —exclamó la voz de Yang.

—Igualito que el hijo —apostilló otra voz, tal vez la del joven al que el desastre del tramo central había dejado huérfano.

—Atraviesa el núcleo de la Tierra desde Mohe [5] hasta la parte más oriental de la península antártica —dijo Yang, respondiendo a la pregunta de Huabei.

—¿Esa ciudad en la que estábamos era Mohe?!

—Sí. Ha prosperado muchísimo desde que construyeron el túnel.

—Pero... hasta donde yo sé, un túnel que atravesara el centro de la Tierra partiendo de allí debería ir a parar al sur de Argentina.

—Así es. Pero este túnel tiene una ligera curva.

—Entonces golpearé contra la pared, ¿no?

—Eso solo ocurriría si el túnel fuera directo a Argentina. Un túnel perfectamente recto solo sería viable entre los polos de la Tierra, a lo largo de su eje. Para construir un túnel en un ángulo con respecto al eje, debe considerar la rotación de la Tierra. La curvatura de este túnel es lo que garantiza un viaje sin tropiezos.

—¡Todo un milagro de la ingeniería! —elogió Huabei con sinceridad.

Acaba de alcanzar los 300 kilómetros de profundidad.

Su velocidad actual es de 2,4 kilómetros por segundo.

En estos momentos atraviesa la astenosfera.

Huabei reparó en que los anillos de luz se sucedían a un ritmo creciente.

—La idea de construir un túnel atravesando la Tierra no es nueva — prosiguió Yang—. Ya en el siglo dieciocho, al menos dos personas lo habían llegado a contemplar. Uno fue el matemático Pierre Louis Maupertuis. El segundo, nada menos que Voltaire. Después de ellos, otro francés, el astrónomo Camille Flammarion, volvió a plantear la idea. Él fue el primero en tener en cuenta la rotación de la Tierra.

—Entonces ¿por qué insisten en que la idea vino de mí? —interrumpió Huabei.

—Porque nada de lo que ellos hicieron pasó jamás de ser un mero pasatiempo mental sin relevancia, mientras que tus elucubraciones tuvieron una enorme repercusión: inspiraron a la única persona con el talento y la imaginación necesarios para llevar a cabo la idea más desquiciada.

—El caso es que... no recuerdo haberle mencionado nada parecido a mi hijo.

—Te falla la memoria. ¡Ya es mala pata: tiene una visión que cambia el curso de la historia humana y se le olvida!

—Lo digo en serio, no me acuerdo...

—¿Tampoco te acuerdas de aquel argentino, un tal Delgado? ¿Ni del regalo que le hizo a tu hijo por su cumpleaños?

Acaba de alcanzar los 1.500 kilómetros de profundidad.

Su velocidad actual es de 5,1 kilómetros por segundo.

En estos momentos atraviesa la mesosfera.

Huabei lo recordó al fin. Era el sexto cumpleaños de Yuan y habían invitado a cenar al doctor Delgado, un físico argentino de visita en Pekín. Argentina era una de las dos nuevas superpotencias surgidas a raíz de la recalificación de la Antártida. No solo había reclamado una parcela de territorio antártico enorme

(un gran número de argentinos se habían ido a vivir allí), sino que, para pasmo de la comunidad internacional, también había comenzado a aumentar con premura su arsenal nuclear. Cuando se acordó el desarme nuclear global, como es natural Argentina, en calidad de estado nuclear, se unió al comité de erradicación nuclear de la ONU. Fue allí donde Huabei había conocido al doctor Delgado.

El físico argentino le había regalado a Yuan un globo terráqueo. Estaba hecho de un nuevo tipo de vidrio, fruto del gran salto tecnológico experimentado en Argentina en los últimos tiempos. Su índice de refracción era igual al del aire, por lo que la superficie del globo resultaba transparente y los continentes parecían flotar suspendidos entre los polos. A Yuan le hizo mucha ilusión.

Después de la cena, durante la sobremesa, el doctor Delgado se sacó de la chaqueta un destacado periódico de tirada nacional para enseñarle a Huabei una viñeta humorística. Era la caricatura de un famoso futbolista argentino pateando la Tierra como si fuera un balón de fútbol.

—No me gustan estas caricaturas —dijo Delgado—. Lo único que saben de mi país aquí se reduce a nuestra manera de jugar al fútbol. Esa imagen luego se extrapola a las relaciones internacionales y nos ven como un país agresivo.

—Tenga en cuenta que Argentina es el país más alejado de China; estamos literalmente en las antípodas —dijo Wenjia. Luego, tomando el globo transparente de manos de su hijo, lo sostuvo en alto. A través de aquel cristal claro, China y Argentina se superponían.

—Se me ocurre una manera de hacer que nuestros países se comuniquen mejor —dijo entonces Huabei, cogiendo el globo—. Podríamos cavar un túnel a través de la Tierra.

—Ese túnel tendría doce mil kilómetros de longitud. No difiere demasiado de la distancia que recorren los vuelos directos.

—Pero se tardaría muchísimo menos. Piénselo: bastaría con que agarrase las maletas, saltase dentro y...

En realidad, Huabei había sacado el tema para alejar la conversación de la política. Y funcionó. Muy interesado, Delgado le dijo:

—Doctor Shen, posee usted una mente singular. Veamos... después de saltar al agujero, la velocidad de mi caída se aceleraría sin parar. Cuanto mayor profundidad alcanzara, más lenta sería mi aceleración, pero aun así seguiría acelerando, hasta el centro de la Tierra. Allí, habiendo alcanzado mi velocidad máxima, mi aceleración sería cero. Luego, cuando comenzara a ascender por el otro tramo del túnel, lo que haría sería desacelerar, y mi desaceleración aumentaría a medida que ascendiera. Al alcanzar la superficie, ya en Argentina, mi velocidad sería cero. Si quisiera regresar a China, podría volver a saltar dentro del agujero. Podría repetir el viaje indefinidamente si lo deseara, en un movimiento armónico simple entre los hemisferios norte y sur. ¡Ah! Sí... es una idea maravillosa. Pero ¿cuál cree que sería la duración del viaje?

—Calculémosla —dijo Huabei al tiempo que encendía su ordenador. Completar el cómputo le llevó solo un momento—. Partiendo de una densidad promedio del planeta, una persona que saltara al túnel desde el extremo de China atravesaría los doce mil kilómetros que lo separan del extremo argentino en cuarenta y dos minutos y doce segundos.

—Es bien rápido —concluyó Delgado, sonriendo satisfecho.

Acaba de alcanzar los 2.800 kilómetros de profundidad.

Su velocidad actual es de 6,5 kilómetros por segundo.

En estos momentos atraviesa la discontinuidad de Gutenberg y se dispone a entrar en el núcleo de la Tierra.

Huabei seguía cayendo.

—Tú no te diste cuenta —oyó que decía Yang—, pero a tu hijo se le quedó grabado todo lo que te oyó decir aquella vez. Tampoco debes de saber que no durmió en toda la noche: se la pasó mirando aquel globo transparente que tenía en la mesilla al lado de su cama. Tu influencia en su pensamiento fue mucho más allá aún. A lo largo de los años, plantaste innumerables semillas en su imaginación que luego germinaron.

Huabei clavaba la mirada en las paredes del túnel a unos cuatro o cinco metros de él. Los anillos de luz se sucedían con tal rapidez que se confundían unos con otros en un borrón azul.

—¿Este muro está hecho de nuevo material sólido? —preguntó.

—¿De qué iba a estar hecho si no? Ningún otro material es lo suficientemente resistente.

—¿Cómo habéis sido capaces de producir una cantidad tan enorme? ¿Y cómo habéis logrado procesar un material tan denso y transportarlo a tanta profundidad?

—La explicación resumida es esta: el material en nuevo estado sólido se produce a partir de una serie de pequeñas explosiones nucleares continuas, por supuesto utilizando tu tecnología de los baños de azúcar. Se trata de un proceso largo y complejo. Podemos producirlo en diversas densidades. El de menor densidad no se hunde en el suelo y se usa para construir los grandes cimientos capaces de soportar el peso del de mayor densidad sin hundirse. A la hora de transportar el material ocurre algo similar. La tecnología utilizada para trabajarlo es más compleja; careces de los conocimientos básicos para poder entenderla, pero baste con decir que la del material en nuevo estado sólido es una industria enorme, mucho mayor que la del acero. El proyecto del portal antártico no es ni de lejos su única aplicación.

—Y ¿cómo se construyó este túnel?

—Solo te diré esto: el componente básico de la estructura del túnel son piezas cilíndricas de cien metros de largo. El túnel está formado por alrededor de doscientas cuarenta mil, unidas entre sí. En lo que respecta al proceso de construcción... Bueno, seguro que un hombre tan inteligente como tú es capaz de adivinarlo.

Acaba de alcanzar los 4.100 kilómetros de profundidad.

Su velocidad actual es de 7 kilómetros por segundo. En estos momentos atraviesa el núcleo líquido de la Tierra.

—¿Usaron pozos de cimentación?

—Eso es. Comenzamos hundiendo los cilindros tanto desde China como desde la Antártida hasta que, juntos, formaron una línea continua que atravesaba el planeta. El segundo paso fue excavar el material del interior de los cilindros para construir el túnel. Esas colinas de metal que viste en el exterior del edificio de entrada al túnel están hechas del material excavado: hierro y aleaciones de níquel procedentes del núcleo de la Tierra. El grueso del trabajo fue llevado a cabo por lo que llamamos terranaves, vehículos hechos del material en nuevo estado sólido, capaces de viajar a través de los distintos estratos de la Tierra. Algunos modelos pueden operar incluso en el núcleo; son los que utilizamos para fijar las secciones más profundas.

—Según mis cálculos, el proceso que acaba de describir debió de requerir unos ciento veinte mil pozos.

—Los sólidos superdensos son capaces de soportar las altas presiones y temperaturas, pero la materia líquida del interior de la Tierra resulta algo más problemática... Hay magma a niveles relativamente poco profundos, pero el verdadero peligro está en el núcleo, donde el flujo de hierro líquido y níquel ejerce una enorme fuerza de corte contra el túnel. Aunque el material en nuevo

estado sólido es lo bastante fuerte para resistir, las uniones de cada tramo cilíndrico carcasa no lo son y por eso el túnel está construido con doble capa, de manera que una envuelve a la otra con firmeza. Intercalando las uniones de los tramos de cada una de las capas para que no coincidieran, logramos suficiente resistencia como para contrarrestar la fuerza de corte.

Acaba de alcanzar los 5.400 kilómetros de profundidad.

Su velocidad actual es de 7,5 kilómetros por segundo.

Se aproxima al núcleo sólido de la Tierra.

—Supongo que ahora me hablará de los desastres causados por el proyecto.

6

LOS DESASTRES

—El primer desastre del proyecto tuvo lugar hace veinticinco años durante la fase final de las prospecciones —prosiguió Yang—. Aquella etapa requería una navegación subterránea sustancial. Durante una de las prospecciones, una terranave llamada *Ocaso VI* sufrió una avería mientras viajaba por el manto de la Tierra y comenzó a hundirse en dirección al núcleo. El episodio se saldó con la muerte de dos de los tres miembros de la tripulación; solo sobrevivió su piloto. Aún sigue allí abajo, condenada a pasar el resto de sus días encerrada en su nave subterránea a la deriva por el interior del planeta. El dispositivo de comunicación de neutrinos de la nave ya no puede transmitir mensajes, solo recibirlos. Ah, por cierto: la piloto se llama Shen Jing. Es tu nieta.

Huabei sintió una punzada en el corazón.

A aquella velocidad endiablada, los anillos de luz del túnel eran indistinguibles y llenaban la superficie de la pared. Huabei tuvo la sensación de estar cayendo por un túnel a través del tiempo hacia el pasado reciente, un pasado que nunca había conocido.

Acaba de alcanzar los 5.800 kilómetros de profundidad.

Su velocidad actual es de 7,8 kilómetros por segundo.

Acaba de entrar en el núcleo sólido de la Tierra
y se aproxima al centro del planeta.

—En el sexto año del proyecto del portal antártico se produjo un terrible desastre en el tramo central. Como ya he dicho, la pared del túnel es doble. Antes de instalar una sección de la capa interna, era necesario unir las secciones externas adyacentes y extraer todo el material del interior, ya que cualquier residuo podría haber afectado al sellado. Fue un trabajo minucioso y complicado, en especial en la zona del núcleo líquido. Una vez acopladas las secciones del anillo externo y antes de que se insertara la sección interna, la capa externa tenía que mantenerse por sí sola contra la fuerza del flujo de níquel-hierro. El remachado usado para unir los cilindros era excepcionalmente fuerte: estaba diseñado para soportar la fuerza del flujo de forma casi indefinida. Sin embargo, un día, a algo menos de quinientos kilómetros de profundidad en el núcleo, dos secciones de la capa exterior del túnel que acababan de acoplarse fueron golpeadas por una oleada de flujo de níquel-hierro cinco veces más violenta que cualquier otra observada en los estudios previos. La oleada separó las secciones y, en un instante, el material del núcleo se coló en el túnel y empezó a llenarlo. Tan pronto como se detectó el problema, tu hijo, como director general del proyecto, ordenó de inmediato el cierre de la compuerta Gutenberg (una válvula de seguridad ubicada en la

discontinuidad de Gutenberg). En ese momento, a quinientos kilómetros por debajo de aquella válvula, había aún más de dos mil quinientos ingenieros trabajando. En cuanto se enteraron de la situación, corrieron a los montacargas de alta velocidad para evacuar el túnel. El último partió con el flujo ascendente de níquel-hierro a escasos veinte kilómetros de distancia, pero al final solo sesenta y uno de los montacargas atravesaron la compuerta de Gutenberg antes de que se cerrara; los demás quedaron atrapados y el torrente de flujo, a más de siete mil grados de temperatura, los alcanzó. Mil quinientas veintisiete personas perdieron la vida aquel día.

»La noticia conmocionó al mundo. El consenso general era que Shen Yuan tenía la culpa, pero luego nadie se ponía de acuerdo en lo que debería haber hecho. Una parte de la población opinaba que debía haber esperado a que todos los montacargas pasaran por la compuerta de Gutenberg antes de cerrarla. El último estaba a veinte kilómetros por delante del flujo, una distancia corta pero que aún dejaba cierto margen. Incluso en el caso de que el flujo hubiera llegado a pasar por la compuerta de Gutenberg antes de que esta se cerrase del todo, todavía contaban con la compuerta de Moho (otra válvula de seguridad ubicada en la discontinuidad de Mohorovičić).

»Indignados, los familiares de las víctimas llegaron a acusar a tu hijo de asesinato. La única declaración que él hizo fue esta frase: «Tuve que actuar rápido para evitar que hubiera una fuga...». Y no le faltaba razón. Dudar podría haber causado un cataclismo. Existe todo un subgénero de películas de desastres sobre el proyecto del portal antártico. Una de las más famosas, *Fuente de metal*, trata de la pesadilla que habríamos vivido si el material del núcleo hubiera alcanzado la superficie. Una columna de níquel y hierro líquidos habría salido disparada del túnel hacia la estratosfera, donde se habría abierto como una flor mortal. Su luz, blanca y cegadora, habría iluminado todo el hemisferio norte para a continuación dar paso a una lluvia

de metal fundido que caería sobre la Tierra y convertiría a Asia en una fundición. La humanidad entera habría corrido la misma suerte que los dinosaurios...

»No es un escenario exagerado: realmente es lo que habría pasado. Por eso, otra corriente de opinión sostenía que tu hijo debería haber cerrado la compuerta de Gutenberg de inmediato sin esperar a que pasaran los sesenta y un montacargas. Esta fue la opinión más popular, y quienes la compartían acusaron a tu hijo de negligencia criminal contra la humanidad. Ni esta acusación ni tampoco la de asesinato tenían base legal alguna. Sin embargo, tu hijo decidió por propia voluntad dejar de liderar el proyecto. También se negó a ocupar ningún otro cargo de responsabilidad. Continuó trabajando en el túnel como un ingeniero ordinario.

De pronto, la luz de las paredes del túnel se volvió roja.

Acaba de alcanzar los 6.300 kilómetros de profundidad.

Su velocidad es de 8 kilómetros por segundo. En estos momentos atraviesa el centro del planeta.

Huabei volvió a oír la voz de Yang a través de los auriculares:

—Tu velocidad actual sería capaz de ponerte en órbita, pero al estar en el centro del planeta, es el mundo el que gira a tu alrededor. Y con él los continentes y los océanos, las ciudades y su gente.

Bañado por aquella amenazante luz roja, Huabei recordó otra pieza musical, esta vez una magnífica sinfonía. Viajaba a primera velocidad cósmica por un túnel que atravesaba el centro de la Tierra, un túnel cuyas brillantes paredes rojas le hacían creer que el planeta era un ser vivo y que él estaba corriendo por sus venas.

El corazón le latía a toda velocidad.

—El material en nuevo estado sólido es un excelente aislante —prosiguió Yang—, pero aun así la temperatura del aire que te rodea supera los mil quinientos grados. Menos mal que el sistema de refrigeración de tu traje funciona...

Al cabo de unos diez segundos más, la luz de las paredes volvió a ser del mismo azul sereno que antes.

Acaba de abandonar el centro de la Tierra, comienza el proceso de ascenso y desaceleración. Acaba de superar los 500 kilómetros de distancia del centro del planeta. Su velocidad actual es de 7,8 kilómetros por segundo. En estos momentos atraviesa el núcleo sólido de la Tierra.

La nueva tonalidad de la luz consiguió calmar a Huabei. Ya acostumbrado a la ingravidez, inclinó el cuerpo para avanzar de cabeza. En aquella posición sentía que estaba elevándose en lugar de caer.

—¿Llegó a haber un tercer desastre? —preguntó.

—El desastre del tornillo, hace cinco años. Tuvo lugar después de que el proyecto se completara y se inaugurara oficialmente. Los trenes viajaban de un extremo al otro del túnel. Sus vagones eran cilíndricos y medían ocho metros de diámetro por cincuenta de largo; cada tren podía tener hasta doscientos vagones y era capaz de transportar veintidós mil toneladas de carga o casi diez mil pasajeros. Para atravesar la Tierra de un extremo al otro se tardaba apenas cuarenta y dos minutos y el único recurso que requería era la gravedad.

»Un día, en la terminal de Mohe, a un técnico se le cayó sin querer un tornillo en el interior del túnel. Tenía algo menos de diez centímetros de diámetro, pero al estar hecho de un nuevo material capaz de absorber las ondas electromagnéticas, el sistema de seguridad del radar no pudo detectarlo.

Cayó por el túnel, atravesó la Tierra y llegó a la terminal antártica; luego volvió a caer. Cerca del centro de la Tierra, chocó contra un tren que ascendía de camino a la Antártida. Su velocidad en relación con la del tren era de alrededor de dieciséis kilómetros por segundo; la energía cinética lo convirtió en un misil. Penetró los dos primeros vagones del tren, vaporizando todo cuanto halló a su paso. La explosión hizo que el resto del tren descarrilara y se estrellase contra la pared del túnel. A ocho kilómetros por segundo, se hizo pedazos al instante.

»Los escombros se dispersaron y comenzaron a viajar de un extremo a otro del túnel. Hubo piezas que salieron disparadas hasta la superficie, pero la mayoría perdieron impulso y se quedaron cerca del núcleo. Tardaron un mes en limpiar el túnel. No pudieron rescatar ni uno solo de los cuerpos de los tres mil pasajeros que viajaban a bordo del tren: el calor del núcleo los incineró.

Acaba de superar los 2.200 kilómetros de distancia del centro de la Tierra.

Su velocidad actual es de 7,5 kilómetros por segundo. En estos momentos atraviesa de nuevo el núcleo líquido de la Tierra.

—El mayor desastre fue el proyecto en sí. Aun suponiendo un logro de la ingeniería sin ningún tipo de precedente, desde el punto de vista económico fue una locura. Son muchos los que a día de hoy siguen sin explicarse cómo se aprobó un proyecto tan absurdo. Aunque la ambición temeraria de tu hijo fue sin duda un factor decisivo, lo que de verdad lo impulsó fue, por un lado, la febril ansia por reclamar nuevos territorios y, por otro, la adoración ciega a la tecnología.

»Desde el punto de vista económico, el proyecto jamás llegó a reportar beneficios. El túnel permitía viajar de forma rapidísima a través de la Tierra sin apenas consumir ningún recurso, cierto; se popularizaron frases como

“Tíralo al túnel y listos” o “Tírate al túnel y listos”. Sin embargo, había requerido tal inversión que luego el precio de los billetes fue prohibitivo. Así, a pesar de su velocidad, el alto costo del túnel eliminó su ventaja competitiva sobre los modos de transporte tradicionales.

Acaba de alcanzar los 100 kilómetros de profundidad.

Su velocidad actual es de 1,4 kilómetros por segundo.

Ha cruzado la discontinuidad de Gutenberg y

atraviesa de nuevo el manto terrestre.

—El sueño antártico de la humanidad terminó pronto. El último territorio virgen de la Tierra acabó sobreexplotado y destruido por una miríada de industrias al igual que el resto del mundo. Se convirtió en otro vertedero más. La capa de ozono sobre la Antártida fue destruida, lo cual afectó al planeta entero. Incluso en el hemisferio norte, los fuertes rayos ultravioleta hicieron necesario que las personas tuvieran que cubrirse al salir a la calle. El deshielo de la Antártida se aceleró de golpe, causando un aumento dramático del nivel del mar. A la luz de todas estas crisis, por fortuna, una vez más, la razón humana se impuso: los estados miembro de las Naciones Unidas firmaron un nuevo Tratado Antártico que decretó la retirada inmediata y completa del continente con la esperanza de que, de nuevo desierto, su entorno pudiera recuperarse de manera gradual. El tratado causó una repentina y brusca caída en la demanda de envíos a la Antártida. Después del desastre del tornillo, el túnel se clausuró. Lleva ocho años cerrado, pero sus efectos en la economía persisten aún. Miles de personas que habían comprado acciones del proyecto o habían invertido en él lo perdieron todo y hubo graves disturbios. Por culpa del túnel, la economía del país estuvo al borde del colapso. Incluso hoy, seguimos sumidos en los problemas y el dolor que causó.

A medida que la velocidad de Huabei disminuía, la luz azul de la pared del túnel comenzó a parpadear y, muy pronto, pudo volver a distinguir cada anillo por el que pasaba.

Acaba de superar los 4.800 kilómetros de distancia del centro de la Tierra. Su velocidad actual es de 5,1 kilómetros por segundo. En estos momentos atraviesa la mesosfera.

7

LA MUERTE DE SHEN YUAN

—¿Qué fue de mi hijo? —preguntó Huabei.

—Cuando clausuraron el túnel, fue de los pocos técnicos que permanecieron en la terminal de Mohe. Un día lo llamé por teléfono; me dijo que estaba con su hija y colgó. Hasta pasados varios años no supe la verdad tras aquella frase críptica... Shen Yuan se pasaba el tiempo yendo y viniendo por el túnel, enfundado en su traje. Incluso dormía en él. Solo pisaba la estación para comer y para recargar el traje. Cruzaba el centro de la Tierra unas treinta y dos veces al día. Día tras día, año tras año, se dedicaba a recorrer los doce mil seiscientos kilómetros que separaban Mohe de la península antártica a intervalos de ochenta y cuatro minutos.

Acaba de superar los 6.000 kilómetros de distancia del centro de la Tierra. Su velocidad actual es de 2,4 kilómetros por segundo. En estos momentos atraviesa la astenosfera.

—Nadie sabe a qué se dedicó durante aquellas incesantes idas y venidas. Según sus colegas, cada vez que pasaba por el centro de la Tierra utilizaba un comunicador de neutrinos para llamar a su hija. Cuentan que mantenía largas conversaciones con ella... Conversaciones en las que solo hablaba él, claro, aunque ella, desde su encierro en la *Ocaso VI*, a la deriva en el flujo de hierro y níquel del núcleo de la Tierra, tal vez lo oyera.

»Sometió su cuerpo a largos períodos de ingravidez, solo interrumpidos dos o tres veces al día cuando regresaba a la estación para comer y recargar el traje. Envejeció mucho, y los constantes cambios de gravedad le debilitaron el corazón. Un día, en uno de sus viajes, se le paró. Nadie se dio cuenta, y su cuerpo continuó viajando a través del túnel durante dos días más hasta que el traje se quedó sin energía. El túnel terminó siendo su crematorio: al volver a pasar por el centro de la Tierra quedó carbonizado. Creo que le habría gustado ese final.

Acaba de superar los 6.200 kilómetros de distancia del centro de la Tierra. Su velocidad actual es de 1,4 kilómetros por segundo. Ha cruzado la discontinuidad de Mohorovičić y está a punto de entrar en la corteza terrestre.

—Ese será mi destino también, ¿verdad? —preguntó Huabei, sereno.

—Debería satisfacerte, a ti también. Has visto todo lo que querías ver antes de tu muerte. Al principio pensábamos arrojarte al túnel sin traje, pero luego preferimos que antes vieras lo que tu hijo creó.

—Pues estoy muy satisfecho, mi vida ha valido la pena. ¡Os doy las gracias de todo corazón!

No hubo respuesta. El zumbido de los auriculares de Huabei desapareció abruptamente: sus verdugos habían cortado la comunicación.

Miró hacia arriba. Los anillos de luz se sucedían a un ritmo mucho menor que antes: debía de haber dos o tres segundos de intervalo entre cada uno. Oyó un intenso pitido a través de sus auriculares, y a continuación aparecieron sobreimpresionadas en el visor las siguientes palabras:

¡Atención! Está a punto de llegar a la terminal antártica.

El espacio vacío en el interior de los anillos por encima de él crecía a medida que se acercaba al último. Cuando lo traspasó, alcanzó a velocidad moderada una escalerilla que cruzaba la boca del túnel idéntica a la que había al otro extremo. Desde arriba, varias personas en trajes como el suyo lo agarraron y tiraron de él.

El interior de la terminal antártica estaba a oscuras como el de la terminal de salida. La única luz existente era el brillo de los anillos azules. Huabei levantó la vista y vio un enorme objeto cilíndrico suspendido sobre él. Su diámetro era algo más pequeño que el del túnel. Caminó por la escalerilla del puente hasta el borde y miró de nuevo: había una fila entera de cilindros colgando sobre la boca del túnel. Contó cuatro, pero supuso que por encima habría más, en la oscuridad. Debía de ser el tren, ya fuera de servicio.

Al cabo de media hora, Huabei salía de la terminal antártica del túnel escoltado por los agentes de policía que le habían salvado la vida. Pisaba una llanura antártica sin rastro de nieve con una ciudad abandonada en la distancia. El sol, colgado a baja altura en el horizonte, lanzaba sus débiles

rayos sobre el vasto y arrasado continente. El aire estaba más limpio que en el otro extremo de la Tierra, por lo que no necesitaba respirador.

Uno de los agentes le dijo a Huabei que eran miembros de una pequeña fuerza policial que se había trasladado a vigilar la ciudad vacía. Alertados por la doctora Guo, corrieron a la estación. Cuando llegaron la boca del túnel estaba sellada, de modo que habían tenido que ponerse en contacto con el departamento responsable de su administración para presentar una solicitud urgente para la retirada de la cubierta. La abrieron justo cuando Huabei se estaba acercando y lo vieron subir hacia ellos envuelto de luz azul, como si emergiera de las profundidades del océano.

Si hubieran tardado apenas unos segundos más en abrir, Huabei habría muerto: el sellado del túnel habría impedido su ascenso y lo habría devuelto hacia el hemisferio norte; su traje se habría quedado sin energía antes de que alcanzara el núcleo y hubiera muerto incinerado como le pasó a su hijo.

—Deng Yang y los demás coconspiradores han sido arrestados y serán procesados por intento de asesinato. Sin embargo, si quiere que le sea sincero... —El policía hizo una pausa para mirarlo a los ojos—. Entiendo lo que los llevó a hacerlo.

Huabei seguía algo mareado por el viaje, de modo que no reparó en aquel comentario. Mirando en dirección al sol sobre el horizonte, soltó un hondo suspiro.

—Me doy por satisfecho. Ha valido la pena vivir hasta el día de hoy —dijo.

—Bueno, si así es como se siente, le resultará mucho más fácil aceptar su destino —apostilló el otro agente.

—¿Qué destino? —preguntó Huabei, recuperando el sentido de golpe y girándose para mirar al policía.

—No puede quedarse a vivir en esta era; volvería a suceder lo mismo. Por

fortuna para usted, a fin de reducir el efecto de la superpoblación en el medio ambiente, el Gobierno ha diseñado un programa de migración temporal que obliga a parte de la población a entrar en hibernación criogénica de cara a ser despertada en una fecha futura cuando se la pueda acomodar. Ya lo hemos inscrito: migrará a través del tiempo. Lo que no sé es cuánto tiempo pasará hasta que lo despierten.

Huabei tardó un poco en procesar del todo lo que acababa de oír. Una vez lo comprendió, se inclinó con reverencia ante el policía.

—Muchas gracias. Me pregunto por qué razón soy siempre tan afortunado.

—¿Afortunado? —repitió el agente, extrañado—. ¡Si ya los migrantes temporales nacidos en esta época tardarán bastante en adaptarse a la sociedad del futuro, imagínese lo que le costará a alguien como usted, que nació mucho antes!

El rostro de Shen Huabei dibujó una leve sonrisa.

—Eso a mí me da igual. ¡Lo importante es que tendré la oportunidad de ver el túnel de la Tierra restaurado!

Los policías se echaron a reír.

—Yo que usted no estaría tan seguro de que vayan a restaurarlo —dijo uno de ellos—. ¡El proyecto fue una catástrofe! Pasará a la historia como un fracaso monumental. Suyo y de su hijo.

Entonces fue Huabei quien se echó a reír. A pesar de que aún estaba débil y a duras penas lograba mantenerse en pie, mentalmente se encontraba fenomenal.

—¡Ja, ja, ja! También la Gran Muralla y las pirámides de Egipto fueron fracasos estrepitosos en su día: los mongoles no invadieron China de todos modos, la momia del faraón no resucitó jamás, pero ¿afecta eso a lo que pensamos hoy en día de esos dos proyectos colosales? ¡No! ¡Son y serán para siempre gloriosos testamentos de la grandeza del espíritu humano! —

Señalando al imponente cilindro de la terminal a su espalda, añadió—: ¡Ese túnel que tenéis ahí es una nueva Gran Muralla que pasa por el mismísimo centro de la Tierra! ¿Qué hacéis lloriqueando como la pobre Meng Jiang? [6] ¡Patético! ¡Ja, ja, ja!

Huabei abrió los brazos para sentir el embate del gélido viento antártico.

—Yuan, hijo: nuestra vida ha valido la pena —proclamó, henchido de felicidad.

EPÍLOGO

Cuando Shen Huabei despertó de nuevo, había transcurrido medio siglo. Su experiencia fue casi idéntica a la de la vez anterior: lo metieron en un vehículo, lo llevaron hasta la terminal del túnel en Mohe, le hicieron ponerse un traje presurizado (por alguna razón, mucho más pesado que el que había usado cincuenta años antes) y lo arrojaron de nuevo al túnel.

Su aspecto interior no había cambiado: seguía siendo un pozo sin fondo iluminado por una interminable serie de anillos luminosos.

Sin embargo, esta vez alguien más caía a su lado: una hermosa joven que se presentó como su guía.

—Mi guía... Eso significa que mi predicción era correcta: ¡el túnel se ha convertido en una maravilla del mundo, como la Gran Muralla o las pirámides! —exclamó Huabei, emocionado.

—No, señor; el túnel corrió distinta suerte —dijo ella, tomándolo de la mano para asegurarse de que cayeran a la misma velocidad—. Se convirtió en

...

—¿En qué se convirtió?

—En el gran cañón de la Tierra.

—¿Qué? —replicó Huabei, observando con suspicacia las veloces paredes del túnel.

—Después de que usted entrase en hibernación, se produjo una crisis medioambiental de escala planetaria. La creciente contaminación y el deterioro de la capa de ozono mataron la poca vegetación que quedaba y el aire respirable se convirtió en una codiciada mercancía. La única opción que teníamos para salvar la Tierra era detener por completo la actividad de todas las industrias pesadas y energéticas.

—Salvaría el medio ambiente, pero también supondría el fin de la civilización —interrumpió Huabei.

—Eran muchos los que estaban dispuestos a pagar ese precio con tal de solucionar el problema. Sin embargo, otros siguieron buscando alternativas. Al final se estimó que lo más factible era reubicar todas las operaciones industriales en la luna y en el espacio exterior.

—¿Construyeron un ascensor espacial?

—Lo intentamos, pero resultó ser una empresa aún más difícil que cavar un túnel atravesando la Tierra.

—Entonces ¿existen ya las naves antigravedad?

—No. De hecho, se ha demostrado teóricamente que son imposibles.

—¿Cohetes de propulsión nuclear?

—Los hay, pero su costo es equiparable al de los cohetes convencionales. Usarlos para trasladar al espacio toda la industria habría supuesto un desastre económico de la misma escala que el túnel.

—Entonces se quedaron sin poder transportar nada al espacio —concluyó Huabei con una sonrisa amarga—. ¿Ha entrado el mundo... en una era poshumana?

La guía no respondió.

Se precipitaban en aquel abismo sin fondo en silencio. Los anillos de luz multiplicaban su velocidad hasta quedar fusionados en una sola superficie luminiscente. Diez minutos más tarde, la luz se volvió roja y cruzaron en silencio el centro de la Tierra a ocho kilómetros por segundo. Después, una vez que la luz volvió a ser azul, la guía, con gran habilidad, inclinó el cuerpo ciento ochenta grados para ascender de cabeza. Huabei la imitó con torpeza.

—¡Oh!

Huabei fue incapaz de reprimir aquella exclamación de sorpresa. La pantalla de la esquina superior derecha de su visor indicaba que su velocidad actual era de 8,5 kilómetros por segundo.

Habían rebasado el centro de la Tierra pero aún seguían acelerando.

Hubo otro detalle que lo inquietó: notaba la fuerza de la gravedad. Se suponía que el proceso de caída a través de la Tierra se debía a la ingravidez, pero él estaba seguro de sentir su propio peso. Su intuición de científico le dijo que quizá lo que percibía no fuese en realidad gravedad, sino empuje: una fuerza que los impelía hacia delante y hacía que siguieran acelerando en contra de la gravedad.

—¿Ha leído *De la Tierra a la luna*? —le preguntó de pronto la guía.

—Sí, de niño. Es el libro más estúpido que he leído en toda mi vida —respondió Huabei distraídamente. Centraba su atención en lo que lo rodeaba, tratando de averiguar qué extraña fuerza actuaba sobre ellos.

—No es estúpido en absoluto. A la hora de implementar un transporte espacial rápido y a gran escala, un cañón resulta ideal.

—Salvo por el pequeño detalle de que la velocidad del lanzamiento nos aplastaría.

—Siempre y cuando acelerásemos demasiado rápido, lo cual solo ocurre si el cañón es demasiado corto. Con la longitud suficiente, su carga útil acelera con suavidad, tal y como lo estamos haciendo en este momento.

—No me diga que estamos en el cañón de Verne...

—Se lo he dicho antes: es el gran cañón de la Tierra.

Huabei observó las paredes azules del túnel. Intentó imaginárselo como el interior de un cañón. A aquella velocidad, aparentaba ser un objeto estático: parecía que él y la guía estuvieran flotando en el interior de un brillante tubo azul.

—Durante su cuarto año de hibernación, desarrollamos un nuevo tipo de material de nuevo estado sólido. Posee todas las propiedades del anterior con el añadido de que también es un excelente conductor. Ahora un cable grueso hecho de este material envuelve el exterior de la mitad antártica del túnel, convirtiéndolo en una bobina electromagnética de ocho mil trescientos kilómetros de longitud.

—¿Cómo se alimenta esa bobina?

—Con la poderosa corriente eléctrica del núcleo de la Tierra, la misma que genera su campo magnético. Enviamos varias terranaves para instalar miles de kilómetros de cable conductor. A través de este se transfiere la corriente desde el núcleo hasta la bobina que rodea el túnel, dotándolo así de un potente campo electromagnético. Los hombros y las caderas de nuestros trajes contienen bobinas superconductoras que producen el campo magnético opuesto. Así es como logramos el empuje.

Seguían acelerando y acercándose al final del túnel. Las paredes volvieron a teñirse de rojo.

—Nuestra velocidad es de quince kilómetros por segundo, está muy por encima de la velocidad de escape —explicó la guía—. ¡Estamos a punto de salir disparados por el gran cañón de la Tierra!

El imponente edificio de la terminal antártica había sido derruido hacía ya tiempo; solo quedaba la apertura del túnel, sellada y apuntando al cielo.

Oyeron una grabación por los auriculares:

Atención: el gran cañón de la Tierra está a punto de efectuar su cuadragésimo tercer lanzamiento del día. Por favor, pónganse las gafas de protección y colóquense los tapones para los oídos. De lo contrario, podrían sufrir daños permanentes en la vista y el oído.

Al cabo de diez segundos, la boca del túnel se abrió con fuerza revelando los diez metros de ancho de abertura. El aire rugía en el vacío del interior del túnel. Con un ruido atronador, emergió de él una larga llamarada tan brillante que eclipsó al débil sol antártico. La abertura se selló de nuevo al instante y las bombas de aire del túnel comenzaron a funcionar para eliminar todo el aire que había entrado durante los escasos segundos que la puerta había estado abierta; el cañón estaba listo para el siguiente lanzamiento.

Desde lejos, la gente vio surgir dos brillantes estrellas fugaces que arrastraron una estela de fuego a lo largo del cielo añil de la Antártida hasta que desaparecieron.

Huabei no llegó a verse emerger del túnel tal y como había esperado. Había salido disparado demasiado rápido, resultaba imposible ver nada con claridad. En cuanto se sintió afuera, miró hacia atrás y vio el suelo alejándose a toda velocidad bajo sus pies. Reconoció la ciudad junto a la terminal del túnel, pero al instante se redujo al tamaño de una cancha de baloncesto. Al mirar hacia arriba, vio que el color del cielo pasaba de azul a negro sin transición, como una pantalla cambiando de imagen. Luego, volviendo a mirar hacia abajo, distinguió la forma estrecha y curva de la península antártica y el mar que la rodeaba. Entonces vio la larga estela de fuego que arrastraba: la superficie de su traje estaba en llamas. Volaba envuelto en una fina capa incandescente.

Miró a su guía, a varias decenas de metros de distancia. También estaba

envuelta en llamas, como una fantástica criatura de fuego.

Sentía la fricción del aire como una mano gigante presionándole la cabeza y los hombros. A medida que el cielo oscurecía, la fuerza de aquella mano invisible fue vencida por otra aún más poderosa y desapareció.

Al mirar hacia abajo vio el perfil completo de la Antártida, para su sorpresa de nuevo completamente blanco. En la distancia, el contorno de la Tierra comenzaba a curvarse y el sol, ascendiendo, dispersaba su resplandeciente luz por la débil atmósfera del planeta. Cuando volvió a mirar hacia arriba vio enormes constelaciones. Nunca había visto brillar las estrellas con tanta intensidad.

El fuego que envolvía su cuerpo se extinguió cuando salieron disparados de la atmósfera. Ahora flotaban a través del silencio espacial. Huabei se sentía tan ligero como una pluma. Su escafandra, más bien traje espacial, se había vuelto más fina que antes: la capa superior de material dispersante del calor se había quemado debido a la fricción de la atmósfera. Su sistema de comunicación, interrumpido por las interferencias atmosféricas, se había restablecido.

—La resistencia atmosférica nos ha frenado un poco, pero seguimos viajando a velocidad de escape —le dijo la guía—. Estamos abandonando la Tierra. ¡Mire!

Le señalaba la península antártica, ahora convertida en una pequeña mancha a sus pies. Huabei vio que en el mismo lugar por el que habían salido despedidos se producía un destello y surgía una veloz estrella fugaz arrastrando una cola de fuego. Al cruzar la atmósfera, el fuego se atenuó hasta apagarse.

—Eso era una nave espacial. Ha salido por el gran cañón de la Tierra, como nosotros; luego nos recogerá para volver. A cada momento dado, cinco o seis cargas útiles viajan en algún punto del cañón. Los intervalos entre

lanzamientos son de entre ocho y diez minutos. Ir al espacio se ha vuelto tan rápido y fácil como tomar el metro. La frecuencia de lanzamientos era aún mayor a principios de la gran migración industrial de hace veinte años. Había llegado a haber hasta una veintena de naves acelerando a través del cañón al mismo tiempo, con intervalos de dos o tres minutos entre lanzamiento y lanzamiento. En aquel entonces, las naves salían disparadas continuamente como si de una interminable lluvia de meteoritos se tratara. Fue una empresa enorme y trabajosa, pero el destino de la humanidad estaba en juego.

Huabei se fijó entonces en varias estrellas que se desplazaban a toda velocidad. Comparadas con el estatismo del resto de las estrellas, al fondo, eran fáciles de ver. Luego se dio cuenta de que en realidad eran objetos en órbita alrededor de la Tierra. Entrecerró los ojos para distinguirlos: los había en forma de anillo, también circulares; otros eran una amalgama de varias estructuras diferentes. Contrapuestos a la oscuridad del espacio, parecían joyas resplandecientes.

—Eso es Baoshan Iron & Steel —explicó la guía, refiriéndose a uno de los objetos brillantes. Tenía forma de anillo. Luego le fue señalando varios más—. Y eso, Sinopec. Ya no se dedican al petróleo, claro. Esos cilindros brillantes son plantas de energía solar de la Asociación Metalúrgica Europea. Envían la energía recolectada a la superficie en forma de microondas. La parte brillante son sus centros de control; desde aquí sus paneles y sus matrices de transmisión nos resultan invisibles.

Huabei estaba maravillado. Al volver a mirar hacia la Tierra se le saltaron las lágrimas y deseó de todo corazón que todas las personas que habían contribuido en el proyecto del portal antártico, del primero al último, hubieran podido admirar aquel espectáculo. Lo deseó sobre todo en el caso de cierta persona, una joven muchacha que en su recuerdo jamás envejecería.

—¿Encontraron a mi nieta? —preguntó.

—No. Seguimos careciendo de la tecnología necesaria para realizar barridos del núcleo terrestre a distancia. El área de búsqueda es demasiado grande: no sabemos hasta dónde la habrá arrastrado el flujo de hierro y níquel.

—¿Y no podríamos retransmitirle imágenes de lo que estamos viendo mediante ráfagas de neutrinos?

—Ya lo estamos haciendo. Estoy convencida de que puede verlo todo.

Primera antología de relatos del autor chino que ha deslumbrado a cinco millones de lectores con *El problema de los tres cuerpos*



El sol se está muriendo, y la Tierra, consumida por los últimos suspiros de esta estrella, también desaparecerá. Pero la humanidad, en lugar de abandonar el planeta, construye doce mil grandiosos motores de fusión para desorbitar la Tierra y propulsarla hacia Próxima Centauri en un viaje que durará siglos...

Bienvenidos a la primera antología de relatos de Cixin Liu, el aclamado autor de *El problema de los tres cuerpos*, best seller galardonado con el premio Hugo a la mejor novela que cautivó a Barack Obama, Mark Zuckerberg y George R. R. Martin.

Cinco de las diez historias que incluye este libro recibieron el premio Galaxy chino. Y entre todas ellas brilla *La Tierra errante*, relato cuya adaptación al cine se ha convertido en la primera película nacional de ciencia ficción china de gran presupuesto, capaz de batir récords de taquilla y llegar a más de treinta países gracias a Netflix.

Con una profundidad y una maestría propias de los grandes genios, las historias de Cixin Liu llevan al lector al borde del tiempo y del universo, pero sobre todo muestran los intentos de la humanidad por sobrevivir en un cosmos desolado.

La crítica ha dicho:

«La escritura de Cixin Liu revive la edad dorada de la ciencia ficción.»

The Guardian

«La película demuestra que los productores chinos pueden competir con otras compañías de efectos visuales del mundo.»

James Cameron

Cixin Liu es el autor de ciencia ficción más prolífico y popular de la República Popular China. Liu ha sido galardonado ocho veces con el Galaxy Award (el equivalente en su país al premio Hugo) y el Nebula chino, antes de convertir su «Trilogía de los Tres Cuerpos» en una obra capaz de vender un millón de ejemplares solo en China, despertar el interés unánime de todo Occidente, obtener el premio Hugo 2015 a la mejor novela y ganarse prescriptores de la talla de Barack Obama y Mark Zuckerberg.

Su enorme éxito se repite ahora en todos los mercados internacionales, gracias a los fans del género, pero también, y sobre todo, a los millones de lectores interesados en la actualidad geopolítica y en el pasado y futuro de China. Son todos ellos quienes han conseguido convertir a un perfecto desconocido, llegado del Oriente más misterioso y hermético, en una de las grandes sensaciones literarias de los últimos años.

Antes de ser escritor, Liu trabajó como ingeniero de una central eléctrica de la ciudad china de Yangquán, en la provincia de Shanxi, ahora temporalmente cerrada debido a la contaminación atmosférica.

Título original: 流浪地球

Edición en formato digital: septiembre de 2019

© 2018, 刘慈欣 (Liu Cixin)

© 2018, FT Culture (Beijing) Co., Ltd, por la traducción al español

Copublicado por Chongqing Publishing & Media Co., Ltd.

Representado en España por Bookbank, S. L., Agencia Literaria

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2019, Javier Altayó, por la traducción del chino

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial

Imagen de portada: © Stephan Martinière

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del copyright. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17347-59-8

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

[1] Proyecto de plantación masiva de árboles del Gobierno de la República Popular China que tiene como objetivo frenar la expansión del desierto de Gobi en la zona norte del país. *(N. del T.)*

[2] Nombre muy poco afortunado por su cierta homofonía con determinado término chino que podríamos traducir como «tonto del culo». *(N. del T.)*

[3] «La Torre de la Grulla Amarilla», poema de Cui Hao, excelso poeta de la dinastía Tang, que glosa el edificio así llamado que se encuentra a orillas del río Yangtsé. *(N. del T.)*

[4] Célebre artículo publicado por primera vez en el número de enero de 1933 de la revista *Atlantic Monthly* en el que la autora, sordociega, habla de lo que cree que sentiría si Dios le concediera la facultad de ver durante tres días. *(N. del T.)*

[5] Ciudad china, limítrofe con la Siberia rusa, famosa por ser la más septentrional del país. *(N. del T.)*

[6] Fémima ejemplar del imaginario chino que recorrió miles de kilómetros para llevarle ropa de abrigo a su esposo, destinado a las labores de construcción de la Gran Muralla. Al alcanzar su destino y enterarse de que el hombre había muerto congelado, la fuerza de su amargo llanto fue tal que conmovió a los cielos. *(N. del T.)*

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

La Tierra errante

La Tierra errante

Montañas

El sol de China

En beneficio de la humanidad

Maldición 5.0

La Era Micro

El gran devorador

¿Quién cuidará de los dioses?

Con sus ojos

El gran cañón de la Tierra

Sobre este libro

Sobre Cixin Liu

Créditos

Notas